

Tierra virgen

Eduardo Zuleta



Zuleta, Eduardo

Tierra virgen / Eduardo Zuleta. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2015.

190 p. ; 24 cm. -- (Colección Bicentenario de Antioquia)

ISBN 978-958-720-272-4

1. Novela colombiana – Siglo XIX -- 2. Remedios (Colombia) – Condiciones sociales – Siglo XIX – Novela -- I. Carrasquilla, Tomás, 1858-1940, Prol. II. Tit. III. Serie

C863 cd 21 ed.

Z94

Universidad EAFIT- Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Tierra virgen

Primera edición en la colección Bicentenario de Antioquia: abril de 2015

© Herederos de Eduardo Zuleta

© Colección Bicentenario de Antioquia

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A No. 10 sur - 107

Tel.: 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

e-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-272-4

Diseño de carátula: Miguel Suárez

El texto de esta edición de *Tierra virgen* se tomó de la edición príncipe de 1897 (Medellín, Librería Carlos A. Molina) y se actualizó la ortografía de acuerdo a la *Ortografía de la lengua española de la Real Academia Española* de 2011.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita del Fondo Editorial Universidad EAFIT.

Editado en Medellín, Colombia

✻
Índice

Herejías	
<i>Tomás Carrasquilla</i>	7
I. En Viaje	25
II. El baile	32
III. Comentarios.....	38
IV. Manuelito y Virgilio.....	52
V. Las manos en la cabeza	60
VI. Sale lo que no se espera	67
VII. Juan Criollo.....	78
VIII. Los amigos	91
IX. Percance	102
X. Años después.....	107
XI. Los veinticincos.....	115

XII. Las dos casas	124
XIII. Liberato en El Bagre	133
XIV. Juancho y Carmen.....	138
XV. Días oscuros	144
XVI. Fin de siglo (en Londres)	163



Herejías

*Ese tembloroso
Desteñido celaje del ocaso
Es en otro hemisferio oriente hermoso*

J. A. Calcaño

Con no poco recelo y con bastante embarazo escribimos estos párrafos. Para ello obran en nosotros diversas circunstancias: carecer de competencia y de autoridad para juzgar obras literarias; disentir nuestra opinión sobre *Tierra virgen* de la de personas entendidas en la materia; y, más que todo esto, ser a nuestra vez autores de un novelilla o cosa así, publicada no ha mucho tiempo.¹ Esta última circunstancia nos intimida más que las otras: pudiera creerse que apreciamos la obra de Zuleta con espíritu de compañerismo; que nos damos charol haciéndonos los hidalgos y los indulgentes; que alabamos en lo ajeno lo que no podemos alabar en lo propio, o que, hipócritas y arteros, solapamos con elogios las ronchas de la envidia.

Pero créase de esto lo que se quiera, conste que cuanto digamos sobre *Tierra virgen* no lo sostenemos como tesis, sino que lo exponemos como hipótesis solamente. Y esto por cumplir compromisos de amistad que en momentos de entusiasmo contrajimos con el director de *La Miscelánea*.

¹ Se refiere a *Frutos de mi tierra*, publicada en 1896.

Varias opiniones se han publicado sobre la novela en cuestión; muchísimas hemos oído de personas más o menos competentes, y, en nuestro sentir, ni unas ni otras le aplican criterio adecuado, ni la miran por su faz culminante, ni desde el punto de vista conveniente. De aquí el que, queriendo algunos ajustarle las cuentas a la novela, no haya resultado el ajuste. Esto del criterio, de la faz culminante y del punto de vista, es indispensable para apreciar los hombres y las cosas. Sería un colmo fallar asunto criminal por leyes sustantivas; cometería enorme disparate quien apreciase las pirámides por su forma, sin tener en cuenta su tamaño; lo mismo que sería una insensatez juzgar a Bolívar desde el terreno artístico.

Pues bien, *Tierra virgen* se ha mirado únicamente a través del regionalismo; se ha querido asimilarla a la novela movida, de complicación y de efectos dramáticos; y se ha pretendido encontrarle la trabazón íntima y estrecha que el convencionalismo retórico exige en esta clase de obras. Mas como nada de ello es aplicable al asunto; como en la novela no aparece lo que se busca, se ha deducido que es defectuosa y escasa de interés.

Nosotros, aplicándole otro criterio más amplio y más moderno, la hemos encontrado muy hermosa...

Y pongamos un poquito de cátedra, aunque nos llamen pedantones.

Las escuelas literarias y artísticas (lo mismo que otras) no están sólo en los espíritus de sus fundadores, sino también en el espíritu de la época; y como la humanidad evoluciona indefinidamente hacia el ideal, las escuelas evolucionan con ella. Por lo mismo, ninguna escuela es definitiva.

Muchísimo se ha escrito en las cuatro últimas décadas sobre la índole y el objetivo de la novela; muchísimos sistemas ha estudiado la crítica moderna, y, como siempre, los sabios no se han puesto de acuerdo, ni podrían ponerse, en todo y por todo. Mas no en balde se agitan y se chocan las poderosas corrientes de la inteligencia: algo fundamental ha resultado del *mare magnum* literario. Ese algo es el concepto sobre la novela: a él convergen todas las tendencias; en él se confunden todas las escuelas; él es evidente ante el espíritu universal.

Dicho concepto exige verdad y belleza en la novela; y por ende, no puede ser subrogado en lo porvenir por ningún otro concepto. No puede rebajarse ni en calidad ni en cantidad, porque el hombre no disminuye sus ideales; no puede

aumentarse, porque más allá de verdad y de belleza no cabe en lo humano. Por tanto, el concepto es radical, definitivo.

Esto sentado, cabe preguntar: ¿qué es novela, según ese concepto? No conocemos ninguna definición. ¿Sería mucho atrevimiento de nuestra parte farfullar alguna? Lo es, seguramente. Pero, como lo necesitamos, tenemos que formularla como Dios nos dé a entender.

Novela es la aplicación de conocimientos y de sensaciones al hombre y a cuanto lo rodea, combinada en forma narrativa.

Esto, como procedimiento; como resultado, la novela es un pedazo de la vida, reflejado en un escrito por un corazón y por una cabeza.

Si esta fórmula es absurda, sólo absurdos pueden deducirse de ella; si es exacta, como lo queremos suponer, la consecuencia es clara.

Ella hace de la novela la manifestación suprema de la facultad humana. Suprema, porque conocer implica ciencia, y sentir implica belleza; suprema, porque del producto de estos dos factores resulta eso indecible, admirable, que en literatura se llama grande obra.

Esta fórmula todo lo recibe, excepto la mentira. Ávida de lo verdadero, recoge el espíritu de la verdad donde quiera que lo halla. Lo mismo en el hecho histórico que en el imaginario; lo mismo en el símbolo que en el mito. ¿Sí cabrá, también, la historia en esta fórmula? Según como sea lo historiado: si a la verdad agrega el sentimiento, cabe, indudablemente. Desde luego que muchos libros históricos –biografías especialmente– están comprendidos en la tal fórmula. ¿No han de estarlo? La novela, tal como hoy se escribe, es a la Historia, lo que el Álgebra a la Aritmética: ésta torna en concreto, aquélla generaliza; la Historia consigna hechos, individuos y tiempo determinados; la novela abraza a la humanidad en conjunto. Para pintar los héroes, la Historia toma a Alejandro, a Napoleón, a Bolívar, etc.; la novela toma de todos éstos lo que quiera, lo funde en un personaje, y resulta el tipo: el héroe.

Si toda la Historia, como lo quiere Menéndez Pelayo, llega a escribirse realizada por el sentimiento, toda la Historia cabrá en la novela. ¡Qué escala! Desde la Biblia hasta la vida de los santos; desde el *Ramayana* hasta el apólogo infantil; desde la *Iliada* hasta el cuento popular.

De la misma amplitud de la fórmula se desprende que la verdad y el sentimiento que hayan de aplicarse a la novela pueden ser el *maximum* o el *minimum*. El mejor novelador sería el que anudase a toda la ciencia todo el sentimiento; mas no quiere decir esto que se necesite ser un sabio para poder novelar.

Bien se nos alcanza que esta doctrina conculca algunas reglas y clasificaciones retóricas; bien se nos alcanza que la generalidad de los lectores sólo ve en la novela un libro de entretenimiento. Pero, ¿qué hacerle? Las escuelas literarias, una vez lanzadas en el campo de la filosofía, no pueden ajustarse al molde estrecho de la retórica. Ni el espíritu moderno, poseído de la chifladura del positivismo, se divierte hoy con mentiras, por más que quieran realizarlas los que las zurcen. Hoy por hoy no se reconoce belleza literaria sino en la verdad. Si tal no fuera; si no tuviésemos tantos ejemplos palpitantes de la información científica de la novela, mal podría ésta tener la importancia y la trascendencia que hoy se le atribuyen. Si fuera un asunto de entretenimiento solamente, no se escribiría sobre ella la balumba de libros que se han escrito. Tanto es así, que a Edmundo de Goncourt, como a otros varios ilustres escritores, les carga la designación novela, y quieren que se le dé la de Estudio, Documento humano, Epopeya, o cualquiera otra cosa que exprese mejor el actual concepto.

Para muchos va a ser esto herejía, pura herejía. No será la primera ni la última en que incurrimos. A bien que no hay inquisición literaria; que si la hubiera...

Veamos, pues, si *Tierra virgen* se ajusta a este criterio. Veámosla primero en conjunto y luego en algunos detalles. Señalemos cuál es el punto culminante y cuáles las particularidades del autor.

Desde luego que el todo de la obra nos parece armonioso y artístico, más psicológico que descriptivo, dado que se estudia más el alma de los personajes que el fondo del cuadro. No hay en la novela nudo ni acontecimiento que apriete, que haga converger los sucesos a uno, principal y determinado. De aquí el que algunos le nieguen a la obra la unidad. Nosotros, al contrario, ciframos en la poca trama una de sus cualidades principales, porque vemos en ello un reflejo de la vida, tomada tal cual es: sin mayores complicaciones, con la monotonía y la inconexión de los sucesos ordinarios, con las trivialidades e insignificancias cotidianas; porque por esto se nos hace la obra más humana. Más humana, porque en nada se disloca al hombre ni a las cosas, pintándolos mejor o peor de lo que son, con el propósito de amoldarlos a sucesos peregrinos y complicados. Pero no es esto sólo; es que le encontramos a la obra un punto de unión: Manuelito. A él se refieren casi todos los personajes y casi todas las escenas del libro; y su familia y sus amigos, más o menos cercanos, más o menos distantes, giran en torno de él, en tiempo y lugar determinados. Cualidades son éstas que, a nuestro entender, bastan y sobran para enlazar una obra.

Entre varios ejemplos que podríamos aducir de grandes novelas menos ligadas que *Tierra virgen*, sólo citaremos a *Niña Dorrit*, de Dickens, y a *Guerra y Paz*, de Tolstoi, y eso por ser ellas de mérito indiscutible.

Refiriéndonos todavía al conjunto, debemos declarar que lo mejor de la novela y su punto sobresaliente es el tono con que está escrita. En efecto: dar con la manera de reproducir con la pluma escenas y episodios tan comunes; sostener un volumen con hechos vulgares, que no arrancan lágrimas ni carcajadas; en que no se cuenta ni con la nota cómica ni con la dramática; tratar asuntos de esta clase sin trivialidad, sin humorismo y sin gracejos de gusto dudoso; no incurrir en sublimidades ni en chabacanerías impertinentes, son partes que requieren el aplomo, la sangre fría, el amor a la verdad de un verdadero artista. Pues bien: en *Tierra virgen* no desentona el autor: todo es allí (si se exceptúan algunos diálogos) natural y adecuado al pasaje: exhibe delicadezas sin alambicamiento, desenfado sin chocarrería, reposo sin frialdad. La dicción, correcta y elegante en demasía (aunque le falten muchos puntos en las íes, según los gramáticos) carece de esas chafaduras, de ese manoseo tan frecuente en escritos limados y de índole académica. Esa frase, ni lenta ni apresurada, libre de ropajes retóricos, se mueve rítmica, majestuosa, con la belleza sublime de la desnudez. Para nosotros, tiene este autor una sobriedad, una manera deliciosa: dijérase que al leerlo soplan en el espíritu ráfagas de frescura henchidas de oxígeno y de perfumes.

Manuel Antolínez, al contrario de don Lorenzo Marroquín, no encuentra la novela bastante regional.

Si por regionalismo se entiende las relaciones del hombre con el medio ambiente la novela no puede dejar de ser regionalista, y en este sentido casi todas lo son. Pero si por ello ha de entenderse el estudio prolijo, diferencial, de ése medio, *Tierra virgen* no lo es. Creemos que debe distinguirse entre región y color, entre regionalistas y coloristas: éste pinta, aquél describe; el uno apunta y produce la semejanza, el otro recoge ápices y da la expresión característica.

Remedios no está lo bastante deslindado, ni aparece con peculiaridad suficiente para que deje de confundirse con cualquiera otra población minera y comercial, no sólo de Antioquia sino de la República. Su topografía, el aspecto general de la comarca, tampoco están determinados; el paisaje, las escenas de la naturaleza descritos en la novela, bien pueden parecer los de cualesquiera otras regiones. Y es de sentirse, porque el asunto se presta. Siempre fue Remedios la tierra clásica de las cosas características. La circulación de dinero, la facilidad

para conseguirlo, la manera de derrocharlo en diversiones un tanto bárbaras y primitivas; aquel carácter generoso, regocijado, parrandista y un tanto frívolo de los remedianos; aquel viento de escándalo que a nadie escandaliza; aquel espíritu laico que parece endémico en esa tierra; aquellas señoras indevotas que en vez de rezar y asistir al templo se entregan con furor a la baraja, a los juegos de azar y envite; el contraste entre la suntuaria y la culinaria y aquellas casas de paja y de bahareque; la pasión de las mujeres por las joyas hiperbólicas, por las telas ligeras y los colores chillones; las mojigangas y los figurones, las danzas y las mascaradas en los días clásicos; los trovadores y cañeros populares que improvisan, que echan cañas de un cuarto de hora sin resollar un punto; el mapalé, con sus haces inflamados de esperma, con sus contorsiones libidinosas; el perillero con su monotonía selvática; aquellas mujeronas endiabladas que enyerban, que propinan filtros amorosos; aquellos enyerbados que olvidan que allá muy lejos hay una mujer que llora, unos niños con hambre que le llaman; los curanderos, que usan de conjuros; que cifran su terapéutica en las supersticiones extravagantes; toda esa mezcla abigarrada de lo costano y lo arribeño, de lo español y lo indígena; todo eso tan rico para el arte... en fin, Remedios.

Fuera del *tururo*, que le falta animación; de algunas pinceladas en Juan Criollo; del culebrero de El Bagre; de los veinticinco –paréntesis historial, documento jurídico muy bien observado y expuesto con bizarra valentía–, lo demás de la novela no resulta indígena, ni menos remediano.

El temperamento de Zuleta no es de colorista. A fuer de médico, entiende más de escalpelo que de pinceles; se va más al alma de los personajes que al lugar donde habitan. Pero a falta de esta cualidad, tiene él otra más preciosa y más rara, que lo acredita como artista preclaro y sentidor: tal es la de *emocionista*. En efecto, Zuleta no refleja la naturaleza por la percepción de los sentidos sino por las emociones que despierta en su alma, emociones que transmite al lector con una dulzura, con una eficacia, que no pueden producir ni la precisión del dibujo ni del color, ni la plasticidad de las descripciones literarias.

En esto aparece el poeta, dándonos en comunión lo más delicado de su alma. ¿No se embellecerá más la del lector con estas exquisitas emociones que con las pinturas literarias más gráficas? Quien leyere en *Tierra virgen* el capítulo “Las dos casas”, la descripción de El Bagre, el idilio de Juancho y Carmen, el paseo de los hijos de Manuelito por los montes, la enumeración de la flora y la fauna, las ocupaciones de Liberato y de la familia de Manuelito en el campo;

quien leyere todo esto y lo referente a la naturaleza, sin sentir algo muy dulce y delicado en su alma, le faltará el sentido de lo bello... o no ha entendido al escritor.

Pasemos ahora a los caracteres. Como los sucesos en que actúan, nada tienen de raro ni de complicado; al contrario, son de aquéllos que se pierden en lo ordinario de la vida, que forman, por decirlo así, la masa común de toda agrupación humana. En esto precisamente estriba el mérito artístico, a nuestro entender.

La razón nos parece muy clara: ¿qué es más fácil: reproducir, copiar un tipo especial, de facciones y aire muy característicos, u otro determinado, cuya expresión no se define fácilmente? No hay más que preguntárselo a cualquier retratista, siquiera sea a Chimbo, nuestro popular caricaturista en madera.

Pues bien: todos los personajes de *Tierra virgen* tienen su carácter, su expresión propia; cada cual se distingue de los demás, se sostiene y obra en su esfera respectiva, y todos, cuál más, cuál menos, se destacan del fondo del cuadro.

Así al menos nos lo parece. Bien sabemos que no es ésta la opinión más general; algunos hasta pretenden que la obra no tiene caracteres; otros, y entre ellos don Lorenzo Marroquín, los encuentran pálidos y borrosos.

Esto dependerá del modo como quieran verse, o acaso de la intensidad de la visual. Pero de todos modos, la escogencia de estos tipos de medias tintas no debe tomarse ni a mal gusto ni a impericia en el autor; al contrario: de genios fue siempre el habérselas con la “difícil facilidad” del preceptista latino.

Veamos a Manuelito Jácome.

Se desenvuelve y obra en su medio del modo más lógico, natural y consecuente. Es el muchacho sencillez, sano, sumiso, de facultades afectivas; el estudiante aplicado que no gasta el cerebro en sutilezas ni abstracciones científicas, ni el corazón en mundanos devaneos, en ambiciones locas. De joven no ve en la vida mirajes de sueño; pero tampoco negruras fantásticas de realidad; la toma como es, por el lado mejor: el amor lícito, los afectos de familia.

Se nos hace muy simpático e interesante, algo como poeta práctico, inconsciente, que nunca se le ocurre producirse en versos, porque se produce en hechos.

Tal es el hombre moral. El orgánico contradijera a éste si apareciese distinto de lo que es. No hay en él ni deficiencias, ni exuberancias, ni precocidad ni atraso; intacto, tal vez impoluto, atraviesa los vertiginosos derrumbaderos de la pubertad, y cuando llega el momento preciso, cuando el fruto está en sazón; y la naturaleza grita, surge el hombre, la vida se le define, se le aclara, e impetuoso,

arramblándolo todo, se lanza al amor. El amor es su elemento. Entre el deber y el trabajo, entre las fruiciones de esposo, de padre, de hijo, corre su existencia.

Golpes de la suerte, cambios de fortuna minan su organismo y Manuelito acaba. No, no acaba: su espíritu, su ejemplo, quedan en su hogar. Tal flotan en el templo los átomos fragantes después de consumido el incensario.

¿No será esto Manuelito Jácome? ¿No será éste un carácter?

El de doña Juana, otro que tal. Es ante todo la madre; la vida toda la refiere a su hijo; por su hijo vive, por su hijo aspira, por su hijo sueña. Quiere hacer de él un doctor, un personaje, y lanzarlo al gran teatro. Pero he aquí que el hijo renuncia a las glorias del espíritu por las del corazón; quiere casarse y vivir oscuro y desconocido en un pueblo. Lágrimas le cuesta a la señora tan inusitada resolución; pero cede. Identificada con su hijo, depone las más santas, las más legítimas aspiraciones: la felicidad de Manuelito ante todo.

Hay en doña Juana las energías; tan desemejantes entre sí, de la matrona antioqueña. Al par que trabaja como una negra, lee y nutre su espíritu en obras inmortales; dirige trabajos mineros con tino verdaderamente varonil y se apersona en la cocina en los menudos trabajos de la señora hacendosa; lo mismo se interesa por el prójimo que por los brutos, que su caridad y su ternura para todos alcanzan.

Si entiende la misión de madre, entiende mejor la de abuela: para sus nietos, no tanto los juguetes y las golosinas delicadas, cuanto la máxima sublime, la enseñanza práctica, la regla de urbanidad. La ternura de su alma no se traduce en mimos ni en desproporcionados refinamientos; que hasta en el más exagerado de los afectos pone esta mujer la más noble, la más exquisita prudencia. Espíritu amplio y levantado, no renuncia a ilustrar su casa y su familia con un varón de pro: ve en su nieto Carlos lo que no consiguió en Manuelito, y luego al punto lo empuja, lo lanza. Antes de morir ve coronados sus deseos: rehecha la fortuna, y arriba, muy arriba, el honor del nombre.

No es tampoco ninguna muñeca doña Elena Silvestre. Sufrida, abnegada, sabe ser madre y esposa. No se cristaliza en las ternuras conyugales, no se enerva con los cuidados y las comodidades de que se ve rodeada. Ni la prosperidad la envanece, ni la adversidad la abate; serena, con la ecuanimidad de la virtud, alienta a su marido, si desfallece; lo empuja, si ha menester impulso. A su casa, a su familia, las envuelve en una como atmósfera de respeto, de distinción. A bien que puede hacerlo: ella, los hijos, y su marido y su suegra, pertenecen a la grande, a la verdadera aristocracia: la del alma. Y toda la servidumbre, todos los

negros de la casa, con ser tan negros, entran con los amos en ese blasón que no ha reconocido la heráldica.

Estos tres personajes no sólo son caracteres: son tipos (tipos, en la acepción verdadera del vocablo, no en la antinómica que ahora se acostumbra).

Mama Rita y el negro Liberato son también ejemplares; en toda casa noble se les conoce. Tipos de fidelidad y de adhesión que ocuparon gran puesto en el corazón de nuestros mayores, y que, como las golondrinas de Bécquer, no volverán.

Contrasta la familia de doña Juana con la balumba social que la circunda. ¡Qué mugre y qué miseria la de aquellas gentes! Allí está pintado el chismorreo lugareño. Su genio es la culebrona de doña Camila: va, viene, trasiega, se multiplica; a todos adula, a todos clava el diente, en todo se mete, todo lo enreda; aquí se agita, allá se desespera, acullá se crispa, en aquella neurosis devorante de la envidia. Para que no tenga el diablo por dónde rechazarla, fáltale a esta infeliz señora hasta la dignidad de la pobreza: implora la peseta con el aire meloso y perentorio de la mendicidad callejera. ¿Quién no conoce este tipo? ¿Dónde no existe?

Algunos han dicho que es el único personaje que tiene carácter en la novela. No es que lo tenga más que otros; es que el tipo pronunciado y rechinante en la realidad, tiene que aparecer lo mismo en la reproducción. Por esto no es difícil su desempeño.

Un enjambre de personajes gira y enreda en torno de doña Camila, y todos representan una debilidad, una manía, una miseria de la humanidad.

Hasta los peones de Juan Criollo, en silueta solamente, aparecen bien caracterizados. Descuella entre ellos una figura magistral: el garitero. A este absurdo de la naturaleza pocos escritores se han atrevido. Palacio Valdés en *José*, doña Emilia en *La madre naturaleza*, y Zola en *La Ralea*, apenas lo esbozan. Zuleta, por modos harto delicados y sugestivos, da dos plumadas y un golpe de escalpelo, y allí aparece vaciado el infeliz andrógino.

No podemos prescindir de señalar algunos detalles de la obra.

Son muy notables por la profundidad, por el conocimiento del alma humana; ciertos pasos del capítulo “Manuelito y Virgilio”. ¡Cómo se mete el autor dentro de su protagonista, cómo siente con él la crisis suprema de la vida! A nuestro entender, este capítulo podría figurar en cualquiera de las novelas psicológicas más afamadas de la literatura contemporánea.

También es muy notable por la ternura y sencillez la escena de los niños y los palomos, la de los guayabos en el capítulo “Las dos casas”, los paseos de Liberato con los niños por las calles de Remedios, la llegada de Carlos a su casa. En estos pasos se revela el alma delicada, artística, que sabe sorprender la belleza en las trivialidades de la vida.

No terminaríamos si fuéramos a hacer un recuento de las bellezas de la obra.

Pocos son los defectos que le encontramos. Pasándola por el tamiz de una crítica demasiado severa, podríamos apuntar algunos pasajes un tanto flojos y descoloridos, como la descripción del baile, verbigracia.

Otro defecto más notable es la aglomeración de personajes secundarios. No había menester el autor, para ponernos de relieve la chismografía parroquiana, de tantas Pastoritas Grisales, de tanto Pedro Tangarife, de tantas Carrillos y Manjarreses, de tantas Menganitas y Zutanitas. Esto involucra y embrolla un tantico la narración, distrae la atención del asunto principal, abigarra el cuadro y es parte a que la familia de Manuelito, tan humana y tan simpática, carezca de fondo más despejado y sereno, donde hubiera resultado más hermosa.

Tampoco es de nuestro gusto el diálogo, si se exceptúa el del último capítulo, no porque nos parezca mal desempeñado propiamente, sino porque lo hallamos un tantico entonado y descolorido. A no dudarlo, le falta mucha viveza y animación y bastante naturalidad.

Pero a este respecto, debemos confesarlo, tenemos ideas particulares, que exponemos aquí poniéndolas en tela de juicio, por si alguno, competente, en la materia, quiere estudiarlas. Ello sería un punto curioso de crítica que no hemos visto tratado en ningún autor.

Estas ideas podemos expresarlas del modo siguiente:

Cuando se trata de reflejar en una novela el carácter, la índole propia de un pueblo o de una región determinada, el diálogo escrito debe ajustarse rigurosamente al diálogo hablado, reproducirse hasta donde sea posible. Nos fundamos en que, siendo la palabra lo mejor que da a conocer al individuo y a la colectividad, dado que la palabra es el verbo, el alma de las personas, no debe esta palabra cambiarse por ninguna otra más correcta ni más elegante, porque entonces se les quita a los personajes pintados o descritos la nota más precisa, más genuina, de su personalidad. De ello resultarían pasajes bárbaros, falta absoluta de sintaxis; pero indudablemente se ganaría en colorido y en fidelidad. ¿Que esto es chabacano e incorrecto? Lo será; pero no siempre lo pulido, lo culto, lo correcto, es lo hermoso. Un niño gordo y bien formado es muy bello vestido

por el último figurín; pero lo es mucho más desgreñado, con la camisa rota y tal vez un poco empegotada la cara.

Se dirá que con este procedimiento se conculcan los preceptos gramaticales. Claro está que sí. Pero el artista, en su empeño de reproducir lo bello y lo verdadero, no siempre tuvo en cuenta la moral cristiana, ni muchas veces la universal, ni a veces la decencia tan siquiera, ¿por qué razón ese artista va a ser más respetuoso con la gramática?

Palacio Valdés en su encantadora novela *La hermana san Sulpicio* ha usado este procedimiento, haciendo hablar a algunos personajes tiradas larguísimas en andaluz cerrado, escribiendo el diálogo con la pronunciación del país, o sea con bárbara ortografía; y ello resulta con un colorido, con una plasticidad tales, que el lector cree escuchar a las propias salerosas sevillanas.

Esto de la ortografía bárbara nos parece muy consecuente y lógico; pues si muchos autores, por ser fieles en el diálogo, usan de voces corrompidas, llevándose por delante la lexigrafía, ¿por qué no han de llevarse por delante la ortografía también? ¿Tan parte gramatical no es la una como la otra?

Siempre se ha citado a Pereda como maestro en esto de reproducir en sus obras el lenguaje popular; pero a este respecto debe hacerse algún distinguo. No tiene duda que el diálogo de Pereda es muy bello y gracioso; pero lo tenemos por artificioso y engalanado. Nos fundamos en esto: fuera de la anteposición del artículo definido a los posesivos; fuera de las terminaciones femeninas en “uca”, de algunas palabras corrompidas y de ciertas contracciones peculiares del lenguaje santanderino, todo lo demás, toda la estructura, resultan de una sintaxis rigurosa, de un giro casi cervantino. No hay sino que hacer la substitución de las palabras correctas por las adulteradas para persuadirse de ello.

Ahora bien: el lenguaje popular de región alguna del mundo no puede tener esa sintaxis; ella es privativa del lenguaje culto, del lenguaje escrito; pues no siempre los académicos de la lengua hablan y se producen en la vida real con el mismo atildamiento y la misma propiedad con que escriben. En una palabra: el diálogo ajustado a las reglas gramaticales, modelado en los grandes hablistas, no se habla —en conversación al menos—: se escribe solamente.

Aquí entra una cuestión muy discutida entre los grandes críticos: ¿es más bello el arte que la naturaleza? Si es más bello, como lo sostiene don Juan Valera, es claro que el lenguaje escrito debe ser más correcto que el lenguaje hablado, porque entonces el arte debe embellecerlo. Al contrario; si la naturaleza es más bella que el arte, como lo sostienen algunos tratadistas, como lo creemos

nosotros, el lenguaje imitativo, a menos que sea un dialecto incomprensible, debe escribirse como lo hablan las gentes; no como lo establece la gramática.

Ancho campo se le presenta a un autor para exhibir sus conocimientos gramaticales, su gusto y su buena escuela en todo aquello que tenga que decir por su propia cuenta. Creemos que una obra en que aparezca el lenguaje científico que sólo se usa en libros y el lenguaje práctico que se usa en la vida, resultaría muy amena, y muy curiosa y muy divertida, toda vez que el lector, pasando de un extremo a otro, no tendría riesgo de empalagarse, ni con la corrección, ni con la barbarie del lenguaje.

¿No sería esto asunto de lingüística? ¿No podrían los políglotos encontrar en el lenguaje bárbaro de las regiones la sintomatología de enfermedades endémicas dignas de estudio? ¿No sería un dato de gramática general?

Se ha dicho que nuestro lenguaje popular es áspero y feo, y que por eso no puede tener cabida en la novela. Nos atreveríamos a sostener lo contrario; pocos habrá tan gráficos, tan expresivos, tan pintorescos, como el que usa nuestro pueblo. Ese lenguaje esmaltado de imágenes, de frases hechas, riquísimo en léxico, en voces viejas que sólo usan los clásicos, lo consideramos lo suficientemente bello para verterlo en un libro, sin mayores componendas.

Volviendo a *Tierra virgen*, diremos que no le encontramos ningún otro defecto que merezca mencionarse.

Cierta crítica menuda le ha señalado muchos otros. Entre ellos, el de que Zuleta incurre en anacronismos al referirse a ciertos personajes históricos que figuran en la obra, y algunos otros que el público ha declarado históricos por sí y ante sí. Esto nos parece jansenismo literario. Si el autor estudiara en su novela un período preciso de la historia, como lo hace Coloma en *Pequeñeces*, se le podría hacer tal reparo; pero no refiriéndose *Tierra virgen* a ninguna época determinada; no desarrollándose en ella ningún acontecimiento histórico especial, sino hechos comunes a todos los pueblos, nos parece el cargo demasiado escrupuloso. En fin, no siendo la obra histórica ni didáctica, puede tener anacronismos, sin que esto la desvirtúe artísticamente, máxime anacronismos de tan poca monta como los que se le han apuntado.

Mucho se ha hablado del último capítulo, "Fin de siglo". Hase dicho que huelga en la novela, que debería quitársele, que está traído por los cabellos, que desentona con el resto del libro, que es sólo un alarde de modernismo y un acopio de ideas ajenas. Creemos que nada de esto sea razonable. Desde luego, hay que tener en cuenta que dicho capítulo no es otra cosa que un epílogo: y

un epílogo puede pasar a las mil y quinientas del tiempo y del lugar de la novela. No huelga, aunque podría quitarse, porque en esta clase de novelas, que no son sino un pedazo de la vida real, el autor puede acabarlas donde quiera y seguirlas hasta donde se le antoje. No desentona; al contrario: le da un variante muy bello a la armonía del conjunto. ¿Qué alardea Zuleta?... ¿De su talento, de su saber?... ¿Para cuándo lo dejaba?... En cuanto a que las ideas sean propias o ajenas, no hay para qué discutirlo. Las ideas no tienen dueño: son de todos. Por eso se estudia: para aprender, para retener, o, lo que es lo mismo, para apropiarse ideas. Lo único que constituye propiedad en la materia es la forma, la expresión de las ideas. Si, en el capítulo discutido hay expresiones y formas de autores ajenos –cosa que nos parece harto improbable– Zuleta usa lo que no es suyo. Lo demás son boberías y música celestial.

Bien merecería este capítulo uno aparte. Como riqueza en cofre real, se concentran en él, en sinopsis admirable, un cúmulo de problemas sociales, políticos y literarios, expuestos con una fuerza intelectual, con una lucidez, con una amplitud, que denuncian a Zuleta como hombre pensador, como filósofo. “Fin de siglo” es una faz de la eterna lucha entre los dos aspectos de la vida: el optimismo y el pesimismo. De él se desprende un alerta, una triste verdad: lo funesto de la desproporción entre el cultivo y el cultivado. Simón Arenales, encarnación del pesimismo, es una enseñanza. Llamado a mucho en su medio, puesto al nivel de sus coterráneos, fuera, como el nieto de doña Juana, timbre de la familia y de la patria. Pero el refinamiento, la cultura, esa Europa que lo absorbe, envenenándole el alma, mátales el corazón, y luego, como saco despreciable de basura, lo arroja desde un quinto piso.

A muchísimas personas tenidas por ilustradas, les hemos oído decir que la novela choca mucho porque es la defensa de los negros, y tal cargo lo insinúa el señor *Marín y yo*. Parece increíble tamaña vulgaridad. Si, yendo contra la democracia, contra la muerte, contra la sangre de Cristo que a todos nos nivela, sentásemos como principio inconcuso que la negrura de la raza es un baldón, tendríamos que declarar por otra parte (porque éste sí es un hecho verdadero) que hay muchos negros que se nivelan con los blancos o que se suben más allá. En tal caso, estos negros se han redimido a sí mismos, y son a la vez redentores. Y como toda redención implica mérito, este mérito les da mucha superioridad sobre los blancos, que nada han tenido que redimir. Mucho han valido y valdrán, probablemente, los timbres nobiliarios; pero ellos solos nada alcanzan, nada pueden en los tiempos que corren: dínamos más pujantes dominan hoy al mundo.

Si en los negros está la virtud, los talentos, el dinero, en los negros está el poder. Si tal fuere... ¡arriba los negros! Y los blancos nulos, que nada tengamos fuera de nuestra sangre de añil, hagámonos a un lado y dejemos pasar la negrería, no sea que su carro de triunfo nos aplaste. No hay que estirar la jeta: es ley de evolución que tiene que cumplirse.

Se ha dicho también que, puesto que la novela ha disgustado a la mayoría de los lectores, la novela tiene que ser mala. Esto es otro error, rebatido hace mil años y de mil modos. En la humanidad hay más ignorantes que sabios, más estúpidos que inteligentes, más tontos que discretos; por ende, ninguna mayoría de la humanidad es la llamada a juzgar en asuntos técnicos ni artísticos, toda vez que una mayoría no es sino una parte del gran todo; y aunque en ella cupiesen muchos de los escogidos, siempre serían éstos muy pocos comparados con los que no lo son.

El principio de las mayorías es sólo aplicable a los gobiernos representativos y a los cuerpos colegiados, porque se basa en igualdad de derechos, no en igualdad de facultades. Fuera de este campo el principio es inaplicable, porque es un absurdo; el voto de un sabio en asuntos científicos vale más que el de mil ignorantes; el de un artista vale por el de un pueblo inculto en puntos de arte. Se dirá que la belleza pueden sentirla lo mismo el sabio que el ignorante, el artista que el que no lo es, porque el sentimiento de lo bello es instintivo, ingénito en el hombre. Lo es, indudablemente, como lo son todas las facultades humanas; pero ese instinto, ese sentimiento, necesita educarse, como se educa el talento. La educación estética es tan indispensable para el arte, como lo es para la ciencia la educación intelectual. Un inteligente ignorante no es el llamado a decidir en ciencias; un artista por temperamento, sin educación ninguna, tampoco es el llamado a sentenciar sobre belleza. Uno y otro son fuego que no arde, llama que no se extiende por falta de combustible.

En asuntos artísticos, especialmente literarios, nunca fueron las grandes obras las que tuvieron más número de admiradores: pocos, muy pocos supieron apreciarlas en lo que valen. Infinidad de ejemplos podríamos citar a este respecto. Los críticos se han empeñado siempre en encarecer ciertas obras a las cuales no encuentra el público el mérito que aquéllos les atribuyen. Si el público las lee con entusiasmo, si las admira, no las ve como las han visto los críticos. El *Quijote* gusta, generalmente, porque hace reír, pero pocos lectores le encuentran el sentido profundo y filosófico. Shakespeare nunca ha despertado emociones en los lectores vulgares. La *Sonata de Kreutzer* no gusta a éstos, porque no tiene

trama y misterio. Cierto que hay obras inmortales, soplos misteriosos del genio que estremecen todos los corazones: ¡pero de cuán distinto modo! *María*, de Jorge Isaacs, es una de ellas. Todos la encuentran bella, quiénes por lo uno, quiénes por lo otro; éste la mira por la pasión casta y delicada de los amantes, aquél por la poesía y la verdad que rebosa en los cuadros, el otro por las lágrimas que arranca. Pero qué pocos, qué contados se explican por qué esta obra resuena en el alma universal. Qué pocos qué contados ven en Efraín representada la humanidad; en *María*, en aquella *María*, el ideal que la humanidad persigue, que nunca alcanza.

En resumen: el instinto podrá sentir lo bello; pero apreciarlo, jamás.

Y es natural que a nuestro público no guste la obra de Zuleta. Si se exceptúan unos cuantos, estamos todavía por el novelón espantable, sensiblero, de gentes y de tramas milagrosas, a lo Pérez Escrich, o por la novela costumbrista de perendengues y de colores chillones, que haga reír a carcajadas. Por lo mismo, no pueden agrandar las medias tintas, el tono gris, la sencillez casi bíblica de la novela de Zuleta.

Como se le han apuntado varias faltas gramaticales, se ha deducido por algunos que está muy mal escrita. Nunca hechos aislados fundaron una ley. Ni es Zuleta el único: tres cuartos de lo mismo le acontece a grandes *hablistas* de la lengua. Pereda, el gran Pereda, emplea mal el gerundio —si hemos de creer a los gramáticos—. Del propio mal adolece don Juan Valera. El Padre Coloma, contra precepto gramatical, emplea distintamente la forma afija o la enclítica. Doña Emilia cambia a veces las formas verbales, y está acusada ante la Academia por el delito de emisión clandestina de palabras. Los Goncourt hicieron agostos en la lengua francesa. Aseguran algunos entendidos que el *Quijote* está plagado de italianismos. Es sabido que Shakespeare era un cafre en achaques gramaticales.

En cambio, don Manuel Cañete, lo mismo que otros puristas, han escrito en lenguaje archi-académico la mar de libros, y poco han dicho. Es que la Gramática, la Retórica y la Poética enseñan a expresarse, pero no a pensar ni menos a sentir.

Ya lo dijimos al principio: no somos críticos, ni mucho menos. Nos falta la ilustración, la inteligencia, la fuerza de apreciativa que la materia requiere; pero así y todo, nos jactamos paladinamente de entender muy bien el espíritu de la crítica literaria. Supremo tribunal del arte, ella falla y decide con la verdadera libertad: el amor o el odio nunca la ofuscan, pasión alguna la sugestiona. Con la serenidad augusta de la justicia, anota las bellezas y los defectos; y cuando en la

obra abunda más lo primero parece que hasta en su misma inmutable serenidad se revistiera de un aire piadoso y compasivo al señalar las imperfecciones.

Esta noción nos obliga a suponer que mucho de lo que se ha escrito sobre *Tierra virgen* no es crítica. Magistrado que sentencia con saña y sin doctrina, nunca fue tal; artista que sólo percibe fealdades, se nos antoja un contrasentido; espíritu que no rompe la nube tenebrosa en que lo envuelven las pasiones, no es la centella divina.

Y algo de esto ha habido en algunos de los jueces de Zuleta: sabemos de varios que dictaron la sentencia sin conocer el expediente.

Tierra virgen —llámese novela o estudio— es una faz de la humanidad, un pedazo de la vida. Es más universal que colombiana; en ella aparece la región, pero no el colorido local. No pertenece al determinismo de Zola, sino al realismo cristiano. No resuelve ningún problema, no tiene tendencia alguna: es de las del arte por el arte. Es obra enteramente original, que revela una personalidad literaria. Su autor a nadie se asemeja especialmente; a veces se nos da aires a Bourget, a veces a Tolstoi, a Dickens con frecuencia. Su espíritu, sin dejar de ser latino, tiene algo, un ligero tinte, de eslavo. *Tierra virgen* es una manifestación artística, un grande esfuerzo de alto significado en la literatura americana.

¿Estará la novela en cuestión desproporcionada al carácter antioqueño, a nuestro actual momento histórico? Lo ignoramos. ¿Deberá el poeta, el novelista, modificar su estética, verter a medias la luz de su cerebro, rebajarse ante sí mismo para ser comprendido por su coterráneos? Lo ignoramos también. Entre tanto, esperemos. Ni los que impugnan la novela, ni los que la alaban, ni Medellín ni Antioquia son la posteridad. Si la novela es un harapo, se hundirá en la nada. Si es grande, la posteridad la recogerá. Tal vez la sociedad que hoy lincha moralmente al autor, verá en él su mayor gloria. Tal vez la humilde familia de Manuelito Jácome será mañana brillante constelación en el cielo del Arte.

Entre tanto, esperemos.

Tomás Carrasquilla

Tierra virgen



I. *En viaje*

Una circunstancia imprevista detuvo en Remedios a D^a. Juana Muñoz que se dirigía a Bogotá con su hijo Manuelito. En los días de la llegada de D^a. Juana no se hablaba de otra cosa en el pueblo que de la belleza de una forastera que con su madre había llegado de Sanmartín hacía poco tiempo. Era alta y delgada; de ojos azules como la flor de borraja, sonrosada, fresca y de cabellos muy rubios. De figura arrogante y de modales tan seductores que el enamorarse de ella era casi un mandato imperioso del espíritu. Ella era la que se llevaba la palma en los bailes; ella la que mejor manejaba la rienda del más brioso de los caballos. ¡Qué ráfaga de vida nueva, de vida elegante y regia la que esa señora había llevado a la villa de Nuestra Señora de los Remedios!

Los hombres andaban seducidos y casi locos por la forastera. Las mujeres mismas disimulaban en público las torturas indomables de la envidia, y en frases cortas aunque flojas de estilo se inclinaban ante la opinión pública.

Si la señorita salía a la calle, los comerciantes saltaban por encima de los mostradores para correr a la puerta; las muchachas encopetadas y de moda volaban a las ventanas para verla pasar, y los hombres que andaban en la calle se detenían para admirarla.

No hubo remedio. La capitulación se impuso en todas las clases y sexos. Sólo D^a. Juana Muñoz que penetraba mucho las cosas, comenzó a lanzar frases disidentes un día en que estando en la mesa con Manuelito, creyó llegada la hora de comenzar el ataque.

—Pero es raro esto. Parece como si aquí no hubieran visto mujeres. Ha visto Ud. gente más novelera. ¿Pero qué es lo que tiene esa muchacha? Vamos

a ver. Que es blanca, que tiene ojos azules, que es algo elegante, y eso que ya se ha vuelto una sola contorsión porque aquí la tienen perdida. Y no es más. ¿Se acuerda Ud. de Josefita la de Marinilla? Esa sí es muchacha bonita, simpática y moderada. ¡Pero ésta! Le parece que es ella sola, y está que no cabe ya ni en la plaza. Y ese orgullo que tiene. El que se case con ella tiene que tener millones porque para sostenerle el lujo y los caballos se necesita bastante. Lo que son los pobres no deben pensar en ella —y al decir así D^a. Juana le clavó los ojos al muchacho.

Manuelito no contestó una palabra a las observaciones de su madre; y notando la señora este silencio revelador de algo muy serio que estaría pasando en el corazón de su hijo, continuó diciendo:

—Como los arrieros aseguran que ya la trocha de Sambartolomé está seca nos iremos dentro de cuatro días y por consiguiente, hay que evitar las trasnochadas. Conque vaya Ud. excútese del baile para que ha sido convidado.

—Iré a hacer lo que Ud. manda, señora, esta misma tarde.

—Pues sí, señor. Hay que desprenderse de una vez de los amiguitos y amiguitas. En pocos años habrá Ud. terminado su carrera, y entonces moriré tranquila dejándole una verdadera herencia: el saber, el tener una profesión. ¿Qué le vale a un hombre tener dinero si cualquier día se lo quita un tinterillo, o se pierde de otra manera? Ni quiero que Ud. piense nunca vivir en pueblos, donde no hay sociedad, ni hombres ilustrados, en donde hay tantos escándalos, y tantos chismes, y tantas rivalidades en las familias. ¡Si yo hubiera crecido en tiempos en que hubiera habido escuelas para las mujeres! Ya le he contado que tuve que aprender a escribir a escondidas, sirviéndome de papel las piernas, y de pluma, astillitas de palo y tunas de naranjo. Las facilidades de ahora, y las libertades para la lectura, no fueron de mi tiempo. ¿Sabe Ud. cómo pude leer el *Quijote*? Pues vea: cuando ya todos estaban dormidos me levantaba y con mucha maña sacaba el libro de donde lo tenía escondido mi padre y me ponía a leer hasta que cantaban los gallos y entonces volvía a ponerlo en su puesto.

No me quisieron enseñar a escribir porque eso era “una tentación” como decía mi abuelo. Ahora las cosas son al contrario. Los padres son los que se afanan porque sus hijos se eduquen. No quiero decir que todos los muchachos sean desaplicados, y mucho menos Ud. que ha recibido premios de manos del mismo Illmo. Gómez Plata. Y así seguirá Ud. en Bogotá porque allá hay más

obligación que en Antioquia. Qué diría el Sr. Obispo si supiera que Ud. se había vuelto perezoso. Y el gusto que va a tener cuando le escribamos que Ud. es ya doctor y sale a la calle de bastón con boleros y que hemos resuelto quedarnos en la capital y que pronto entrará Ud. en la Corte de Justicia. Hombre tan bueno como el Sr. Obispo, cómo se irá a alegrar cuando esto suceda, que será pronto, porque cuatro años se pasan en un momento.

Esto decía la Sra. D^a. Juana, y esto oía su hijo Manuelito sin decir palabra. A veces se le iba la imaginación lejos y tenía que hacer grandes esfuerzos para atender a lo que su madre decía, pero las frases aisladas que pudo coger a ratos, le dieron a entender por dónde venía la señora.

Por fin terminó la comida, y Manuelito salió de paseo por la calle del Retiro, hasta que llegó al punto en que comienza el descenso de la cuchilla sobre que está edificado el pueblo.

Salió en busca de la soledad, y cuando pensó que era la hora del recogimiento deseado quedó sorprendido ante el vasto y lejano horizonte que se presentó a su vista. La montaña inmensa y extendida en suave declive iba a tocar, allá lejos, con una faja blanca por donde debía correr, sin duda, el apacible Magdalena. El verde intenso del monte era reemplazado, a trechos, por campos de color amarillo y brillante, formados por guayacanes florecidos que llenaban la misión del contraste, como ley siempre fija en los reinos de esta naturaleza incomprensible. Sobre la faja blanca que limitaba el horizonte, alcanzábase a ver innumerables y variadísimos crepúsculos en que alternaban los colores intensos con los desvanecidos y fugaces. El verde oscuro, el azul profundo, el rojo, el naranjado, las fajas amarillosas, las líneas rojizas y encima las nubes blancas, plateadas, quietas y tranquilas como cortinas misteriosas que ocultaran otros mundos a la visión mortal y efímera del hombre.

Encima de éstas se ven en bandas largas y anchas las nubes movibles, los copos blancos que se desvanecen y se pierden en la hermosa comba de los cielos. Y luego las figuras raras y atractivas van apareciendo en el horizonte. Allá un enorme elefante que camina lentamente con una nube negra y encorvada por trompa, con la cual va removiendo las nubes más fugaces que se hallan a su paso; a la izquierda las barcas con sus hinchadas velas, navegando hacia adelante o moviéndose hacia los lados hasta que se evaporan o las cubre alguna nube obscura como la noche; a la derecha, castillos como los que andan pintados en los cuadros, casas de techos muy altos sin paredes; cabezas de gigantes, y otras

mil figuras que aparecen y se pierden como las ilusiones que se atropellan en la mente.

Volando van en bandadas bajo aquel cielo limpio las guacamayas de cabeza colorada, y los loros que en confusa gritería turban por instantes el silencio misterioso de la tarde.

Manuelito ha visto todo esto y se ha ido alejando con la imaginación del sitio en que se encuentra. Su espíritu ha flotado también en esa atmósfera lejana y misteriosa y se ha sentido navegando en el Magdalena, ha desembarcado en Honda, ha llegado a Bogotá, se ha sorprendido de las sabanas, ha dicho a su madre muchas frases elegantes sobre la belleza de ese suelo, se ha creído en el colegio y ha notado que los profesores lo quieren y esto se lo ha referido a D^a. Juana, la cual ha saltado de contento, y le ha recordado lo que valen los consejos de una madre y creyó que la estaba oyendo decir: “¿Qué tal si a Ud. se le hubiera antojado quedarse en Remedios? ¿Qué sería Ud. hoy? Tal vez secretario del jefe político. ¿Y de qué le habrían servido los cuatro años de latín y el saberse a Virgilio de memoria, y el manejar a Horacio, como si fuera de la casa, en un pueblo de esos?”. Vivió cuatro años en Bogotá en esos instantes, tuvo muchos amigos, alcanzó muy altas calificaciones, se graduó, llegó a la Corte, estuvo en el Congreso, y creyó que había tocado el cielo con las manos.

Pensó todo esto y lo dio por hecho; pero en tales excursiones y acontecimientos no faltaba una figura aérea y flotante que acompañaba por todas partes el pensamiento de Manuelito. Era una obsesión permanente de su espíritu, de la cual era imposible desprenderse. El recuerdo de ella unas veces, y la visión casi palpable de ese ser, le producían profundos y morbosos calofríos acompañados de fatigas delgaditas que él sentía en lo más hondo de su pecho. Sensaciones inexplicables, con todo el encanto de las dulzuras infinitas, con la fuerza de las atracciones imperiosas y dominadoras y con los desfallecimientos casi mortales del alma en sus vuelos hacia la región inmortal de los grandes e insaciables afectos.

Víctima de estas sensaciones agridulces, vio llegar las sombras que empujaban los últimos rayos de luz que iban a morir suavemente en los confines del hermoso horizonte.

Sopló el viento con fuerza y heló la sangre de Manuelito, quien despertando de aquel sueño pensó en la excusa que tenía que presentar al Sr. D. Cándido Suárez, que era quien lo había invitado al baile, y volviéndose por la misma calle del Retiro, fue a tocar a la puerta de la casa de éste.

Una vez en la sala, y cambiadas las frases hechas que en toda visita se estilan, Manuelito abordó el asunto de la excusa, y comenzó a hablar así:

—Sr. D. Cándido, tengo la pena de decirle que se sirva excusarme de asistir al baile para que me ha convidado, por tener que ausentarnos mi madre y yo dentro de cuatro días.

—Pero no yéndose Uds. mañana ¿por qué no puede Ud. venir al baile?

—Dice mi madre que la trasnochada puede hacerme daño y que no sería prudente, teniendo que pasar la trocha de Sambartolomé, el venir al baile.

—Pues dígame Ud. a D^a. Juana que no sólo tiene Ud. que venir, sino ella también. En buenas estamos con D^a. Juana. ¿Y con quién voy yo a bailar la pisa, y quién me contestará las trovas en el fandanguillo?

Apareció en la sala D^a. Genoveva, la señora de D. Cándido, con su vestido de regencia obscuro, escotado, flojo y de talle muy alto. Anciana frescota y limpia, de cabellos muy asentados, recogidos de la frente hacia atrás, en dos trencitas menudas, que van a entrar en la formación de la moña, sostenida y adornada con peinetas muy cucas.

Detrás de la señora entró la Srta. Adelaida, de traje azul con boleros que subían hasta el nivel de la rodilla, sin curvas ni prominencias ficticias, pues no le había llegado todavía el tiempo a aquella famosa hipérbole femenina que se llamó crinolina, y de la cual sólo quedan muestras en los daguerrotipos que guardan religiosamente ciertas damas encanecidas y arrimadas. El peinado sencillo y partido, por lo general, a un lado, y en las sienes unos tirabuzones bien afianzados en su puesto, con agua gomosa. Algo descolorida, de ojos pequeños y vivos, labios delgados y pálidos. Medio obesa y probablemente blandita, pero animada, lista y comunicativa. Dicen que tiene treinta años, y no lo parece porque los albores de la segunda juventud engañan frecuentemente. No se ha querido casar, aunque le han salido muchos novios, según opinión de ella misma; pero a leguas se nota que la infeliz ha entrado al circo de las braceadoras de profesión que no se dan por vencidas nunca y que con la palma en la mano mueren picando al aire como los gallos finos.

—Si supieras Genoveva —dijo D. Cándido— con la que sale ahora D^a. Juana. No quiere dejar venir a Manuelito al baile, porque dizque le puede hacer daño la trasnochada. ¿Y por qué no le han hecho las otras? ¿Y quién ha dicho que Remedios es enfermo?

—Esa sí que fuera —dijo D^a. Genoveva—. Y con todas las muchachas que van a venir. Miedo que tiene D^a. Juana de que se le quede el hijo en Remedios. Pero supóngase, irse a casar Ud. ahora y a cortar su carrera.

—Pero a él sí le ha gustado una; mamá, es que Ud. no sabe...

—¿La forastera tal vez? Y esa va a venir también, no ve, hasta eso, y es muy bonita muchacha.

—¿Y a Ud. le parece? —dijo Manuelito dirigiéndose a la señora.

—Muy bonita, eso sí, pero como que es orgullosa.

—No es eso, mamá, es que Elena no tiene roce, y a las muchachas les hace una gran falta el roce. Una mujer por más bonita que sea si no tiene buen roce, no gusta. Ya ven a Rosario. Qué mujer tan bella, pero desde que uno la trata se le caen las alas. Es una pura papaya. Y Elena se casa con Aparicio, el hijo de D. José María. Por lo menos allá lo quieren mucho, y a ella como que no le disgusta. ¿Ud. no ha oído nada, Manuelito?

—No, señorita —dijo éste sin atreverse a adelantar tan espinoso asunto.

—Pues por lo menos entre ellos dos como que sí está convenido —dijo la Srta. Adelaida, y acentuó la frase de cierto modo que parecía sentenciosa.

—Lo que importa es que Manuelito no pierda el baile —dijo D. Cándido— y lo que hemos de hacer es que yo mismo voy a hablar con D^a. Juana y verán cómo la comprometo.

—Eso es —dijeron a una D^a. Genoveva y su hija—. Así quedamos, y ya sabe que contamos con Ud., Manuelito.

Despidióse éste dando las gracias a los señores de la casa y acariciando la esperanza de poder ir al baile.

Adelaida salió inmediatamente para la casa de Elena, y una vez allí, les contó a todos el viaje próximo de Manuelito.

—Qué les parece lo boba de esta Teresa Carrillo, que estaba pensando que Manuelito se iba a casar con ella. ¡Ah bobas que somos nosotras las mujeres! Supónganse con D^a. Juana. Iba ella a dejar casar a su hijo con alguna. Si está que no sabe qué hacer con el muchacho. Si por ella fuera no le dejaba pisar la tierra. Con decirles que no lo quiere dejar ir al baile, y es de miedo de que eso se arregle, porque lo que es Manuelito sí parece muy enamorado de Teresa. Pero vean, más fácil es que se caiga el mundo que Manuelito casarse.

—¿Y cómo están en su casa, Adelaida? —dijo la madre de Elena.

—Bien, D^a. Petrona, pero muy atareadas. No vengo sino a saludarlas, y a decirles que las esperamos sin falta.

—Pero no se vaya todavía, Adelaida.

—No, mi señora, adiós —y dirigiéndose a Elena, se le fue a los abrazos. Después dio tres o cuatro vueltas, y al fin se flechó por la puerta.

D. Cándido comprometió a D^a. Juana. No fue posible resistir a la dialéctica, y a las frases que iban derechas a herir las fibras que van a dar al centro de la vanidad humana. Y los temores que abrigaba la señora quedaron desvanecidos con la noticia de que Elena se casaría con Aparicio, según lo que se decía en la calle.

—Va a pensar Ud. que Manuelito se enamore de Elena, como les ha sucedido a los muchachos de aquí. No crea que haga eso un hombre que ha estado en Antioquia y en los pueblos de arriba, y que conoce tantas mujeres bonitas y ricas. Gentes como Manuelito no son para casarse en estos pueblos. Conque bueno, D^a. Juana, allá los esperamos, y queda citada para el fandanguillo.

Y el viejo se despidió cortésmente abrigando en lo íntimo de su ser la esperanza de pescar al estudiante para su hija Adelaida. “Quién quita —decía él para sus adentros—. La muchacha sabrá poner de su parte, por supuesto, y no es difícil que el mozo caiga. No es tan bonita Adelaida, es cierto, pero, y la gracia que tiene y el garabato, y esa mata de pelo como la que tenía su madre cuando yo me casé con ella...”.



II. El baile

Llegó la hora del baile. La sala muy espaciosa y profusamente alumbrada. Las ventanas y puertas abiertas. En el patio la servidumbre de hembras y varones alebrestada con las fiestas de los amos. En las ventanas los curiosos emitiendo libremente sus opiniones sobre la belleza de las damas, riéndose a veces de algunos de los viejos emperejilados y alegres, y en comentarios más o menos agresivos sobre los concurrentes. Desquite natural de aquellos a quienes en los actos diversos de la comedia humana, les toca el papel de espectadores.

Los hombres muy bien vestidos y galantes. Las mujeres sonando el raso bordado de florecitas y dejando ver el pie breve, calzado rica y primorosamente, con el zapato suave y flexible que facilita los movimientos rítmicos del cuerpo, y un olor esparcido en el aire que va dejando el pañuelo de Holanda empapado en los perfumes finos de la Costa.

Allá va Teresa Carrillo, la morena de pestañas largas y crespas, que suben y bajan dejando ver los relámpagos reveladores de las tempestades lejanas que ocurrirán –sin duda– en aquellos ojos negros y brillantes, de fondo impenetrable, y seductores como el misterio mismo. Se mueve con un compás que arrebatata, y está embebecida con los acordes de la música que ella complementa sin saberlo.

Y Elena Silvestre, lujosamente vestida, elegantísima y arrebatadora como una diosa.

Pepita Gálvez, la inquieta y vivaz calentana, pequeñita y simpática, imponderable y ligera como una pluma.

Amalia Palacín, pálida y melancólica, dejándose llevar sin resistencias al torbellino en que se agitan todos.

Y Rosario Páez, la de cabellos largos y negros, sedosos y ondeados, festiva y risueña, de boca grande, cuajada de dientes blancos, con los cuales se dejaría hacer pedazos el mismo dios del amor.

En los aposentos están las señoras ancianas, haciendo comentarios unas, observando a sus hijas otras, y las demás entregadas desde temprano a las delicias del chocolate con bizcochuelo caliente, que en latas acaba de llegar del horno.

En el patio danzan los criados más mozos, no sin que deje de observarse alguna pareja de viejos, que a pesar de la tiesura de las articulaciones se empeñan también en recordar sus antiguos tiempos de desborde animal.

Pasan las horas, hasta que D. Cándido un poco impaciente ya por la demora, anuncia que va a bailar fandanguillo con D^a. Juana Muñoz. La sensación que esta noticia produce es grande, y todos van tomando puesto para poder oír bien las trovas de uno y otro.

D^a. Juana y D. Cándido salen a la sala en medio de los más estrepitosos aplausos. Y una vez en el centro se separan y van zapateando hacia atrás hasta alejarse lo suficiente; vuelven a encontrarse en el centro, dan la vuelta y quedan de nuevo al frente. Cesa la música, D. Cándido se prepara, los espectadores esperan con ansia el verso, y por último dice así:

Con todas me divierto,
las miro y hablo
menos a la que adoro:
la miro y callo.

¡¡Bueno!! Y siguen la música y el baile, hasta dar la vuelta, y entonces D^a. Juana con la mano en la cintura contesta:

El amor nace con penas,
con penas se hace constante,
y sin penas no hay amante,
y si hay amante, es apenas.

¡Bravo!, dicen por todas partes, y siguen bailando hasta que llegado el momento del otro encuentro dice D. Cándido:

Al prado de tu frente
salí a pasearme,
y salieron dos negros
a cautivarme,

*

Tierra virgen

es hecho raro,
que siendo ellos los negros,
sea yo el esclavo.

Y otra vez D^a. Juana en la misma actitud del principio le contesta:

Si pensáis que pienso sí,
si pensáis que pienso no,
si pensáis que pienso en ti,
en eso no pienso yo.

Siguieron bailando un poco más, hasta que se terminó el fandanguillo, y los dos viejos se retiraron de la escena en medio de los aplausos y de las felicitaciones de los concurrentes.

Manuelito no ha dejado de mirar a hurtadillas a la Srta. Elena, y Adelaida le ha seguido la pista y hasta ha llegado a toserle, como para llamarlo al orden.

También han bailado Manuelito y Elena varias veces, pero sin darse cuenta el primero de lo que estaba haciendo. Una emoción profunda lo dominaba durante toda la pieza, y apenas si se atrevía a dirigirle a su pareja una que otra frase entrecortada. Elena sentía la mano de Manuelito temblorosa y tibia, pero impecable, y a pesar de que el estudiante bailaba como un trompo solía perderse en ocasiones. Ella lo sostenía en el baile y hasta se echaba la culpa de haberle hecho perder el paso.

Y durante la noche se cruzaron unas miradas rápidas y fugitivas.

A las dos de la mañana comenzaron a desfilas las madres llevándose por delante a las hijas, y los hombres viéndose casi solos, se despidieron también de los señores de la casa.

D. Cándido tomó la cama rendido por el cansancio producido por las atenciones, por el movimiento muscular inusitado a que había sometido sus piernas débiles y flacuchas, y por el sueño que le cerró los ojos antes de poder zafarse los borceguíes y de soltarse la corbata. Quedó eso al cuidado de la Sra. D^a. Genoveva, que un poco más fuerte que su marido dio algunas vueltas por la casa antes de acostarse. No pudo ella menos que condolerse del estado de D. Cándido, y con toda la delicadeza de una mujer afectuosa terminó la tarea comenzada por él, hasta el toque final de cubrirlo con una sábana delgadita y fresca.

—Y para lo que ha venido a resultar de este afán... —decía la señora desconsolada y medio corrida. Ponerle diversión a los demás, y hacer en la casa

*

un mercado en que no se realizan sino las mercancías ajenas. Con seguridad que esa tonta de Teresa Carrillo arregló con Aparicio esta noche. Y lo que se divirtió esa forastera orgullosa de Elena Silvestre, sin costarle nada. Y la Rosario Páez que no hizo más que mostrarle los dientes a Marcelino; y Amalia Palacín, quien la ve tan moderada, y estaba saltando al ojo la hipocritona. Qué tendrán los hombres de ahora que se dejan llevar de estas mujeres fachendosas, que parecen unas farotas. No se lo explicaba la señora, pero desde el fondo amoroso y benévolo de una madre, no podía menos que sentirse herida por el poco caso que habían hecho los convidados jóvenes de su querida hija que valía, según ella, mucho más que todas esas muchachas alebrestadas y sin juicio alguno. Adelaida tan hacendosa, tan moderada, tan buena bailadora y con ese roce que tiene, ¡y hacermele el desprecio esos diablos! Y ese bobo de Manuelito que está pensando que D^a. Juana lo va a dejar casar con esa mujer que no lo quiere, y que hasta le hace desprecios en público.

Todas estas cosas pasaron por la mente de D^a. Genoveva hasta que el sueño reparador y benéfico la llevó a las regiones de la tranquilidad casi absoluta con que Dios calma las tribulaciones de estos seres, víctimas de los resultados fatales de situaciones que ellos mismos se han creado sin poder comprenderlo.

Adelaida está volteándose en la cama sin poder conciliar el sueño y viendo por todas partes aquella pareja odiosa, cuyo recuerdo imborrable le tortura el espíritu. Acariciaba en su mente mil proyectos de venganza contra el uno y contra el otro. Desechábalos en seguida sintiéndose impotente para acometer empresas al parecer irrealizables, y de nuevo volvía a sentir unos ímpetus de despecho que la obligaban a sentarse en la cama porque creía ahogarse. Y otra vez sobre la almohada volvían las violentas tempestades que engendran las derrotas definitivas, las decepciones presentes y el amor imposible. Fatigada, rendida y casi muerta se durmió al fin, repitiendo con delectación morbosa esta frase que calmaba su angustia: “Lo bueno es que se va a quedar con la gana la tal Elena”.

Ni ésta había podido dormir tampoco. Sintióse herida también esa noche en la fibra sensible y oculta que vibra en lo más hondo del organismo humano. Lo que le dolía sobre todo era que esa impresión profunda iba a terminar con una separación irremediable y próxima. Contra esas sensaciones imprevistas se rebelaba a veces su espíritu que no acertaba a hallar solución alguna a aquel problema que las circunstancias le habían planteado como por asalto. Manuelito le había parecido muy tímido, pero ingenuo y sobremanera inteligente. Dónde

hallaría un hombre más ilustrado y prudente que ese. Y qué satisfacción la de ser esposa de un hombre que sabía más que todos los de su pueblo, y que sería el consejero obligado de todos los miembros de su familia. Tan culto, tan serio y tan elegante. Los de su pueblo le parecían vulgares, y la timidez que notaba en Manuelito pensaba que se perdería al fin, y se le ocurría decir a veces: “Yo sabré animarlo para que vuele”. Pero por encima de estas consideraciones de análisis flojo, surgía otra medio confusa, inexplicable y dominadora que decidía el asunto y la obligaba a desear el enlace con Manuelito, como el último resultado de esa aspiración misteriosa.

Asaltábale el recuerdo de D^a. Juana como nube oscura que cubría el cielo de sus ilusiones amorosas. Qué suegra tan impertinente sería esa. Cómo me castigaría con su desdén si le arrebatara a su hijo. Y luego se acordaba de que él partiría a los tres días para Bogotá, y daba unos suspiros largos como para descansar de ese peso. Olvidemos esto, olvidemos esto, repetía la pobre, y se llevaba las manos a la cabeza tapándose los ojos con fuerza como para matar el recuerdo de Manuelito. ¡Nada! No valía taparse. Al contrario; al querer aislarse de lo que la rodeaba, aparecía con más fuerza en su mente la figura de él, y de nuevo volvía aquella opresión desesperante.

Por último comenzó a llorar y le corrían por la cara unos lagrimones que le bañaron el rostro y le quietaron el espíritu. Se sintió descansada y livianita y se quedó dormida creyendo que ese llanto cancelaba la deuda amorosa.

De espaldas, y sin desvestirse siquiera, está Manuelito en la cama. En sus oídos está sonando la música todavía, y él va a poner la contradanza española con Elena. Tomados de la mano levantan los brazos y los demás van desfilando debajo de ese arco simbólico del que ostenta Cupido. ¡Qué elegancia y donaire el que después muestra Elena en las figuras que están haciendo! Si no se sacia de verla, y no se explica por qué se ha acabado la contradanza tan pronto.

Es una polca la que tocan ahora. Llega a tiempo y la cita, y ella medio dejativa viene a sus manos, y perdidos en un mundo nuevo, muy lejos de esa sala en que se mueven otros, van por el aire vagando juntos como dos plumas que el viento eleva. Termina todo y Manuelito se despide de Elena, y sin embargo sigue oyendo la música. Bueno, comencemos otra vez, se dice él, y de nuevo vuelve a bailar con Elena y por su cerebro van desfilando hasta los más insignificantes detalles de esos ratos en que estuvo a su lado. Detiéndose en cada uno, los acaricia y los mima, y en el goce profundo de estos recuerdos, que él

considera como escenas presentes, experimenta de golpe la misma impresión que tuvo la antevíspera cuando contemplaba el horizonte. Qué es esto, se decía el estudiante, sin poder explicarse el hecho de que el solo recuerdo de sensaciones gratas, le produjera sacudimientos interiores tan mortificantes, y lo obligara a tomar aire en profundas inspiraciones para no ahogarse. Comenzó a sentir unas expansiones en el interior del pecho y luego unos apretamientos como si lo estuvieran torciendo por dentro, que lo obligaron a levantarse y a salir al patio en busca de aire para no asfixiarse. Con la inocencia del que se siente atacado la primera vez por el impulso invisible que determina hasta la comunión misteriosa de los átomos que se buscan para confundirse empujados por fuerzas ciegas, pero creadoras de oportunidades providenciales, el pobre Manuelito comenzó a dar palos de ciego en el trance imprevisto en que se veía envuelto. De aquí el que creyera que el aire libre y fresco de la mañana calmara la angustia de su pecho.

Salió. Las brisas ligeras de la mañana hacían percibir el ruido de los copos de los árboles que se movían lentamente detrás de la cerca que limitaba el patio; los pájaros se despertaban cantando; la luz del día iba invadiendo el ambiente de una manera imperceptible a veces, y en ondas claras y visibles otras; el gallo hendía los aires con su canto y dejaba oír el frote de sus alas al sacudirse estrepitosamente; y la vida nueva iba derramando la alegría serena que producen las medias tintas que van perdiéndose al golpe de claridades calladas, que ensanchan el ánimo, como todas las dulzuras de la esperanza tenue.

Manuelito sintió también la frescura en su espíritu y fue quedándose en un arrobamiento suave y delicioso. Pero aquello fue un instante. Otra vez volvieron el recuerdo de ella y el ansia inexplicable; y cuando la luz plena iluminó la tierra y aparecieron a su vista las vulgaridades de la existencia real, la neurosis misteriosa del amor se refugió de nuevo en las sagradas interioridades de ese organismo tímido y sincero.



III. Comentarios

I

—Comadre Camila, conque mucho baile anoche en casa de D. Cándido —dijo D^a. Agustina Arismendi.

—Sí, comadre, pero me parece que por más bailes que den, siempre se les queda esa empanizada de Adelaida. Mucho anzuelo está echando la pobre, pero los muchachos no pican.

—Qué van a picar si Adelaida ya está vieja. Pues no había nacido todavía Joaquincito el mío, cuando Adelaida ya hacía mandados, y Joaquín va a cumplir ya veinticinco años. Sí, veinticinco, porque Nicolasa la de mi comadre Manuela y Joaquín nacieron el mismo día, que fue un jueves, por más señas, y ya ve los hijos tan grandes que tienen.

—También es que es muy feíta, comadre —dijo D^a. Camila—. Y esa color que tiene.

—¿Y muchos convidados hubo?

—Eso me han dicho, comadre. Con decirle que estuvieron hasta las Polancos. A mí me convidaron pero no quise ir, porque quién va a juntarse con ñapangas como esas. Porque uno esté pobre no debe dejar nunca de ser lo que ha sido. Ni yo iba a dejar bailar mi hija con zambos como Pacho Quintero.

—¿Y hasta Pacho Quintero estuvo en el baile?

—Sí, señora, y muy entablado que estuvo con Teresa Carrillo. ¡Ah tiempos estos, comadre! ¿Se acuerda de los bailes que teníamos nosotras? Esos sí eran bailes, pero ahora es un revoltijo que da vergüenza. Porque no es más que un zambo de éstos consiga cuatro reales, y ya lo tienen metido en todo.

—Muy cierto que es eso —dijo D^a. Agustina—. Y lo lambidos que se ponen cuando ya tienen botines. Mire que al patojo ese ya no hay quién lo aguante.

—Pero no diga de Pacho Quintero. Si también estuvo en el baile Luis Arenales. Blasina, la criada de D^a. Inés, me contó que a éste no lo habían convidado, pero que a poco de estar bailando se entró y sacó pareja, y no se atrevieron a decirle que se saliera.

—Pues ese es el resultado de convidar a todo mundo. Estoy segura de que si él no hubiera visto a las Polancos allá, haya miedo que él se hubiera entrado, pues donde están las Polancos, también puede estar Luis Arenales. Y otra cosa, Arenales siquiera es blanco por la madre ¿pero a las Polancos por dónde les viene?

—Las Polancos por ninguna parte, pero son tan metidas que aunque Sara y yo no las hemos ido a ver, nos quieren comer a abrazos cuando nos encuentran en la calle.

—Lo mismo es con nosotras, comadre. Dios me libre de gente arribeña, con lo zalamera que es. ¿Y qué habrá de Manuelito y Elena?

—Pues ella como que no lo quiere.

Si es que el muchacho ese es hasta bobo. Supóngase, criado al pie de la madre. Los que sí dizque estuvieron muy entablados fueron Rosario Páez y Marcelino.

—A buena alhaja se va a hacer Marcelino —dijo D^a. Agustina—. Cierto que es celebrita, pero es tan dengosa y tan inútil, que no sabe ni pegar un botón. De dónde le habrá salido dar bailes ahora a Cándido, con lo cicatero que es; porque eso de ir siempre a los bailes que dan otros es la costumbre de él, pero dar baile en la casa, tiene que ser por algo.

—Sí, comadre, lo que le he dicho. Es que los viejos ya ven la cosa mala con Adelaida, y quieren salir de ella aunque sea con Luis Arenales. Y el pobre Cándido aunque no quisiera hacer nada siempre se tiene que mover, porque Genoveva es la que manda en la casa. Ella lo manda, y hasta dicen que le pega. Hoy dizque tuvieron agarrón por el fandanguillo que bailó con D^a. Juana Muñoz.

—No diga, comadre. ¿Y lo cела también? Pero quién va a celar a un viejo de esos, que ya ni se puede valer.

—Pues ahí donde la ve es tan celosa, que hasta brava dizque está con Alejandrina Murillo porque Cándido va mucho a la casa. Él sí fue endiantrao ahora tiempos, y hasta dicen... yo no sé, la gente también conversa mucho, comadre.

—Pero ahora sí es hasta bobada celar al pobre. ¡Genoveva sí está local!

Y estas dos señoras siguieron haciendo observaciones sobre el pasado baile, con toda la habilidad de un disector anatómico, y sobre todo manejando el cremómetro con más habilidad que D^a. Bernardina, la de la capital de la Provincia, que tenía fama de exquisita como ninguna.

Pastora Ríos, hija de D^a. Agustina, y Sara Grisales, hija de la comadre de ésta, un par de muchachas aspirantes al santo estado del matrimonio, aunque pasadas de punto y ya secas y traqueadoras como camarones, también se decían:

—Vea, niña, que bailar con Pacho Quintero siempre es tener mucha gana de encabarse —dijo la Grisales.

A lo cual contestó la otra:

—Y con Luis Arenales, ¿qué dice niña?

—¡Ave María purísima! Y quien ve a Rosario Páez tan orgullosa, y no se le da nada bailar con esa gente, porque esa dizque fue la que más bailó anoche con ellos. Con la que no pudieron bailar fue con Elena Silvestre, la de Sanmartín. Esa sí dizque les hizo desaires. ¿Y no sabe otra cosa, que a la pobre Adelaida no la sacaron a bailar, y se tuvo que ir para el aposento en donde se puso a llorar, hasta que la sacó el viejo D. Benedicto?

—¡Qué le parece, y con la gana que dizque le tiene a Manuelito!

—A Manuelito sólo no, niña. A cualquiera que se le atraviese. Apuesto que si Pacho Quintero le propone se casa con él.

—Imposible, niña. Ya se ve que cuando lo invitaron al baile, por algo sería. ¿Y quiénes serían las más bien vestidas?

—Pues como que no hubo ninguna.

Amalia Palacín sí dizque tenía muchas joyas, pero esas son las de la abuela, porque ella de dónde va a sacar nada con lo pobres que están en la casa. Vea, niña, que esa sí es mucha gana de aparentar, irse para un baile con alhajas prestadas.

Y por este estilo siguió la conversación de estas dos víctimas del amor solitario y de las decepciones sociales, hasta que D^a. Camila y D^a. Agustina acabaron de tomarse sendos pocillos de chocolate.

De la casa de D^a. Agustina salieron D^a. Camila y su hija para la de D^a. Genoveva, en donde se encontraron con Pacho Quintero, que estaba de visita.

A poco las dos señoras entablaron conversación, y los jóvenes hicieron igual cosa después de colocarse a respetable distancia de las ancianas.

—Mi señora —dijo D^a. Camila—, no sabe lo que le agradecemos la invitación, pero no pudimos venir porque la pobre Sarita no tenía ni un camisoncito bueno que ponerse. Mire que la cosa se nos está poniendo muy mala. Hasta el derecho de mina que nos había quedado en La Quiebra, lo tuvimos que dar a menos precio y nos lo hemos comido todo. Dentro de poco tiempo tendremos que vender hasta las alhajitas. Sí supimos que el baile había estado muy bueno, y que hasta Cándido había echado su punta con D^a. Juana. ¡Ah Cándido, siempre alegre! También nos dijeron que lo de Adelaida estaba muy adelantado, y ah buena elección que hace, porque este Pacho Quintero vale lo que pesa. Así fueran todos los hombres como éste. Tan buen hijo y tan simpático que es. Y Adelaida lo merece porque esa sí es muchacha hacendosa, y mujer de toda cuenta. Y hasta nos contaron que Elena Silvestre dizque no estaba bien vestida, porque todo se sabe.

D^a. Genoveva, con toda la satisfacción que le produjo este medio de poder hablar contra la forastera, se apresuró a preguntar:

—¿Y quién le contó tan ligero lo del vestido de Elena?

—Gentes que no faltan, mi señora. Mi comadre Agustina me lo dijo desde muy temprano, y como ella no las quiere a Uds. y está sentida porque no la convidaron, estuvo echando contra todos los del baile. ¡Muy mi comadre que es, pero qué lengua la que tiene! Por eso es que aquí no la quiere ninguno. Siempre vive hablando de nobleza y de bobadas de esa clase. Pues, ¿y ella quién es? Ud. y yo que sabemos todo... pero lo mejor es no hablar. Si viera lo que dijo contra Pachito Quintero. Como si ella fuera tan blanca; tal vez por lo Arismendi, pero por lo Tangarife es más negra que cualquiera. Y estoy segura de que si él quisiera casarse con Pastora, se la daban al momento. Porque qué tacha le pueden poner a Pacho. Dígame mi señora, ¿no vale más Pacho Quintero que cualquier tuntuniento de los de mi comadre? —Y tomando viento D^a. Camila abrió la boca, dejando ver en aquel golfo oscuro, un colmillo náufrago y que era cuanto le había quedado a la pobre de la dentadura; pero este colmillo era un poste, un personaje saliente y simbólico que dominaba la escena en ese agujero escueto por donde salían las palabras con la impetuosidad de un torrente. Ese colmillo era el dato más notable que podía tenerse para clasificar a D^a. Camila, como tipo marcadísimo de la raza canina. Volvió a hablar y dijo—: Aquí los únicos blancos son Uds. y D. Zoilo Pereda, y ya ve Ud. que tanto quiere D. Zoilo a Pachito, porque es lo que él dice: “Lo primero es la hombría de bien”.

—Pues sí, señora —dijo D^a. Genoveva—, Elena Silvestre sí vino mal vestida, pero es que los trajes de arriba son tan feos! ¿Y mucha gana que le tienen en la casa a Manuelito, no sabe? Lo malo es que el muchacho se va pronto, y D^a. Petrona se va a quedar con la gana de casar la hija.

—¿Pero bueno, y lo de Adelaida sí es cierto?

—Él sí como que está muy enamorado de ella, pero esta muchacha es tan regodiona. Ya ve cómo no quiso casarse tampoco con Aparicio, y ahora está este pobre buscando a Amalia Palacín que tampoco le hace caso. —Y D^a. Genoveva tomando posiciones para el porvenir y adelantando la defensa de la segura y definitiva soltería de su hija, terminó diciéndole a D^a. Camila—: Yo no sé qué tiene esta muchacha, pero si no se casa es porque no quiere, pues son muchos los pretendientes que le han salido.

Con este expediente salía D^a. Genoveva de un apuro, y Pacho Quintero pagaba en las relaciones con esta familia el tributo que exige siempre la vanidad femenina.

—Ay, mi señora —dijo D^a. Camila.

Lo mismo le pasa a Sarita. Harto que la han pretendido y no se da por entendida.

—Allá supimos —dijo en el otro grupo Sarita a Pacho Quintero—, que Ud. había estado lo más contento en el baile, y muy entablado. ¿No es cierto, Adelaida?

—Si no se perdió una pieza. Y si supiera con quién. ¡Ave María, yo no creía que Ud. fuera así!

—Lo que es contento en el baile —dijo éste—, sí estuve, pero yo bailé con casi todas.

—Qué le parece, Adelaida. Si uno no lo conociera. Deje esas cosas Pachito porque eso lo desacredita. Es que Ud. es muy envolatador. Ya ve todos los floleos que le hizo a Rosario Páez, y después sacó el cuerpo.

—No, señorita, es que Rosario Páez es amiga mía, pero yo nunca la he pretendido.

—No lo niegue; recuerde cuando fuimos al paseo de Millán. También era que Ud. comenzaba la carrera, y no conocía bien a Rosario, ¿no es cierto Sara?

—Eso sí, porque Rosario es tremenda. Por eso no se casó con ella el maestro Henao que la quería tanto. Es que una mujer así también es peligrosa, ¿y quién puede creerle a una niña que le hace cara a todo mundo?

—Y acaso es tan bonita tampoco —dijo Sara—. ¡Vean que el cuerpo que tiene! Yo no sé qué le han visto a Rosario Páez.

—Ella sí tiene boca muy bonita y es muy simpática —dijo Quintero.

—Le parece a Ud. porque la ve siempre riéndose; pero es que Ud. no sabe lo orgullosa que es. Si Rosario es hasta boba.

—Eso me parece a mí —dijo Adelaida—. Y sobre todo le falta roce. Y es que una mujer sin roce, por más bonita que sea, no gusta.

—Bueno y la Srta. Sara ¿por qué nos dejó solos?

—No sabe Pacho el deseo que tenía de venir; pero soy tan de malas que a mi mamá le dio un dolor de cabeza tan grande, que creí que se moría. Si yo hasta me vestí y todo para venir, pero la enfermedad de mi mamá trastornó el viaje. Por supuesto que Ud. no me habría sacado, porque según las noticias, Ud. no hizo sino bailar con Teresa y Elena.

—No fue tanto. Con la Srta. Elena sí bailé dos piezas y eso porque me le adelanté a Manuelito.

—¿No sabe niña que Manuelito está loco por Elena? Pero ella no le corresponde, ¿no le pareció Pacho?

—Yo no me fijé bien, pero él sí como que está enamorado.

—Y Elena como que también es coqueta —dijo Sara—. Por lo menos yo la he visto haciéndole muchos visajes a Aparicio.

—Eso me pareció a mí anoche en el baile también —agregó Adelaida.

—La que está muy brava porque no la convidaron al baile es Pastora. Si viera niña lo que habló contra las Polancos. Es que Pastora se cree muy blanca, y le parece que ella es mejor que todas. Yo no sé qué tienen las Polancos menos que ella, y así se lo dije, y si viera niña lo brava que se puso.

—¡Muy blanca que es —dijo Adelaida—, y no se acuerda que es prima de Pedro Tangarife que ha sido peón de mi padre! ¿Y qué dijo de las Polancos?

—Ni se puede decir, niña. Es que es mucha injusticia la de Pastora ponerse a hablar así contra las personas. Yo no sé, pero a mí me chocó mucho eso. Qué le parece, díque decir que las Polancos son ñapangas, y que sólo ahora porque tenían plata estaban figurando de primera. Qué le parece niña qué tal es Pastora, que el otro día estaba parada en la esquina Luisito Arenales y le pregunté yo a ella si Luis la estaba pretendiendo y me contestó lo más seria: “Eso no es a mí, niña, eso es a la cocinera de aquí. ¿Ud. cree que yo me voy a casar con mulatos?”. Y por poco que me pega.

—Vean que ponerse a hablar de nobleza esta Pastora —dijo Adelaida—. ¡Tan blanca que es, y no se fija en el pelo pasado que tiene! Como si uno no conociera la familia de ella. Yo no digo que las Polancos sean nobles, pero ellas están muy bien recibidas aquí, y la prueba es que todos las visitan y las convidan a los bailes. Amalia Palacín y Rosario Páez, que son de las nobles de Remedios, andan con ellas por todas partes. Eso no es sino envidia de Pastora.

—Eso mismo le dije yo, niña, y sabe lo que me dijo, que era porque las Polancos tenían plata y que aquí había mucha gente lambona. Pero es lo que Ud. dice, niña, es que Pastora es muy envidiosa.

Pacho Quintero, sin atreverse a tomar parte en esta conversación de abolengos, se mantuvo callado, hasta que Sarita le dirigió la palabra:

—Pero vamos, Pacho, ¿con quién es por fin? No es con Teresa porque ella está muy enamorada de Marcelino, ni es Elena porque esa al que quiere es a Aparicio; no es Rosario Páez porque imposible que Ud. tenga tan mal gusto; vamos a ver, ¿con quién es?

El pobre Quintero, abordado así de este modo, y a pesar de no conocer la táctica de estas célibes involuntarias; orilló el asunto diciendo que él no pensaba casarse todavía, y que, en fin, que quién le iba a hacer caso a él, y trató de desviar la conversación como pudo hasta que vino a sacarlo de apuros la presencia de Luis Arenales, quien entró con el sombrero en la mano, diciendo: “Buenas noches, mis señoras”.

—Eh, Luisito, siéntese, ¿cómo está Ud.? —dijo D^a. Genoveva.

—Muy bien, mi señora, gracias.

—De veras que Luisito también estuvo anoche en el baile —dijo D^a. Camila—. Y a Ud. ¿cómo le fue? Muy bien, por supuesto.

—Sí señora, estuve muy contento; muchas gracias.

Luisito se fue acercando instintivamente al grupo de las muchachas, mientras D^a. Camila decía en voz baja a D^a. Genoveva, pero de modo que éste oyera: “¡Ah muchacho simpático que es éste, y tan bien educado que es!”.

Volvieron las ancianas a conversar, y las señoritas, aprovechándose de la llegada de Luisito, como elemento nuevo, siguieron conversando también de este modo:

—¿Luisito, no ha visto hoy a Juanita Polanco?

—¿Así estamos? —dijo Adelaida.

—No sabía eso, niña. Si Luis es de los pretendientes de Juanita hace muchos días. Y quién lo ve tan motolito. Si lo hubiera visto en la casa de D^a. Cruz. ¿Y Ud. no observó nada, Adelaida?

—Ah, ya me acuerdo; por eso era que Luisito estaba tan contento. Bueno, y no nos había querido decir nada. Así son los amigos. Y qué buen ojo el que tiene, porque Juanita sí es de lo más simpático que hay.

—No, señoritas —contestó Luisito—, es que Juanita baila muy bien, ¿no es cierto?

—Sí, pero anoche había aquí muchas que bailaban bien, y Ud. con la que más bailó fue con Juanita. A ver, Pacho, díganos, ¿no es cierto que Luis sí está enamorado?

—Que les parece que yo no me he fijado bien.

—Ah, de veras, si Ud. andaba también en vueltas anoche.

—No le digo, niña —dijo Sara—. Si es que a los hombres de ahora no hay quién los entienda. Yo por eso...

Agotado el tema, y sin poder los muchachos despertar el interés de las señoritas con otra conversación distinta de la que ellas manejaban, se levantó al fin D^a. Camila para despedirse, y poniéndose todos en pie fueron retirándose por orden, de la casa, después de mil frases de agradecimiento por parte de los visitantes.

Y ya en la calle Pacho Quintero y Luis Arenales entablaron en una esquina el siguiente diálogo.

II

—Hombre —dijo Luis—, ¿no te parece D^a. Camila una vieja muy repelente?

—Si vieras —contestó Pacho—, la lástima que le tengo a esa pobre señora. Viuda, en la miseria y con un hijo como Fernando que no le sirve para nada. Lo que me da más tristeza es que habiendo sido tan rica esté pasando trabajos ahora. Qué te parece que se me pone que Sarita no pudo venir anoche al baile por falta de traje, y como se decía que Elena Silvestre iba a venir muy lujosa, es probable que D^a. Camila no se atrevió a traer a su hija de cualquier manera. Hombre, cómo sufrirá una madre con estas cosas. Te aseguro que si yo hubiera pensado en esto antes, le habría dicho a mi madre para que le hubiera regalado un trajecito a la pobre Sara.

—Hola, conque estás enamorado de ella. Pues ahora me desayuno. ¿Y qué vas a hacer con Teresa Carrillo? Apuesto a que la vas a dejar para casarte con Sara.

—No es eso. Es que le tengo lástima, como te he dicho.

—Pero bueno, ¿tú no conoces a D^a. Camila? ¿Tú no sabes que es una vieja muy conversona, que vive hablando de todo el mundo?

—Así dicen, pero eso mismo es lo que me inspira compasión por ella. Imagínate, una pobre señora que fue tan rica, y verse hoy así, con una hija que no podrá ya casarse, probablemente, obligadas a doblar tabacos que nadie les compra, y cosiendo hasta de noche para poder vestir a Fernando.

—La culpa es de ellas, porque si trabajaran para comer, vaya, pero lo que trabajan es para darle gusto a ese sinvergüenza que debiera estar trabajando, aunque fuera de peón, para mantener a su madre y a su hermana.

—Es claro, pero siendo él como tú dices, un sinvergüenza, ¿qué pueden hacer ellas? Y como él es tan buen mozo, no dejará de haber en la madre alguna vanidad por ese lado. Y quién quita que un día de éstos, se dirán ellas, se pueda casar Fernando con una muchacha rica que los saque de apuros a todos.

—Tienes razón, en parte, pero eso tampoco lo conseguirá Fernando, porque ya ves que pudo haberse casado con Julianita González, pero después de la que hizo, ¿te supones que le van a dar la muchacha?

—¿Y qué hizo?

—¿Pues no recuerdas que Pepe contó que un día había convidado Fernando a la familia de Julianita a un paseo a La Granja, y que el padre de ella había tenido que pagarle después al Sr. Valle la gallina que les había preparado para la comida?

—¿Y tú vas creyendo todo eso? ¿No te fijas que si esto fuera cierto, lo habrían vuelto a recibir en la casa de D. Jenaro? ¿Y no lo ves allá, casi todas las noches?

—Sí, pero si él va, ¿qué puede hacer D. Jenaro? No lo puede echar.

—Mira, Luis, no hay que creer lo que dicen contra el prójimo. Ese muchacho será inútil y farolón, pero es bueno y de excelentes costumbres. Y es hasta poeta. ¿No viste los versos que le hizo a Julianita?

—¡Versos! Hombre, pues versos así los hace cualquiera. Mejores son los que hace ño Emigdio Roldán, el que canta en el mapalé que bailan en la calle Real.

—Noto que algo te han hecho Fernando y D^a. Camila, según como los tratas.

—A mí no me han hecho nada, ni se me daría lo más mínimo que esa vieja hablara de mí. Y si Fernando me hubiera hecho algo le habría pegado unos pescozones. Y hasta eso, que es un cobarde. No sabes que el otro día se puso a hablar contra D^a. Agustina, y fue Joaquín y lo supo y lo buscó y le dio tres empujones con el hombro y Fernando salió corriendo y se metió a la tienda de los Achuris.

—Sí, pero a mí me dijeron que era que Fernando estaba desarmado y que Joaquín tenía una cachiporra.

—Qué cuentos de cachiporra, si Joaquín no tenía nada. Miedo que le dio. Tú te mantienes defendiendo a todo mundo, y haciendo bien a las gentes, pero no seas bobo, tú no sabes que eso no te lo agradecen, y mucho menos D^a. Camila y Fernando. Ya ves todo lo que tu mamá y tus hermanas hacen por ellos, y si supieras lo que dicen de Uds.

—Suponiendo que hablaran de nosotros, ¿qué pueden decir que nos deshonre?

—Que los deshonre nada, pero siempre da rabia que vivan echándose las de nobles, y tratando a los demás de negros. Mejor es ser negro que tener la historia de esa familia.

—Hombre, no digas así. Bien desgraciada es esa pobre gente, para estar haciendo uno caso de las calumnias. A mí no me gustan esas cosas.

—Lo mismo de siempre. Parece como si a ti no se te diera nada. Voy a contarte para que conozcas a tus defendidos. D^a. Camila se mantiene diciendo que Uds. son unos ñapangos, y que eran unos muertos de hambre, que porque han conseguido cuatro reales se han alzado en el pueblo.

—¿Y tú crees que a mí se me da algo porque D^a. Camila diga eso? Y además, que sería necesario para creer tal cosa el que tú la hubieras oído.

—Pues te lo aseguro porque a mí me lo han dicho en varias casas. Y eso es si ya no ha estado hablando contra Uds. porque los convidaron al baile. Es que no conoces esa vieja.

¡Cómo sería esta mujer cuando estaba rica! Pero Dios sabe muy bien sus cosas, y esta miseria que está arrastrando ahora, con seguridad que es un castigo de la Providencia, porque todo se paga aquí mismo:

—Es cierto, y por lo mismo que tú dices, si ella está pagando con la miseria la soberbia que tuvo, ¿para qué vamos nosotros a aborrecer y hacerle daño a esa pobre mujer? ¿Qué perdemos con lo que ella diga? ¿Y la pobre muchacha qué culpa tiene?

—¡La muchacha! Si ésa es peor que la madre. Esa sí que es una culebra brava. Voy a contarte. Se mantiene diciendo que Julianita González no te hace caso y que te desprecia. Y que es porque tú eres muy atrevido, que te ponías a picar tan alto. Y hasta refirió que María González había dicho en una casa que habiéndose casado ella con un Sampedro, ¿cómo se suponían que su hermana fuera a casarse con un Quintero?

No dejó de picar esto un poco a Pacho Quintero, porque realmente él no había pretendido a Julianita como se lo suponían; pero sí le dolió el que siendo él humilde, le atribuyeran pretensiones que no le habían pasado por la cabeza, y que hicieran hincapié en una cosa falsa para clavarle el diente. Y no haciéndole yo mal a nadie, se dijo interiormente, ¿por qué se complacerán en insultar a uno? Iba ya a desquitarse con una frase agresiva que se le vino a la mente contra el marido de María González, de quien él sabía cosas feas, pero se sobrepuso a la venganza, la benevolencia ingénita de su corazón, y se contuvo. Pensó que eso podía ser falso, porque era imposible que la señora de Sampedro, que era tan amable con él en todas partes, que lo había invitado a su casa tantas veces, y a quien él había defendido cuando hablaban contra ella en los corrillos, fuera capaz de pagarle así, en tono tan despreciativo y en frase tan hiriente. ¡Imposible! ¡Imposible!

Un corazón tan bueno como el de Pacho Quintero, no se explicaba estas miserias humanas, ni se figuraba que hubiera seres tan falsos que fueran capaces de dar la mano derecha y tuvieran en la izquierda el cuchillo para clavarlo por la espalda al menor descuido. Así fue que en lugar de sentirse con María González, comenzó a pensar que Sarita había dicho mentira y tuvo compasión por ella; y en cuanto a su amigo Luis, no dejó Quintero de pensar que tal vez algún sentimiento personal y pueril contra D^a. Camila y Sarita lo obligaba a buscarles antipatías. De suerte que más perdía ante él su amigo que las personas de quienes refería tales cosas. Sentimiento muy natural el que surgía en el espíritu de Pachito, como en el de todos aquellos que, sin estar iniciados en los secretos de la comedia que se representa detrás de bastidores, reciben ciertas advertencias con disgusto y creen inverosímiles las primeras revelaciones de ese mundo oculto a los ojos de una alma sincera.

Y como Luis notara que Pacho se había quedado pensativo volvió a la carga preguntándole:

—Bueno, ¿y qué te parece esto? ¿No crees ahora lo que te he dicho de esas mujeres?

—Pues hombre, aunque fuera cierto lo que me cuentas, yo no puedo dejar de tener mucha lástima a D^a. Camila y a su hija. Cuando yo veo a esa señora entrar a casa, tan pálida, con los ojos hundidos, y con la boca seca, con ese vestido sucio y raído, y con aquellos zapatos de cordobán rotos, me da una tristeza espantosa y me supongo que esa señora se está muriendo de hambre. Muchas veces cuando veo entrar a D^a. Camila, corro a decirle a Rosita, que se divierte mucho con la charla de ella: vuela hermana, mande a hacerle chocolate a D^a. Camila, y no olvide darle algo para Sarita. Porque hombre, la pobre siquiera sale a sargentear a la calle, pero, y la hija, ¿cómo se habrá quedado la infeliz? Y qué te parece, me pongo a ver a D^a. Camila y al fijarme en esa fisonomía tan aristocrática que tiene, te aseguro que no puedo menos de entristecerme.

—Eso es lo que tiene la vieja de malo, y como allá va a decirles a Uds. que en el pueblo los quieren mucho y que a la casa de ella han ido las Páez, las Gálvez, las González, y han hablado muy bien de los Quinteros, y te dice a ti que Pepita te quiere mucho y que puedes casarte con la que quieras, y a Rosita le dice que los muchachos se están muriendo por ella, y que Aparicio está enamoradoísimo, y cosas por el estilo, Uds. van creyendo y después sale a hablar en las otras casas, y a decir lo que te he contado.

—No creas. Nosotros no le hacemos caso ninguno, pero francamente, ¿no es cierto que esa señora conversa muy sabroso? Y mira, Sara siempre está hablando bien de los demás. Si supieras cómo defendió a las Polancos esta noche por unas palabras que contra ellas había dicho Pastora Ríos.

—Hombre, Pacho. Dispénsame que te diga que tú eres un inocente. Con seguridad que eso que le atribuyó a Pastora lo dijo ella, y ahora viene a echarle la culpa. Y si no lo dijo, estuvo de acuerdo con Pastora y hasta le ayudó. Eso hacen siempre estas mujeres, y como viven metidas en todas partes, después se ponen a decir cosas que a los demás no se les han ocurrido.

—¿Y qué interés tendrían ellas en decir lo que no les han dicho?

—Veo que tú no comprendes y voy a explicarte: primero lo hacen para aparecer como buenas, y segundo para que los demás crean que ellas tienen muy buenas relaciones. No me digas, tú no conoces el mundo, tú no sabes lo malas que son esas gentes. Voy a contarte otra cosa que tú ignoras.

Pachito por un instinto natural de bondad le suplicó a Luis que no siguiera, pero no comprendió que éste, como otros muchos que han sido ofendidos y no tienen la humildad suficiente para perdonar, se complacen en referir todas las

palabras mortificantes vertidas contra el prójimo con el fin de buscar aliados para la venganza, o para advertir al amigo el peligro que corre en juzgar a las gentes por simples apariencias. Parecía como si Luis Arenales gozara íntimamente al repetir las frases hirientes de D^a. Camila y su hija contra los Quinteros; y un observador mediano habría notado cierta alegría insana en Arenales al referirle a Pachito todas esas pequeñeces que consideraba como montañas de injurias imperdonables. Así que no pareciéndole suficiente todo lo que había dicho, o notando la indulgencia suma de su amigo, quiso continuar la partida de cargo contra D^a. Camila, no obstante la repugnancia de Quintero.

—Aunque no quieras, siempre es bueno que sepas que esa gente dice que Uds. se han enriquecido porque engañaron al director de La Playa, en un contrato de dulce.

—Pero si nosotros no hemos tenido contrato ninguno con el director de esa mina.

—Pues eso es lo mismo que te estoy diciendo de esa vieja, que se mantiene inventando cosas. Bien sabía yo que Uds. no habían tenido negocios de esa clase, y así lo dije cuando me refirieron esto; ¿pero estás creyendo que ella tiene otro oficio que el de decir mentiras?

—Bueno hombre, dejemos ya de hablar de esa pobre mujer.

—Si pobre... —dijo Arenales.

—Hablemos de otro asunto. ¿Qué te pareció anoche Elena?

—Yo no sé lo que tiene esa mujer; a mí ni siquiera me parece bonita, pero tiene no sé qué cosa que lo trastorna a uno. ¡Y lo bien vestida que estaba! ¿Viste cómo se quedaron todas las muchachas con la boca abierta cuando entró a la sala? Y anoche sí me pareció que le correspondía a Manuelito. Pero a buena hora cuando éste está con el pie en el estribo.

—¿Y tú no crees que si Manuelito se convence de que ella lo quiere se queda aquí y se casa?

—Imposible. Iba él a perder su viaje a Bogotá, por casarse en Remedios. No seas bobo, esas son cosas de muchachos. Eso es como los amores de nosotros.

—Como los amores tuyos.

—¿Y ahora me vienes a salir con que tú sí estás enamorado de Teresa? Te aseguro que si te correspondiera Elena dejabas a la Carrillo.

—Eso te parece.

—¡Hola! ¿Conque así estamos, no? ¿Y crees que si le propones te dirá que sí?

—Es claro que de eso no se puede responder.

—Pues si así están las cosas, no se lo vayas a contar a ninguna de las muchachas que llamamos amigas, porque de seguro que te hacen un enredo con ella y te dañan el negocio. Porque lo particular es que ellas, aunque no se casarían contigo, por lo menos algunas, tampoco les gusta que te vayas a casar bien. Y es porque las mujeres son muy raras. Si uno no se la deja conocer, le dicen orgulloso, metido, hablador y todo lo que se les ocurre; y si uno se las echa de bueno con ellas, entonces no pasa de ser un bobo, un simple, un inocente, y que apenas puede servir como para último recurso. Qué te parece que cuando Fabricio Gallón le propuso a Solita Manjarrés, dijo la madre de ésta que Fabricio era rico y de buena familia, pero que el matrimonio era desigual porque los Manjarrés siempre valían más que los Gallones, y que Fabricio era medio bobo, y ya ves lo inteligente y simpático que es Fabricio. Y pareciéndoles bobo en la casa, siempre se lo pescaron y no saben qué hacer con él. ¿No viste anoche a la madre de Solita que por todas partes era hablando de su yerno, y de lo buen marido que había resultado? “Es que Fabricio le da tanto gusto a Solita —decía la señora—. Si vieran todo lo que le trajo de Zaragoza. Pero también es que Sola —agregaba— es la mujer más buena que conozco, y ella hace de él todo lo que quiere. Son tan felices”.

Y todo es así. También las hijas de D^a. Brígida estuvieron bravísimas porque Juanito el hermano de ellas estaba pretendiendo a Rosaura Cárdenas, porque dizque no era de clase de primera como ellas, y ya ves cómo se casaron todas con carpinteritos. Esto no hay quién lo comprenda, y hoy dicen las mujeres una cosa y mañana hacen otra. Yo por eso me quedo callado y observo; pero tú eres más muchacho que yo, y por esta razón te hago estas advertencias, que de algo te pueden servir. Sobre todo, cuenta con ir a contar tus amores a las muchachas. No olvides eso.

—Tú sabes más que D^a. Camila. Veremos qué resultado tiene la conducta que me aconsejas.

—Hombre, si ya nos cogió el día en esta esquina —dijo Arenales—. Vámonos a dormir unas horas siquiera.

—Adiós.

—Adiós.

Pacho Quintero iba diciendo para sus adentros: ¡Ah Luisito caviloso! y Arenales a su turno decía interiormente: ¡Ah Pacho Quintero bobo!



IV. Manuelito y Virgilio

Manuelito había estado displicente toda la mañana que se siguió al baile. Almorzó poco, y en lugar de salir a la calle en busca de un encuentro feliz con Elena, se quedó en la casa meciéndose lentamente en una hamaca de cabuya pintada.

D^a. Juana un poco inquieta por lo que estaba viendo, le preguntó:

—¿Se siente mal Manuelito? No tenga cuidado, eso es el trasnocho; mire, voy a hacerle una limonada y verá cómo se mejora. Es lo que le he dicho, a Ud. no le conviene trasnochar y en estos climas tan malos, menos. Pero esto no es nada, anímese y váyase para la calle.

—Sí señora, creo que esto no valga la pena. Un poco aperezado, pero es lo mismo que me daba en Antioquia después de almuerzo.

Sin embargo, Manuelito sentía cosas muy raras. Además de la somnolencia natural de la trasnochada, y de la que produce la difícil digestión en las tierras calientes, experimentaba cierto destempe anormal que lo obligaba a estirarse unas veces y a encogerse otras. La cabeza desvanecida, los pies helados y una angustia horrible que sentía en el estómago y en el pecho. El cuerpo muy molido, más de lo natural, y el espíritu muy inquieto, volando de un punto a otro. Cuando pensaba en Elena medio se mejoraba, pero a poco le volvía la fatiga más insoportable que antes, y comenzaba a hacer gestos, y a estirarse como para sacudir los recuerdos. Iba quedándose dormido pensando en ella, viéndole aquellos ojos azules, apacibles, de amor dormido y soberanamente atractivos. Parecía que iba confundándose con ella como por corrientes suavísimas de simpatías mutuas, espirituales, impalpables y muy deliciosas. Y perdidos iban

como en el aire, cuando de golpe se estremecía todo, y volvía a la tierra. Otra vez el fastidio, los bostezos y el malestar incurable; de nuevo las fatigas y las brutalidades todas de un organismo enfermo.

D^a. Juana le hizo tomar la limonada que ella misma había preparado con todo el cariño que las madres ponen hasta en las bebidas que preparan para sus hijos, y con toda la confianza de que eso iba a mejorar a Manuelito.

¡Fenómeno verdaderamente portentoso el de la maternidad! Parece como si el afecto profundo de las madres se transmitiera a la materia misma, y de aquí el que a los cuidados y atenciones de las demás personas para con el prójimo les falte ese algo especialísimo y fortificante que imprime el amor de la madre a todas las corrientes cariñosas que salen de su pecho. Una bebida, un obsequio cualquiera, lo más insignificante que imaginarse pueda, cuando viene de manos de la madre, tiene un perfume raro y un sello de sinceridad absoluta que inspiran a la mente la idea completa de la abnegación bondadosa y delicada de los santos.

Por eso Manuelito se sintió mejor apenas tomó la limonada y oyó las frases afectuosas con que lo consolaba D^a. Juana.

Y tan bien se sentía que se levantó a buscar uno de sus libros latinos: las *Églogas* de Virgilio, que eran las que más le hacían querer al poeta mantuano. Porque era natural que un espíritu como el de Manuelito, se enamorase de aquel vate sereno, delicado y casto que lo seducía especialmente por el *élan* misterioso que ha quedado viviendo en esa poesía sencilla y singular de las *Églogas*.

Leyó la primera, aquella sentida y delicada concepción que comienza:

¡Títiro! tú, recostado a la sombra de esa frondosa haya, meditas pastoriles cantos al son del blando caramillo; yo abandono los confines patrios y sus dulces campos; yo huyo del suelo natal mientras que tú, oh Títiro tendido a la sombra, enseñas a las selvas a resonar con el nombre de la hermosa Amarilis.

Muchas veces había leído Manuelito esta égloga, y sin embargo no se cansaba de admirarla. Repetía mentalmente varios trozos de ella y especialmente aquél de Melibeo:

¡Anciano venturoso! Aquí respirarás el frescor de la noche entre los conocidos ríos y las sagradas fuentes; aquí las abejas hibleas apacentadas en los sauzales del vecino cercado te adormecerán muchas veces con su blando zumbido; aquí cantará el podador bajo la alta roca y entretanto

no cesarán de arrullar tus amadas palomas, ni de gemir la tórtola en el erguido olmo.

De Títilo le parecía admirable el modo como expresaba su adhesión al Dios protector, y sobre todo el final de la égloga lo consideraba como el más digno pedestal de construcción poética semejante, y mucho rato se quedaba diciendo:

Ya humean a lo lejos los más altos tejados de las alquerías y van cayendo las sombras cada vez mayores desde los altos montes.

Pasó sobre las otras y quiso leer la cuarta que tan gratos recuerdos le traía de su querido colegio de San Fernando. Cuando llegó al pasaje que comienza:

Ya llega la última edad anunciada en la Sibila de Cumas; ya empieza de nuevo una serie de grandes siglos. Ya vuelven la virgen Astrea y los tiempos en que reinó Saturno; ya una nueva raza desciende del alto cielo y,

se acordó de que el Sr. Obispo Gómez Plata le había dicho que la égloga toda dedicada a Polión era una profecía sorprendente del Cristianismo en boca del más grande de los paganos; de lo cual no le quedaba duda alguna a Manuelito que se admiraba cada vez más de la fuerza adivinadora de Virgilio. De las *Geórgicas* lo que más le agradaba era el tratado sobre las abejas, lo cual le parecía un portento de observación. Pero lo que no se podía explicar era por qué Virgilio tan suave y delicado en las *Églogas* se había convertido en cantor épico. Poco le gustaba a Manuelito la *Eneida*, excepto el libro cuarto que le llamaba mucho la atención por el triste y doloroso suicidio de Dido, y se puso a leerlo; pero cuando llegó a aquel punto en que la infortunada Reina de Cartago resuelta a aniquilarse dice:

¿Y he de morir sin venganza? pero muramos,

se le cayó el libro y pasó por su mente el recuerdo de su viaje próximo y se puso a pensar si él podría inspirar tanto amor a Elena como el que inspiró el hijo de Anquises a Dido. Después le pareció esto una profanación, un delirio, un disparate grandísimo; pero a pesar de todo tuvo un sentimiento de compasión cariñoso para la desgraciada Reina y así como una admiración medio escondida que él mismo se censuraba y quería desterrar de su espíritu. Aunque la llama del amor encendida en el pecho de Manuelito era tan poderosa que estaba consumiéndolo en pocas semanas, nada había en él de sensualidades torpes ni de ímpetus vulgares. Su amor era una fuerza desconocida y noble, un mandato

imperioso y oculto, pero sereno y santo como una aspiración casi mística; y sin embargo hallaba algo de simpático en el arrebato profundamente doloroso que condujo al suicidio a la desdichada Dido. No se explicaba esto el estudiante, y la simpatía por aquella suicida le parecía pecaminosa. Dejó la lectura, se incorporó y comenzó a pasearse.

Cuando D^a. Juana quiso obligarlo a comer, Manuelito rehusó la comida y quiso consolar a su madre con la promesa de que comería más tarde.

Pensó que sería la hora en que Elena estaría en la ventana, y salió a buscarla. Cuando dobló la esquina de la plaza que conduce a la calle Real, vio en la puerta de la casa que habitaba D^a. Petrona Moreno, la madre de Elena, a Teresa Carrillo y a Amalia Palacín, y se quedó en la esquina muy triste, pero a poco notó que Teresa se había entrado y al instante había aparecido de nuevo con Elena. Quiso seguir pero no pudo, y se quedó lelo, pero haciendo un esfuerzo supremo, comenzó a caminar en dirección a ellas, hasta que estando un poco cerca notó que las piernas le flaqueaban y no sentía bien el piso, de tal suerte que antes de llegar se tropezó dos o tres veces, y al saludarlas sintió unas olas de fuego en el rostro que medio le oscurecieron la vista. Por poco no acierta a colocar de nuevo el sombrero en la cabeza, según era el temblor que le dio en el brazo.

Siguió hacia la plazuela de Santabárbara, un poco más repuesto de la impresión que había tenido, pero pensando en si le habrían notado la turbación y medio se avergonzaba de no haberse podido dominar. “¡Qué calamidad esta!”, se decía Manuelito. “Tener tanto deseo de verla, venir a buscarla, dar con ella y correrme todo. ¡Yo que nunca le he tenido vergüenza a las mujeres, y que he pronunciado discursos en los actos públicos del colegio!”. Sin atreverse a volver a pasar dio la vuelta por la calle de Sanantonio y regresó a la casa.

Fue entrando y se acostó de espaldas en una cama. Cerró los ojos, abrió los brazos y se puso a pensar en Elena, y a decirse: “¡Qué bella es esta mujer! Bueno ¿Y me querrá? ¿Se casará conmigo? ¿Me corresponde? Si resuelvo quedarme, renunciando a todo el brillante porvenir que mi madre sueña para mí ¿renunciará también Elena a las comodidades que tiene por casarse conmigo?”.

Para responder a la pregunta principal de este interrogatorio, es decir, a lo de si le correspondía o no Elena, Manuelito comenzó a hacer el recuento de sus entrevistas con ella. “En el paseo a Millán me regaló una florecita, y estuvo muy simpática conmigo; en el baile me animaba mucho y me habló hasta del viaje a Bogotá. ¿Qué fue lo que me dijo? A ver... ¡ah sí! ¡Esa trocha sí que será

mala y peligrosa! En la casa de D^a. Gregoria se puso muy encendida. ¡Si hasta lo notaron todos! ¿Y esta tarde por qué se entró a la carrera Teresa Carrillo a llamarla cuando me vio en la esquina? ¿Y por qué salió ella así... medio turbada también? Sí, pero ¿por qué me dijo Adelaida que ella quería a Aparicio, y que en la casa de D^a. Petrona también lo querían mucho a él? ¿Será cierto?”. No conocía Manuelito esta táctica malévola de ciertas mujeres, que Luis Arenales le había explicado la noche anterior a Pacho Quintero, y se mortificaba pensando en que eso fuera verdad. Y tenía que ser, se suponía él, porque ¿qué interés tenían en la casa de D^a. Genoveva en decirle mentira?

Se acordó igualmente de que un día le había dicho Teresita: “Ah ¿conque así estamos Manuelito?”, y esto refiriéndose a sus amores, pero que cuando él había tratado de escudriñar el alcance de esa frase familiar, Teresa se había enuelto en el más raro misterio y le había dicho: “Yo no sé nada por parte de ella; Elena es muy reservada ¡y quién se le atreve! Vea, ninguna de las amigas es capaz de mentarle nada”. Así que, por ese lado, tampoco veía luz ninguna.

Sin embargo, por un procedimiento muy común e instintivo en los enamorados, Manuelito formó un sumario de todas las pequeñeces que le parecían favorables: la mirada aquella... la florecita, la salida con Teresa Carrillo, lo de la trocha, en fin, todas aquellas cosas que por sí solas nada significaban, pero que en grupo eran ya una base segura de operaciones. Se consolaba con esto y llegó hasta el punto de pensar en resolver el modo de abordar definitivamente el desenlace. Pero otra vez volvía a recordar lo que le dijo Adelaida y la sequedad con que Teresa Carrillo había esquivado la confianza. Esto último sobre todo se le antojaba a ratos que podía ser un aviso disimulado para que no pasara adelante. Cuando llegaba a considerarse perdido y pensaba en que las muchachas de Remedios estarían entregadas a las delicias de la alegría maligna, a las satisfacciones morbosas que produce en ciertas mujeres el mal ajeno; cuando consideraba que ese amor brotado de improviso en el camino de su vida, involuntario y sin preparativos, era loco y contrario a su carácter meditativo y abstracto, y más que todo, cuando iban apareciendo las fuerzas destructoras del amor propio, de ese Atila inicuo que debilita y mata las expansiones sinceras y frescas de los corazones, entonces se irritaba contra Adelaida, contra Teresa, contra Elena misma, y le sonaba muy dulcemente en el oído lo que D^a. Genoveva había dicho refiriéndose a él y a su carrera. Lo que en aquella ocasión le había fastidiado lo tomaba ahora como argumento incontestable contra todas aquellas

que estuvieran pensando que él se estaba muriendo por Elena Silvestre. “¡Y qué tal –se decía por dentro– que mi madre llegara a saber que yo me humillaba ante alguna muchacha!”.

Así discurrió un rato Manuelito, pero a poco se arrepintió de eso, y hasta le pidió perdón mentalmente a Elena y le fue odioso el recuerdo de D^a. Genoveva y de Adelaida.

Se había volteado mucho en la cama y no hallaba posición alguna soportable. El cuerpo participaba también de las inquietudes del espíritu, hasta que por último se volvió hacia el rincón, colocó mejor las almohadas, y cerró de nuevo los ojos como para tomar una resolución definitiva.

La fuerza de atracción era superior al análisis, y el amor propio iba cediendo el campo, cada vez más, a las olas invasoras de la pasión amorosa. Toda reflexión fue inútil, todo inconveniente le pareció pueril, y todo obstáculo lo consideró insignificante. Se sometió a todo, y una vez resuelto a proponerle matrimonio a Elena, divisó celajes brillantes en lontananza, vio claridades suavísimas; alcanzó a ver un mundo nuevo lleno de atractivos que él no había sospechado, y con la alegría intensa del que corona una altura, del que resuelve un problema complejo, se perdió en ese mar de felicidades serenas que las esperanzas realizadas en la mente producen en el alma.

Se levantó sintiéndose flotante, ligero y libre. Un corazón de veinte años no vacila, y Manuelito tomó el sombrero y salió para la casa de D^a. Petrona.

Un ligerísimo temor de no ser aceptado lo asaltó nuevamente en el camino, pero lo venció al fin. Entró sin anunciarse, porque las salas de recibo de entonces se seguían a la puerta de la calle, y con el sombrero en la mano saludó a la señora que se hallaba sentada en una silla grande, forrada en vaqueta, y a su hija que en esos momentos se entretenía en leer un cuento de las *Mil y una noches*; y aunque el encontrarse de repente con aquella señora tan seria, no dejó de inmutarlo un poco, afrontó la situación con un valor inusitado en él, y habló...

Al oír la señora las palabras de Manuelito se sorprendió y se quedó viendo a la hija que bajó los ojos porque no pudo resistir la mirada de D^a. Petrona, y ésta con el instinto certero de las madres adivinó al punto que Elena amaba también al estudiante.

—¿Y Uds. han hablado algo? —dijo D^a. Petrona.

—No, señora, porque yo quería primero tocar con Ud.

—De manera que deja el viaje a Bogotá, e interrumpe sus estudios por casarse ¿y así tan joven? ¿Y su señora madre ha consentido en semejante determinación? ¿Ha consultado Ud. su voluntad?

—No, señora, pero hablaré con ella después de saber la suya.

—Más al derecho me parece que hable Ud. primero con D^a. Juana.

—Pero yo no encuentro inconveniente en que la señora, si lo tiene a bien, me diga a qué puedo atenerme.

Volvió D^a. Petrona a ver a Elena, de nuevo bajó los ojos ésta, pero con cierto aire que dejó comprender más claramente lo que ya no era un misterio ni para la madre, ni para Manuelito.

—Y asunto tan grave como éste ¿no cree Ud. que debe pensarse un poco más? ¿No sería mejor esperar unos días hasta que llegue mi hijo José Antonio, para consultar con él?

—Mi señora, Ud. comprende que una palabra suya decidirá todo. Y desde luego le prometo que mi madre no será obstáculo; pero no es posible demorar un instante más esta resolución.

Y al decir esto se fijaba en Elena que lo animaba en su demanda con miradas aprobatorias, de esas que apenas pueden entender los enamorados.

D^a. Petrona no quería ceder, pero Manuelito continuó en un tiroteo de frases tan sentidas y tan sinceras que la señora no pudo resistir más, y capituló al fin con la condición, eso sí, de que si D^a. Juana ponía la más ligera objeción, todo se daría por terminado.

No acabó de oír esto Manuelito para levantarse y dar las gracias a la señora, y puesto en pie y lleno de emoción, acabó por decir:

—Bueno, voy a hablar con mi madre —y después de echar unos párrafos muy sentidos e intencionados, con los ojos a su querida Elena, que le fueron correspondidos con otros no menos amorosos, se despidió y salió a la calle casi loco de contento.

No se daba cuenta de lo que le estaba pasando, pero se sentía feliz; y en lugar de creer que se había echado encima grandes responsabilidades, le parecía que había comenzado para él una vida más fácil.

Y así era la verdad. Él no podía explicarse la paradoja de que el amor, como la verdad nos hace libres; de que la abdicación absoluta nos hace buenos; de que el amor propio es enemigo mortal del hombre a quien convierte en víctima infecunda. Y sin poder expresarlo en frases, y sin ser capaz de analizar el asunto,

sentía los resultados benéficos de la resolución que había tomado. Dejar los estudios; abandonarse a la fuerza de un afecto espiritualísimo y grande; renunciar al brillo efímero de una carrera profesional, dejarse llevar por la sinceridad de un sentimiento hondo y puro; cambiar de frente y borrar del programa de la vida un acto entero, eran cosas que no podrían entender ni D^a. Genoveva, ni D. Cándido, ni los que llamándose prácticos de la vida, revuelan sin poder alcanzar a las regiones de la luz pura, ni los que a fuerza de mutilar inclinaciones individuales y espontáneas acaban por cosechar desengaños.



V. Las manos en la cabeza

D^a. Juana estaba esperando a su hijo, y la tardanza de éste la tenía demasiado inquieta. Habíase puesto a arreglar algunas de las cosas que era necesario tener a la mano para el viaje, y comenzaba a sentir pesados los párpados cuando se apareció Manuelito.

—Pero, hijo, ¿cómo se está hasta tan tarde en la calle, y con lo indispuerto que ha estado? Dos trasnochadas seguidas le van a hacer daño. Ya yo me estaba cayendo de sueño. Mire que pasado mañana estamos de marcha y el paso de esa trocha le puede hacer daño.

—No, señora, fue que me detuvieron en la calle y no pude zafarme hasta este momento.

—Pues vaya acuéstese, hijo. Ahora no se ponga a leer, que le hace mal. Esa costumbre debe dejarla, por lo menos, mientras no esté en el colegio, porque un día de éstos pierde los ojos.

Manuelito comenzó a pensar que tal vez sería mejor dejar de hablarle a su madre sobre lo que había hecho, hasta el día siguiente; pero cuando se fue a despedir de ella para ir a acostarse, pensó en que eso era una cobardía y desistió del propósito. Volvió a sentarse, se acercó a una mesa grande que estaba en la sala, apoyó los brazos en ella y dirigiéndose a D^a. Juana, le dijo:

—Madre, tengo que hablarle de un asunto muy serio.

—¿Y qué será, hijo? —dijo ella sentándose al frente.

—Voy a decirle. Ud. me perdona: pero yo he resuelto no ir a Bogotá. Yo me caso con Elena Silvestre; acabo de pedirla y no falta más que la voluntad de Ud. No he podido resistir, me he hecho mucha fuerza y no ha sido posible. Si no

hubiera hecho lo que hice me hubiera enloquecido. No sé lo que me ha pasado, pero le repito que no he podido menos que dar este paso.

—¡Hijo, por Dios! —dijo D^a. Juana, poniéndose las manos en la cabeza—. ¿Qué es esto, qué es lo que ha hecho Ud? ¿De manera que no acaba su carrera y que se ha perdido todo lo trabajado? Yo me lo suponía ya desde que lo vi tan embolatado en este pueblo. Esa era la gana del baile, y apuesto a que D. Cándido es el que tiene la culpa de todo. Y la tal Amalia Palacín, llevando y trayendo cuentos. Esa tiene la culpa también. Pero, hijo, una mujer tan lujosa como Elena Silvestre no le conviene a Ud., porque con qué le va a sostener el lujo un hombre pobre y sin saber trabajar nada. Eso es lo que uno saca de querer los hijos. Pero si Ud. apenas ha cumplido veinte años, cómo se va a casar, tan muchacho, sin conocer el mundo. Mire, dejemos eso para cuando vuelva, de aquí a tres años, que entonces apenas será tiempo. Qué hago yo —decía la señora levantándose—, pero ¿qué le dijo Ud. a D^a. Petrona? Avemaría, y esa señora tan seria, ¿qué le contestó?

—Madre, si Ud. insiste en que me vaya, yo me iré, pero le aseguro que no soy capaz de estudiar ni de hacer nada; mejor dicho, si Ud. quiere que yo sea un desgraciado continuemos el viaje.

—Pero ¿qué le ha pasado a Ud? Bien me lo dijo mi comadre que no me viniera por aquí. Pero bueno, ¿Ud. con qué va a mantener mujer, hijo? ¡Ah D. Cándido, ah D. Cándido! Ése es el de la culpa.

—No, señora; ni D. Cándido, ni Amalia Palacín tienen culpa ninguna en esto. Yo soy el único responsable. Vea madre, todo se arregla, yo me voy a trabajar a las minas y conseguiré dinero para casarme. Elena tampoco es lujosa, es que a Ud. le parece, y sobre todo, cuando se resuelve sabiendo que no soy rico...

—Sí, hijo, pero las gentes se imaginan que yo tengo mucho dinero cuando lo llevo para Bogotá a Ud. ¿No ve?...

—No se inquiete ni se mortifique por mi matrimonio. Si esta es mi suerte, qué vamos a hacer. Conque deme su voluntad, madre, y no me atormente más.

—¡Ay, hijo! —exclamó D^a. Juana y se puso a llorar. Manuelito corrió hacia ella, y abrazándola cariñosamente rompió también en copiosísimo llanto, y con las lágrimas en la cara le decía sollozando: “No llore madre... no llore...”, y ambos continuaban llorando.

Pasada esta emoción efusiva y repuesto un poco Manuelito de la mortificación, por haberle causado a su madre dolor tan grande con la noticia que

acababa de darle, volvió a decirle con acento muy tierno, poniéndole la mano en el hombro:

—Pero Ud. sí me va a dar su consentimiento ¿no es cierto?

—Y qué vamos a hacer, hijo, si Ud. lo quiere así; yo no me opongo, lo que he querido es hacerle observaciones prudentes; pero si Ud. está resuelto, si está ya comprometido, si Ud. no quiere ser doctor, si prefiere quedarse en un pueblo de éstos, cátese y quédese como Ud. desea.

—Y Ud. va a recibir muy bien a D^a. Petrona mañana cuando venga a hablar con su mercé sobre esto, y va a ver a Elena conmigo después y la va a querer mucho, ¿no es así?

D^a. Juana le contestó a Manuelito afirmativamente, y aunque ella con todo el amor parcial de las madres se suponía que a su hijo lo habrían recibido muy bien en la casa de D^a. Petrona, se le ocurrió preguntarle de nuevo, por vía de satisfacción, probablemente, cómo lo habían recibido; si D^a. Petrona había estado seria con él, y si Elena se habla alegrado con la propuesta.

Le refirió Manuelito los incidentes todos de la visita, y D^a. Juana dio muestras de quedar satisfecha.

La señora no pudo conciliar el sueño. Era tan fuerte la impresión que había recibido, que no acertaba a explicarse el cambio súbito en el carácter de su hijo. De tímido y vergonzoso que era, se había convertido, de golpe, en hombre capaz de resoluciones y atrevimientos semejantes. Cuándo se iba a imaginar ella eso. Cierto que él era muy despejado para pronunciar discursos, pero en el trato social no dejaba de ser encogido, y más había gustado siempre de sus libros que de las reuniones sociales. En los exámenes tampoco se turbaba, y al contrario, era tanto el despejo de Manuelito que el mismo Sr. Obispo Gómez Plata y el Dr. Martínez Pardo se admiraban de eso. ¡Y aquel timbre de voz de su hijo, que parecía una campanilla!

Volvía el recuerdo de D^a. Juana a los últimos exámenes en que había visto a Manuelito, allá sentado a la cabeza de la clase de latín, analizando y traduciendo la *Égloga* a Polión, con aquel aire inteligente que obligaba a todos a preguntar quién era. Y aquí recibía Virgilio un recuerdo cariñoso de D^a. Juana que también lo quería mucho, debido al amor que le profesaba su hijo al Cisne de Mantua. Sentía de nuevo la satisfacción profunda que experimentaba cuando la señalaban a ella como madre del latinista y cuando se quedaban viéndola

las demás señoras que asistían al acto, ¡y hasta meneaba la cabeza en la cama y medio se sonreía con su hijo, creyendo que estaba en los exámenes todavía y que lo estaba viendo! Se acordaba de las frases cariñosas que le había dirigido el Sr. Obispo a su muchacho, ahí, delante de todo mundo y las felicitaciones que le habían hecho a ella por el talento de Manuelito cuando se había acabado el certamen. Y la esperanza que había concebido de verlo en las alturas de la fama, y hasta el orgullo futuro que había previsto de ser señalada por todos como la madre del presidente de la Corte, del orador del Congreso o del profesor de Prosodia latina, todo se había desvanecido de un golpe. Aunque se sometía a la decisión de su hijo, no por eso se consolaba, y esos recuerdos queridos, y estas esperanzas muertas, la mortificaban hasta el punto de hacerla llorar nuevamente, no en ímpetu irresistible como al principio, sino con la suavidad de los santos padecimientos.

Que Manuelito se hubiera casado en Antioquia, o se hubiera quedado en Medellín, o quisiera irse para Bogotá aunque no fuera a estudiar, no le parecía tan malo a D^a. Juana; pero quedarse aquí, en Remedios, en un rincón, como decía ella, era lo que más la atormentaba. La madre de Manuelito juzgaba que las amplitudes de teatro resolvían siempre el problema de la vida; pero no había que culparla, porque D^a. Juana era mujer de aspiraciones, y la tendencia general de la humanidad es esa, aun cuando altas individualidades se hayan apartado de ese modo de apreciar los grandes centros. Y como es regla general que los seres humanos se apasionen por los extremos, D^a. Juana era de los que opinaban por la vida de las capitales, considerando los pueblos reducidos como lugares propios para el desarrollo de pasiones pequeñas, y para acabar con las actividades mentales de los hombres inteligentes. Ni ella ni los de opinión contraria podían apreciar entonces lo que hoy opinan otros: que todo es cuestión de temperamento; que los gusanos siempre han de vivir en la podredumbre, aunque vivan en las grandes ciudades; las almas sinceras y nobles en las alturas, los pájaros en el aire; y que si la topografía y el medio ambiente influyen en el carácter, no es de un modo tan absoluto que aniquile por completo la iniciativa individual de caracteres enteros y poco maleables. Pero ella hacía mucho hincapié en el teatro y le dolía ver el que las esperanzas concebidas terminaban por completo con la resolución de su hijo.

“Bueno, que se cumpla la voluntad de Dios”, se decía la señora, y se puso a meditar en la suerte futura de Manuelito. “Qué será de él, cómo le resultará la

esposa, si exigente, si amable, si de mal carácter, si de fundamento, si cariñosa, si sufrida, en fin, si iría a ser feliz o desgraciado el pedazo de su corazón". ¡Y el único pedazo! Mejor dicho, el único afecto grande, una cosa así como ella misma, como su propio amor, su vida, su porvenir, sus ilusiones. ¿Y qué haría ella sola? Casarse nuevamente, no le parecía propio. La salida de san Pablo en este asunto de los matrimonios repetidos, en su epístola a los Corintios, le parecía prudente e ingeniosa, pero ella no se acogería al permiso tácito que se desprendía de la contestación del santo. El amor ha de ser uno, indisoluble y eterno, pensaba D^a. Juana. Y como si quisiera hablar con el esposo muerto sobre la decisión de Manuelito, hizo un esfuerzo para dirigirse a lo alto, al cielo, en donde debía estar él, y a poco le pareció como si lo estuviera viendo con ese rostro apacible, sereno y bondadoso que era el mismo de su hijo, con la tranquilidad del santo, que en las cosas del mundo no ve sino la voluntad de Dios y se somete a ella sin protestas pueriles. Comprendió en la actitud de su esposo lo que debía hacer y se consoló. Pero al volver a la realidad se volvió a confundir demasiado, y sintiendo mucho calor se sentó en la cama, y otra vez se puso las manos en la cabeza.

Manuelito, como si hubiera llegado también a su séptimo día, descansó, quedándose dormido profundamente sin haber tenido tiempo de acabar las oraciones de costumbre y confiado, sin duda, en que a buenos entendedores con pocas palabras basta.

Mucho rato lo dominó el sueño, pero al fin despertó tanteando la cama como para convencerse de si estaba soñando. Era que el cuerpo cansado había estado únicamente en reposo dominando el espíritu por intervalos; pero éste reanudó su labor sin el freno de la voluntad e hizo que Manuelito viera muchas cosas agradables que se adelantaban a los hechos cumplidos de la víspera. El espíritu siguió solo su camino, sin las dificultades de los obstáculos materiales y a la manera que éste, aun en la vigilia, se abstrae y obliga a uno a hacer castillos en el aire o a suponerse, por ejemplo, la Quebrada-arriba de Medellín navegable en barquitos en forma de cisnes y a ver a toque de oración, como si fuera cierto, focos de luz eléctrica en las ceibas de la playa...

Por eso a Manuelito le aconteció que la imaginación lo fue llevando hasta el tiempo de las visitas de novio, y a los naturales coloquios amorosos con Elena que le producían un deleite inefable. Y aun haciéndole sentir esto y dándole tan agradable entretenimiento, no se contentó la imaginación con estos avances, sino que lo fue llevando también a la puerta de la iglesia con Elena y todo el

acompañamiento de gente principal de Remedios, y los hizo entrar un poco hasta que el Sr. Cura salió acompañado del Sacristán, con un libro grande y viejo en la mano. Él se había puesto al lado de la novia y los padrinos y madrinas habían ocupado los lugares correspondientes a su cargo. Entre éstas últimas alcanzó a ver a Amalia Palacín y a Teresa Carrillo que estaban muy bien vestidas. No se atrevía siquiera a acercarse mucho a Elena ni a verla con insistencia, según la turbación que tenía. También estaban allí D. Cándido y D^a. Genoveva que se iban a aprovechar del caldo, que bien ganado lo tenían, y el hermano de Elena, aquel hombre alto y hermoso, que parecía un ángel crecido pero sin alas. Pensó, mientras que el sacerdote leía en el libro, lo que se iban a admirar los convidados cuando vieran las arras que eran unas onzas de oro del tiempo del Rey, y el lazo con que debían atarlos, que era una cadena muy larga y de cuentas de oro muy grandes. Oyó que el Sr. Cura dijo:

“¿Recibes a Elena Silvestre por esposa y mujer?”. Y contestó: “Sí, sí”; y la imaginación cansada de inventar tanto cuento se quedó quieta y fue entonces cuando Manuelito despertó tanteando la cama.

D^a. Juana que oyó los gritos del hijo, comenzó a decir en voz alta: “Qué es eso Manuelito, qué tiene. Voltéese que es que está mal acostado probablemente”.

—No, señora, no es nada —dijo éste medio dormido todavía—; era que estaba soñando.

—¡Ah sí! Acuérdense de lo que me dijo el otro día de Calderón de la Barca.

—¿Que la vida es sueño?

—Ah, hijo, ¡qué cierto es eso! Duérmase tranquilo otra vez y no se vaya a levantar temprano.

No deseaba otra cosa Manuelito, y se durmió de nuevo profundamente. D^a. Juana se quedó quieta un rato como esperando a que el hijo se durmiera, y cuando calculó que era tiempo resolvió levantarse porque ya estaban cantando los pajaritos, y ella se sentía muy cansada en la cama.

“Y él por qué no me diría nada a mí”, decía Elena Silvestre en su lecho. “Ah, picarito, ¿conque sí habías entendido? ¿Qué irá a decir mi hermano cuando lo sepa? Le va a gustar mucho, eso sí, estoy segura de eso”.

Y no acabó de decir esto último cuando le entraron dudas sobre lo que hacía poco aseguraba tan rotundamente, y se preguntó de nuevo: “¿Le gustará a mi hermano? Ay, quién sabe”, se contestaba muy confundida. Con el deseo ardiente de que a D. José Antonio le gustara su novio, decía: “Sí le gusta, sí le gusta”, y

daba golpes con el puño cerrado en la cama como para darle más fuerza a la afirmación. Qué irán a decir en Sanmartín las Grajales. Cómo se irá a alegrar Amalia Palacín mañana cuando le cuente lo que ha habido. Tan buena, tan amable conmigo, y tanto que se ha interesado en esto. Bien me lo decía ella, y se ponía a repetir lo que ella le había dicho: “No crea Elena, Manuelito no se va, imposible, y si se lo lleva D^a. Juana a la fuerza, se vuelve del camino”. Y al repetir esto sentía un estremecimiento delicioso en todo el cuerpo. ¿Qué habrá dicho D^a. Juana? ¿Le gustaría, se pondría brava? Comenzó a imaginarse el modo como había llegado Manuelito a la casa, y las palabras que le había dicho a D^a. Juana y el susto que le habría dado a la señora y lo opuesta que habría estado al proyecto, y lo que él le habría replicado en frases tan bonitas, tan dulces y tan prudentes, y al fin la había convencido de que debía darle el consentimiento.

Todo esto se lo suponía Elena y lo daba por hecho. Y dando por sentado que no había inconveniente alguno y que todo estaba arreglado, y que ella sería la esposa de Manuelito, sin falta alguna, se puso a hacer el recuento de los pretendientes que había tenido. La memoria de unos le produjo sensaciones vagas y varias en cuanto a simpatías más o menos fuertes hacia ellos; la de otros le fue casi indiferente, y para aquél a quien pensó haber querido y con quien tal vez se habría casado, tuvo un recuerdo cariñoso y sintió por él una especie de gratitud ingenua.

Pero sin darse cuenta de que esos tanteos juveniles y esos ensayos ciegos del período que pudiera llamarse preparatorio del amor, quedan haciendo parte sin quererlo de la vida de todo ser humano aun después de la resolución definitiva que nos conduce al matrimonio, la pobre niña no podía explicarse por qué el recuerdo de esos pretendientes le inspiraba cierta melancolía inexplicable, aun en medio de su dicha presente. No hizo comparaciones, por supuesto, porque la fuerza atractiva y amorosa que la dominaba no era para eso, y al fin vio volar como pavesas en el aire esos recuerdos para volver a Manuelito; y pensando en él se quedó dormida viendo allá, a lo lejos, un mundo de ángeles que se besaban con delicadezas celestiales.



VI. Sale lo que no se espera

Contando D^a. Juana que ya eran las diez del día y que Manuelito no se levantaba, entró en cuidado y se fue derecho al aposento.

—Manuelito, Manuelito —dijo la señora con mucha maña—, ya son las diez, hijo, y D^a. Petrona me ha mandado decir que vendrá a las doce. Levántese para que no lo vaya a coger en la cama la visita.

Manuelito no respondió una palabra.

—¿Qué es esto? —dijo la señora, y se fue acercando. “Manuelito”... volvió a decir y con más fuerza que al principio.

Nada, no respondía Manuelito. Comenzó a saltarle el corazón a D^a. Juana, llegó a la cama temblando, y le tocó la cara.

—Ay por Dios si está ardidado de fiebre. ¡Virgen Santísima! —Y comenzó a rebullirlo con maña y a llamarlo nuevamente—. Manuelito...

—Señora —respondió éste al fin.

—¿Qué tiene, hijo, qué le ha sucedido?

—No sé, señora, pero me dio un calofrío tan fuerte que creí que no se me iba a quitar, según fue de largo; después me dio un calor muy grande. Creo que estoy con fiebre; me duele la cabeza, tengo mucho dolor en el cuerpo —dijo, y se quedó como privado.

—Eso no es nada; ahora verá cómo se le quita con un sudor que le voy a hacer.

Salió D^a. Juana corriendo para la cocina y le dio orden a Carmen, la criada vieja, para que pusiera una olleta con agua en el fogón, y al salir del interior de la cocina a la puerta se dijo: “¿Por aquí no habrá sauco? Eh, si yo tengo un

paquetico de cerraja”, y voló a buscarlo. Volvió con la planta ramosa, de flores amarillas, ya secas, y cuando ya la iba a echar a la vasija se acercó la criada y le dijo:

—Mire, su mercé, que esa cerraja está floriada, y cerraja floriada no sirve.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Eh, mi señora, ¿pero usted no sabe que la cerraja floriada no sirve?

—Siempre te verán metida en todo —dijo D^a. Juana, y sin más discusión le echó la cerraja a la olleta, y al salir a buscar el azúcar le preguntó la criada:

—¿Y su mercé está enferma?

—No, es para Manuelito que está con fiebre.

—Ya yo lo había pensao mi señora. Remerios no se la perdona a naide.

Se quedó la criada refunfuñando y diciendo: “Ah mi señá Juana pa cabe-ciura. Si con eso es que va a curar al niño Manuel... Si le dieran un sudor de sauco o de vendeaguja, bueno, ¿pero cerraja floriada...? Yo lo dije, el niño aguantando sereno, el niño tomando limón. Supónganse, limón en tierra caliente, y con lo que destroza la sangre”.

Volvió D^a. Juana a la cocina y preparada ya la bebida se la llevó a Manuelito.

—A ver, hijo, a soplo y sorbo.

Comenzó Manuelito, y cuando la madre lo veía cansado lo animaba, diciéndole:

—Tómesela toda hijo, esto lo mejora.

Y el muchacho haciendo un esfuerzo, volvía a comenzar la tarea quejándose pacito y con dificultad, hasta que al fin dijo:

—Ya no puedo más, eso se me viene, madre. ¡Ay, ay! —y fue a entregarle la taza.

—No, hijo, si apenas falta un poquito. A ver, haga otro esfuerzo, siquiera dos tragos más, vea que ya se acaba.

Manuelito esforzándose por complacer a su madre trató de acabar, pero apenas pudo pasar otro trago y se dejó caer casi muerto.

D^a. Juana lo arropó hasta la cabeza con mucho cariño, y quiso consolarlo diciéndole: “Ahora verá cómo se lava en sudor y se alienta”.

La vieja Carmen que estaba al lado de D^a. Juana salió del aposento para la cocina con la taza en la mano y hablando sola: “El niño está malo, el niño se muere, de ésta no escapa. Yii, si esto fue lo mismo que le dio al niño Gregorio”. Y persuadida de que Manuelito se iba a morir, la pobre llegó a la cocina llorando,

pero cuando sintió que D^a. Juana se aproximaba, se limpió las lágrimas y acercándose al fogón se puso a atizar la leña, agachada y muy cerca a la candela. Al entrar la señora se incorporó restregándose los ojos y diciendo: “Valiente leña ésta, mi señora; nos engañó ño Pacho con esta leña tan verde, que es la pura agua. ¡Ah viejo ese! si se le ve la mala conciencia”, y volvía a restregarse los ojos.

—Vea, mi señora —decía la criada—, démole un sudor de sauco al niño Manuel, y si quiere yo voy a buscarlo. En el solar de ña Santos me parece que hay un palo floriao.

—Lo que has de hacer es ir a la casa de D^a. Petrona y me le dices que es mi señora que la mando saludar con mucho cariño, y que me haga el favor de venir pronto que es que Manuelito está enfermo.

No se limitó Carmen a darle la razón a D^a. Petrona, sino que le agregó la historia de la bebida, y pintó la enfermedad de Manuelito con unos colores tan subidos, que D^a. Petrona salió corriendo después de mandar llamar a Amalia Palacín para que se quedara acompañando a Elena.

Y como Carmen no dejó de contar en el camino el suceso a una que otra persona que encontró en la calle, pronto lo supieron D^a. Camila, D^a. Genoveva, Luis Arenales, Pacho Quintero y otros. Aquello se extendió rápidamente por el pueblo, y hubo quien asegurara que Manuelito había muerto, que él lo había visto, y que él acababa de pasar por la casa. Otros se atrevían, apenas, a darlo como agonizante y aseguraban que se habían encontrado con el Sr. Cura que iba corriendo para la casa de D^a. Juana.

—Ahora —decía otro—, hasta se casará otra vez D^a. Juana, y que encuentra con quien, porque hasta plata tiene la vieja.

Cuando pasaba alguno lo detenían en los corrillos y le preguntaban si había pasado por la casa en que vivía D^a. Juana, si Manuelito había muerto ya, si lo habían podido confesar, y cosas por el estilo.

Cuando D^a. Petrona entró, D^a. Juana se le fue a los brazos, diciéndole:

—No sabe señora lo malo que está Manuelito. ¡Y él que estaba tan contento con el matrimonio!

—¿Y le contó él desde anoche todo? ¿Y le dijo que yo le había manifestado que sin la voluntad suya yo no resolvería nada?

—Sí, señora, me contó todo, y anoche mismo le di el consentimiento y nos quedamos conversando hasta tarde. Si viera la fiebre que tiene. Entre para que lo salude.

Entraron las señoras al aposento, y poco más fue el caso que pudo hacerles Manuelito.

D^a. Petrona aconsejó a la señora que llamaran un médico porque le parecía muy malo el enfermo. Pero como ella también hacía poco que estaba en el pueblo, no supo a quién podrían llamar.

En estas entró D^a. Camila corriendo, y lanzándose a los brazos de D^a. Juana comenzó a decirle:

—Ay, mi señora, qué es esto, qué es lo que ha habido, ¿conque se nos está muriendo Manuel? ¿Y ya llamaron médico? Pues mire, le aconsejo que no llame sino a Ramona que es muy entendida y acertada. Aquí ha hecho muchas curaciones, y hasta ha curado muchos enfermos a quienes Ramón Hilario y Baltasar Ríos habían desahuciado. Aquí abajito vive ño Clemente Mejía que le habían hecho ya el ataúd, y lo cogió Ramona y eso fue que lo curó en dos días. Médicos, Dios me libre. Apuesto que eso fue el baile que le hizo daño. A forastero no se la perdona Remedios, y si se pone a bailar, mucho menos. Vea que eso mismo le pasó aquí a Aparicio Rodríguez que vino de Santarrosa y se puso a hacer gracias. Lo cogió el causón y se lo llevó. No sabe lo que nos hizo sufrir este Aparicio que era un hombre tan simpático que daba gusto tratarlo; pero como bebía mucho el pobre y era tan calavera, y se trasnochaba en los bailes, se fue ligerito. ¡Y qué le parece, recién casado que estaba!

D^a. Juana que oía medio distraída la retahíla de D^a. Camila la dejó hablando y se fue a darle vuelta a Manuelito.

Entraron a poco Luis Arenales y Pacho Quintero a ofrecerse para lo que pudieran servir, y D^a. Petrona les dijo que lo urgente sería buscar el mejor médico del pueblo.

—Sí, señora —dijo Pacho Quintero—. D. Zoilo Pereda, que vive aquí cerca, puede indicarnos el que él estime mejor.

Salieron los muchachos a buscar a D. Zoilo, quien recomendó a Ramón Hilario González.

Cuando llegaron con el médico, ya Manuelito estaba tosiendo mucho, y se quejaba de un dolor muy fuerte en el costado izquierdo.

Era Ramón Hilario un hombre alto, ceremonioso y célibe, muy dado a la medicina, y querido por muchas personas del lugar por su corazón benévolo y desinteresado.

Se puso a examinar al enfermo cuidadosamente, y al acabar el examen comenzó a balancear el cuerpo y dijo: “Hay que sangrar al muchacho primero

que todo”. Le ligó el brazo, trajeron la taza para aparar la sangre, y Pacho Quintero y Luis Arenales sirvieron de practicantes. Pero D^a. Camila, que se había entrado de curiosa a presenciar la operación, tan pronto como vio saltar el chorro de sangre, dio un grito y se desmayó. Esta complicación inesperada ocupó la atención de D^a. Petrona y de D^a. Juana, quienes tuvieron que sacarla al patio y darle a oler aguas fuertes, para que volviera del accidente.

Se quedó viendo Ramón Hilario la sangre que había salido, y como para dar a entender que por el color de ésta podía enterarse de si curaba o no a Manuelito, dijo en tono dogmático:

—Lo curo.

Alegróse D^a. Juana sobremanera, y las demás personas allí presentes se quedaron pasmadas del saber de Ramón Hilario.

Mandó aplicarle cataplasmas de sábila, y ordenó, además, que le aplicaran penca de higo tuno caliente en el punto doloroso del pecho; bebidas de mal-avisco con goma, y sudores de cerraja.

Mucho descansó Manuelito con la sangría y hubo un paréntesis de consuelo para D^a. Juana.

Cuando Carmen vio la sangre y supo lo de los sudores de cerraja, comenzó a rabiar. “¡Qué les parece —decía—, con lo renegrada que está esta sangre, y venir ese hombre a darle al niño Manuel bebidas calientes! El niño no necesita sino fresco para sacarle el calor reconcentrao que tiene”.

D^a. Camila, tan pronto como se repuso del vértigo, manifestó que tal vez un chocolatico le volvería las fuerzas, y así fue que hubo necesidad de apelar a Carmen para satisfacer la exigencia de la señora, o mejor dicho, del estómago, que se imponía por encima de todo conflicto sin consideraciones de ninguna clase.

Cuando se le avisó a la criada lo del chocolate, se puso furiosa, y atizando con mucha rabia la leña hizo saltar las chispas tan alto que por poco llegan hasta el caballete. “Tan melindrosa y tan metida que es esta vieja Camila. Yo no hago chocolate ninguno, y si lo quiere tomar que venga a hacerlo ella misma”.

D^a. Petrona, que había observado la mala voluntad de Carmen y condolidada de la pobre D^a. Camila, volvió a la cocina al rato a inquirir con mucha maña el asunto y a parlamentar con la criada. Esta, que era respetuosa delante de las señoras, se volvió con mucha humildad a D^a. Petrona y le dijo: “Sí, mi señora, ya le vamos a hacer el chocolatico a la pobre”; pero al salir D^a. Petrona de

la cocina, cogió Carmen la olleta con más rabia que antes y siguió refunfuñando y echando pestes contra D^a. Camila. Pero una vez que ésta hubo de alcanzar el logro de sus deseos volvió a la sala y se enteró de todo lo que pudo. A Pacho Quintero lo llenó de agasajos, lo mismo que a Luis Arenales, y les decía: “Qué tal si no hubiera sido por Uds. que vienen tan a tiempo. No hay como tener amigos. Cuando llegué aquí ya encontré a D^a. Petrona posesionada de la casa. Díganme una cosa muchachos, ¿esta vieja estará pensando todavía quitarle el hijo a D^a. Juana? Aquí hay gato encerrao”.

—Sí, señora —le dijo Luis Arenales—, parece que el matrimonio se arregló anoche.

—¡No salga con ésas!; pero yo me lo supuse desde que encontré a D^a. Petrona aquí.

Y entablada en esta conversación estaba D^a. Camila cuando volvió a entrar Ramón Hilario con un manojo de yerbas en la mano, y al verlo pasar directamente para el aposento se puso a decirles a los muchachos: “Este Ramón Hilario es tan acertao que verán cómo va a curar a Manuelito. Es que como Ramón Hilario no hay, y así se lo dije a D^a. Juana desde que vine”.

No pudiendo contener por más tiempo *in pectore* la noticia del matrimonio, salió D^a. Camila a la carrera con aquellos zapatos de cordobán rotos, de suelas lisas, que se dejaban ir solos. Entró aquí y allí, habló con todos los conocidos que encontró en la calle, y faltándole ya las fuerzas puso en acción las energías latentes y siguió hasta la casa de D^a. Agustina a donde llegó jadeante y sudando mucho.

—¿Comadre, por Dios, ya sabe todo lo que ha habido?

—De veras, comadre —dijo D^a. Agustina—, ¿qué es lo que ha pasado? Manuelito muriéndose, ¿no?

—Ya se habrá muerto, comadre, porque yo lo dejé muy malo. Supóngase que yo no sabía nada cuando me dieron la noticia en la casa de Gregoria, y me fui a ver qué era y a ayudarle a D^a. Juana, y ya me encontré a D^a. Petrona posesionada de la casa.

—¿A D^a. Petrona?

—Ahora verá, comadre. “¿Qué es lo que hay, D^a. Juana?”, le pregunté a la señora y me respondió llorando: “Pues que Manuelito se me está muriendo”. Voy a verlo, y si viera, comadre, qué cara la que tenía; los ojos brotados, la lengua afuera y los cachetes llenos de cardenales. Es decir, muriéndose. Qué le parece,

enfermo desde por la mañana y no le habían dao una bebidita todavía. Se me ocurrió decirle a D^a. Juana que mandara a buscar a Ramona, que Ud. sabe lo acertada que es. Pues no señora, llegaron los zambos de Pacho Quintero y Luis Arenales, que andan siempre de metidos, y se fueron por Ramón Hilario. Desde que yo lo vi se me puso que iba a sangrar al muchacho y así fue. Llegó y le metió la lanceta en el brazo y saltó la sangre, como si hubieran degollado un marrano. Yo no pude aguantar y me salí para el patio. Qué le parece, comadre, ir a sangrar a Manuelito, tan empanizao como está el pobre. ¡En lugar de llamar a Ramona que es la que sabe! Le digo que fue tanta la rabia que me dio que no me pude contener y se lo dije a D^a. Juana, pero ella no hizo caso.

—¿Y Luis Arenales y Pacho Quintero se quedaron allá? —dijo D^a. Agustina.

—Allá se quedaron metidos los zambos esos mandando en todo. Y ahora sabrá Ud. que D^a. Petrona cogió anoche a Manuelito y lo hizo proponer matrimonio y de ahí viene todo esto; porque dicen que D^a. Juana de brava le pegó al hijo, y esos son los cardenales que tiene en la cara. Y ahora para acabar con todo llevan a Ramón Hilario. ¡Dígame, comadre, si éstas no son cosas para hacerle dar rabia a uno! Y quien ve a D^a. Petrona tan orgullosa y ahora metida también de lambona. Lo que es la gana de casar las hijas. ¿Recuerda que se lo dije, comadre, cuando vino esa vieja aquí? Apuesto a que no viene a ver sino con quién puede casar la muchacha, y así ha salido. Pero se le fue el tiro por la culata, como dicen, porque ahora se tiene que volver con su muchacha para Sanmartín a casarla con algún mayordomo de El Porvenir.

—Mire, comadre, que eso del matrimonio sí es cierto, porque por aquí pasó Amalia Palacín a la carrera para la casa de D^a. Petrona, y eso no podía ser sino para asuntos de matrimonio; y esa es la que ha estado más metida en esto.

—Pues si esa ha sido siempre la vida de Amalia Palacín. Yo no sé qué es lo que está viendo la madre de esta muchacha que no la reprende.

Trajéronle chocolate a D^a. Camila, y tan pronto como se lo bebió y le volvieron las fuerzas, no quiso desperdiciarlas y continuó la romería de casa en casa, repitiendo lo mismo que le había contado a D^a. Agustina, con algunas variantes apropiadas al auditorio.

Las noticias de la intervención de Ramón Hilario, en el caso de Manuelito, y la del matrimonio concertado la víspera, cundieron por todo el pueblo.

Los partidarios de Ramón Hilario aseguraban, que en manos de éste no se moriría Manuelito, y que lo que no hiciera él, no podría hacerlo nadie.

Los enemigos gratuitos del galeno, se reían de él, le acomodaban sobrenombres e iban hasta asegurar que había dejado morir a Rodríguez porque no le había conocido la enfermedad. Otros decían que acababan de hablar con Ramón Hilario y que les había dicho que lo que tenía Manuelito no era dolor de costado sino tabardillo del bravo, y que aun les había asegurado que de eso no se escapaba el hijo de D^a. Juana.

Quien dijo en otra parte que el médico le había dicho que él no sabía cuál era la enfermedad que tenía Manuelito; pero que le estaba recetando para *rematís* del que desbarata las personas, y que si se salvaba iba a quedar andando en muletas.

Hubo quien asegurara que él estaba en la casa de D^a. Juana cuando Ramón Hilario había dicho que Manuelito se moría, sin falta, y que la Sra. Juana y D^a. Petrona se habían puesto a llorar.

D. Cándido voló también a ofrecer sus servicios a D^a. Juana y estuvo interesado, igualmente, en el tratamiento de la enfermedad. Así que, acercándose a la madre de Manuelito, le dijo:

—Vea, mi señora, yo no sé pero por lo que he visto creo que si le zajan unas ventosas a Manuelito, se alienta. Es que no hay como las ventosas pa esto. Yo se lo voy también a decir a Ramón Hilario, porque es mi señora que los médicos no caen en la cuenta de ciertas cosas, y en esto lo que vale es la experiencia.

El médico no había diagnosticado la enfermedad, pero, como de costumbre, las gentes se habían encargado de hacer cargar al práctico con el diagnóstico que a cada cual se le iba ocurriendo hacer con toda la intrepidez que da la ignorancia y con la mala fe habitual de los seres humanos que se aprovechan de cualquier incidente para comprometer la reputación del prójimo. Unos por aparecer ante el público como personas de confianza del médico, dejándose llevar así por los impulsos de la más torpe de las vanidades, propalan declaraciones que no se les han hecho; otros por la satisfacción íntima que experimentan por razones de ingénita perversidad, se empeñan en poner al enfermo al borde del sepulcro, y gozan con la perspectiva de una muerte que un deseo mórbido les hace creer segura. Espíritus desgraciados que sólo en la desgracia ajena encuentran el único alimento capaz de apaciguarlos.

Cuando D. Cándido volvió a la casa habló largamente con D^a. Genoveva sobre la enfermedad de Manuelito y le dijo: “Yo no me pude contener y le dije a D^a. Juana que si no le zajaban unas ventosas se les moría el muchacho”. Todo

lo que refirió D. Cándido había estado oyéndolo ña Clemencia, una esclava vieja que el señor había traído de Magangué.

Era ésta una negra pura, de pelo churrusco, de ojos pequeños, de dientes blancos y finos que habían resistido a los estragos del tiempo; de camisa blanca, escotada ampliamente, y sin miramiento alguno por la estética, ya que en cuanto a moralidad era ninguno el peligro por los pocos atractivos sensuales del busto de ña Clemencia; patoja, los pies invadidos, en parte, por la *espundia*, de retaguardia hiperbólica y tembladora, y con su colmillo de caimán en la muñeca, que era el talismán de la negra, y su dije más querido y reverenciado.

Salió ña Clemencia para la cocina, y al llegar allí emitió su opinión también sobre la enfermedad de Manuelito, en estos términos: “Pa yo lo que tiene er niño Manué ej maleficio. Ej que vení a Remerio sin contra, ej malo. Si bujcaran a ño Juan Pablo le sacaba loj animale de la barriga ar niño re mi señá Juana”; y agregaba sacudiendo la cabeza y ya sentada en el suelo: “Eso ej pa que beban agua re la quebrá é la Carnicería sin prepará er cuerpo. Lo mejmo le pasó aquí aquer branco de Yolombó, que se ro llevó mi Siñó Jesucrijto en trej diaj, y cuando lo ejtaban velando comenzó a echá culebraj é pelo por la mejma boca qui ni condena. ¡Ai mija e mi arma! ¡Y quirá asé mi señá Juana, sin er niño Manuel!”.

Era ésta la nota final en el concierto torpe de las opiniones desautorizadas y malévolas. Sólo que la opinión de Clemencia, aunque la más humilde, era quizás la más ingenua y la menos peligrosa.

Entre tanto seguía la enfermedad de Manuelito y los comentarios diversos sobre lo acontecido en el pueblo a los forasteros.

Pasaron seis días y la fiebre no bajaba; Manuelito experimentaba un dolor horrible cuando tosía, y una sed insaciable que no aplacaban las aguas calientes que a dos manos se le propinaban al enfermo.

Cuando salía Ramón Hilario del aposento lo rodeaban los más audaces de los presentes en la sala, y le hacían mil preguntas indiscretas y necias.

“Qué le parece”, “¿tiene mucha fiebre?”, “¿se morirá?”, “¿dizque se le está acabando el pulso?”, “¿esto no será tabardillo, Ramón Hilario?”.

El médico que ya conocía todas estas debilidades humanas, se inquietaba poco por los diagnósticos y comentarios de las gentes, y se limitaba a notar estos hechos como naturales e irremediables; pero a las preguntas sí quería poner remedio Ramón Hilario, porque él no se creía obligado a hablar del asunto sino con la madre de Manuelito, y no se explicaba el defecto de educación de

los que se atrevían a molestarlo con preguntas, en que no se descubría sino el interés de la curiosidad mal contenida. Pero tampoco pudo conseguir esto, y se convenció de que la empresa no le acarrearía sino denuestos y pullas por parte de esa gente crecida entre las malezas de la mala crianza.

D^a. Camila estaba bravísima con él porque un día en que ésta se le fue encima, como de costumbre, metiéndole las manos en la cara y hasta escupiéndolo, y con ese olor repugnante que produce el uso inmoderado del tabaco, se le escurrió Ramón Hilario como pudo y le cambió la conversación; y aunque la señora volvió a la carga varias veces, otras tantas le sacó el cuerpo con toda la habilidad de un táctico.

¡Pues qué fue aquello! Ramón Hilario quedó hecho trizas por D^a. Camila en esa ocasión, pero no se escapó de ser abordado el día siguiente con las mismas preguntas indiscretas, cuya contestación había tratado de esquivar el día anterior. Y comprendió Ramón Hilario que era necesario someterse...

Entre todos los concurrentes sólo D. Zoilo Pereda, Pacho Quintero y Arenales respetaban al médico y no se les ocurrió nunca importunarlo. El médico agradecido por esta conducta no dejaba de alabarlos por su discreción y buena crianza, y entre ellos y los otros hacía la distinción entre los que se interesaban de veras por el enfermo y los que tomaban el caso como objeto de curiosidad frívola.

D^a. Camila siempre curioseando había llegado hasta ver los esputos de Manuelito, y corrió a contar a la calle que éste estaba arrojando sangre a montones y que a ella le parecía muy malo.

Adelaida casi había rezado a la Virgen para que se muriera el enfermo según estaba de contrariada con la noticia del matrimonio de éste con Elena; pero no dejó, por supuesto, de ir a visitar a ésta y significarle su alegría por el futuro enlace, y su pena por la enfermedad del novio, y se esforzaba por ocultar sus sentimientos, diciéndole:

—No tenga cuidado, querida; verá que eso no vale la pena, y Manuelito se alentará pronto.

A Elena no la habían permitido ver al novio durante la enfermedad, sino a ratos, porque era malo hacerlo conversar mucho, y parecía ahogarse a cada momento.

A los ocho días declaró el médico que Manuelito estaba fuera de peligro, y la alegría de D^a. Juana no tuvo límites. Elena no sabía qué hacer de contenta;

D^a. Petrona respiraba al fin; D. Zoilo creía que había ganado una batalla al recomendar a Ramón Hilario; Pachito Quintero y Luis Arenales estaban de plácemes. Los comentarios cambiaron por completo; los que habían echado pestes contra el galeno no vieron nada de raro en la curación de Manuelito, y antes se admiraban de que se hubiera demorado tanto para curar un simple dolor de costado; otros aseguraban rotundamente que esa no había sido la enfermedad de Manuelito y que era que Ramón Hilario se había *pelao* todo, y el enfermo se había curado solo.

Amalia Palacín quiso comerse a Elena a besos y abrazos; Adelaida no pudo comer ese día, según era el golpe que había recibido; y D^a. Camila fue a buscar al médico para felicitarlo, diciéndole: “Te luciste, te luciste, Ramón Hilario. Yo se lo dije a D^a. Juana. Aquí lo que no haga Ramón Hilario, no lo hace nadie”.

Y este elogio le costó al médico una peseta que D^a. Camila le pidió con los ojos.



VII. *Juan Criollo*

I

Después de la convalecencia de Manuelito, pensó éste en afrontar de una manera práctica la vida. Él no se sometería a los recursos de su madre para vivir, ni aceptaría el triste papel de arrimarse a la futura suegra. Y aunque la vida que hasta ese día había llevado se había reducido al trato con los libros, y con los hombres de letras; y aunque su organismo delicado, su mente abstracta y la educación recibida lo hacían inepto para el trabajo rudo, resolvió, sin embargo, solicitar un destino en alguna de las minas del pueblo.

Consiguió el de contador y sobrestante en la de Juan Criollo, que estaba cerca de la población, y sin vacilaciones de ninguna clase se encargó del destino.

La víspera de partir, y después de una visita muy larga que hizo a la novia, se puso a arreglar sus libros y papeles. Fue acomodándolos con mucho cuidado en una maleta de madera; puso primero los cuadernos de notas y problemas y en seguida los libros. Pero antes de dejarlos caer en el fondo los hojeaba con particular cariño, y con la tristeza natural que inspira lo que queda atrás y se convierte en historia. De golpe se detenía en las páginas de algún cuaderno en donde alcanzaba a ver unas paralelas cortadas por una línea vertical, o triángulos cuidadosamente dibujados, y unos encabezamientos con letra grande que decían: “El cuadrado formado sobre la hipotenusa, es igual al cuadrado, etc.”; seguía hojeando y pasaba sobre los rectángulos, los arcos de cuerda, las circunferencias con sus tangentes y secantes, y por último, las pirámides que era hasta donde había estudiado. Al fin se quedó viendo las dos figuras pintadas que explicaban

que dos troncos de pirámide que tienen una misma altura son también equivalentes. Soltó este cuaderno y tomó el de Álgebra y lo fue hojeando hasta que llegó al primer problema de ecuaciones de primer grado que había resuelto, y que era aquel problema del gavián y las palomas que comienza: “A donde van cien palomas. —No señor gavián. —Nosotras más la mitad, más la tercera parte, etc.”. Toda esta revista iba acompañada del recuerdo de sus condiscípulos Gómez Ángel, José Cosme, Pedro Dimas y Zamarta, que eran los que más lo habían querido y ayudado en el colegio. Le parecía que estaba viendo al Sr. Gómez Plata, al Dr. Martínez Pardo, y a todos sus maestros; sintió la nostalgia grata de los claustros y en tropel le vinieron a la memoria la hermosa Catedral, la Capilla de Jesús, las palmeras elevadísimas, los tamarindos frondosos, el majestuoso Cauca y hasta los más escondidos recodos de la ciudad de Robledo. Quiso desterrar estos recuerdos, y sin volver a hojear nada, comenzó a colocar los libros; pero cuando dio con la *Ópera Omnia*, no pudo resistir al deseo de leer dos o tres églogas, y suspendió la tarea para entregarse a la lectura, quizá postrera, del poeta de Mantua, y embebido se quedó leyendo hasta que lo llamó D^a. Juana, porque ya era hora de marchar a Juan Criollo. Y muy de mañana salió para la mina.

A pesar del cambio brusco que el destino le preparó a Manuelito, él se sentía feliz porque le sostenía la esperanza de llegar a la cúspide de la felicidad que ambicionaba. ¿De qué no se creería él capaz ahora? ¿Qué obstáculos podrían arredrarlo, ni impedirle llevar a cabo la resolución que había tomado?

Así fue que a poco de estar en Juan Criollo, se sintió aclimatado, y hasta le cobró afición a la vida minera.

La mina estaba rica y había mucha animación y alegría en el Establecimiento. Los peones mismos se interesaban en averiguar los diarios del molino, y el Director era una seda en materia de carácter.

En el cerro que quedaba al frente del molino había tres socavones en escala, y allá arriba, en donde la colina se aplanaba, y están los hoyos de indio, trabajaban a tajo abierto un mineral de górgoras llenas de oro y blandito como todo filón en los cogollos.

En una parte del trabajo están descubriendo el mineral, y están subidos sobre el barranco dos hombres con sendas, barras gruesas y largas, echando abajo la peña que tapa el hilo. Son dos mulatos desnudos hasta la cintura, de músculos pronunciados, de pecho ancho y robusto, cubiertos de sudor y que resisten

a los rayos de un sol ardiente con impasibilidad que pasma; en otra parte en que el mineral está ya descubierto, están sacándolo a pico y echándolo en las carretas para conducirlo a una de las plazas de abajo, en donde otros carreteros lo toman para llevarlo luego a la tolva del molino.

Manuelito que, como sobrestante está asistiendo los peones, está allí quebrando piedras por entretenimiento, y busca muestras para llevarle al director de la Empresa.

En los socavones están los mineros, unas veces arrancando mineral, otras ocupados en asegurar los trabajos, cubriendo con madera, y de yarda en yarda, el espacio que queda encima de sus cabezas. Aquí el calor es sofocante y la falta de aire libre es inmediatamente perceptible por los primerizos, pero los mineros viejos se han enseñado al calor y al aire enrarecido. Sobre los costados de la guía están pegadas las velas de sebo con que se alumbran los trabajadores, y en el carriel o en el gorro, que están por ahí arrimados, se encuentra el cuarto de dulce melcocha con que recobran las fuerzas.

Por los carreteaderos andan como sesenta peones, llevando mineral en carretas que se deslizan suavemente por maderos labrados. A veces pasan por precipicios horribles y van serenos como si pisaran en tierra firme. Cuando regresan con las carretas vacías, van cantando las canciones que de niños aprendieron en sus pueblos, porque ellos han venido de Sopetrán unos, de Girardota otros, de Rionegro éstos y de La Ceja aquéllos. Los de la tierra fría ya están pálidos, y llevan las manchas del paludismo en la cara y las cicatrices de las picaduras de pito, en la espalda desnuda.

Allá va un peón blanco, con ojos apagados y labios descoloridos. Lo sigue un mulato robusto, que vive en la tierra caliente como en su casa; detrás un negro fornido que va pensando en las sensualidades a que se entregará el veinticinco, día de pago y jaleo, y en seguida un caratejo con manchas azules y escamas visibles en todo el cuerpo. Y cantan:

Unos dicen que las Juanas
 otros que las Isabeles;
 yo digo que para mí
 todas ellas son mujeres.

Por ahí suena un vigüelón
 vigüelón de feligrana;

*

Eduardo Zuleta

quien toca ese vigüelón
ese es Fernando Quintana.

Donde canta Martín López
no puede cantar Gaitán,
porque Martín López canta
poco a poco, y sin afán.

Martín López en Remedios,
cuando se pone a cantar,
hace temblar los chiqueros,
retumba la calle Real.

Yo soy Pedro Gallinero,
que a los pollos tengo miedo,
y a las gallinas grandes
de las patas me las llevo.

Se oyen a lo lejos los golpes de los hacheros que derriban los árboles para las puertas y atices de los socavones; hormiguean por las faldas los peones de los contratistas que cargan maderas pesadísimas al hombro. Allá abajo está el molino de doce pisones produciendo aquel ruido fastidioso al principio, pero necesario al fin para el oído del minero, ruido sin el cual no se puede dormir después ni es concebible la alegría en esas hondas cañadas. A lo largo de la quebrada y abajo del molino se ven varias mujeres metidas entre el agua y encorvadas, buscando en las arenas del lecho del riachuelo el oro suelto que en polvo imperceptible ha pasado por encima de los paños, y que ahora quedará aprisionado en la batea de estas heroínas del trabajo. Muchas de ellas llevan allá sus hijas para escaparlas de ciertas tentaciones conocidísimas, para enseñarles el oficio del lavado del oro y hasta para contribuir, sin saberlo, a dar una nota, al mismo tiempo triste y simpática, en aquel conjunto de caras masculinas deterioradas por las enfermedades y la intemperie. A veces el director de la mina, so pretexto de inspeccionar cualquier cosa, se pasea a lo largo de la quebrada clavando el ojo en alguna de esas chicas con todas las ansias imperiosas y vulgares de un señor absoluto.

*

En el patio de la cocina están rajando leña y formando montones de astillas que consumirá el fogón, de donde se desprenden penachos hermosísimos de humo, que saliendo como cernidos al través de la paja del techo se van regando por las alturas; el viento fuerte inclina las copas de los yarumos que brillan como plata bruñida con los rayos del sol; en las horquetas de los guamos-bejucos de la playa, están los muchachos de las cocineras echándose a la boca esos frutos aterciopelados, blancos y dulces; la vaca de leche, humilde y paciente, está echada a la sombra de un suribio y remascando con los ojos cerrados, apenas medio mueve la cola para espantar los zancudos que se le clavan en el cuerpo; y las chicharras, de quienes escribieron los griegos mentiras estupendas, hienden el aire con sus notas agudas, chirriantes y desapacibles.

Muchas veces, sentado Manuelito allá en el tajo abierto, al oír el canto estridente de este insecto, de abdomen abultado y cónico, recordaba aquello de Virgilio: “Yo, entretanto, voy buscando tus pisadas por entre los arbustos que bajo un sol abrasador, resuenan con el canto de las roncadas cigarras”; y el perfume penetrante y fuerte de las flores blancas y amarillas de la montaña, y el olor a violeta de las orquídeas, le producían sensaciones de vértigos suaves, vaguedades indefinibles, y éxtasis delicados y raros que iban mezclados al recuerdo de su novia con todos los transportes de una expansión infinita.

Suena el cuerno que anuncia la comida y se ven descender los trabajadores en partidas. Unos salen del monte; otros de los socavones; éstos sueltan las carretas en las plazas de los minerales, y aquéllos que están sacando arena de los canalones, clavan la pala con aire satisfecho, y en filas van llegando a la cocina.

Los frisoles y la mazamorra preparados en enormes peroles están servidos en platos de palo y en totumas de fondo amarillo. Esto y una arepa tostada al borde del fogón constituyen la comida de los peones rasos. Sólo a los altos empleados, al molinero y a los mineros se les sirve carne como una distinción, amén de ciertos aditamentos, como *hogaos* de cebollas y tomates y algún chicharrón carnudo que va en el centro del plato de frisoles, en relieve muy visible y envidiable.

La cocinera en jefe, mulata arrogante y robusta, manchada, y vieja, entra a veces en dudas de si a aquel muchacho que toma un plato de frisoles con carne le corresponderá esa distinción como empleado y se le acerca a preguntarle:

—¿Usted es de carne?

—Sí, señora —dice el muchacho, y toma su plato.

Como ha habido tanta confusión, resulta que queda faltando siempre a la cocinera una ración de carne que ella le asegura al despensero que no se la ha entregado.

Hay un garitero que tiene sus preferencias pecaminosas y que carga la mano en ciertos platos. Es un hombre que anda meneándose con las manos en la cintura y que al pararse saca las caderas hacia un lado y dobla la cabeza hacia el otro. Tiene la boca grande y oblicua y en la mirada se alcanza a ver la perversión del sentido y la fatal equivocación del sexo que lo obliga a ejercitar su actividad en oficios femeniles. Tiene una voz delgadita que asusta y unos ademanes que inspiran lástima unas veces, y aversión otras. Él peina a las cocineras los días de fiesta y entiende mucho de tijeras y aguja. Anda reñido con la muchacha que ayuda en la cocina y le da rabia con los peones que se chupan los dedos cuando ella pasa caminando de lado, con los brazos sueltos, y con el busto salido y provocativo de la calentana. Los domingos gasta toda la mañana en hacerse una bomba en la parte posterior de la cabeza, que es un modelo de peinado mujeril; por delante, el cabello partido a la izquierda y con moritas formadas en la frente con delicadeza femínea. La camisa no deja de tener arandelas, y muy compuesto se va para el pueblo y va entrando a la plaza con los brazos sueltos y las palmas de la mano vueltas hacia adelante, y contoneándose y hablando menudito entra a la tienda del niño Julián, en donde compra corazones y pajaritos de azúcar para regalar a los farsantes de la mina que se burlan de este contranatural y desgraciadísimo tipo.

La cocinera impaciente y contrariada con el despensero que le reclama las raciones que por descuido ella desperdicia, averigua que el muchacho que se aprovecha de la carne por la tarde es apenas ayudante del molino, y espera a que él tome el plato que no le corresponde para llamar al sobrestante y ponerle la queja en presencia de todo el mundo.

—Patrón —dice la cocinera—, éste es el muchacho que se roba la carne de los empiaos.

—¿Usted por qué hace eso? —dice Manuelito a Pepe Morales, el acusado.

—No, señor —dice Pepe—. Dígnese oírme. Lo que hay es que esta mujer me pregunta si yo soy de carne y le contesto que sí. Dígame, D. Manuel —dice el muchacho, cogiéndose con los dedos de la mano derecha los músculos del brazo izquierdo—, si yo seré de frisoles o de mazamorra.

Riéronse todos al ver la salida del mozo, y Manuelito, después de poner las cosas en su puesto, se dirigió a la casa de la Mayoría, riéndose también; y preocupado con la argumentación de Pepe Morales, lo llamó y le dijo:

—Vea, no vuelva a hacer cosas impropias como lo de tomar lo ajeno sin consentimiento del dueño. El que comienza como Ud., si no se corrige, va a dar al presidio pronto.

Pepe Morales, que había creído que lo habían llamado para expulsarlo de la mina, le dijo al sobrestante:

—Cuenta Ud. conmigo; pero conduélase de mí porque yo he sido muy desgraciado. Mire, D. Manuel, quedé huérfano muy pequeño y al cuidado de mi hermano mayor y de una hermanita ya entrada en años. Mi hermano, Dios lo tenga en la gloria, si se ha muerto, me maltrató mucho y me sacó de la escuela para ponerme a trabajar materialmente. Después de la guerra del cuarenta, y cuando ya el Gobierno había triunfado en toda la República, necesitó el Gobernador unas cartucheras y tahalíes para una fiesta de D. Braulio Henao. Mi hermano, que sargenteaba mucho la vida, hizo un contrato para hacer doscientas cartucheras y otros tantos tahalíes, a cuatro reales la pieza. Llevó a casa los materiales y mi hermana y yo nos pusimos a trabajar de día y de noche. Terminada la tarea, mi hermano recibió el dinero que ascendió a doscientos patacones. Tres días antes de la parada, a la cual debían seguirse fiestas de plaza con varas de premio y carreras de caballos, se apareció mi hermano a casa y nos dijo: “Tome, hermana, estos seis riales para que compre un pañuelón de trapo negro con guarda blanca, de los que se usan ahora; recórtele los calzones de paño y la ruana de forros de calamaco míos a Pepe para que se vista en fiestas”. Dadas estas órdenes fue sacando del bolsillo un rial, y me dijo: “Tomá esto Pepe para que gastes, pero cuenta con irlo a botar en vagamunderías...”. Agregue D. Manuel a esto el que yo tenía una novia muy bonita en el barrio de El Llano, y la víspera de las fiestas, después de la parada, me fui a la esquina muy orondo a verla con mis calzones y ruana recortados y un sombrero que me tragaba la cabeza. Cuando yo creí que iba a sorprenderla con mi vestido, resultó que mi novia se quedó viéndome y exclamó con el mayor desconsuelo: “¡Eh! ¡Pepe enfermo! ¡Pepe enfermo!”.

No pude resistir y me volví para casa muy triste. Me fugué al día siguiente y me vine para este pueblo. No volví a saber de mi hermano y después supe que mi hermanita había muerto en el Hospital, de alfombrilla.

—¿Y la novia? —le preguntó Manuelito.

—¡Ay, señor!, no me miente eso —y se le aguaron los ojos al muchacho.

—Pero bueno, ¿se casó ella o está soltera?

—Yo no he vuelto a Medellín ni pienso volver allá. Mi novia se casó.

—¿Y Ud. no piensa casarse?

—No, señor, no he vuelto a querer a ninguna mujer, y creo que moriré soltero.

Los veinticinco, días de pago, después de que Pepe recibía el dinero ganado en el mes, se iba a Remedios y se ponía a beber aguardiente hasta embriagarse, y volvía por la noche tontoleando a la mina y diciendo:

Me quisiste, te quise,
no hay que pedirme;
me olvidaste, te olvido,
laus tibi Christi.

¡Y sin poder olvidar a la novia se imaginaba el pobre que la había olvidado! Poco tiempo después lo pasaron por la calle del Retiro en una barbacoa, camino del cementerio.

Había en el establecimiento un trabajador que le llamaba mucho la atención a Manuelito. Era un carretero muy guapo e inteligente. Negro, pero de facciones muy finas. Frente amplia y de cabellos crespos. De ojos muy grandes y de boca perfecta, con dientes blancos y parejos.

Si se dañaba el arrastre, Baltasar, que así se llamaba el peón, dejaba la carreta y bajaba al molino a componer el daño. Si se iba el agua, marchaba a la acequia a remediar lo ocurrido. Si enfermaba un minero, Baltasar lo reemplazaba en la frente del socavón. Si se dañaba el principal del molino, él lo componía inmediatamente. Hablaba poco, pero si se le preguntaba algo daba unas contestaciones que sorprendían a todos.

Un día que estaba reemplazando a un minero le dijo Manuelito:

—Baltasar, ¿Ud. por qué no se queda de minero ganando ocho reales, en lugar de volverse para el carretero a ganar cinco?

—D. Manuel —le contestó Baltasar—, porque la minería no está sujeta a reglas fijas y el carretiar sí. Ahora, por ejemplo, pongo yo esta puerta en el socavón y la labro con dos muescas para asegurar mejor el capis como yo lo entiendo y le doy la inclinación que creo conveniente para que resista la fuerza del cerro, y mañana viene ño Matías y hace lo contrario, y yo no tengo razones bien precisas para defender mi procedimiento. Y sobre todo, D. Manuel, en el carretiadero

no me envidia nadie, y ahí vamos pasando la vida. Ni yo aspiro a nada. Soy huérfano y no tengo sino un hermano en Medellín que no necesita de mí, y si Ud. me ve prestando servicios distintos de mi oficio de peón, es por amor a esta mina en donde he pasado muchos años. Esta es mi casa, esta es mi patria y esos yarumos y aquellos guamos me hacen más falta que la Villa de la Candelaria. Cuando voy a Medellín me aburro mucho y no pienso sino en volverme pronto para Juan Criollo. Eso que dicen aquí que “el que bebe agua de la quebrada de la Carnicería no vuelve a salir de Remedios”, es muy cierto. Apuesto a que Ud. ya le está cogiendo amor a la mina y no se acuerda de los cocos de Antioquia.

Y efectivamente, en los meses que hacía que Manuelito estaba en Juan Criollo había cambiado mucho en materia de recuerdos, y ya no lo mortificaba la nostalgia del colegio. La vida activa que llevaba y el cambio brusco de medio le habían despertado energías que él no había sospechado.

II

Con la permanencia en Juan Criollo Manuelito se estaba aficionando mucho a la vida de la mina. Sentía, por ejemplo, un gran placer cuando el molinero estaba cerniendo las arenas del diario y alcanzaba a ver brillante y amarilla la cabecera del cernedor. Señal de que el diario va a estar muy bueno.

—¿Cuánto habrá ahí, D. Manuelito? —le preguntó el molinero.

—Ochenta castellanos, poco más o menos ¿no?

—Quién sabe, quizá unos sesenta.

Y el molinero continuaba la tarea hasta que lavado el oro iba a secarlo al fogón para entregarlo al sobrestante, quien lo pesaba con mucho cuidado y sintiendo una emoción muy rara. ¡Setenta castellanos!

Lo que le parecía curioso a Manuelito era que durante el lavado del oro estuviera él inquieto y nervioso hasta ver el resultado. Y era que había puesto su cariño en la mina y deseaba los altos rendimientos, aunque ese oro fuera a dar a manos de *lores* ingleses que lo invertirían en comprar parásitas de la India.

La mina era un organismo muy digno de estudio. Había peones que después del trabajo diario y obligatorio se ponían a rajar leña como por diversión y sin exigir dinero por ese trabajo; peones activos y buenos que se interesaban por la empresa, como Baltasar; peones perezosos, como Eustaquio Ledesma, que apenas hacían tarea para ganar la comida y se iban derecho al zarzo a dormir.

Llegó un lunes, por ejemplo, y Ledesma hizo tarea y se acostó. El martes, el miércoles, el jueves, lo mismo. Subió al zarzo Manuelito, el viernes, y le dijo: “Hombre, si no se levanta a trabajar hoy, es mejor que se vaya de la mina”.

—Sí, señor, yo había pensao levantarme a trabajar hoy; pero ya por no dañar la semana, resolví quedarme.

Dos comisarios llegan a solicitar por Pedro Quiroga. El alcalde manda por él porque lo reclaman de Tacamocho, y el sobrestante le arregla la cuenta y le entrega la boleta.

—¿Y por qué se lo llevan? —le pregunta el sobrestante.

—No sé, patrón —contesta Quiroga—. Tal vez será porque en el año pasao estaba yo en Cruces jugando al dao con otros una noche, y fue y apagaron la vela y resultó un muerto, y apuesto que es que me lo están achacando —y agregaba con cierto aire malicioso—: como si yo fuera hombre de tirarle con arma al cristiano, imagen y semejanza de mi Señor Jesucristo.

—Corra, D. Manuelito, que en la plaza del socavón de Gregorio se están echando cuchillo dos peones. Vuela Manuelito y halla uno de ellos tendido y arrojando sangre por la boca.

—Suelte ese cuchillo —le dice el patrón.

—No lo suelto.

Llegan los demás peones y hay que someter al trabajador a palo y a piedra, y amarrado se lo llevan para el pueblo.

—¿Y por qué pelearon? —pregunta alguno.

—Porque ese hombre me iba a quitar mi carreta —dice el moribundo...

Sigue sonando el molino, los peones vuelven a su trabajo y entierran el muerto.

—¿Cuánto hace que Ud. trabaja aquí, ño José María? —le preguntó Manuelito al minero más entendido del establecimiento.

—Hace diez años, mi amo. A mí me tocó montar esta mina, y las primeras excavaciones las hicimos mi hermano Juan de la Cruz y yo. Yo estaba aquí cuando se fue Marucha Castro.

—Y cómo fue esa historia.

—Voy a decirle. El agente de la mina en Remedios mandó una boleta a mi amo Costantino, que era el director de la mina, para que les diera destino a José Manuel Covaleda y a su mujer, Marucha Castro. D. Costantino puso a Covaleda en el carretiadero y a ña Marucha en la cocina. Salieron muy buenos

trabajadores, y ño Covaleda era un hombre muy respetoso y la mujer echaba unas arepas como no se han vuelto a comer en Juan Criollo. Era muy buena moza, pero tan seria que ni el mismo D. Costantino se atrevía a decirle “los ojos tenés negros”. Así vivieron aquí dos años, pero vino a la mina un hombre a quien llamaban Chaquiro por mal nombre y comenzó a tocar bandola por la noche en los corredores de la cocina y ña Marucha se puso a oír la música con su marido. Al cabo de cierto tiempo ño Covaleda se fue aburriendo y se iba a dormir y ña Marucha se quedaba oyendo tocar a Chaquiro. Comenzaron a hablar los piones y hubo quien le dijera a ño Covaleda que se fijara, pero como él quería mucho a la mujer no hizo sino enojarse. Un lunes no aparecieron en la mina, ni Marucha Castro ni Chaquiro. Ño Covaleda se fue pal pueblo y allá no le dieron razón ni de la mujer ni de ese hombre, porque nadie los había visto. El alcalde y los comisarios no pudieron tampoco saber nada de ellos. Hasta D. Costantino mandó a buscarlos por la Iguaná y no dieron ni con el rastro. Después de muchos meses se supo que estaban en el Puerto de Sampablo y que Chaquiro estaba de doctor de medecina en el pueblo.

—¿Y Covaleda qué se hizo?

—Pobrecito, que le parece que se fue afligiendo tanto que hasta se volvió bobo. Andaba por los carretaderos lo más mal trajao y con el pelo tan largo que parecía un ermitaño. Se sentaba algunas veces y se ponía a llamar a la mujer a gritos. Aquí le dábamos de comer al pobre, pero en ocasiones se iba pal monte y se quedaba perdido muchos días.

Otras veces se iba pal pueblo y se sentaba en los alares de la casa de ña Pacha a esperar que volviera Marucha Castro a buscarlo. Por último, ya no pudo valerse porque las niguas lo imposibilitaron y el Sr. alcalde lo mandó al Hospital y allá se murió de tristeza.

Y vea D. Manuel, como Dios no castiga ni con palo ni con rejo, la Marucha Castro dejó a Chaquiro en Sampablo y se fugó con un boga de Barrancabermeja. Chaquiro quisque se puso muy triste y dicen que se acostó boca abajo en una cama a llorar como un muchacho, y se murió sin confesión.

Como a Marucha Castro le pegaba mucho el boga se le huyó en Sambartolo y tuvo cara de volver aquí quisque a buscar al marido. D. Costantino la echó a arriador de la mina y los piones viejos que queríamos a ño Covaleda le negamos el habla. Volvió tan fea que ni la conocimos al principio, según eran las manchas de la cara y lo arpada de aradores que estaba. ¡Ave María, mi amo, es que el pecao mortal pone tan feo al cristiano!

Comienza a sonar el cuerno para congregar a los peones en cierto punto. Un pedazo del cerro se ha venido encima a los trabajadores del tajo abierto y los ha tapado. Empiezan a sacar tierra todos los peones hasta que descubren uno algo estropeado y lleno de tierra; descubren otro y otros. Unos magullados, otros con las piernas quebradas, aquellos completamente muertos y desfigurados por los violentos traumatismos. Reconocen al que estaba llenando la carreta, pues el barranco que se le vino encima lo hizo caer contra la rueda de ésta y le abrió la cabeza en dos.

La tristeza se apodera de los peones; se suspenden los trabajos y no se hace más que preparar barbacoas para conducir al pueblo a los muertos y heridos.

Sólo el molino continúa funcionando, y los golpes de los pisones parecen una triste plegaria.

No falta de cuando en cuando una nota cómica en medio de estas escenas.

El garitero pide socorro y es porque las cocineras a quienes él ha indisputado con chismes, se han agarrado de las trenzas y se arrastran y arañan de lo lindo. Él no ha podido contenerlas y se ha salido al patio de la cocina a implorar auxilio, ostentando en su mano derecha el mecedor de la mazamorra.

En medio de estas escenas y en una sociedad tan llena de contrastes como la de la mina de Juan Criollo, vivió Manuelito cerca de un año, y a pesar de todo vivía contento, porque la vida de las minas tiene el atractivo que inspira la lucha abierta y continua con la naturaleza. Una vida de sensaciones fuertes y repetidas, una existencia entregada al esfuerzo diario, vigoriza el espíritu, robustece el cuerpo y hasta regulariza los vicios y las tendencias animales.

El minero es por lo general paciente y abnegado; vive alegre, y cuando logra aclimatarse no piensa que haya una vida más llena de encantos que esa en que se combate diaria y tenazmente contra los obstáculos materiales en busca del oro codiciado o del jornal que lo habilita para satisfacer ampliamente las necesidades de su familia. El minero es generoso y confía en la suerte. Si el filón se ha perdido lo busca hasta volver a dar con él. Si los diarios bajan, él cree seguro que al día siguiente mejorará el rendimiento. Si pasan los meses y la ganancia no se ve, insiste con tenacidad increíble hasta dar con el clavo. Si se le acaban los recursos deja la mina con tristeza, convencido de que el oro está ahí, muy cerca, a las dos o tres brazas de donde ha dejado los trabajos, y a la primera oportunidad vuelve a la carga en busca del tesoro.

Ni la salud perdida, ni la ruina misma hacen nacer en el minero sentimientos de aversión hacia los cerros cruzados por los hilos de veta. El ruido del molino, el golpe del pico sobre las rocas, el estrépito de las almádanas que caen sobre las moles minerales que los peones trituran, las voces alegres de los mozos que por los flancos de la montaña conducen carretas, y ese hervir vividor de las fuerzas humanas acumuladas, tienen para él las seducciones de una orquesta, y el encanto de un himno. Aquello es un delirio que no termina sino con la muerte. Parece como si la permanencia en esas regiones auríferas estableciera entre los filones y los mineros, atracciones mutuas; cariñosas e inmutables, y hasta a la tumba llevan grabado en el fondo de la vieja retina el cuadro vivo de aquel rincón querido...



VIII. *Los amigos*

I

Pasadas las sensaciones diversas y agotados los comentarios más o menos falsos que produjo en el pueblo la resolución de Manuelito, fue poco lo que interesó ya su existencia a las que vieron desaparecer definitivamente la esperanza acariciada de conseguirlo de marido. Había dejado de ser persona discutible y apenas si se acordaban de él para clavarle un epíteto ofensivo o para hacer creer a los demás que ellas no se habían querido casar con él. Satisfacciones pueriles y demasiado comunes con que creen desquitarse las que se rebelan contra las situaciones dolorosas e implacables de la vida.

Adelaida no se dio por entendida de la catástrofe, por lo menos ostensiblemente, y cuando se acordaba del asunto se encogía de hombros y hacía el gesto irónico de la indiferencia ficticia. Pastora Ríos y Sarita, a pesar de sus pocos avances externos hacia Manuelito, habíanlo ambicionado en sueños y sin embargo decían públicamente que Elena Silvestre podría casarse mejor en Remedios porque el hijo de D^a. Juana no tenía siquiera el atractivo de la riqueza, como se habían imaginado en el pueblo. Las madres de las señoritas más veteranas en el arte del disimulo, aceptaban los hechos cumplidos en público, reservándose el desquite de la protesta solitaria que surgía allá en las interioridades de sus espíritus decepcionados. Pero llegó el olvido de todo al fin, y Elena y Manuelito fueron elementos alejados de la comedia que siguió representándose en el grupo de actores en que ellos figuraron hasta el día en que Manuelito precipitó el desenlace.

Los novios se alejaron también instintivamente de aquellos amigos ocasionales para quienes eran ya extraños. Sólo Amalia Palacín y Teresa Carrillo quedaron de amigas de Elena, y Pachito Quintero y Luis Arenales fueron los predilectos de Manuelito.

Varias veces habían conversado íntimamente Pacho Quintero y el novio de Elena. Siempre hallaba Manuelito en él un corazón generoso y un espíritu benévolo y sencillo que le atraían sobremanera. Pacho Quintero sabía la desgracia en que se hallaban varias familias y las socorría de una manera indirecta y secreta como para no ofenderlas. Ni una frase hiriente contra nadie, ni una palabra descompuesta vertían sus labios. Era uno de esos tipos que se encuentran en los pueblos, que van ascendiendo a fuerza de virtudes, de esos que se abren camino y se hacen visibles hasta contra el querer de los perversos. Era humilde de cuna, pero no había venido al mundo por razón de contubernios infames, y sus ascendientes, hasta donde era posible llegar por los recuerdos, venían por orden, sin saltos inexplicables, sin eslabones rotos o ignorados en la cadena. Tal vez siguiendo con la imaginación la lista de ascendientes de Pachito se llegaría hasta tropezar con el indígena, porque en su figura física se dibujaban todavía, a pesar del cruzamiento, rasgos inequívocos de esa raza noble y perseguida que luchó con valor increíble hasta que la iniquidad la dispersó y acabó con ella, no dejando sino restos que buscan refugio seguro en las más hondas cañadas de esta América que les perteneció en absoluto.

A pesar de sus veinticinco años la barba no asomaba por ninguna parte; apenas le habían salido en el bozo unos pelillos dispersos y marcadamente hirsutos que parecían estar esperando compañeros de refuerzo, que no llegaban. Ancho de espaldas y de vigorosa contextura. De ojos garzos que revelaban un atavismo de raza blanca, moreno y de pelo indio, rebelde a las imposiciones del peine y que denunciaban en su organismo con otras notas medio desvanecidas las células fugitivas del antepasado indígena.

Pero el rasgo característico de su figura era la fisonomía melancólica y dulce del muchacho. La bondad asomaba por todo el rostro. La mirada era tenue, medio apagada, y deteníase en la superficie de las cosas y de los hombres, revelando una dulzura inefable y atractiva que completaba con la voz suave y la moderación del juego muscular de la cara, en la que era imposible percibir un gesto vulgar, agresivo o irónico.

Con el trabajo había conseguido modo de vivir y de hacer el bien, y su posición subía sin que él mismo se diera cuenta. Y de aquí el que insensiblemente fuera a dar primero a la clase de los principales del pueblo que estaban en apuros o buscaban un arrimo en él, creyendo hacerle un honor con llevarlo a esos centros en que se lucha desesperadamente por conservar una posición echada a perder por torpezas o ineptitudes. Ignoraba entonces Pacho Quintero la razón de las atracciones de que era objeto, y su espíritu era incapaz hasta entonces, de distinguir entre las dos clases en que se dividía la sociedad que estaba por encima de su cabeza y de su origen: la que se derrumba y presiente una ruina definitiva de futuro muy próximo y que a pesar de preocupaciones de raza acaba por claudicar ante el criollo, por razones de utilidad, y la que por espíritu verdaderamente noble y altruista estimula y atrae por benevolencia de carácter puramente cristiano al que está atrás luchando por la vida sin base ni terreno preparado para el éxito. De aquí el que él agradeciera tanto a D. Zoilo Pereda como a D. Cándido Suárez las atenciones que tenían para con él. Ni era posible que Pachito pudiera hacer distinciones. Su corazón intacto todavía lo obligaba a tomar las atenciones en bulto, sin distinguir las tendencias diversas que existían en una y otra parte. No se creía él digno de esas atenciones y por eso las agradecía profundamente, y a pesar de que en secreto favorecía a D^a. Camila, le agradaba el que lo tratara con cariño, porque ella figuraba entre las nobles del pueblo. No obstante las revelaciones que le había hecho Luis Arenales, él siguió favoreciendo a la señora y a su hija; y sin embargo de que una ligera duda había surgido en su espíritu por las confidencias casi brutales de su amigo, luchaba contra ella y atribuía todo a pequeñeces humanas o a exageraciones de Luisito.

Pacho Quintero quería mucho a Luis Arenales porque hallaba en él condiciones excelentes, pero tanto él como Manuelito lamentaban el que ese bello carácter estuviera afeado por el defecto de las apreciaciones violentas contra ciertas personas del pueblo. No se explicaban ese fenómeno porque Manuelito apenas iba a entrar a la vida, y Quintero era demasiado bondadoso para que llegara a imaginarse malevolencias e iniquidades en sus semejantes; él era un limpio de corazón, de esos que verán a Dios, según nuestra doctrina, incapaz de analizar el carácter de las personas entre quienes se movía, y aunque su vida había sido de trabajo diario por la existencia, no había sido víctima de revelaciones dolorosas de realidad innegable ni de brutalidades crueles de esas que entristecen el ánimo.

Luis Arenales era mayor que sus dos amigos; había luchado por la vida con desesperación; había tenido que vencer obstáculos increíbles para ascender escalas en las gradas sociales; se había rozado con toda clase de gentes y tenía sobre sus dos amigos las ventajas que da la experiencia del contacto continuo con los seres humanos; y además de esto tenía Arenales el instinto del análisis. Su mirada era penetradora y fulgurante, y cuando iba derecha atravesaba al prójimo con toda la impasibilidad del acero afilado, hasta el punto de producir en sus víctimas inquietudes visibles y espasmódicas. Era iliterato, pero había adquirido la ciencia de la apreciación inmediata y precisa de las personas que trataba. Las heridas que le habían hecho y que llevaba abiertas, hicieron surgir en él el espíritu de la defensa que llevaba muchas veces hasta el peligroso terreno del ataque.

Luis Arenales, a semejanza del que entra a un bosque plagado de insectos y reptiles venenosos de que hay necesidad de librarse a golpes de machete, hacia la izquierda, a la derecha y al frente, extremaba en ocasiones su defensa y se convertía en agresor implacable. Era satírico, pero la sátira en él no era sino el resultado de la percepción clarísima del lado flaco de sus enemigos, y sin duda debida también a la acumulación de acritudes que llevaba en su alma por las injusticias y perversidades contra él cometidas.

Las personas que le habían hecho algún bien por nobleza de corazón, con sinceridad y cariño, tenían en él un adicto incondicional y hasta histérico; pero no tenía la virtud del perdón, y para con los que lo habían ofendido era irreconciliable. “Con mis amigos, con razón o sin ella”, era su lema favorito y su ideal acariciado. Cuando descubría virtudes silenciosas en alguien, se adhería a él con toda la fuerza de un espíritu resuelto hasta el sacrificio personal. Si alguna vez le tocaba devolver un beneficio, un cariño o una delicadeza, brillaba de gozo su semblante, era visible la satisfacción de su espíritu y se notaba la delectación amorosa con que correspondía a los servicios que se le habían hecho. Sólo entonces desaparecían de su rostro los surcos de amargura que se acentuaban en los pliegues de la boca y que daban a su fisonomía el aire de una tristeza permanente, y de una aflicción incurable.

A los que estaban por debajo de él les daba la mano, los estimulaba, les infundía valor y les enseñaba el modo de defenderse de las fieras que iban a encontrar en el camino de la vida, y se aliaba a ellos para ayudarles en los primeros

encuentros. Cómo gozaba Luis Arenales cuando les servía a los humildes y a los desheredados que comienzan la existencia en medio de dolorosas privaciones. Habiéndose elevado casi contra los imposibles, y habiendo pasado por los horrores de la miseria, volvía los ojos abajo y buscaba a los pobres, a los suyos, y por un fenómeno raro, pero evidente, sentía sensaciones nostálgicas cuando se acordaba de las horas oscuras y frías de los primeros años en que cargaba leña y vendía cacharros en las minas para mantener a su madre. Y de esta época de esfuerzos inauditos para conseguir el pan, databa el odio de Luis Arenales para con D^a. Camila y otras personas del pueblo.

Él tenía noticia de que esta señora cuando nadaba en el oro, y en las comodidades, y era adulada por todos los que componen el séquito parcial y vergonzoso, que anda detrás de los soberbios, de las fortunas fáciles, haciendo inclinaciones incompatibles con la dignidad humana, había empujado a su madre en la iglesia misma del pueblo y la había herido, dirigiéndole una frase cargada de epítetos despreciativos. La madre había perdonado el ultraje con humildad cristiana; pero el hijo no pudo hacer lo mismo, y en el fondo de su corazón quedó pesando esa ofensa como una gota de plomo. No dejaba de pensar en el desquite, y sin saber cómo habría de llegar a él por los medios humanos, abrigaba la esperanza de que Dios se encargaría del castigo, si era que estaba resuelto que él no podría vengar personalmente a su madre.

Los ultrajes recibidos en la desgracia envenenan de tal suerte el corazón, cuando hieren por contragolpe, cuando se reflejan del ser querido y ultrajado hacia los hijos o hermanos, que muchas veces aun cuando la rueda de la fortuna marque la hora del desquite o sea visible la mano de la Providencia en el castigo, la enfermedad ha avanzado tanto que llega hasta paralizar las fibras que responden a los grandes sentimientos de la compasión por el que cae. Así se explica por qué Luis Arenales, cuando hablaba con Pacho Quintero en la esquina de una de las calles de Remedios la noche que se siguió al baile, a pesar de ver a D^a. Camila en la miseria, se expresó contra ella en términos tan crueles que no dejaban adivinar en su espíritu todavía, ni el perdón ni el amor compasivo. Y era que la ofensa de D^a. Camila estaba agravada también por otra que Sara Grisales había irrogado en la escuela, en tiempos ya lejanos, a una hermanita de Arenales.

Un día se apareció ésta a la casa llorando, con su tambor de costura, sucio de tinta, y a tiempo que Arenales llegaba también de la escuela.

—¿Por qué viene llorando, hermanita? —le preguntó Luis.

—Porque Sara Grisales —contestó ésta entre sollozo y sollozo—, se puso a hacerme burla porque yo dizque tenía el camisón remendao, y cuando la maestra le ordenó que se callara, le dijo que ella no estaba haciendo nada, que era que la zamba Arenales estaba de metida. Y ahora que salimos de la escuela me echó tinta y me borró el dibujo. Vea... —y le fue alargando el tambor para mostrarle el daño.

Y ciertamente la tinta había echado a perder aquel dibujo primitivo de la maestra, que se reducía a unas florecitas de cuatro pétalos y a unos botones que debían ser bordados, con lana solferina y verde, respectivamente.

La niña continuó llorando y Arenales se puso a abrazarla y la consoló con besos y caricias llenos de ese amor intenso que la Providencia hace surgir en el alma, como para sobreponerse al dolor asfixiante que produce una ofensa gratuita y cobarde.

Estas cosas y otras que le ocurrieron con Joaquín, el hijo de D^a. Agustina, cuando ambos estaban en la escuela; las que le acontecieron luego con otros, cuando comenzó a trabajar y a verse hostilizado, le hacían salir la amargura al rostro, pero le sirvieron también de acicate para empujar hacia adelante, para combatir sin tregua, para dar cargas al bulto y para vivir en guardia, pasada la lucha. Huérfano desde niño, fue el amparo de su madre y de su hermana.

Se impuso al fin, pero aun cuando gozaba de la tranquilidad del que ha doblado el cabo de las tormentas de boca, se creyó en la obligación de ponerse al servicio de los que venían recorriendo la misma vía dolorosa que él había recorrido.

Comprendiendo que Pacho Quintero era un corazón desarmado, quiso servirle de escudo y le advirtió el peligro que corría; le hizo la clasificación de las personas del pueblo, le aconsejaba el camino que debía seguir y le enseñaba los medios de defensa; pero su amigo había venido subiendo sin grandes dificultades porque no provocaba envidias todavía; no había sido rico, pero tampoco le había tocado llegar a la casa y sentir aquella atmósfera desoladora y fría que se advierte en las habitaciones de los que pasan hambre. Había tenido la fortuna de que lo educara su padre hasta darle los rudimentos necesarios para entrar a la vida del trabajo, e ignoraba lo que costaba a los estudiantes pobres tener talento, y no sabía que esto despertaba envidias clarísimas que se satisfacían haciendo burla de ellos o injuriándolos con epítetos injustos e inicuos.

De aquí el que su corazón benévolo y sano se entregara a las gentes sin discernimiento alguno, y el que no se explicara en Arenales el lado flaco y poco simpático del rencor y de la desconfianza.

En la escuela comienzan siempre la antipatía o el cariño hacia aquellos con quienes hemos de vivir después en comunidad social. Si la educación queda trunca, como le sucedió al huérfano Arenales, las antipatías y los odios quedan viviendo allá adentro, y se arraigan de tal suerte que es imposible destruirlos, sobre todo si la lucha sigue en el mismo distrito. Luis Arenales, que había sido ultrajado en la escuela por Joaquín Ríos y Aparicio, no pudo perdonarles nunca y los persiguió con la sátira; en cambio idolatraba a Miguel Pereda, hijo de D. Zoilo, y que siendo rico y de lo mejor del pueblo, lo había protegido en la escuela, y era su aliado sincero siempre. Pero desgraciadamente éste había muerto, y al comenzar la lucha se encontró sin protector y sin amigo. En esta nueva vida halló, sin embargo, amigos que le ayudaron, y de aquí surgió el cariño y el amor por D. Zoilo, por Ramón Hilario y Pacho Quintero, a quienes quería con la fuerza intensa que despierta el agradecimiento de los que teniendo que luchar con armas desiguales y desconfiando ya de la bondad humana, ven salir de las filas que consideran hostiles, protectores y amigos espontáneos y nobles.

Como los negocios de comercio de Quintero habían progresado mucho, la esfera social creció necesariamente, y ya el uno, ya el otro comenzaron a notar cualidades sobresalientes en él, que habían pasado desconocidas cuando él vivía detrás de un mostrador lleno de tajadas de queso bajero, y de tablas de cacao molido con harina y pimienta.

De los notables del pueblo sólo D. Zoilo Pereda entraba de cuando en cuando a la tienda a hacerle indicaciones provechosas, y aun lo convidaba de tarde a pasear por la Avanzada y los Pilonos.

D. Zoilo vestía siempre de pantalón blanco, de chaleco de terciopelo, saco negro y sombrero de Cuba. Era pulcro y elegante, y tan respetado y querido en el pueblo que el andar con él era casi un título de nobleza. Sin embargo, mientras Pachito fue pobre de nada le valía el empuje que D. Zoilo le daba con su compañía generosa, pero cuando ya pudo ir a entenderse directamente con los Vásquez y Herreras, de Zaragoza, y ensanchó los negocios, entonces le fueron extendiendo la mano los que no se explicaban antes el que D. Zoilo anduviera con Pacho Quintero.

D^a. Camila, que ya iba de capa caída, solía pasar por la tienda del muchacho y hacía avances tan democráticos que no se contentaba con gritarle desde la puerta con la más zalamera de las voces: “Adiós Pachito”, sino que hasta le detenía en la puerta para preguntarle cómo estaban en la casa.

Y por último, se encontró, cuando menos lo pensaba, en medio de una sociedad que apenas comenzaba a tratar. Y en esta posición social se hallaba Quintero cuando ocurrió el matrimonio.

II

Salieron de la casa de D^a. Petrona los novios y los convidados. Casi todo sucedió como lo había soñado Manuelito: la cadena de oro larga y maciza, sirvió de lazo; las onzas del tiempo del Rey, como arras, y hasta la presencia del hermano de Elena, que era hombre de hermosa y arrogante figura.

En la fiesta que se siguió a la ceremonia religiosa, lució Elena su traje de seda negro que contrastaba con la blancura de su rostro apacible, y de su cuello redondo y hermoso. De manga corta, abombada sobre el hombro. Los cabellos recogidos hacia atrás y afianzados con una peineta larga de carey, que subía hacia un lado de la cabeza, mucho más arriba de la corona. Entre el ángulo formado por el parietal y la peineta, alcanzábase a ver un hermoso y fresco jazmín de Malabar, que producía a la vista la sensación suave de pétalos sedosos y blancos cubiertos de sutilísimas gotas de rocío.

Las amigas de Elena, que en el desfile ostentaron los elegantes pañolones de tripilla de flecos finísimos y de flores grandes, ricamente bordadas de seda de distintos matices, estaban ahora en la sala produciendo con sus trajes y cuerpos el trastorno en las cabezas masculinas.

Aquella, de traje blanco, vaporosa y alegre, deja adivinar al través de la ligerísima tela de su vestido los delicados contornos de su cuerpo.

Esotra, de cabello negro y brillante y de mirada ardiente, lleva desnudo el brazo robusto y veloso, y por el escote de su traje de seda se alcanza a ver la blancura tibia y tentadora de ese soberbio torso.

Y por la sala andan todas con sus cuerpos recargados de alhajas y sus trajes vistosos y penetradas de la nobleza de su porte. De ojos vivos y luminosos, unas, de mirada lánguida y soñadora, otras. Tienen la talla ondulante y

dejativa y el aire especialísimo y seductor de esas hijas del sol, de movimientos libres, espontáneos e ingenuos.

Los hombres completaban la alegría de ese cuadro en que las sensaciones amorosas y las corrientes de simpatías, forman las dichas pasajeras de los pobres mortales.

Manuelito y Elena, visiblemente emocionados, se acercaban como para hacerse la pregunta que los casados se hacen interiormente el día de sus bodas: “¿Es esto un sueño?”. Y sin comprender los resultados del más brusco pero natural de los tránsitos humanos, se quedaban abstraídos y mudos en los primeros encuentros, sintiendo allá en lo hondo de su ser la intensa vibración amorosa que debilita las manifestaciones externas y enerva y aturde el espíritu. Pero en los intervalos de lucidez que les permitía el violento choque que sus naturalezas habían experimentado ante la apreciación consciente que habían tenido en la iglesia de la responsabilidad que encarna el lazo indisoluble del matrimonio, se buscaban de nuevo como para protegerse mutuamente. Y por sus semblantes de languidez externa, se adivinaba el fuego acumulado en los centros profundos de aquellos organismos de irradiaciones tenues.

Por más confianza que el hombre tenga en sus fuerzas y aptitudes; por más grande que sea el amor que lo ha llevado a la unión íntima con otra alma, y a pesar de la dicha que experimentan dos seres unidos que llegan a la cima de una aspiración acariciada, hay siempre sobresaltos de corazón ante el futuro impenetrable que convierte la vida en una incógnita que sólo Dios despeja.

Mientras que los desposados sufrían las consecuencias de la dicha misma, los hombres y mujeres del acompañamiento se entregaban a las expansiones juveniles e inocentes de los seres humanos que no han entrado todavía por el camino de resoluciones definitivas.

Las jóvenes amigas de Elena eran alegres y francas. Mujeres de tierra caliente sin los encogimientos naturales que imprimen los ambientes fríos y los horizontes nebulosos. Los hombres elegantes, decidores y pulcramente vestidos. La naturaleza del clima, por una parte, y las relaciones estrechas que los remedianos antiguos conservaban con los hombres de la Costa, les daba ese sello de cultura espontánea y de modales caballerosos que se observan en la mayor parte de los costeños. Salvo las excepciones naturales que existen en toda sociedad, los remedianos que ya desaparecieron en gran parte, eran hospitalarios y amigos sinceros y generosos como los de la Costa. De Remedios a Magangué o

Cartagena no se sentía transición alguna en el roce social. La misma entonación de la voz, el aire expresivo de los semblantes, los ademanes sueltos, los vestidos ligeros y limpios, el espíritu cordial y franco, el lenguaje pintoresco cargado de imágenes vivas y palpitantes y el calor de la vida desbordándose por los ojos, eran iguales en uno y otro pueblo.

El comerciante de Remedios que pasaba a Cartagena, se sorprendía al ver la semejanza entre la Rosario Páez de su tierra y aquella hija de la ciudad heroica, que veía pasar por la calle, de cara festiva, de garganta llena, de porte aristocrático, de movimientos rítmicos e invasores como el embate impetuoso de las olas.

El caballero que se encontraba, de paso medurado, de vestido blanco y pulcro, ligeramente obeso, de modales finos, de risa franca, de cara medio brillante, obsequioso y amable, era el mismo D. Zoilo Pereda, de su tierra.

Y ese mulato de camisa por fuera, de sombrero de paja pintado y de alas anchas que entra en conversación tendida con todo mundo, que tutea a diestro y siniestro, que predice que la “máa se va a embravecée” y que al llegar a la bahía le grita al chico que avanza en la canoa hacia la playa: “Hombre, no parece que comieraj arró con coco mardito; dále ar canalete con gana, mira que tu mae ejtá confundía, caráa”, le recuerda a Emigdio Roldán, de Remedios.

De aquí, pues, el que el matrimonio de Manuelito y Elena hubiera sido una fiesta expansiva, de alegría delirante.

A las madres de los desposados no dejaba de notárseles, aun en medio de aquel ambiente de éxtasis errante, la nostalgia del recuerdo que a sus mentes venía de las horas ya lejanas en que ellas comenzaron la segunda existencia, uniéndose a seres queridos, de los cuales no quedaba en su pecho sino la sensación que dan los miembros mutilados, cuando la corriente nerviosa sigue su curso más allá del tronco hasta terminar en el punto en que existieron las extremidades convertidas ya en polvo.

Los desposados fueron a vivir a una casita de aspecto humilde, pero limpia y de suelos brillantes, e inundada por el aroma que despedían las flores rosadas de un azuceno que había en el patio. Y en la casa encontraron a Rita, la esclava que había criado a Elena y que D^a. Petrona regaló a su hija el día del matrimonio. Y con Rita estaba el hijo de ésta, el negro Liberato, que había venido al mundo por el tiempo en que los vientres eran ya libres en Colombia.

Los amigos solteros que acompañaron a Manuelito y a Elena a la casa, se despidieron de ellos con la impresión indescriptible y honda que experimentan los que desde la playa baten los pañuelos al vapor que se aleja en travesía incierta, sobre el lomo de las olas ya mansas, ya embravecidas del mar inmenso y mudable. Los que se alejan confiados en Dios, tienen el valor que infunden los impulsos irresistibles y las resoluciones definitivas. Los que se quedan en la orilla de este otro mar de vacilaciones, o de anhelos irrealizables, sienten con el matrimonio de sus amigos el frío del abandono y la tristeza que engendra la visión de una dicha soñada y casi sentida, pero impalpable como un horizonte lejano.

Los amigos –ya casados– que asistieron al matrimonio de Manuelito y de Elena, se despidieron de ellos con la satisfacción que produce el refuerzo de elementos nuevos que entran como compañeros al gremio encargado de la misión providencial de conservar la especie.

Y los afectos que se fueron con el desprendimiento de esas dos existencias queridas del tronco primitivo, produjeron en las madres de los desposados el sentimiento recóndito y desgarrador que determina en el alma toda mutilación irremediable.

¡Adónde irán ellos...!



IX. Percance

Cuando pasaba el acompañamiento del matrimonio de Manuelito por la casa de D^a. Camila, Fernando que pretendía secretamente a Pepita Gálvez por el dinero de ésta, esperó a que pasara Pacho Quintero cerca a la ventana y dijo de manera que éste se enterara: “Ahí va el zambo Pacho Quintero que anda siempre de metido”.

—Eso sí —dijo Sara—, y tan atrevido que hasta quiere casarse con Pepa.

Oyó Pacho Quintero estas frases hirientes, y aunque se acordó de las palabras de Luis Arenales, fue tal la sensación de sorpresa que experimentó con la revelación brusca de la índole malévola de Fernando y Sarita, que se quedó aturdido sin saber de qué modo honorable podría responder a la ofensa gratuita de los hijos de D^a. Camila.

Ese corazón benévolo no encontró más camino que el silencio y el perdón, y así fue que se guardó el secreto de la ofensa, pero como Fernando estaba seguro de que Quintero lo había oído, cobró bríos su insolencia y se fue a contar a las tiendas del pueblo el incidente, para hacer que apareciera Pacho Quintero como cobarde.

Aparicio y Joaquín y todos aquellos que buscaban una coyuntura propicia para caerle a Quintero, cuya elevación los tenía irritados, se encargaron de regar la especie y la adulteraron hasta donde les fue posible. Decían que Pacho Quintero era un cobarde, y un hombre indigno, y fueron empujando las cosas hasta que el ataque asumió los caracteres de una gavilla inicua.

Cuando Quintero supo lo que se decía en el pueblo, sintió surgir por encima de su espíritu cristiano un sentimiento extraño y exótico en su vida apacible,

que lo impulsó al extremo del ataque hacia Fernando, pero que él —en ese momento— no consideraba sino como defensa necesaria. Despreció la vida, le pareció indigno el vivir entre gentes en quienes la malevolencia asumía caracteres tan inauditos e injustificables, y tomó la resolución definitiva de ir a buscar a Fernando como el medio seguro de encontrar la muerte que anhelaba, o para clavarle un puñal en el corazón al infame. Se aflojaron en él todos los resortes vigorosos del Cristianismo, y las olas sanguíneas que llegaban a su cerebro, perturbaron el funcionamiento regular de ese centro nervioso.

Corrió a buscar a Fernando que andaba en la calle haciendo ostentación de su infamia en compañía de dos tipos a quienes habían sacado ebrios de una función de maroma que dio Timoteo Sánchez en Remedios. Y uno de ellos que se había casado por interés, era hombre que se entretenía en decir chistes contra su propia honra.

Cuando Pacho Quintero dio con Fernando, comenzó por escupirle la cara, y viendo éste que la cosa era seria echó a correr y salió huyendo por los lados de Palocabildo.

No se volvió a saber de Fernando. Decían unos que había seguido hasta Sambartolomé, y otros aseguraban que estaba escondido en una finca denominada Sampedro.

De todos modos la fuga había sido pública y vergonzosa; pero como Pacho Quintero había dejado en pleno desconcierto a sus enemigos que pensaron acabar con él, hubo entre éstos quiénes se empeñaran en hacer creer que había andado cobarde en el lance. Pero ante los hechos no pudo seguir la discusión, y los que aún se atrincheraban en el campo de la malevolencia, tuvieron que darse por derrotados.

Varios de los que habían hecho aspavientos, y habían criticado la conducta prudente y cristiana del principio, se hacían cruces ante el pecado mortal que había cometido Quintero al escupirle la cara a Fernando. Otros que no tenían nada que argüir por ese lado, se entretuvieron unos días en hacer comentarios contra Pachito, como recurso para distraer penas personales de grave carácter, y muchos de los que dragonearon de valientes y que no se explicaban la conducta de Quintero, se dejaron insultar poco tiempo después sin haber dado muestra alguna del valor de que habían hecho alarde cuando el peligro estaba lejos.

La conducta de estos individuos entretenidos en comentarios injustos, o en apreciaciones malévolas, es, por otra parte, perfectamente explicable. Porque si

los actos ajenos no sirvieran para que el hombre cobarde se forjara la ilusión de ser valiente a distancia, y si los desgraciados que no pueden estar a solas en presencia de su espíritu, no tomaran parte mal intencionada en los asuntos de los demás, quién sabe a dónde irían a parar estos infelices que no tienen más distracción que la alegría insana que les producen las mortificaciones ajenas.

Pasado el incidente, Pacho Quintero en lugar de enorgullecerse –a pesar de los elogios sinceros que recibía de muchas personas del pueblo– se entristeció por la suerte de Fernando y de la pobre D^a. Camila. Pensó en que él no debía haber hecho caso de ese muchacho, ni de los amigos ebrios que lo empujaron al ridículo. Su carácter eminentemente cristiano, y su corazón siempre bueno, le reprochaban el haberse dejado llevar de la ira que por primera vez había penetrado en su pecho; pero a veces se disculpaba a sí mismo diciéndose: “¿Qué le he hecho a Fernando Grisales para que me insulte? ¿Siendo él blanco, qué le quito yo con ser criollo? ¿Habrá falta en esto? ¿Y no tengo yo padres conocidos y honrados? ¿Por qué después de provocarme ha salido corriendo este hombre?”.

No se explicaba Pachito estas cosas.

No se le ocurrió pensar en aquello de que “herradura que mucho suena clavo le falta”, como dice el adagio. Y ni se acordó de lo que Luis Arenales le había dicho respecto a la familia de Fernando, ni él hubiera querido acordarse de esto.

Un aprendiz de psicología hubiera contestado las primeras preguntas de Pacho Quintero, así: “Los que viven haciendo alarde de prosapia esclarecida, es porque no tienen más disculpa para estar en el mundo que los méritos de sus antepasados, de los cuales no son ellos sino representantes vergonzosos por ineptitud personal. No teniendo méritos propios tienen que buscar los ajenos. Eso por una parte. Por otra, que los que hacen alarde de ciertas ascendencias es porque no saben la historia humana e ignoran, además, que el público tiene ciertos datos que no se guardan en los archivos de familia, y que sirven para castigar al soberbio, o para hacer expiar culpas al mismo antepasado a quien se quiere hacer salir a la escena, sin venir a cuento”.

De aquí el que D. Zoilo Pereda, cuando supo los insultos irrogados a Pacho Quintero, lanzara esta frase sangrienta que envolvía un castigo peor que una puñalada. “Si Fernando Grisales supiera lo que hay de tejas para arriba en su familia”...

¿Y por qué corrió el provocador cuando el ofendido le salió al encuentro?

Aquí hubiera vuelto a hablar el aprendiz de psicología, y habría explicado el incidente haciendo esta corta disertación: “La cobardía se explica en los individuos de muchos modos. Hay cobardes por atavismo, por razones fisiológicas, por cambio de medio y falta de percepción clara del ambiente; hay gentes que parecen cobardes por razones de prudencia y de Cristianismo, por falta de justicia en el ataque, y la transgresión de toda ley lleva en sí misma su castigo; y por último, hay cobardes por herencia directa”. Era el caso de Fernando Grisales. Su padre, que era hombre sin energías viriles, se casó por interés con D^a. Camila, porque era rica. El hijo nacido de aquel matrimonio sin la fuerza vigorosa del amor, ese pobre ser, que vino a la vida por cumplido, y sin el calor del afecto que engendra la paternidad desinteresada, heredó del padre la resultante de todas las cobardías reunidas: la cobardía ante el esfuerzo. Él mismo se tenía miedo, y con el terror que había heredado del padre, ante el problema de la existencia, buscaba a Pepita Gálvez, que era de las ricas del pueblo para casarse con ella. Por el miedo de que Pacho Quintero pudiera quitársela, esgrimió contra él el arma del insulto; pero teniendo que hacer un esfuerzo para sostenerlo, no hubo en su corazón una sola fibra que respondiera al llamamiento, y por eso tomó el camino natural de la fuga.

Luis Arenales, que estaba en Zaragoza, supo lo ocurrido entre Pacho Quintero y Fernando al regresar a Remedios, y sin esperar siquiera la visita de su amigo, corrió a la casa de éste y lo abrazó en silencio. Pasada la emoción que lo ahogaba se dejó caer en un asiento y le dijo a Quintero:

—¡Te lo dije, hombre, te lo dije! ¿Y no sabes dónde está ese miserable?

—Huyó y no sé su paradero.

—Ya verás cómo vuelve al pueblo un día de estos, porque ese canalla no tiene ni vergüenza. Te aseguro que si yo hubiera estado aquí, no se habría atrevido Fernando a decirte nada. Pero te has lucido. Ahora me toca a mí. Deja que vuelva y entonces yo le diré al oído algo. Verás cómo vuelve a tomar el monte.

—¡Por Dios! —exclamó Quintero—. Perdónalo como yo lo he hecho. ¿Qué más se puede hacer con ese desgraciado? Mira, D^a. Camila, la pobre, ha sufrido tanto con esto, como no puedes imaginarte.

—¡D^a. Camila! No me la mientes.

—No te supones lo que te agradezco el cariño que me tienes. Tú has sido un hermano para conmigo, tú has querido enseñarme los peligros que uno corre

cuando entra en relaciones con ciertas gentes, pero esa pobre mujer no tiene culpa alguna; y aun Fernando mismo no ha sido sino empujado por otros que ahora comprendo que sí son malos, y a quienes hay razón para temer. No los mentemos. No hay que pensar más en este asunto. Y ahora dime: ¿cómo te fue en el viaje? ¿Qué negocios hiciste?

—Me fue bien y creo que ganaré bastante. Ya estoy rico, ¡pero cuánto me ha costado hacer fortuna!

—¿De manera que ahora vas a continuar haciendo el bien a todo el mundo como de costumbre?

—A todo el mundo, no. Yo no hago bien sino a los míos, es decir, a los pobres y a los que me han hecho algún servicio. Tú sabes eso. Si le hubiera hecho algún bien a Fernando, me habría pagado como a ti. Hay muchas gentes buenas a quienes favorecer para ir uno a gastar su calor natural en alimentar culebras.

—En esto tienes razón en parte, pero hay otra clase de desgraciados a quienes ya comienzo a conocer, que merecen tanta compasión como los desheredados de la fortuna.

—No hables de esto, Pacho. Tú siempre eres el mismo, aun después de lo que te ha pasado. Quién pudiera ser como tú. Pero yo no puedo, no puedo —dijo Arenales levantándose—. Adiós, y ya sabes que puedes contar conmigo ahora más que nunca.

—¡Adiós! —contestó Quintero, echándole los brazos a su amigo.

—Quién fuera como este hombre —salió diciendo Arenales—. Apuesto a que le está mandando limosnas a escondidas a D^a. Camila. ¿Y por qué no la he de perdonar yo también? Sí, la perdono. No, ¡no la perdono!

Y esa noche se acostó pensando en su madre, ya muerta, y soñó que la estaba viendo llena de luz el rostro, y con los ojos humildes y suplicatorios que parecían estar indicándole el camino hacia la vida eterna. La visión de esa cara llena de dulzura infinita y el placer inmaterial e inmenso que revelaba su madre allá en las alturas de la paz sempiterna, fueron para el corazón de Arenales un apaciguamiento casi divino, y por la primera vez de su vida se sintió libre del peso agobiante del odio.



X. Años después

I

Mientras llegan las señoras a jugar *tururo*, beben chocolate del Río, en pocillos de porcelana, D. Cándido Suárez, D. Zoilo Pereda y D. Pepe León, compadre de D. Cándido.

El bizcocho tostado y oloroso se vuelve pedazos, y D. Cándido lleva a la boca uno de ellos, y empinando el pocillo lo humedece con el espumoso líquido, y el pedazo de bizcocho se desliza suavemente hacia el estómago del viejo sibarita. Lo siguen su compadre y D. Zoilo, y a poco andar se les sube la canela a la cabeza.

—Compadre —dice D. Cándido a D. Pepe—, ¿es cierto que la mina de El Pital está dando mucho oro?

—A ochenta castellanos diarios. Lo sé porque el molinero me lo dijo. D^a. Juana está de fiestas, y según dicen, en La Vetica están sacando lo mismo.

—Y bien lo merece —dijo D. Zoilo—, por lo guapa y emprendedora que es D^a. Juana. Si la cosa sigue así vamos a tener en Remedios otra D^a. María del Pardo.

—Algo he oído de eso a mi hermano Ramón, que también es amigo de historias como el Sr. D. Zoilo —dijo D. Cándido.

—Esta es una tradición muy vieja —agregó D. Zoilo—, y aun a los esclavos de casa oí referir de niño mil historias relativas a esta señora. El pueblo no era entonces aquí, sino cerca de Millán, en donde habrán visto Uds. las ruinas. Allá tenía D^a. María del Pardo una gran casa, con patios muy espaciosos, en donde asoleaba el oro que los esclavos sacaban de la quebrada de Sampedro. D^a. María

no tuvo hijos y el placer de ella era el de sentarse a ver sus tesoros. Y los esclavos que tenía eran tantos que cuando quería viajar a Sanluís de Góngora o deseaba trasladarse a Sambartolomé, y ya ven Uds. lo lejos que están esos sitios.

—Treinta leguas poco más o menos —dijo D. Cándido interrumpiendo.

—Eso es —agregó D. Pepe.

—Bueno —continuó D. Zoilo—, pues como iba diciendo, cuando quería hacer eso escalonaba los esclavos de cuadra en cuadra y en brazos del uno al otro llegaba al término de su viaje en menos de treinta horas.

Al decir esto, sorbieron chocolate los tres viejos a un tiempo y hubo un ligero intervalo.

—La señora era generosa —continuó D. Zoilo—, y cuentan que era amiga de pagar aguinaldos con tamales, en que la carne estaba reemplazada con chicharrones de oro.

Otro sorbo, y se terminó el chocolate; se chuparon la boca y apareció en la sala ña Clemencia, con agua para los blancos. Tenía los calcañales tan salidos hacia atrás que la garganta del pie parecía estar en el medio, y cuando ya estuvo en la sala con la bandeja en la mano y los jarros de plata llenos de agua, se quedó D. Pepe fijándose en los pies de la negra y le dijo:

—¿Clemencia, vos vas o venís?

—Vengo mi amo —dijo la infeliz humildemente, sin comprender por qué se reían los blancos, pero un poco picada, al fin, no quiso volver de la cocina a la sala con la candela, cosa que hizo Alberta, su hija. Presentó ésta la brillante tachuela de plata con brasas, y los señores fueron encendiendo las calas. Chuparon, y el humo fue saliendo y comenzó a subir lentamente.

—Pero bueno —dijo D. Cándido—, ¿y los tigres que habría de aquí a Sambartolomé, no harían nada a los esclavos de D^a. María del Pardo?

—Pues eso es —dijo D. Pepe—. Y qué tigres los que habría entonces. ¿Se acuerda, compadre, cuando fui yo a Sambartolo a comprar cacao? Pues oigan lo que me sucedió. Dejé la bestia en Millán, porque no era posible seguir a caballo. Llegué al tambo de Piquillo muy tarde. El perro que me acompañaba se acomodó debajo de una camita de macanas rajadas en donde yo me acosté porque no tenía fuerzas para subirme al zarzo, y como estaba lloviendo no pude encender el fogón para espantar los animales. Me encomendé a todos los santos y me dormí profundamente. A poco me despertó un ruido. ¿Qué creen

Uds. que era? Nada, el tigre que estaba sacando el perro que estaba debajo de la cama. Lo sacó hasta la puerta de la casita y de una manotada acabó con él.

—¿Y qué hizo Ud., compadre?

—Me subí al zarzo como pude, y desde allí sentía el chasquido del tigre comiéndose el perro.

—¿Y no saben Uds. —dijo D. Cándido— lo que les pasó a ño Mateo Achuri y a Lorenzo Vieco?

Pues iban para Zaragoza, y al llegar al alto de Pocuné, sacaron el fiambre para almorzar. Bajó Mateo por agua tan luego como almorzaron, y al salir otra vez al camino, alcanzó a ver un león *gateao*, con una pata sobre Lorenzo que estaba boca abajo. Volvió atrás y se subió a un árbol; mientras tanto el león daba rugidos y hacía temblar la tierra. A poco rato el león levantó la pata... se sacudió y se fue muy orondo.

—¿Y qué hizo Mateo? —preguntó D. Zoilo.

—Se puso a ayudarlo a bien morir desde el árbol a Lorenzo; pero éste fue levantando la cabeza, y muy asustado se incorporó y echó a correr hasta Machuca, en donde lo alcanzó el compañero.

—El que haya ocurrido eso nada tiene de raro —dijo D. Cándido—. Aquí mismo en el pueblo hubo semana de matar siete tigres...

Y en estas iban cuando entró D^a. Juana con otras señoras.

La mesa estaba tendida; las barajas arregladitas, y los granos de maíz en un platillo. Sentáronse todos y cada cual puso un cóndor en el centro de la mesa.

—Figura da —dijo uno de los jugadores.

Un dos de bastos, un seis de copas, un caballo, y le tocó en suerte al tercero. Contáronse los granos de maíz y a cada cual le dieron cincuenta; apostaron de a uno, barajó D^a. Pepa, alzó el compañero siguiente, y todos recibieron tres cartas. La espada es el gran matador, después el dos de la muestra y el as de bastos, y en seguida las figuras, comenzando por el rey y terminando en las sotas. El siete de la muestra gana la cuarta parte de la apuesta.

Comienza el juego.

—Paso.

—Voy.

—Paso.

—Paso.

—Voy.

—Paso.

—Paso.

Y así sucesivamente hasta quedar dos o tres con las cartas en la mano. Juegan y resulta que si alguno de ellos no hace baza, le dicen todos: *tuco*, y el perdedor tiene que pagar a los que le ganan la mitad más de la apuesta general. Y en esto van entreteniéndose señoras y señores hasta muy avanzada la noche, no sin que alguna de las ancianas salga perdiendo hasta quinientos pesos oro, que en esos tiempos era una cosa insignificante en Remedios.

Pero aun en aquellas recatadas señoras observábanse los fenómenos nerviosos que produce el juego en los tahúres de profesión. Cuando recibían las cartas se revelaba en los semblantes la ansiedad más profunda; y después del examen de ellas había contrastes variadísimos en esas fisonomías femeniles. Unas estrujaban las cartas, y tomaban el aire de los seres irritados, otras movían los ojos dejando adivinar la alegría que en vano han querido ocultar; algunas de ellas se someten humildemente a la tiranía de la suerte y se dan a acariciar la esperanza de un turno más favorable; ésta se atreve a protestar de que no han barajado bien los naipes, y sobre aquella que ha sido víctima del *tuco*, se acumulan los aires sombríos del vencido que alcanza a ver lejana la hora del desquite.

¿Y quién ha ganado? Casi siempre D. Cándido.

D^a. Nicolasa le ha quedado debiendo dos cóndores, en apuestas a la mayor de la muestra; D^a. Isabel, tres, D^a. Juana, cuatro, etc.

Hombre más de buenas este Sr. D. Cándido. ¡Y sobre todo tan amable y tan insinuante con las damas!

Se susurra que envió a Magangué mucho oro del que ha cambiado a los molineros ladrones, que son sus clientes secretos, pero que en los paquetes iba también mucha *mica* envuelta que en la Costa no sabían distinguir. Era esta la opinión general, pero nadie se atrevía a decirlo claramente. Quién iba a atreverse con ese señor de tantas campanillas. Su abuelo había sido empleado real, y en la casa se encendían las lámparas de aceite, y se rezaba mucho por el alma de su amo Fernando VII, en cada aniversario de la muerte de aquella majestad sacra. De los libertadores —como decimos todavía— el único que le parecía medio aceptable era Simón Bolívar, porque, en fin, era blanco. Los demás, unos bellacos que no habían hecho otra cosa que repartirse la plata de los españoles. Nobles improvisados como los del imperio de Napoleón; mulatos envidiosos los tales próceres que no había quién los aguantara.

Y cuando la guerra estallaba, “ahí está”, decía él, lo que se ha sacado con la independencia. Ya no se pueden avenir los ladrones estos.

Naturalmente que D. Cándido no tomaba parte en las revoluciones, pero remataba los bienes de los comprometidos a bajos precios, y como por hacer el favor. Ni ministerial, ni opositorista, ni conservador, ni liberal, y cuando más, legitimista después del triunfo de cualquiera de los bandos.

La legitimidad era para D. Cándido la victoria, o el éxito definitivo, pero en el fondo de su espíritu había cierta adhesión al antiguo Gobierno español, y eso probablemente porque no le costaba sacrificio alguno.

Siempre muy limpio y de patillas muy ralas, de ojos azules, aunque un tanto opacos por los estragos de los años que llevaba encima. Ático y decidor, intrigante y astuto.

En su tienda no tenía más que la balanza pequeña sobre el mostrador para cambiar oro corrido del Pocuné y de El Bagre. El oro de veta lo cambiaba de noche, y pretextaba jaquecas para no asistir al *tururo*.

La primera sátira que llegó a sus oídos fue la de Ricardo Romero, hombre franco, que llegó al pueblo de alcalde.

—Compadre —le dijo un día D. Pepe—, ¿no sabe que andan diciendo que Ud. mandó a Magangué oro revuelto con *mica*?

—Bellacos —dijo D. Cándido—; con seguridad que el que dice eso es el negro Ricardo Romero.

No había acabado de decir D. Cándido eso, cuando D. Pepe fue a buscar al alcalde y cuando dio con él, le dijo: “¿No sabe Ud. que a mi compadre Cándido le han dicho —gentes conversonas que no faltan en este pueblo— que Ud. dizque dijo que él había mandado a cambiar oro falso a la Costa?”.

—¿Y qué contestó D. Cándido? —dijo el alcalde.

—Se puso bravo y lo trató muy mal a Ud.

—Pero bien, ¿qué dijo?

—Pues groserías e insultos contra su persona. Con decirle que lo trató hasta de negro.

—Pues dígame Ud. a su compadre —dijo el alcalde—, que si yo soy negro, él es el blanco de la sociedad.

Y corrió D. Pepe a contárselo a su compadre, y a la noticia le agregaba estos comentarios: “Mire que atreverse ese hombre a decir de Ud. esas cosas. Y lo malo es que ese tal es un matasiete y el día menos pensado nos mata a todos”.

—Desgracia grande, compadre —dijo D. Cándido—, es la de vivir uno en estos pueblos. Un biznieto del alcalde mayor provincial de la Santa Hermandad, un nieto del alcalde pedáneo de La Estrella, verse ultrajado así por libertas, como el tal Ricardo Romero. Con seguridad que este hombre es descendiente de aquellos esclavos que se pronunciaron en La Estrella contra los blancos, cuando la jura de nuestro amo Fernando VII. Pero entonces sí había Gobierno y los revoltosos fueron castigados severamente.

Esto y más dijo el Sr. D. Cándido, pero reflexionando que lo más prudente sería capitular con el Sr. alcalde, se le fue insinuando y llegó hasta convidarlo al *tururo*, que era la más alta distinción que podía conferírsele a un forastero. Ni descuidó tampoco el hacerle saber, con cierta maña, que su compadre Pepe era un viejo cuentero y envidioso.

Cuando el alcalde fue atacado de fiebres, D. Cándido no dejó de visitarlo y llegó hasta el punto de enviarle naranjadas con cebada, que en su concepto, era el remedio más eficaz para curar las fiebres después de haber tomado vomitivo de cañaguat.

—Cuidado con la botica, D. Ricardo —decía D. Cándido—. La quinina sobre todo, no la vaya Ud. a tomar. Le pone el hígado grande, le quita la vista, le enferma el bazo. Aquí todo el que toma eso se va para el otro mundo. Vea que Ud. nos hace mucha falta en el pueblo. Si Ud. sigue enfermo o se tiene que ir, a quién nos mandarán de Santarrosa. La fortuna haber dado con Ud. pero alcaldes así no se encuentran cada rato. ¡Vea que el que teníamos aquí, señor! Hombre más atrabiliario y grosero que no hizo más que estrellarse contra la gente que vale. Pero estas fiebrezitas se le quitarán pronto. Esto no es sino la chapetonada, y ya le digo: las aguas frescas, ese es el remedio.

Visitas muy largas por supuesto, hasta que el Sr. alcalde quedaba postrado con mucho descoyunto en el cuerpo, dolor de cabeza y unas fatigas mortales en el estómago. La fiebre se hacía más intensa, a cada visita de D. Cándido, y el pobre enfermo quedaba más muerto que vivo. Venía el delirio y el febricitante soñaba mil cosas raras. Ya era que lo perseguía una culebra muy larga y verde, que lo estaba alcanzando, que ya casi lo mordía y sin poder gritar y sin alientos para correr. La veía cerca, con la cabeza levantada, los colmillos muy blancos y haciendo un esfuerzo supremo, gritaba: “¡Huy que me mata!”, y al fin despertaba y como podía iba tanteando la cama y medio se convencía de que estaba despierto.

Volví nuevamente el sopor y comenzaba a ver moscas y avispas e innumerables insectos con reflejos metálicos que partían de sus élitros dorados y verdes. Con una facilidad admirable se transportaba a su tierra y entraba a la iglesia, y sin saber cómo salía de ella por las paredes o por una ventana; y a poco rato conversaba con su madre en la sala de aquella casita de Guanteros, en donde estaba ella sentada doblando tabacos. Volví confusamente a Remedios y se imaginaba estar en la plaza dominando una pelotera grandísima en que los peleadores tenían puñales, garrotes y cachiporras, y él estaba ahí con la vara de alcalde levantada, gritando: “¡Acompañen la autoridad, silencio!”. Y luego dirigiéndose a los gendarmes les decía: “Den fuego”, y pum... pum... y saltaba en la cama el pobre con los disparos imaginarios de su mente calenturienta.

Y otra vez dormido, se imaginaba estar al borde de una quebrada de aguas muy cristalinas que corría por entre un bosque muy fresco. Se ponía a beber y sin lograr saciarse, se imaginaba que entraba a su pieza una persona con una taza de naranjada en la mano, pero se le perdía de vista al momento.

Comenzaba a andar de aquí para allá; bajaba a la calle del Retiro, iba a la de Villa-Nueva, le parecía estar en los Pilonés, se encontraba con D. Cándido, entraba a la Alcaldía, y todo esto en sensaciones medio desvanecidas y confusas sin poder concretarlas, hasta que al fin se suponía que estaba en una hamaca refrescándose, viendo hacia el techo de paja, en donde creía notar un alacrán muy grande pegado en una de las soleras amarillas, y de golpe se imaginaba que el animal se le venía encima, y al salto que daba en la cama volvía a despertar, sudando a mares y un poco más repuesto ya de la fiebre.

Así pasó unos dos días el Sr. alcalde, hasta que D. Zoilo Pereda lo llevó a su casa, le buscó médico y lo trató con mil consideraciones y delicadezas hasta que pasó la *chapetonada*.

II

En la puerta de la casa, y cerca ya de la oración, están sentados en sendas sillas forradas en cuero crudo con pelos, D. Cándido y su compadre.

—Conque muy enfermo el alcalde —dijo D. Pepe.

—A Dios gracias, compadre —contestó D. Cándido—. Si Dios se acordara de él nos haría un gran servicio. Ese hombre tiene mala entraña y si se alienta ya verá Ud. cómo se va a estrenar con nosotros.

—¿Y de dónde es este alcalde, por fin?

—Quién sabe de dónde será —contestó D. Cándido—, pero se me pone que este es hijo de aquel Jorge Romero que pasaron por aquí ahora tiempos para las prisiones de Cartagena por peleador y mal marido. ¿No se acuerda, compadre?

—Sí señor, y hasta muy parecido que es.

Pasó un hombre medio agachado por la solitaria calle. Se quejó D. Cándido de jaqueca y D. Pepe se despidió de su compadre.

A poco volvió el desconocido y halló la puerta de D. Cándido medio entornada. Penetró sigilosamente y ya D. Cándido estaba limpiando las balanzas.

Se saludaron muy paso, y el recién venido fue sacando un paquete de oro.

—¿Conque muy rica la mina de El Pital ahora, no? —dijo D. Cándido.

—Sí señor, fíjese Ud. en las colas de esta semana —dijo el otro desenvolviendo el paquete.

—Algo sucio sí está —dijo D. Cándido, después de vaciar el oro y comenzar a revolverlo con el imán, bien colocados los anteojos.

—Pero ahora sí tiene que pagármelo mejorcito.

—Qué mejorcito, hombre, si este oro de El Pital rebaja mucho y da trabajo cambiarlo en la Costa. A diez reales el castellano todavía me parece caro. Yo soy el que puedo salir perdiendo. Por la libra que cambié el otro mes, apenas me darán ciento veinte patacones. Ya ves qué ganancias, ¡y éste que está tan sucio! Y volvía el viejo a revolver el oro con el imán.

—¿Y cuánto crees que me podrás traer en todo el mes?

—Pues, señor, unas tres libras.

—Siendo así, te pagaremos éste a diez y medio, y fue poniéndolo en la balanza.

—Ochenta castellanos.

—Más bien largos, D. Cándido.

—¡Qué hombre! Siempre vives reparando. Y con lo sucio que está este oro.

El molinero recibió el dinero, y D. Cándido, después de despachar a otros clientes nocturnos, se fue a dormir tranquilamente.



XI. Los veinticinco

I

El alcalde Romero tenía alarmados a ciertos sujetos del pueblo, porque de Santarrosa lo habían enviado para que pusiera orden en Remedios y evitara los homicidios frecuentes que ocurrían los veinticinco, días de pago en las minas de veta. Llegó, pues, precedido de mucha fama como valiente, y hasta llevó secretario forastero, de quien contaban primores como hombre muy entendido en leyes.

Acompañaron al Sr. alcalde diez gendarmes vestidos de chaquetas coloradas, y que eran el asombro del pueblo y especialmente de los muchachos, acostumbrados hasta entonces a no ver sino comisarios mal vestidos y sin más insignia de autoridad que una varita pelada, en la mano.

Los que había llevado Romero cargaban bayoneta al cinto y eran hombres muy altos y de aire visiblemente marcial.

De suerte que tan pronto como el alcalde se repuso de la *chapetonada*, se quedaron todos esperando el primer encuentro de las autoridades nuevas con los bandidos de fama, que de Tacamocho y otras partes de Antioquia iban a dar a Remedios. El verdadero pueblo de la villa era quisto y tenía sus diversiones especiales en el Mapalé y los Diablitos de Corpus; pero muchos de los trabajadores en las minas eran reos prófugos que buscaban en el retiro de aquel pueblo el medio más seguro de escapar a la acción de las autoridades del centro.

La fama del oro que había en Remedios, y el desarrollo extraordinario que habían alcanzado las empresas mineras en ese tiempo, y las pocas fuerzas de

que podían disponer los alcaldes para dominar los bandidos, habían acumulado en ese distrito un sinnúmero de malhechores indomables.

Romero era hombre alto, fornido y de narices chatas. De color moreno y de ojos vivísimos. Llevaba en la mano un bastón con estoque, que tenía la punta envenenada, según decían los gendarmes. Había sido soldado de Julio Arboleda, y no lo espantaba la sangre, ni le temía a los tumultos.

Y llega el 25.

Los peones se aglomeran en el pueblo. Por las calles apenas es posible pasar empujando con fuerza; los semblantes van tomando el aire inquieto de la fiera que va a lanzarse sobre algo; se ven las cachas blancas de los cuchillos asomando por encima de la pretina de los pantalones, porque unos van en cuerpo, y otros llevan la ruana terciada para mostrar el arma. Entran y salen de las ventas de aguardiente lanzando frases provocativas, sacudiendo el cuerpo y plantándose como los gallos finos.

De una tienda sale el *Mochó* Aparicio, arrastrando la ruana que lleva cogida de una punta, y va diciendo: “El que sea gallo que me la pise”. Pepe Vega, con los ojos brotados y llenos de sangre, que parecen dos globos de fuego, se hace pedrada en el sombrero y grita: “Hoy comemos carne fresca, o no hay puerco rucio”. *La Sapa*, el más temible de los bandidos, el que mata por ver hacer gestos, va, por lo general, callado, ideando golpes de alevosía en su mente perversa. De cuando en cuando se anuncia por su voz de rana, que le ha valido el apodo que lleva, y hace temblar de miedo aun a los más atrevidos.

Canuto Pardo, que lleva la barbera graduada según los días de incapacidad que han de producir las heridas por su longitud, dice en tono seguro y amenazante: “Hoy nos hacemos a cuatro meses de reclusión por lo menos”.

Unos llevan peinillas terciadas al cinto, además del cuchillo; otros, palos de guayacán en la mano, y todos tienen el aire de gladiadores.

El alcalde está en la puerta del Despacho; los gendarmes andan recorriendo las calles. Brillan de golpe los puñales en la plaza. Son los mellizos de Rionegro, dos hombres chiquitos y listos que se están echando cuchillo “*one another tenderly*”. Y mientras las gentes llaman a los gendarmes, corre el alcalde por el medio del tumulto, se lanza sobre los mellizos, y de los gañotes los lleva a la cárcel, levantándolos por el aire como si fueran dos plumas.

La sensación que este acto heroico produce, hace acallar un poco los gritos y las amenazas.

El alcalde está inquieto y parece como si deseara un nuevo conflicto. No se hace esperar éste. Frente al Estanco se ha formado una *grilla* espantosa. Unos corren despavoridos, los comerciantes cierran las puertas, los muchachos se asoman a las ventanas y otros van sacando sus armas y allá lejos se ve una masa informe de gentes, avanzando unas veces, retrocediendo otras, y por encima de las cabezas se alcanzan a ver las peinillas, los palos de guayacán, y se ven subir y bajar los fusiles de los gendarmes que están echando tornillo pedrero a diestro y siniestro.

Se oyen los gritos del alcalde, de los gendarmes, de los que están peleando y de los que piden socorro. “Cójanlo”, dice el alcalde; “lo mató”, dicen unos. “Pararse que va a traquear”, dicen otros.

Por mucho rato la excitación es espantosa, pero al fin van cesando los gritos y se abren calle los gendarmes que llevan a Pepe Vega a la cárcel, quien después de darle muerte a un infeliz, se encaró con los agentes de policía y les echó puñal como un energúmeno. Venía chorreando sangre de la cabeza, por las heridas que le hicieron los gendarmes con los tornillos para rendirlo; la camisa por fuera, los pantalones desgarrados y llenos de tierra, y donde quiera que se detenían con él, dejaba el charco de sangre en el suelo. Un gendarme traía en la mano el cuchillo de Vega, grande, afilado que daba calofrío verlo.

Otros conducían al muerto para la Alcaldía, a fin de hacer el reconocimiento. Iba empapado en sangre y tenía el rostro pálido y exangüe, y los ojos medio abiertos. Cuando Vega le tiró la primera vez, decía uno de los gendarmes, no pudo darle porque escapó el golpe; pero habiéndose resbalado cayó tendido en la calle; y allí le hundió el cuchillo atravesándole el pecho con tal fuerza que quedó la punta clavada en la tierra.

Una sensación dolorosa se apoderó de muchas gentes. Se agolpaban a la Alcaldía a ver el muerto y ahí mismo hacían algunos de los presentes esbozos biográficos del difunto.

Era de Girardota, se llamaba Pedro González y hacía seis meses que trabajaba en La Reina. Tenía cinco hijos chiquitos y ya estaba de regreso para su pueblo.

—Vean las cosas de este mundo —decía un peón amigo del muerto—. Esta mañana estaba Pedro lo más contento, y hasta me dijo que se iba a traer la mujercita. Vean lo que le conviene a uno.

—Yo estaba *ai* en la puerta del Estanco —decía otro—, cuando le tiró Pepe Vega a González. Salía éste con una botella de agua florida que había comprado

en la tienda de ño Zapata, y al pasar cerca de Pepe, éste empujó a González, y como Pedro le dijo que no lo empujara, le contestó Vega: “Si no le gusta, párese”, y se le fue encima con el cuchillo.

Estaban tomando las declaraciones, cuando se oyeron gritos en la calle de Sanantonio.

—¡Los gendarmes! ¡Los gendarmes! —decían los muchachos y los comerciantes. El alcalde y los agentes de policía corrieron a apaciguar el tumulto. Era que Jesús Ramírez y Venancio Hernández se estaban echando peinilla. Jugaban el arma maravillosamente, y no se habían podido coger. Cuando Ramírez se le iba a Hernández con la hoja, como a partirlo, se la recibía éste en la de él y le devolvía el golpe de punta, que el otro esquivaba con elegancia suma. Así estaban cuando llegó el alcalde con el estoque en la mano y les intimó rendición.

—Déjese venir con su chuzo —le dijo Hernández, poniéndose en guardia.

Se le fue encima el alcalde, y Hernández le hizo saltar lejos el estoque. Dos gendarmes caucanos sacaron las bayonetas y se lanzaron sobre él. Fue retrocediendo éste hasta que se acercó a la pared, y allí resistió el ataque de las autoridades. Un cuarto de hora estuvo aparando los golpes en la peinilla, hasta que al fin le dijo al alcalde: “Yo voy por las buenas”. Y fue el único modo de llevarlo a la cárcel. Pero cuando iban con él venían de la plaza gritando: “¡Lo mató! ¡Lo mató!”.

Cuando los gendarmes llegaron a la esquina vieron que un hombre caía boca abajo y otro a su lado.

Era que Canuto Pardo le había dado un barberazo en el vientre a Milagros Barreneche, en la calle de Cañandongo, y a pesar de que se le salieron los intestinos de un golpe y se fue al suelo, recogió las tripas, ya sucias de arena, con la mano izquierda, y con un cuchillo en la derecha persiguió a Canuto una cuadra y por la espalda le clavó el arma y lo mandó al otro mundo, y faltándole las fuerzas cayó él también al lado de su víctima. Fue el momento en que aparecieron en la esquina los gendarmes.

Un cirujano de afición, que aún existe en Remedios, corrió y le introdujo los intestinos a Barreneche ahí mismo, con arena y todo, y lo suturó con una aguja de arria mohosa.

Después de esto vivió Barreneche lo suficiente para dar muerte a dos más de sus semejantes...

Por la noche hay gran baile de gente del pueblo en la casa de ña Santos Coronado. Ya han partido muchos peones para las minas, pero la casa está llena de gente y en la calle hay todavía mucha agitación. El alcalde y los gendarmes están rendidos de la tarea que han tenido en todo el día y sin embargo van a inspeccionar el baile varias veces; pero a las cuatro de la mañana que fueron a hacer la última inspección, no acabaron de entrar cuando los bandidos apagaron las velas, cerraron las puertas y se fueron sobre ellos.

Suenan los palos y las peinillas en el aire; y el ruido que producen las botellas que se quiebran, las armas que se chocan y los gritos que se oyen en ese recinto oscuro, produce sensaciones diversas entre los actores voluntarios y obligados de esas escenas trágicas. Unos están en su elemento, en teatro conocido y sienten la alegría insana del delito; el que esgrime la navaja barbera, afilada y fría, experimenta el placer morboso que da el filo que no encuentra resistencias en la carne, y satisface una pasión de tacto que tiene el sello brutal de la perversión del sentido más animal del hombre. Los que dan golpes de palo tirando a la cabeza con inclinaciones de exterminio, sienten las vibraciones que produce el choque como una corriente que estimula la fuerza anormal y loca que reside en esos organismos de energías destructoras. Los que han empuñado el cuchillo para tirar al sesgo, son los criminales sibaritas, que buscan en las heridas que producen con su arma, la sensación combinada del golpe de punta y del corte que va dejando el filo.

Para esos desgraciados hijos del crimen, una escena de estas que ellos mismos buscan y provocan, es una delicia inmensa.

En cambio hay otros de quienes se ha apoderado el pánico más espantoso al sentirse en medio de los puñales, y están temblando ante el peligro como unos niños.

No lleva trazas de acabarse el conflicto. El alcalde se ha acercado en silencio a una de las paredes de la sala sin saber qué hacer; los gendarmes han estado también prudentes, y se han limitado a agachar la cabeza cuando silba por el aire el palo de guayacán.

“Me mataron”, dijo uno que caía moribundo. Era la voz conocida de uno de los gendarmes que quiso romper por sí solo un grupo que obstruía la puerta que daba al patio. El alcalde y los gendarmes pensaron que iban a morir sin duda, ante una alevosía infame, y sintieron surgir los impulsos irresistibles de la

propia conservación, y aun de la venganza que les inspiró la desgraciada suerte del compañero.

El alcalde, resuelto ya, a todo, gritó: “Muchachos, hagan fuego hacia la puerta del patio”, y no había acabado de dar la orden, cuando sonó una descarga horrible que hizo temblar las paredes y los techos de la casa. Se oyeron voces de gente desfallecida, y como cartas de naipes se fueron al suelo cinco hombres.

“Muchachos, de frente y a la bayoneta”, volvió a decir el alcalde, y con estoque en mano acompañó a los gendarmes, a la carga, y por encima de cadáveres y heridos pudieron salir al patio.

Y todavía hubo uno de los del bochinche que se fue sobre los gendarmes, y los atacó a peñilla, y hubo necesidad de quebrarle la cabeza a tornillo pedrero para rendirlo.

Cuando la luz del día iluminó ese campo de batalla, estaban unos yertos, y otros agonizaban en medio de las charcas de sangre, y hubo que sacar de debajo de las tarimas a muchas mujeres desmayadas, y a muchos hombres en quienes el miedo había hecho de las suyas.

Juancho Granados, el gendarme que había recibido una puñalada en el pecho, no murió inmediatamente, y aun pudo decir que el que lo había herido era Gregorio Neira y que en la voz lo había distinguido. Dieron los gendarmes con él, y a culatazos lo llevaron a la cárcel.

Al día siguiente, cuando ya conducían al homicida para Amalfi, al bajar de la plazuela de Santabárbara hacia la calle de la Avanzada, doblaban en la iglesia del pueblo.

—¿Doblarán por Granados? —preguntó Neira.

—Sí, hombre —contestó uno que venía de la plaza.

—Entonces voy a salir libre —dijo el preso—, porque la incapacidad no ha pasado de treinta y seis horas...

Por la mañana, cuando los muchachos del pueblo iban para la escuela se detenían al frente del local de la Alcaldía para curiosarse a los muertos y heridos.

El alcalde estaba agitado y hablaba mucho, y los gendarmes con cierto aire de satisfacción decían: “Es para que se metan con nosotros estos diablos, enseñados a burlarse aquí de todo el mundo”, y daban con la mano en la empuñadura de la bayoneta.

Los muertos estaban tendidos en unas tarimas, con las caras ensangrentadas; los cabellos caían —en desorden— sobre sus frentes y los vestidos estaban

llenos de manchas de sangre, ya negras y secas. Los peritos metían los dedos en las heridas que tenían unos en el pecho, otros en la cabeza y algunos en el estómago.

“A éste lo pasó la bala”, decía uno de los reconocedores volteándolo boca abajo y mostrando la salida del proyectil en la espalda; “a este otro se le quedó en la cabeza”, y al decir así le metía el dedo por la herida y le sacaba pedazos de seso con la uña.

—¿De manera —decía el secretario— que ponemos que las heridas fueron hechas con armas de fuego?

—Sí, señor —decían los peritos.

Uno de los que habían recibido golpes de garrote en la cabeza, pero que había escapado con vida, estaba esperando a que los peritos le hicieran el reconocimiento.

—¿Y este otro? —preguntó el secretario, señalándolo.

—Ponga —dijeron los peritos—, que no tiene sino una herida contusa en la cabeza.

—Con *tusa*, no —dijo el aporreado—; con lo que me dieron fue con un garrote. Si me hubieran dado con una *tusa* no me habrían hecho nada.

—Aquél que está ahí, es Pedro Baena —decía alguno de los curiosos—. Ese había *matao* uno en Titiribí, y ya ven cómo vino a pagarla en Remedios.

—Es que de hoy en adelante no se abusa aquí —decía uno de los gendarmes zapateando.

Los muchachos de la escuela habían invadido bastante y estaban casi pegados a las tarimas en que estaban los muertos. Cuando lo advirtió un gendarme, les dijo con el aire más imperioso:

—¡Salgan muchachos del diablo!

Fue tal el gesto del agente de policía que los chicos salieron corriendo para la escuela.

Y una vez allí el maestro les aplicó el delicadísimo castigo de dos pretinazos que los hizo saltar, por haber llegado tarde a la escuela.

El alcalde entregó los muertos para velarlos, remacharon las esposas a algunos de los sindicatos del bochinche, se llevaron los heridos para la cárcel, y se fueron dispersando los curiosos. Los peones que quedaban corrieron para sus minas, y el pueblo quedó limpio y en calma.

Y en la calle del Retiro, cerca al cementerio, hicieron los velorios de esos infelices héroes de tumulto...

II

Pasado este 25 el alcalde siguió su tarea administrativa con tanta energía que Remedios cambió casi por completo en pocos meses. Las calles limpias y libres de perros, las puertas pintadas de verde, unas, de colorado, otras. Las autoridades eran respetadas. Los muchachos ya no se burlaban de los agentes de policía, como lo hacían antes con ño Valenzuela y Cocuyo. Todo andaba perfectamente. Los 25 eran siempre tumultuosos, pero ya no había homicidios como antes. Los juegos de azar eran perseguidos en las minas con tanta actividad, que con las multas recogidas llegó a ser el Tesoro del distrito, uno de los más ricos del antiguo Estado de Antioquia.

Los bandidos un poco más prudentes, en lugar de venir a Remedios se iban para Tierra-adentro, fracción que comenzaba entonces a florecer, por estar en el centro de la mayor parte de las minas. Allá enviaba también el alcalde gendarmes para guardar el orden; pero en uno de esos días de desborde animal, ocurrió lo siguiente: por la tarde, y cuando ya había poca gente, salieron de una tienda *La Sapa* y un hombre, de brazo, conversando amistosamente. Iban atravesando la plaza cuando los gendarmes vieron que caía al suelo este último. Corrieron y ya lo encontraron moribundo.

—¿Qué ha sido? —preguntaron los gendarmes.

—Que este hombre me ha dado una puñalada a la traición, siendo amigos y sin hacerle nada. Veníamos de brazo y con el derecho sacó un cuchillo y por detrás me envasó... ¡ay!... me muero... un Padre... —Boqueó dos o tres veces y se fue quedando muerto.

El homicida tenía oculto el cuchillo, lleno de sangre, debajo de la ruana, y no se había movido del lugar en que había cometido el delito. Estaba ahí, de pie, pálido, impasible, sin mover un músculo, y con los ojos puestos en la cara del agonizante, hasta que éste se quedó muerto.

—Siga con nosotros —dijeron los gendarmes.

Y el asesino siguió sin resistencia alguna.

—¿Por qué le ha dado Ud. muerte a este hombre? —dijo uno de ellos.

—Por verlo hacer gestos —contestó *La Sapa*.

Ese mismo día entraron a Remedios con *La Sapa* y su víctima. Traían al muerto en una barbacoa, envuelto en un bayetón azul, con la cabeza descubierta y los pies al aire. Al llegar a la plazuela de Santabárbara —que es el comienzo de la calle Real— descargaron los peones el muerto para descansar un poco. La gente se agolpó a verlo. El bayetón estaba mojado de aguasangre que salía por uno de los vacíos de la víctima, y destilaba gotas que mojaban la arena amarilla del suelo. Cuando volvieron a alzarlo, *La Sapa* —que venía ahí también— dijo con aire burlón: “No lo muevan tanto que se le salen los tabacos del bolsillo”...

Los encerraron juntos en la cárcel esa noche. Al día siguiente cuando el comisario mayor abrió la puerta, no vio a *La Sapa* por ninguna parte.

—Ya se fugó ese diablo —dijo el comisario muy sorprendido.

—No, hombre —contestó *La Sapa* sacando la cabeza por debajo del bayetón en que estaba envuelto el muerto—, fue que yo me acosté aquí con el compañero, y me arrojé con su bayetón porque sentí mucho frío esta mañana...

Se hicieron raros los homicidios en Remedios. Apenas uno que otro herido, y eso como por no perder la costumbre. Al primer tumulto corrían los gendarmes, y se veía sobresalir por encima de todas las cabezas la de Chacón, el comisario mayor, caucano valerosísimo, muy alto de estatura, enérgico y muy inteligente.

Pero el alcalde tenía enemigos ocultos que dirigían cartas en su contra al prefecto de Santarrosa. D. Cándido Suárez, D. Joaquín Ríos, D. Pepe León y el mismo secretario que Romero había llevado al pueblo, trabajaban por salir de él. Los primeros por odiosidades de raza, y el último por ver si le sucedía en el puesto al bruto de Romero, como lo llamaba el desleal secretario.

Y llegó el 1° de enero de otro año, y entró un alcalde nuevo a Remedios.



XII. Las dos casas

Aquellos niños que van entrando a la casa de D^a. Juana Muñoz son sus nietos. Carlos, el mayor, tiene la figura y la fisonomía de la madre. Rubio, de ojos azules, arrogante y serio. Enrique es moreno, de cabellos crespos, de ojos húmedos y melancólicos como los de Manuelito. Pedro, el chiquitín, el *cirirí*, como lo llama la abuela, es el retrato del padre en el modo de accionar y de expresarse. Vienen de la escuela y traen los libros debajo del brazo: la gramática de Urcullu, la de las nueve partes de la Oración, la aritmética de Lavalle, el catón de san Casiano y la citología.

—Eso sí —decía D^a. Juana—, allí viene el *cirirí* neciando.

—No, madre —decía el chiquitín, y se ponía a abrazar a la abuela, y ésta le acariciaba la cabeza con palmaditas suaves.

—Váyanse a jugar, pues, y dejen los libros bien puestos.

A poco volvía Pedro corriendo con la cara muy alegre y se ponía a saltar de gozo delante de la abuela, diciendo:

—¡Madre! La palomita azul ya tiene un güebito allá en la ramada del horno. Venga y verá —y cerraba los ojos y apretaba los dientes y hacía mil gestos delante de la abuela.

—No vaya a molestar la paloma, hijo, déjela quieta.

—¿Y cuando tenga otro güebo me lo como frito?

—No, eso es para que salgan otros palomitos.

—¿Y los pichones son míos?

—Sí, hijo.

Volvió Pedro corriendo para la ramada del horno y allá se quedaba un rato viendo a la paloma en el nido, medio desconfiada del muchacho y moviendo sus ojitos redondos. Mientras tanto el palomo se movía hacia un lado y otro del nido en que estaba la hembra y asumía el carácter de un centinela.

—Quítese de ahí, Pedro, vea que le saca los ojos ese palomo que es muy bravo —le decía Enrique, que estaba sentado en la horqueta de un guayabo, comiéndose una guayaba pintona, de pulpa colorada y sana.

—Voy a decirle a mi madre que está comiendo guayabas verdes —decía el chiquitín.

—Vaya dígaselo —le contestaba el otro con la serenidad más olímpica.

Y Pedro viendo que la amenaza no surtía, se acercó al árbol y le dijo al hermano:

—Tíreme una guayabita, Enrique, y le doy un pichón de los que saque la paloma azul.

—Tome —y Enrique le tiró una guayaba, y con esto se terminó el incidente.

Y en la arboleda se quedaban los chicos cogiendo frutas o haciendo casas de *lengüevaco* para hacer comiditas.

Tan pronto como los olores del chicharrón llegaban a sus narices y el ruido de la cazuela en que se freían las arepitas con queso llegaba a sus oídos, corrían los muchachos a la cocina, y ña Manuela les iba entregando de a chicharrón, tajada y arepa a cada uno, y salían a comérselos sentados en unos poyos de tierra que había en el corredor que daba al patio.

Cuando los chicos llevaban a la boca el chicharrón de marrano, penetrado de sal, grande, con copetes de carne, de cuero blanco y tostado, que traqueaba en los rincones de la boca bajo la presión de las muelas, y la arepita de maíz, de superficie arenosa y de sabor exquisito, y la tajada de plátano maduro, empapada en manteca caliente, suave, amarilla y dulce, se notaba en aquellos semblantes infantiles un aire de verdadera dicha.

—Cómase eso ligero, Pedro —decía Carlos—, para que vamos a lavarnos. En esto viene Liberato por nosotros y si se va comiendo por la calle, lo castiga mi papá.

—Y por qué no regaña a Enrique que se está lambiendo las manos —contestábale el chiquitín al hermano mayor.

Pero el diálogo era interrumpido con la llegada de Liberato que entraba diciendo:

—A ver los niños, caminen, que ya está el almuerzo en la mesa.

—Lléveme a la espalda –decía Pedro saltando al ver al negro Liberato.

—Venga, pues, acá, mi rey.

—No, señor –decía Carlos–. Cargao, no. Qué muchachito tan necio es éste.

Pedro se ponía a llorar y Liberato se empeñaba en llevarse al niño a la espalda, y le decía a Carlos:

—No sea filático, niño Carlos, que harto lo cargué a Ud. también.

—Pues no lo lleva cargao, espérese y verá cómo se lo digo a mi madre.

Salía D^a. Juana a intervenir en la contienda y resolvía que no cargaran a Pedro.

—No le hace, mi rey, camine, y a la vuelta de la iglesia lo cargo, y mañana que nos vamos para La Vega lo llevo cargao también.

Y así fue; tan pronto como voltearon la esquina se echó Liberato a la espalda a Pedro.

Cuando pasaban por la plaza salió del Estanco y a media caña Jerónimo Cocuyo, y se puso a decir a grandes voces:

—Si el mundo tuviera una argolla lo cogería y lo rebuiría todo.

Oyólo Liberato, y le dijo:

—Espérese, hombre, un poquito, no vaya a ser que dé Ud. con la argolla del mundo y me tumbe al niño Pedro, también.

Liberato que ya había recibido orden de irse a trabajar a El Bagre en una mina de oro corrido de Manuelito, quería extremar su cariño con el chiquitín –a quien amaba entrañablemente– antes de abandonar la casa. Con los niños se había criado, él era quien los llevaba a la escuela, a la finca, a casa de D^a. Juana y a la iglesia. Cuando nació Carlos, él fue su compañero constante y quien lo meció en la cuna, cantándole al oído:

Duérmete niño que estás en la cuna,
que no hay mazamorra, ni cosa ninguna.

Lo mismo hizo con Enrique, pero Pedro era su predilecto. Se ponía triste y hasta se le salían las lágrimas cuando reprendían al niño y se encargaba de consolarlo siempre, prometiéndole que de la quebrada de Sampedro le traería frutas de pava y popos largos y muy bonitos para que tumbara azulejos.

Liberato hablaba muy recio, y cuando salía con Pedro vestido de gala a la calle, iba diciendo:

—Aquí vengo con el duque: abran calle, caratejos, que no es cualquier cosa lo que pasa.

Y entonces el muchachito comenzaba a caminar repicado y levantaba la cabeza como si tal fuera.

—Vamos a ver —seguía gritando Liberato, quién camina así en Remedios—. Apenas tiene seis años y ya se sabe el catón de memoria. Este es el que le va a poner la pata al maestro Zoilo.

Y qué satisfacción la de Liberato cuando salía los domingos con los tres muchachos para la casa de D^a. Juana a que los viera con los vestidos nuevos que les habían traído de la Villa de la Candelaria. El chiquitín adelante, feliz con los botincitos amarillos que llevaba puestos. Los dos mayores atrás, de levita azul, con botones de cobre muy amarillos, de cachucha con visera de charol y adornada con cola de lobo.

Cuando alguno se acercaba a acariciar a Pedro, o detenía a los niños para curiosearles los vestidos, le gritaba Liberato:

—No me los toque, vea que me les pega los aradores. No les ponga la mano en el hombro que en casa no hemos compraos pericos por no cargarlos.

En cierta ocasión en que Liberato iba a hacer un mandado se encontró en la plaza con Federico Gallón, muchacho que estrenaba botines ese día, y que era reconocido como niguatero de nacimiento. Se quedó viéndolo Liberato, y al notar lo impedido que andaba el mozo, le dijo:

—Niño Federico, ya la esclavitú se acabó. Ponga en libertad esas pobres niguas.

Y a pesar de todas estas cosas de Liberato, en el pueblo no hacían sino celebrarle todo lo que decía.

Cuando los niños supieron que Liberato se iba, no había quién pudiera consolarlos, y la víspera del viaje hubo necesidad de asegurarle a Pedro que Liberato se lo llevaría para El Bagre, y fue de la única manera como lograron hacerlo dormir esa noche.

D^a. Juana vivía sola desde el matrimonio de su hijo. Habitaba casa propia de paja, con un patio grande y un solar lleno de guayabos agrios, de frutos grandes, amarillos y olorosos, de carne blanca, blandita y agridulce; de guamos cajetos, elevadísimos y frondosos, con unas guamas largas y aplanadas, de motas aterciopeladas y jugosas; de cafetos ya en flor, ya cargados de

frutos de color encendido, e hileras de totumos con lirios florecidos en las horquetas.

Era la arboleda el lugar preferido de los nietos de D^a. Juana, excepción hecha en los días de amasijo en que no se movían de la ramada del horno. Era este un día de sensaciones gratísimas. Nada les importaba el calor mientras estaba encendido el horno. Ahí se quedaban hasta que D^a. Juana daba la orden de meter el pan, y ña Manuela iba introduciendo en una pala las roscas, los bizcochos, los panes fríos y cenizos. Tapaban el horno y entraba el momento de la impaciencia de los muchachos. D^a. Juana daba vueltas por aquí, por ahí, hasta que llegaba la hora de quitar la tapa, noticia que recibían los niños con saltos y apretones.

Allá vienen los panes esponjosos y tiernos, de lomo amarillo y liso; los bizcochos tostados, olorosos y traqueadores; las latas de bizcochuelos, en que la espuma rebosante ha formado una capa uniforme, lisa y de color medio oscuro; y por último, los pajaritos y roscas de los muchachos, que saltaban de gozo al recibir de manos de la abuela esos anhelados obsequios.

Qué alegría tan grande la de los nietos de D^a. Juana, con sus roscas calientes y qué grupo el que se había formado en la ramada del horno.

D^a. Juana, que ha dirigido las operaciones, está sentada en una banqueta, con la cara encendida, rodeada de sus queridos nietos, a los cuales arropa y abarca con miradas protectoras y cariñosas; los niños sumamente rosados, con los ojos llenos de luz, acariciando las roscas, oliéndolas, y pegándoles la lengua al descuido; la muchacha que espanta con una escoba de ramas de guayabo a los pollos chiquitos y a los arrastradores de ala, que avanzan hacia la ramada en columnas cerradas; y ña Manuela, sentada en el suelo, sudando, con el semblante dejativo que produce el trabajo excesivo, fija la mirada en el bongo en que están los panes y los bizcochos.

De cuando en cuando sopla el viento de la arboleda, pasan por la ramada las brisas frescas que calman el bochorno y esparcen por el aire los olores de los panes calientes, mezclados a los aromas de las flores y frutos ya maduros de los vecinos árboles.

D^a. Juana estaba rica. Era una mujer inteligente y de energía incomparable. Pequeña, de ojos vivos y profundamente negros, de piel rosada, de cara menuda, de manos pequeñas, ya manchadas por el trabajo. Vestía sencillamente y era

de espíritu democrático. A su casa llegaban los pobres del pueblo que tenían hambre y allí encontraban diariamente alimentación abundante. Atendía a los forasteros en sus enfermedades. Vestía a los huérfanos y tomaba parte en todos los asuntos de interés público. Hasta los animales la querían. En el tronco de un guamo de la arboleda hizo cueva un conejo del monte y D^a. Juana lo fue atrayendo hasta que lo enseñó a venir al patio de la cocina a comer cáscaras de yuca, y como animal doméstico vivió en la arboleda y en los patios hasta que murió de viejo. Después de almuerzo salía la señora hasta los primeros árboles del solar con harinas de pan en las manos y en los hombros, y allí acudían los pájaros con ilimitada confianza y cubierta quedaba la viejecita de azulejos y toches color de carne. De su cabeza y de sus hombros salían cantando las avecillas ya satisfechas y alegres.

Con los pocos recursos que le quedaron después del casamiento de su hijo, compró unas acciones de minas, y a poco de visitar las empresas y de oír a los mineros resultó una minera famosísima y descubrió minas, y las montó a la carrera, y el oro entró a su caja a montones.

—Para este hilo de sombra hay que poner una guía aquí, en esta dirección —y con una varita señalaba D^a. Juana al minero el punto por donde se cogería el filón.

—El hilo había aparecido en los cogollos, de cajón, pues entonces la guía debe ponerse aquí —decía ella—, y en esta dirección se coge. Y así era la verdad.

Qué brújula ni qué nada con aquella comprensión clarísima de D^a. Juana.

Andaba por las cañadas, subía a los cerros cogida de los bejucos, recogía riegos, olfateaba los filones y hacía siempre indicaciones acertadísimas. Y aquella mujer singular, alzado el traje, en alpargatitos muy finos, acompañada de peones que llevaban picos y bateas, recorrió casi toda la región minera de Remedios, descubriendo minas.

Era aficionadísima a la lectura. Lectora asidua del *Quijote* se sabía de memoria trozos enteros de ese libro inmortal, y entre éstos el discurso de D. Quijote a los cabreros, el cual acostumbraba recitar a sus nietos con mucha frecuencia. Todos los refranes de Sancho y las agudas observaciones del caballero andante los aplicaba con la oportunidad más grande en su conversación chispeante y seductora. Lo raro era que ella, que vivía en un pueblo minero, lejos de todo trato literario, tuviera la *Mesíada* de Klopstock, el *Telémaco*, la *Odisea* y las obras de fray Luis de Granada. La voz era suave y melodiosa, y al hablar parecía como si se le iluminara el rostro, según era de expresiva su fisonomía simpática. Refería

a sus nietos las aventuras de Telémaco con todas las descripciones admirables sobre la belleza de Calipso y de sus ninfas, de la deliciosa frescura de la gruta de la enamorada diosa, del bosque de tupidos árboles, de las violetas y amarantos de las praderas encantadas, y los racimos de uvas. Hablábales de los Campos Elíseos “donde el día no acaba, donde es desconocida la noche con sus velos sombríos, en donde una luz pura y dulce se esparce alrededor de los cuerpos de los justos y los envuelve en sus rayos y apaga el hambre de sus corazones, lugar de juventud eterna, de felicidad sin fin, de gloria divina, sin alegrías vulgares”. Hacía hincapié siempre en estos consejos de Mentor: “Guardaos de buscar la gloria con impaciencia. El verdadero medio de encontrarla es el de esperar tranquilamente la ocasión favorable”.

“La virtud se hace reverenciar tanto más cuanto más sencilla y modesta se presenta”. “El naufragio y la muerte son menos funestos que los placeres que atacan la virtud”, y estas y otras frases análogas las hacía repetir D^a. Juana a sus nietos que tenían las caritas levantadas y los ojos puestos en la querida abuela. Así pasaban las horas sin saberlo, y de esta suerte fue D^a. Juana inspirando a sus nietos un amor profundo, mezclado de admiración que rayó siempre en culto.

En las obras de fray Luis hacía leer D^a. Juana a Carlos, y éste fue aficionándose de tal manera a la lectura de los libros del santo, que llegó a aprenderse muchos trozos de memoria. Un día, sentados todos a la mesa, en casa de la abuela, comenzó Pedro a pedir agua con mucha impaciencia.

—Vea —le dijo el hermano mayor—, dice fray Luis de Granada que si estás asentado en medio de otros muchos, no seas tú el primero que pongas mano en el plato, ni pidas de beber primero.

D^a. Juana no pudo contener la alegría que le causó la aplicación que hizo Carlos de las palabras de fray Luis y lo llenó de elogios y lo puso de ejemplo a los menores. Surgió en su mente la idea de mandar a Carlos al colegio de Medellín. “Este —se decía ella— irá más lejos que el Padre. Ya aquí no tiene qué enseñarle el maestro y sería lástima perder este talento también como se perdió el de Manuel”.

Y pocos días después de esta idea que se le ocurrió a D^a. Juana, estaba arreglado el viaje de Carlos Jácome para el colegio de la Villa de la Candelaria.

Carlos no se firmaba sino con el apellido del padre únicamente, porque cuando comenzó a firmarse en planas de letra menuda llevó una de ellas a la abuela, y al ver ella que el nieto se firmaba Carlos Jácome Silvestre, le preguntó:

—¿Cuál otro Carlos Jácome hay aquí en Remedios fuera de Ud.?

—Ninguno, señora —contestó el nieto.

—Y no confundiendo Ud. con nadie, ¿por qué se pone Ud. el apellido de su mamá? ¿No le basta a Ud. el de su padre? ¿O es que cree Ud. que arropándose con el apellido de Jácome le quedan los pies afuera y quiere tapárselos con el de Silvestre?

Y así eran todas las observaciones de D^a. Juana.

En la casa de D. Manuel Jácome, que era como llamaban ya en Remedios al esposo de D^a. Elena, cambiaba la escena. El hijo de D^a. Juana había venido a ser comerciante y era ya el más rico de la población. La casa era de tejas y había sala con espejos de cuerpo entero, los primeros que se conocieron en el pueblo, mesitas y taburetes traídos de la Costa, bombas y briseros de cristal. La vajilla era de plata y el comedor era cosa digna de verse. Se comía muy bien en la casa de D. Manuel Jácome. La mesa en Remedios siempre tuvo fama por lo sazónada y rica. Ningún chocolate más espumoso ni más agradable y grato al paladar, ni bizcocho más oloroso y frágil, ni pandequeso de grano más fino y tierno que el de Remedios. Y el arroz frito, seco y revuelto con camarones, y los picados exquisitos, y la carne a la inglesa con capas de mostaza, y las rodajas de ñame, blancas y deliciosas, fritas en mantequilla, y el café negro, aromático, adicionado de uva de España que es un deleite.

Los corredores eran muy amplios y el patio estaba lleno de rosales y caracuchos. Aquí los niños no tenían la expansión a que podían entregarse en la casa de la abuela, ni podían ir a la cocina por arepitas porque D. Manuel era muy severo en materia de educación; pero cuando llegaban las cargas de Magangué era una fiesta para los muchachos. Para ellos eran las cornetas de tres pistones, las bolas de caucho, los muñecos grandes que decían *mamá* al apretarlos en el estómago, y los trompos de lata que bailan solos.

En una de las tiendas están abriendo los bultos de zarazas moradas, las cajas de agua de Florida, las de frascos de higos y frutas borrachas, las cargas en que vienen las telas de raso y de seda blanca con bordados finísimos, los pañuelos de Holanda, los zapatos de raso, los cascabeles y lentejuelas; en otra están recibiendo los sacos con sal de mar, las petacas con carne bajera, las cajitas largas de pino con velas de sebo de Cuba, los enormes quesos de las sabanas de Corozal; y en el Estanco, que también es de D. Manuel, están desempacando los vinos de Oporto de coronita en la tarjeta, los de Madera legítimos, el anisado de coco, la cerveza Bass y las botellas de *rosaleo* de diferentes colores.

En la tienda principal están D. Manuel, D^a. Elena y sus hijos viendo abrir los bultos y cajas. D^a. Elena no se fijaba a veces en lo que estaban sacando y se quedaba viendo a sus hijos con aquellos ojos serenos y azules, que revelaban un mundo de afectos, hacia esos pedazos de su corazón. Pero se notaba en todos los semblantes la embriaguez especialísima que producen los olores de los encerrados, del aserrín y de la paja de basto, que unidos se esparcen por la tienda en los días en que se abre un negocio. El comerciante goza con el olor de las mercancías que desempaca como el periodista con el primer ejemplar de su diario que sale de la prensa.

Y al acabar de abrir las mercancías, D. Manuel acariciaba a Entendeme, un hermoso terranova de la casa y le colgaba al cuello una cajita con pañuelos de seda y peinillas de carey diciéndole:

—Mira, llévale a mi madre. —Y el perro salía a paso largo hasta llegar a la casa de D^a. Juana.

D^a. Elena había resultado toda una mujer. Fue ella la que despertó las energías ocultas de su marido y la que lo empujó al comercio. Siempre seria, honorable y buena, hizo de su casa un centro de trabajo y de respetabilidad. Pasó por los dolorosos percances del matrimonio sin histerismos ridículos ni sensiblerías vulgares. Si a Magangué tenía que ir D. Manuel, ella se encargaba de los negocios y nada le importaba duplicar sus deberes de madre y de esposa. Ni una queja por el trabajo abrumador, ni exigencia alguna salió de sus labios nunca. Era una mujer de esas que hay en Antioquia en donde el matrimonio es una cosa sagrada y en donde las mujeres viven dando ejemplo de laboriosidad incansable y están apegadas siempre a los cuidados excesivos de la crianza de los hijos y al progreso de la hacienda.

Andaban siempre limpios los hijos de D^a. Elena y su casa brillaba como un espejo. Sus relaciones eran pocas y casi nunca se la vio en la calle. Con la suegra vivió a respetable distancia y evitó todo encuentro enojoso con ella, pero las corrientes de familia se mantenían vivas por medio de sus hijos, a quienes enseñó los deberes que tenían para con la abuela, y ésta que sin duda no hallaba nada censurable en su nuera, la respetó siempre, y una y otra, sin invadir jurisdicciones ajenas, vivieron tranquilas, y ambas cuidaron por la educación y la buena fama de los hijos de D. Manuel Jácome.



XIII. Liberato en El Bagre

Poco tiempo después de estar Liberato en El Bagre, era ya el minero principal. Habíase vuelto caratoso y era alto y robusto. En la mina de oro corrido manejaba siempre la barra más grande y era excepcional en el manejo de los *cachos*. Si él no estaba al frente de la mina, todo iba mal, porque a los peones les hacía falta el ejemplo de ese gigante, ante cuyo empuje parecía como si se desmoronase por su cuenta todo el cerro que cubría el aluvi6n. Cuando aparecía una piedra grande de esas que dos hombres no mueven, el negro Liberato la cogía con las manos y la arrojaba por encima de la cabeza de sus compañeros, que se quedaban at6nitos porque nunca podían comprender c6mo era que un hombre solo fuera capaz de tanto. Era una fuerza bruta máxima, y por consiguiente dominadora como todas las fuerzas superiores.

Ni el calor, ni el sol ardiente, ni los insectos que llegaban a posarse sobre la piel del negro, hacían mella alguna en esa naturaleza. No era terreno apropiado para que los agentes exteriores pudieran divertirse con él. Cuando el mosquito llegaba a clavarse en su cuerpo apenas atravesaba una escama de la epidermis rugosa, y tenía que levantarse a buscar algo más apetitoso.

Qué clavo se llevaba también el zancudo, y qué risible era aquello de atreverse esos animalitos a picar al negro Liberato.

Cuando consigui6 ahorrar algo y sintió las corrientes oscuras y misteriosas que conducen al matrimonio, resolvi6 casarse con Rudesinda, una mulata bien parecida y rebelde –hasta entonces– a las tentaciones del enemigo malo.

La vida de Liberato era tranquila y Rudesinda era buena. Vivían en una casita cerca de la mina y como la tierra era fértil, había siempre abundancia de víveres en la troje.

A dos cuadras de la casa pasaba el río Bagre, uno de los más hermosos y ricos tributarios del Nechí. Se llegaba a las playas por entre una plantación de cacao, limpia y fresca, de mazorcas hiperbólicas y jugosas. En las orillas del río había una serie de suribios coposos y corpulentos, y de sus troncos había amarradas tres o cuatro canoas del negro Liberato y de algunos vecinos. Veíanse manadas de patos nadando en la orilla con la complacencia que da el dominio sobre cualquier elemento de la naturaleza. Esa natación apacible del pato en los remansos, en las aguas tranquilas y el instinto que lo aleja de la corriente, hace entrar el espíritu en serias cavilaciones sobre la torpeza humana que arrastra a los hombres a tristes aventuras superiores a sus fuerzas. El hombre es incapaz de medir el vigor de su brazo, y de aquí depende el desastre a que está casi continuamente expuesto en las primeras tentativas hacia la realización de un proyecto.

El individuo que contempla aquella regla fija a que está sujeto el esfuerzo del animal, el sabio instinto que lo libra del peligro, y la disciplina invariable que conservan los seres de especies inferiores, se sorprende de la inestabilidad de que está tocada la obra del hombre; se admira del desorden de las masas humanas, y no se explica ni las leyes absolutas, ni el afán por un estancamiento invariable en un mundo complejo como el nuestro, en que todos los puntos de vista cambian incesantemente.

El río es ancho y cristalino, y el lecho es visible hasta en los más ligeros detalles. Hermosa vista la de aquel fondo claro que deja ver hasta las más menudas piedras, la arena brillante de ese lecho y los seres que suben o bajan por instintiva graduación de densidades.

Allá viene una sabaleta robusta y dejativa que hace zigzags caprichosos con la cola y levanta los opérculos que tapan las agallas rosadas que contrastan con el color plateado del cuerpo. A su lado viene otra un poco más delgada, de movimientos vulgares, y de atropellos marcadamente masculinos. Atrás otras parejas más o menos satisfechas, más o menos flacas y desmedradas; y de cuando en cuando pasan unos tipos solos interrumpiendo las marchas y cortando el agua en todas direcciones. Probablemente artistas, solterones, directores o maestros de ceremonias y quién sabe si víctimas de alguna decepción amorosa.

En la playa del frente hay cuatro o cinco caimanes pequeños, y por excepción, inofensivos, según lo atestiguan los peones. Lo cierto es que los chicos de ño

Demetrio, que viven en el otro lado, están buscando en esas mismas playas nidos de huevos de tortuga. Escarban aquí y allá y prorrumpen en gritos al dar con un nido de tres o cuatro docenas de esos huevos blanditos.

Es día de fiesta. Los peones llegan a bañarse y entre ellos viene el negro Liberato. Se desnudan y plum... al agua. El negro pasa a la otra orilla braceando, y en el pelo ensortijado de su cabeza apenas quedan unas pocas gotas de agua que parecen diamantes.

Mientras los peones se atreven apenas a llegar a la corriente, el negro vuelve a caer al río y se pierde por un largo rato, hasta volver a salir al otro lado, cerca de uno de los suribios por donde están subiendo y bajando las iguanas.

El calor es excesivo y las aguas del río están ligeramente tibias. Los peones continúan bañándose en puntos sin peligro, y el negro se lanza a la corriente y vuelto de espaldas se deja llevar por ella, haciendo apenas con los brazos ligeros movimientos. Se vuelve luego contra la corriente y atropellándola con fuerza y habilidad pasmosas, llega hasta el lugar en que sus compañeros quietos y con el agua al cuello gozan apaciblemente de las dulzuras de ese enervante y salvaje *tepidario*.

Cuando la *barredura* era buena y Liberato recibía el oro que le tocaba –porque ya Manuelito le había regalado la mitad de ella– entonces mandaba a hacer gargantillas, zarcillos y prendedores muy grandes para Rudesinda, y la barra de oro para el Santo Cristo de Zaragoza. Y a su casa, pajiza, de paredes de macana rajada, convidaba a bailar a los vecinos.

Es de tarde y van llegando las parejas. Las hijas de Pacho Bravo, las de ño Demetrio, las de ño Anselmo, y la mentada Luisa Palacio entre las principales. Mozas altas, delgadas y pálidas, elegantes y cimbradoras, vestidas con telas de abajo que no destiñen, y cargadas de alhajas macizas de oro amarillo, que ellas mismas han sacado a orillas del río Bagre. Hay otras de segundo orden, que como vecinas han sido también convidadas, que representan la raza africana pura, rebelde al cruzamiento con los *brancos*, por ser estos hombres y mujeres sin *calóo* ninguno y gente muy *desabría*, como dice la negra Rafaela. Esta, como sus compañeras, es una negrita retinta, de dientes muy blancos, y de curvas muy pronunciadas, a quien le hace la corte el hijo de ño Gregorio, que es ya su *prometío par tiempo é pajcua floría*.

Mientras el baile comienza andan en coloquios y a solas Carmen y Juancho, un par de seres felices que piensan también casarse. La pasión amorosa de éstos

—un poco cruzados ya— y que tienen bastante sangre blanca en sus venas es de carácter poco impetuoso en lo externo. Él la respeta y la quiere del modo más suave y cristiano que puede permitirlo ese clima ardiente, en donde viven “los afortunados poseedores de esa fecunda zona”, y ella piensa en el paraíso en que vivirá mañana cuando sea ya la mujer de Juancho. Caminando insensiblemente, y sin darse cuenta del tiempo ni de la distancia, han ido hasta las orillas del río que limitan los corpulentos higueros y suribios.

El ambiente es tibio, la atmósfera serena y la naturaleza va aquietándose suavemente. Apenas se percibe el ruido ligero de los insectos que vuelan en el aire, el de la brisa que va haciendo caer las hojas amarillas y sin vida que vuelven a la madre tierra. Los últimos rayos del sol penetran por entre el hermoso ramaje del árbol contra el cual está recostado Juancho, dando la espalda al río, y frente a Carmen que lo mira de una manera melancólica, como son siempre las horas postreras del día y de las entrevistas amorosas. Horas de ansias secretas e indecibles y en las que vamos caminando sin saber a dónde como los puntos suspensivos...

Y de aquel arrobamiento no hubieran salido Juancho y Carmen si no hubieran oído el *guache* que sonaba ya en la casa de Liberato, y que era anuncio de que el baile había comenzado.

Entran todos a la sala, y la alegría anda regada por todos esos semblantes diversos. Ño Marcos tiene la vihuela alazana en la mano. Brígido toca el tambor y un negrito de la vecindad hace sonar el *guache*, agitándolo con movimientos semejantes a los que el minero imprime a la batea en busca de la pinta del oro codiciado. Resulta de todo esto un ruido monótono, pero acompasado, al cual corresponden los movimientos corporales de las parejas. No se permite hablar en el puesto. Los hijos de esa comarca bailan por bailar, como los que en literatura sostienen el principio del arte por el arte, pero de cuando en cuando alguno de esos inocentes que no puede contener el placer que le produce el haber dado una media vuelta elegante, grita con entusiasmo loco: “Viva el gusto!”. Y el eco de esa frase que va a perderse a lo lejos y a turbar quizá la tranquilidad de otro mundo animal que se prepara en el silencio de la montaña, para un nuevo sol y un nuevo afán, va redoblando el humor entre los compañeros y a poco aquello se convierte en un estremecimiento nervioso, en un delirio muscular, que hacen de aquel grupo una masa humana palpitante y loca.

Y ese entusiasmo febril no se interrumpe sino a cortos intervalos dedicados al aguardiente que sostiene las fuerzas, hasta que canta el gallo y se despiertan los pájaros.

“¡Arriba Liberato!”, gritan los músicos. Es la hora de finalizar el baile, y el negro Liberato saca a bailar vueltas a una de las más listas y apetecidas de las muchachas.

Y ya los dos en el puesto, los músicos comienzan a tocar el Gallinazo, y a cantar la conocida copla:

Gallinacito vení, vení
por este muchacho que tengo aquí.

Y al son de esta música y de este canto, zapatea Liberato con cierto aire de superioridad medio pedantesco, y la chica hace primores de saques y balanceos que le valen muchos aplausos. Pero los viejos que están en el baile sin atreverse a negar que la mulatica lo hace muy bien, creen sin embargo que para bailar vueltas no había como la difunta Chepa Solís.

Las camisas *tolinches* de hembras y varones, han perdido ya la tiesura que les diera el almidón de yuca, y cansados ya los cuerpos y muertas todas las energías animales, las madres recogen las hijas y parten.

Juancho acompaña a Carmen hasta el otro lado del río en la canoa de Liberato, y alzándose ella el traje con el chumbe de lana amarilla y azul, para entrar a la trocha que conduce a la casa, le alarga la mano a Juancho, que éste estrecha con gozo inefable y acercando mutuamente las caras, se oye un ruido ligero que queda vibrando dentro del pecho de los amantes. Entró a la trocha la madre de Carmen y detrás siguió ésta, después de despedirse de Juancho, y éste, de pie, pero sintiéndose en el aire, le clava los ojos por la espalda a su amada y la sigue besando de lejos.

El hijo de ño Gregorio y la negra Rafaela, se despiden a gritos y empujones y en frases brutales de grosería ingenua.



XIV. Juancho y Carmen

Después de una Semana Santa que pasaron los bagreños en Remedios, salió Liberato para su mina con el gran ramo bendito al hombro, el cual debía servirle para espantar las tempestades allá en lo hondo de la montaña; y Juancho y Carmen se quedaron en el pueblo en preparativos de matrimonio. Advirtióles el Sr. Cura la obligación de estudiar la Doctrina Cristiana y la necesidad de estar suficientemente preparados para hacer una buena confesión, y viendo que él era el único que podía encarrilarlos en estas grandezas de que ellos no tenían noticias bien precisas, dio comienzo a la enseñanza. Primero los Mandamientos de la Ley de Dios, luego los de la Santa Madre Iglesia, y en seguida los Pecados Capitales y los Sacramentos. Esto llenaba la primera parte del programa, y hasta aquí las cosas andaban admirablemente porque los discípulos dieron muestras muy marcadas de aplicación y de buen sentido. Pero cuando el Padre entró a enseñarles los Artículos de la Fe, los Dones y Frutos del Espíritu Santo y las Bienaventuranzas, los pobres no pudieron ya más, y la confusión más espantosa penetró en aquellos cerebros vírgenes, incapaces de asimilarse de un golpe la doctrina de Jesucristo. No estando suficientemente fija en la memoria la primera enseñanza, los Artículos desalojaron –en parte– a los Mandamientos, los Frutos a los Pecados Capitales, y de estos asaltos y rechazos resultó un maridaje curiosísimo en que los Mandamientos y los Pecados Capitales se paseaban de brazo, viviendo bajo un mismo techo y haciendo vida de casados sin serlo; y allá lejos, en las obscuridades del recuerdo rebelde, flotaban las nieblas de las cosas indecisas con claridades instantáneas, en que unas veces los pobres novios alcanzaban medio a percibir la cola de los Artículos, que desaparecía al instante

para ser reemplazada con la cabeza de los Sacramentos, que también se perdía rápidamente, sin dar tiempo a que Juancho y Carmen pudieran asegurarlos de la pata que era lo que andaban buscando (el séptimo, matrimonio).

Y viendo el Sacerdote que esto era malo, resolvió concretarse a la enseñanza y explicación de las cinco obligaciones esenciales para hacer una confesión dignamente.

Varias tardes estuvo el Cura ocupado en estos asuntos hasta que comprendió que aquellos seres eran unos hijos de Dios, libres de esos pecados de espíritu que predominan en los civilizados y que viven del refinamiento de la malicia y de otras yerbas no menos venenosas. Díjoles, entonces, que arreglaran todo para casarse, y para recibir a N. S. Jesucristo juntamente.

Cuando llegó la hora de la confesión Carmen estaba más pálida que de costumbre y parecía muy preocupada. Juancho estuvo pocos momentos en el confesonario, y la mano del Sacerdote se alzó por encima de la cabeza del penitente en menos de un cuarto de hora. Tocóle el turno a Carmen y comenzó a confesarse temblando y con un nudo en la garganta. A poco se detuvo y principió a hacer rayitas con la uña del dedo pulgar cerca de la reja.

—Qué más —dijo el Padre.

La muchacha continuó callada.

—¿No tiene Ud. más pecados?

—Sí, Padre, vea, es que yo... allá... Ud. sabe, en El Bagre... la gente... yo no me atrevo a decirle... —y continuaba arañando el confesonario.

—Pero diga, hija, Dios es misericordioso, todos somos malos.

—Vea, Padre, yo no sabía que eso fuera pecado, pero ña Máxima me dijo que me acusara.

—Pero acúsese, pues —dijo el Sacerdote ya impacientándose.

—Es, Padre, que yo... he bailado muchas veces.

—¿Sí? ¿Y qué ha bailado? ¿Ha bailado valse?

—Sí, Padre.

—Ah bueno que es valse ¿no?

—¿Y qué más ha bailado? ¿Ha bailado polca?

—Sí, Padre.

—Ah bueno que es polca ¿no?

—¿Y qué más ha bailado? ¿Ha bailado vueltas?

—Sí, Padre.

—Ah maluco que son vueltas ¿no?

—Pida perdón a Dios de sus culpas, rece Ud. una salve a la Virgen y diga: “Señor mío Jesucristo...”.

Y Carmen confundida, y llena de arrepentimiento, y sin darse cuenta de si lo que le decía el Padre era una sátira o una aprobación implícita de aquel “lazo de unión de la música y de la gimnástica”, elevó su alma sencilla a Dios y rezó —a su modo— sin libro ni flores de retórica.

Poco tiempo después del matrimonio vivían Juancho y Carmen en una casita limpia, a orillas del río Bagre, y a poca distancia de la de Liberato.

Trabajaba él la tierra en verano y la mina de oro corrido en invierno; y ella, mujer ya de casa propia, vivía entregada a los cuidados sencillos de adelantar las crías de gallinas y de patos y de una pareja de pavos, regalo de sus padres. Era todavía la época del hogar silencioso y sin llanto de niños, no obstante que los futuros compadres ya estaban vistos y hablados. Esas dos existencias sencillas, sin complicaciones enojosas, y sin mayores responsabilidades, llevaban la vida más tranquila y envidiable. Mientras él trabajaba, ella ponía limpios los suelos de la salita y de la cocina, preparaba la frugal comida, y buscaba los nidos de esas gallinas, generalmente copetonas, que esconden los frutos de sus entrañas en fuerza, sin duda, de algún pudor hondo y animal, que se escapa al análisis.

Siempre había una sorpresa para Juancho al regresar a la casa. Se entretenía Carmen en referirle los incidentes todos de cómo había dado con el nido de la gallina saraviada, del hallazgo de la pata pintada, con doce paticos amarillos, nadando en el charco de las Nutrias, y del par de culebras que se había encontrado cuando iba por agua y que silbaban delgadito como si fueran gente.

—Cosa fea esta, Juancho —decía Carmen—. Me dio un susto espantoso al ver cómo esos animales sacaban la lengua. Eran dos mapanás verrugosas y del mismo porte de la que mató al hijo de ña Petrona.

—Cuando las culebras silban y están juntas no pican, Carmen. La culebra brava está sola siempre. Aun cuando te hubieras acercado, no te habían hecho nada.

—Cosa más rara —dijo Carmen—, y se quedó pensativa...

Los domingos, y cuando el tiempo era bueno, venían de visita los padres de Carmen. Dos viejos formales, trabajadores y honradotes, querendones de la familia y especialmente adictos a la muchacha, cuyo matrimonio “les quebró un hueso”, como decía la madre. Mucho sentimiento habían tenido con la

separación de Carmen, pero más preocupados y tristes los tenía el próximo enlace de un hijo varón con Jacinta Palomino; “porque, en fin –decía la anciana mulata–, las hijas si les toca mala suerte qué se hace, aguantar calladas, y eso no es vergonzoso; pero si un hijo de uno no se *manija* bien con la mujer que Dios le dio, y le da mala vida, la vergüenza es para los padres del muchacho”.

Solía acompañar a los padres de Carmen ño Pedro, padrino de la muchacha, oriundo de Simití y muy querido en la casa.

Juancho recibe a los huéspedes con respeto y cariño, y mientras la madre y la hija entran en conversaciones íntimas en que los consejos y las advertencias abundan por parte de la anciana, el viejo, ño Pedro y Juancho se van a pescar doradas –pez sagrado de cuyo vientre sacó san Pedro la moneda para pagar el tributo del César– con las cuales irá a aderezarse en gran parte el manjar clásico de los habitantes de esa tierra, y que lleva el nombre curiosísimo de viuda.

Contóles Juancho en el camino el susto de Carmen con las dos culebras que se había encontrado juntas, y al oír esto ño Pedro que era el curandero de la comarca, se volvió a Juancho y le dijo:

—Hombre ¿y qué le dijijte?

—Pues que las culebras cuando estaban juntas no picaban.

—Mira, Juancho: tú tienej er ombligo sin sanáa. Laj culebraj juntaj si ejtan arrimáa y quietaj no pican, pero si ejtan cogíaj der cuerpo y dan rejoy con la cola, ¡santo Crijto e Zaragoza! Corre Juancho, porque si te pican qué contra ni qué náa. La mujée se sarva si se tira de esparda a la quebráa ó ar río y no hay pa qué explicáa máa.

—¿Y las culebras pelean, ño Pedro?

—Hombre, pregúntale a mi compae.

—L’otroría en la mina se agarraron doo que ni gallo, y la marditaj levantaban la mitáa er cuerpo, y se rejaban iii... y se abrazaban, y no se oía máa que pri, práa, pri, práa, práa... práa... dando con la cola en er suelo. La culebraj son qui ni el hombre y la mujée. Y er que quiera vée lo que la jembra cuira lo hijo, tírele con una piedra a la mae cuando ejté con la criatura y verá cómo se la traga, pa ejca pa er gorpe.

Y al decir esto ño Pedro, gritó el padre de Carmen, que iba adelante: “¡Cuenta! ¡Una mapaná de uña!”.

—No le tire, compae –gritó ño Pedro, y acercándose al lugar donde se hallaba la culebra, se quedó mirándola, sacó del carriel de vaqueta –ya negro y tieso

por la intemperie— unas hojas que restregó rápidamente en las manos, levantó la derecha sobre la cabeza del animal y comenzó a hacerle pases a un lado y a otro. La culebra con casi medio cuerpo levantado iba agachándose cuando la mano de ño Pedro pasaba por encima, y a poco de repetirse la maniobra, no pudo ya levantar el cuerpo ni mostrar los colmillos con que intentó defenderse. Acercóse más el curandero, la cogió de la mitad y volvió a soltarla diciendo: “¡Ah mardita! ti aj comió un animáa”; y sin más ni más sacó el cuchillo, cortóle la cabeza y al abrirle el vientre con la misma arma, saltó un sapo, y fue a caer entre las piernas de Juancho e hizo saltar a éste tres veces gritando “¡mamá!”. Y el infeliz batracio, al verse libre se escurrió como pudo, y Juancho repuesto ya del susto se rio también con sus compañeros del curioso percance, no sin dejar de preocuparlo demasiado la brujería de ño Pedro; porque el que una culebra se trague un sapo, él también lo ha visto; pero el que ño Pedro supiera que estaba vivo era cosa incomprendible. Entonces lo asaltó el recuerdo de una de las enseñanzas del Sr. Cura en que le recomendaba no creer en agüeros y cosas supersticiosas, y aunque le dieron deseos casi irresistibles de preguntarle algo al curandero sobre el asunto, se contuvo, y quedándose un poco atrás, se santiguó devotamente. Y sin querer creer en agüeros, por ser esto pecado, Juancho siguió creyendo que ño Pedro estaba ayudao del enemigo malo. Y llegados al río, arrojaron la red al agua y sacaron la mar de sabaletas y doradas, las cuales abiertas y saladas incontinenti, fueron llevadas en sartas a la casa.

Es hora de poner el perol y de pelar las yucas. Carmen echa un poco de agua en la vasija y le agrega su poco de sal y de cebollas; pone unos palitos cruzados y de pared a pared del perol, encima del agua, y coloca sobre ellos unas rajadas de yuca; y luego tajadas de carne, encima de ésta más yucas, y en seguida el pescado, y así por capas sucesivas, de una y otra cosa, hasta llegar a la boca de la vasija, la cual se tapa con hojas de plátano; y puesta a fuego lento, resulta a poco rato una comida deliciosa que va a servirse al aire libre, en el patio y debajo de un aguacate frondoso.

¡Y qué comida aquélla! Al destapar el perol salen vapores aromáticos que penetrando por las narices, despiertan las sensaciones más apetitosas. Las rajadas de yuca blandas y almidonosas, penetradas del sabor de la carne curada, se ven tendidas en anchas y frescas hojas de plátano; a su lado la dorada grande y robusta, delicadísima y provocativa; más allá la carne bajera introducida por Zaragoza, de sabor delicioso y picante que vuelve la boca agua; y aquel

queso de las sabanas, duro y fortificante, con ojos llenos de líquido espeso y globulillos visibles de aceite; más allá la arepa de chόcolo, caliente, de cάscara ligeramente tostada y amarillosa, suave y tierna, que va a dejarse mascar, sin las resistencias –casi invencibles– de los panes franceses; y el chocolate de harina con pimienta que estimula las funciones digestivas; y por ultiimo, los plátanos hartones, cuidadosamente asados, grandes, amarillos y tan blanditos que ceden a la más ligera presión de los dedos, completan aquella comida campestre que despierta el ánimo y eleva los corazones sin necesidad de estimulantes exóticos.

Y mientras ellos comen y conversan, anda el robusto y pretencioso gallo recogiendo con el pico los pabilos de yuca que corre a ofrecer a las pobres y tímidas gallinas, con todas las manifestaciones estrepitosas de los reclamos vulgares y con el aire pedantesco de las superioridades ocasionales.

Y en ese concierto humano y animal sobresalen las notas guturales y profundas que lanza al aire el pavo que marcha lenta y orgullosamente por el patio, con la cola desplegada en hermoso abanico, el cuerpo recogido y crespo, la cabeza erguida, y la cresta roja a donde se ha agolpado la sangre por un fenómeno complejo y profundamente sugestivo.

La charla franca y sazónada de los viejos, y el aire satisfecho y alegre de los mozos, agregan al cuadro los tintes subidos de una felicidad selvática y exuberante, como la misma naturaleza que los nutre. Carmen se ha vuelto más hermosa que lo que era antes. Ahora sobresalen los contornos elegantes que toman nacimiento en la cintura, y el busto ostenta ya en perfecto desarrollo las colinas sagradas en donde hallarán calor y vida los futuros seres pobladores de esas selvas.



XV. Días oscuros

I

Era una noche de verano, noche serena y clara, noche de idilio en que la luna subía lentamente por el cielo estrellado. D^a. Elena estaba en uno de los corredores de su casa, rezando el rosario con sus hijos y la negra Rita. Tenía ésta en su regazo, ya dormida, a la niña Rosaura, la hija única de D. Manuel y la menor de la familia. Enrique y Pedro se cabeceaban en los asientos, y D^a. Elena iba ya en el cuarto misterio cuando se oyó a lo lejos la palabra “¡fuego!” en grito tembloroso. Salieron a la calle y ya las llamas del incendio iluminaban con fulgor siniestro los rostros de los alarmados habitantes del pueblo. El fuego estaba encima, y ya las chispas y llamas de la vecina casa caían sobre el techo del Estanco que era de paja como casi todas las casas de Remedios. D. Manuel, que estaba visitando a su madre llegó corriendo en busca de su mujer y de sus hijos, y salió con ellos en demanda de refugio, y cuando los dejó en lugar seguro, voló de nuevo al sitio del incendio; pero a su regreso ya todas las casas de la plaza habían desaparecido. Las familias aterradas huían en todas direcciones. Los niños lloraban a gritos. Las lenguas de fuego se elevaban en el aire y se doblaban sobre los techos vecinos; traqueaban las armazones de madera, y caían las vigas produciendo un estrépito espantoso. No era posible detener la furia de ese elemento destructor, y aunque a trechos se colocaban los más valerosos a derribar a golpes de hacha y de machete algún techo, para ver cortar el incendio, los arropaban las llamas que surgían y todo esfuerzo era inútil. Estallaron las pipas de aguardiente, tembló la tierra, y el terror se apoderó de todos. Allí explosiones que parecían descargas de cañón; aquí el estrépito del techo que se

iba al suelo; se oía el traquido de la paja seca que devoraba el fuego, y en todos los semblantes se notaba el aire del espanto, de la confusión, de la locura misma. La población se convirtió en pavesas casi por completo, y a la luz mortecina de las últimas llamas, se alcanzaban a ver los grupos de mujeres y de niños sobre una de las colinas desmontadas que dominan el pueblo.

La luna, impasible y fría, siguió subiendo. El viento llevaba por el aire las postreras chispas del incendio, y de cuando en cuando se percibía el ruido de algo que reventaba en los escombros, como los disparos dispersos que se siguen oyendo después de una batalla. Desde la colina de los Ahorcados había presenciado D^a. Elena aquel espectáculo espantoso, con un valor admirable. A su lado estaban sus comadres y amigas Amalia Palacín y Teresa Carrillo, esposas de Luis Arenales y Pacho Quintero. Mientras ellas lloraban y se entregaban a la desesperación, a D^a. Elena no se le oían decir sino las grandes y consoladoras palabras del Padrenuestro: “Hágase, Señor, tu voluntad”.

—Comadre Amalia —decía D^a. Elena—, no se desespere. Mañana nos iremos para La Vega con los muchachos. Allá no les faltará nada.

—¡Ay! por Dios —decía D^a. Amalia—, pero mi marido en Zaragoza, ¡qué hago yo!

—Pues en peor situación se halla el mío que está en medio del incendio —contestaba D^a. Elena.

—¡Ay! y el mío —decía la Carrillo.

—¡Y el mío!

—¡Y el mío!

Y así iban diciendo las otras que estaban presentes.

Llegaron D. Manuel Jácome y Pacho Quintero a buscar a sus esposas e hijos.

—Nos hemos arruinado —dijo D. Manuel—, abrazando a los suyos. Todos los almacenes quedaron en cenizas. No pude sacar las cajas en donde estaban el oro y la plata, pero allá dejé cuidando eso hasta ver qué se puede salvar.

—No importa —contestó D^a. Elena—. Nos quedan las minas de El Bagre y la finca, y verás cómo conseguimos dinero de nuevo.

Y a la mañana del día siguiente iban camino de La Vega D^a. Elena y su comadre. Todos a pie, excepto Rosaura que iba a espaldas de su “mama Rita”, como llamaban los hijos de D. Manuel a la fiel y bondadosa madre de Liberato. Los muchachos que no comprendían el alcance de la desgracia de que habían sido víctimas saltaban de contentos porque iban para la finca. Las señoras

subían penosamente las cuestas, se hundían en los barrizales hasta la rodilla, y respiraban a todo pulmón al coronar las colinas; y aunque tenían hambre y les faltaban las fuerzas a veces, seguían de nuevo su camino, con toda la resignación de las almas fuertes que vencen el obstáculo.

Rosaura que se había dormido, despertó pidiendo su desayuno y comenzó a llorar.

—Ya vamos a llegar, mi hijita, no llore, vea, en esto vemos la casa. Vamos a comer gallina y a Ud. le toca la molleja. ¡Qué tan bueno!

Pero a la pobre negra, a pesar de estas reflexiones y consuelos se le volvían los ojos unos pozos de lágrimas. Ella que había sido siempre sensible y buena, que había sido esclava resignada y humilde; que había seguido viviendo con los amos después de la libertad; que aceptó sin protestas el destino que le tocó en suerte; que hacía de su condición un deber, y de su carga un orgullo, no pudo conformarse con que la niña Rosaura tuviera hambre, y acabó por sentarse a llorar y puso en su regazo a la niña.

Y ésta al ver a su “mama Rita” llorando, se quedó callada, quieta, sorprendida y con las últimas lágrimas pegadas todavía de los párpados y con los ojos muy abiertos, dijo:

—¡Eh! mi mama llorando... ¿Por qué llora, mama?

—No, mi hijita —dijo la criada. Yo no lloro, duérmase.

Y con el dorso de la mano rugosa se limpió la noble negra las lágrimas de su rostro.

Y a poco la niña fue dejando caer sus grandes y pigmentados párpados, y se quedó dormidita. Se levantó Rita y partió con la chica, y haciendo propia la desgracia de la familia, fue acentuándose de tal suerte la tristeza en su rostro, que cuando la alcanzó su señora, ésta notó al momento la pena y el dolor de su vieja y querida sirvienta.

—No te aflijas, Rita. Dios dará para todo.

—¡Ay! mi señora —contestó la criada—, lo que más siento es esta pobre muchachita, que se la van a comer los moscos en ese monte de La Vega. Cogernos a todos con lo encapillao, y no quedar ni con qué comer, después de todo lo que ha trabajao su mercé.

—Volveremos a trabajar. Verás que todo tiene remedio. Tú que me has acompañado, que me has criado mis muchachos, que me has servido tanto, y has soportado tantas penas, ¿te vas a echar a morir ahora y a dejarme sola?

—No, mi señora. Yo no la abandonaré jamás a su mercé ni a los niños. Aquí voy pensando en ponerme a hacer velas y jabón, para que vendamos. Pero, ¿qué hará el niño Carlitos en Medellín, cuando sepa que ya está pobre? Vea que perderse todo lo trabajao...

Al fin llegaron al alto de donde se divisaba la finca y alcanzaron a ver la casa, con su patio lleno de algodoneros en flor, de clavellinos, de estromelias y de frescas y verdes matas de iraca. Al frente, el hermoso valle de grama menudita, de color verde claro y brillante, en puntos a donde el sol enviaba sus rayos vivísimos, verde oscuro en otros, cubiertos por las copas de los hobos dispersos, a cuya sombra estaban tendidas las vacas, remascando la yerba perezosamente. El río Otú atravesaba el valle, ligeramente encajonado, a veces, y otras extendido a sus anchas, formando playones de arena reluciente colmados de mariposas amarillas y azules. A la izquierda, los cañadulzales que de la vega iban ascendiendo hacia los flancos de la cordillera hasta limitar con el monte secular y robusto; y la ramada de la máquina, y los copos de humo que del horno salían, para perderse en las alturas de aquel cielo limpio; a la derecha, los platanales por donde corría una quebrada cristalina llena de almojarras y de sardinas; allá lejos los cañeros y las matas de maíz en cuyas espigas y hojas flexibles cantan los pájaros que persiguen la mazorca tierna, dulce y sabrosa.

Los muchachos corrieron por la falda locos de contento y a poco ya estaban subidos en los guayabos de la manga, matando el hambre. La alegría se dibujó en todos los semblantes, y minutos después se refrescaban en los corredores de la casa.

D. Manuel llegó por la tarde con la noticia de que sólo se habían escapado unas libras de oro que encontraron fundidas en las ruinas.

—Es todo lo que nos ha quedado —le dijo a D^a. Elena con un aire de tristeza profunda.

—No importa —contestó la señora.

Nada teníamos cuando nos casamos. Quiere decir que volvemos a trabajar, y ahora con más ahínco que nunca.

—Pero es que no recuerdas que además de lo que teníamos hemos perdido muchas mercancías ajenas. Quedamos debiendo por lo menos \$40.000. Y lo que nos queda no asciende a \$10.000.

—Pues sobre lo que nos queda haremos esos \$40.000 que quedamos debiendo y más, mucho más —dijo D^a. Elena—. Aquí viviremos humildemente y

sin grandes gastos. Economizaremos mucho y la finca nos sacará de apuros. No hay que desconfiar, no hay por qué entristecerse. Allá verás.

Y así fue. D^a. Elena y la negra Rita hicieron proezas. Utilizaron la leche de las vacas y se dieron a hacer quesitos; recogían los huevos de las gallinas que antes se perdían por descuido; hicieron huertas grandísimas de cebollas y repollos. Y de todas estas cosas enviaban a vender al pueblo y hacían un dineral. Ellas desgranaban maíz, envolvían las libras de dulce en las suaves y secas hojas de plátano; hacían ropa y tabacos para vender a los peones. Hoy hacían velas y al día siguiente iban a dar los chicharrones de sebo a grandes peroles para hacer jabón de la tierra.

La que tenía los más lujosos trajes de seda y de raso, la que vivía en medio de las comodidades que proporciona la riqueza, estaba ahora vestida humildemente, y andaba descalza; pero no se abatió ni un día, ni un segundo. Al contrario, vivía contenta, alentando a su marido, llena de fe en Dios.

D. Manuel descalzo, de pantalones de manta, camisa de listados y sombrero de caña, atendía a las molindas de dulce, a la cogida de las rozas, a la recolección de los racimos de plátanos, a los desmontes, y administraba la finca con extraordinario acierto.

¡Época inolvidable fue aquélla para los hijos de D. Manuel! En los días de molienda estaban en la ramada entretenidos en estirar *conejo* y rodeando la batea en que ño Marcos batía la miel espesa, espumosa, color de canela, que se iba solidificando a golpes de batidor hasta que se convertía en masa blanda y arenosa, que de a libras, medidas en un coco negro, iban colocando después en unas tablas por encima de las cuales volaban las abejas que en pelotones, zumbaban por todos los ámbitos de la ramada. Unas, hermosas de color encendido, salpicadas de manchas de oro y cubiertas de rutilantes escamas; otras, del color de la tierra que escupe la reseca boca del sediento caminante cubierto de polvo, como las que pintó Virgilio en las *Geórgicas*. Otras veces se entretenían en ver girar la máquina y se asomaban al profundo cárcamo; bebían guarapo a escondidas, con zumo de naranjas agrias que llevaban ocultas en los bolsillos; rondaban el horno y observaban desde el primero de los fondos que recibe el guarapo fresco sacado del pozuelo, hasta el último en donde ya hierve la miel descachazada y pura y que hace burbujas grandes y pequeñas que revientan casi sin ruido en la superficie de ese líquido espeso que va a estar de punto.

Ya viene la anhelada hora de los blanquios con pedacitos de canela o corozos por dentro. De los fondos sacan las yucas caladas, rubias y deliciosas. Los peones se echan a la boca bolitas de dulce blando y caliente, o en totuma de fondo amarillo, beben de la miel limpia y espesa adicionada de pedazos de queso. Para todos es la ramada un lugar atractivo, y aun pasada la molienda, queda la impresión viva del olor penetrante del dulce caliente, y de los vapores despedidos por los fondos, el olor de los bagazales tostados por el sol, y el de la cachaza que se fermenta; y sigue oyéndose hasta el traquido triste y casi humano de las cañas al pasar por las mazas del trapiche.

Al pie de un suribio que lleva en sus ramas palos atravesados y llenos de lodo, restos de la creciente pasada, están los muchachos desnudándose para tirarse al río. El pozo es hondo, pero ellos saben pasarlo nadando. ¡Plum!... al agua, y Enrique se pierde de vista un rato para repuntar en la orilla opuesta sacudiendo el cuerpo y saltando en un pie para sacarse el agua de los oídos.

—Tírense, si son gallos —les dice Enrique, a su hermano Pedro y a Simón Arenales.

—¡Valiente gracia! Vea... ¡Plum!...

Y al charco caen los compañeros, y cortan el agua en pocos momentos.

—¿A que no se lo pasan a nadaito e perro?

—Páselo Ud. primero.

Y Enrique atraviesa el charco nadando como el mismo terranova Entendeme, con quien andan siempre.

Desnudos se suben a los guayabos blancos y se dan a comer de aquellos frutos de pulpa agradable. Vuelven al río y en sus aguas pasan horas enteras. Nadan de espaldas, se zambullen o salen a la playa a recoger pedrezuelas que lanzan sobre la superficie de las aguas para hacer panecitos.

Los domingos los deja ir D. Manuel con ño Marcos que acostumbra ir al monte a cacería de pavas y de torcaces. Bosques seculares y hermosos los de La Vega. Tan altos los árboles “que no hay saeta disparada que pueda alcanzar a su cima”. El suelo cubierto de hojas secas, los troncos separados como pilastras de vastísimo templo. Los espacios claros, y libres de enojosas malezas y de arbustos ridículos. Se siente allí la impresión que en el alma producen las cosas solemnes y graves de la naturaleza. Ahí están los corpulentos zapatillos, el umbroso amamor de pinta variadísima, el duro roble, los cedros de troncos rugosos, los guayacanes de flores amarillas, el copudo y florecido arizá, a cuyos pies están regadas las

flores de rojos y finísimos hilos, el oloroso caraño que penetra el ambiente con el olor fuerte de su resina codiciada; los perillos que dejan salir a borbotones de sus cortezas rojas la leche astringente y dulce; los sirpes cargados de racimos de uvas negras succulentas y ricas; los troncos lisos de los guayabos de monte, y el poroso estoraque de madera olorosa.

El cazador busca los chupaderos, en cuyas orillas de lodo consistente se ven las huellas del casco de la danta y están grabadas las patas de las aves. Se oye el canto de las pavas sobre las copas de los árboles y el grito monótono del paují, que está allá con la cabeza tendida, coronada de plumas crespas, sedosas y negras y sus alas hermosas de color negro mate, de reflejos violáceos. La ardilla, de ojos llenos de fuego, diligente y astuta, asciende por los troncos esquivando la vista del cazador, y lleva levantada y en arco la espesa cola que termina en precioso penacho.

Y en el fondo del monte, al pie de los árboles hallaban los muchachos nidos formados de hojas secas con docenas de huevos azules y grandes. Vuelan de rama en rama los pájaros grises de corbata negra; los copetones que llevan sobre la cabeza plumitas erizadas de color carmesí; los que están teñidos de blanco color de nieve, y tienen el pico fino, afilado y rojo; los que tienen las alas de color negro intenso, y el vientre amarillo de oro; los de plumaje color de rosa; el azul turquí, de pico sutil y negro; los que tienen un dorso brillante como el acero, y las alas de un pardo purpúreo; los de la rabadilla de verde dorado y reflejos metálicos; los gallitos de monte, y los que llevan la cabeza y las alas negras, el pecho blanco y los pies amarillos.

Vuelven de tarde los muchachos con las pavas al hombro, y entran a la casa contando prodigios.

A la oración rezan el rosario en los corredores que dan a la manga, y ya de noche perciben los cocuyos que andan volando: y

Huyendo de la luz,
la luz llevando
siempre alumbrando
las mismas sombras
que buscando va.

Al cabo de un año de esta vida de los muchachos, y de trabajo rudo y tenaz por parte de D. Manuel, de su esposa y de la negra Rita, pudieron volver a vivir a Remedios. Con los productos de la finca, y con las remesas de oro que enviaba

Liberato, quedaron cubiertos todos los créditos, y volvió de nuevo la fortuna a tocar a las puertas de la casa de D. Manuel Jácome.

Poco duró, sin embargo, este alivio.

Una desgracia peor que los incendios cayó, no ya sobre un pueblo solo, sino también sobre la patria colombiana. La guerra general había estallado en toda la República; el comercio con la Costa vino a quedar interrumpido; las minas vinieron a menos por falta de trabajadores, y comenzaron a entrar y a salir de Remedios los sargentones de todos los partidos, que con el título de “jefes”, arruinaban con compartos a la familia de D. Manuel. D^a. Elena, previendo ya la ruina y estando ausente su marido, se resistió un día a pagar el compartó. Pues fueron los soldados a la casa y quebraron muebles, hicieron alarde de valor dando culatazos en las puertas, amenazaron con los cañones de los fusiles a la señora y se llevaron las mercancías y los efectos todos de la tienda.

—Bien puedan Uds. llevarse todo, pero no crean que a mí me intimidan con sus fusiles —decía la señora con la serenidad más grande.

Quiso uno de los soldados, que se había quedado solo en la sala, entrar al aposento.

—No sea Ud. atrevido —le dijo D^a. Elena, y levantó la mano y le dio en el rostro.

Rita creyendo que el soldado iba a disparar sobre la señora, se interpuso valerosamente, y el imbécil descargó su tornillo pedrero, sobre la cabeza de la noble negra y la arrojó al suelo bañada en sangre.

—Infame —le dijo D^a. Elena, y se le fue al cuello.

A los gritos entró a la sala un capitán con la espada desenvainada preguntando qué era.

—Pues que este cobarde quiso entrarse al aposento de mi casa —dijo D^a. Elena al soltar al soldado, a quien tenía cogido del cuello y con media lengua afuera.

O bien porque el capitán de esos forajidos se hubiera impresionado con la actitud valerosa de esa señora, o porque tuviera todavía algún resto de dignidad, el hecho fue que sacó al soldado de la sala, y volvió a la tienda a capitanear el pillaje.

Otras veces después de la llegada al pueblo de una partida de militares, y cuando ya no había que sacar de las tiendas, iban las comisiones a La Vega, y echaban por delante todo el ganado que encontraban.

No valían las protestas de D^a. Elena, porque si eran los de un bando le respondían: “No, mi señora, no hay remedio. Su tío es enemigo de nosotros y nos hace la guerra. El ejército tiene necesidad de sostenerse. Nosotros no le quitamos nada. Ahí quedan los recibos de lo que tomamos”.

Si eran los de otro bando también ideaban disculpas como esta:

—Su sobrino es enemigo de nosotros, y está en armas.

—Pero mi marido está detenido en Magangué y yo en nada me mezclo. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que los miembros de la familia estén en distintos bandos? —les decía D^a. Elena.

Pero los militares no atendían a nada, ni valía siquiera la intercesión de D. Zoilo Pereda y D. Luis Arenales, a favor de la señora. Parecía como si hubiera un plan combinado para arruinar a la familia.

Y por la calle Real iban entrando con el ganado de D. Manuel Jácome. La negra Rita y los muchachos, sentados en la ventana veían desfilar las vacas de la finca hacia la plaza.

Ahí llevan la frisola de Rosaura, la cabecinegra de Enrique, la sarda de Pedro, el toro mirlo de Carlos, y el par de bueyes amarillos.

—¡Ladrones! —les decía Rita a los conductores del ganado—, ¿a dónde van con las vacas de los niños? Vean ese Fernando Grisales. Va a pasar los hambres viejos con el ganao de mis amos. ¡Ah muerto de hambre, algún día vendrá D. Manuel pa que te eche rejo! No vas a peliar pero te mantenés aquí d’intrigante.

Pero Fernando que iba montado en un caballo de los de la finca, no oía los hirientes apóstrofes de la criada.

—¿Y quién fue el que trajo el ganado? —preguntaba D^a. Elena.

—Pues el hijo de esa vieja cuentera D^a. Camila, que fue la que le dijo al Capitán que su mercé estaba mandando postas. Y ya ve su mercé que hasta el otro día no más estuvimos mandándole comida de aquí.

D^a. Camila no dejaba por esto de aparecerse a la casa de D^a. Elena de cuando en cuando.

—¡Ay, Elenita de mi alma! Nos comió esta guerra. No se imagina lo que le he suplicado a los jefes que no los arruinen. Pero no ha valido. Lo único que pude conseguir fue que se fuera Fernandito de capitán a La Vega para que les escapara algunos animales. ¿Y hasta cuándo tendrán a Manuel preso? ¿Él en qué se ha metido? Muy afligida que estoy con la noticia de la muerte de su tío en el combate de La Pintada. En casa nos contó Pedro Damedame que le habían

volao la tapa de los sesos, y que él lo había visto caer. Ahí anda el negro ese con el anillo del pobre Antonio, pues cuando lo mataron le cortó el dedo y se lo guardó en el carriel. Y qué le parece, no se volvió a acordar sino al otro día, cuando el dedo ya estaba podrido, y ahí dizque guardaba ese puero bizcochos y tabacos. Si es que una guerra es lo más espantoso que hay. Ya ve cómo están las cosas aquí: libra de sal a tres pesos, carne ni pa probarla, cacao no se diga. ¿Cuándo se había visto esto en Remedios? Conque Ud. le pegó al negro Quiñones su pescozón. Así se hace. Si es que estos zambos cuando se alzan no hay quien los aguante. ¿Rita dizque salió chupando? Si es que esta Rita es tan ladina.

Y así seguía hablando esta señora, hasta que dejaba mareada a D^a. Elena. Mandaba miradas escudriñadoras a todas partes. Metía la mano en el canasto de costura, iba al comedor a beber agua y se comía los dulces que encontraba en la mesa, y salía, al fin, no sin llevarse por lo menos un tambor de hilo, un gancho, unos broches, cualquier cosa.

Y de aquí salía a hablar con el jefe de la partida.

—Fíjese en que esta Elena Silvestre es endemoniada, Lucianito. Con seguridad que el negro Liberato no está en El Bagre, sino en Zaragoza de posta de esta mujer. No se descuide. El día menos pensado nos caen los enemigos. Mándese una comisión a El Bagre a buscar ese negro.

Y tanto dio y cavó D^a. Camila, hasta que el Capitán envió una comisión de diez soldados, al mando de Fernando Grisales, y a los seis días se aparecieron con el negro Liberato amarrado con lazos.

Cuando entraron con él salieron D^a. Elena y Rita a la puerta a saludarlo, pero no lo dejaron acercarse.

—Adiós mi *siñá* Elena —decía Liberato en voz alta—. No voy preso por ladrón ni por asesino. No llore mama Rita que más vale ser negro preso inocente, que blanco criminal en la calle. Cuando venga mi amo Manuel veremos de dónde ha sacao plata el niño Fernando Grisales.

Al fin regresó D. Manuel a Remedios, pero fue a encontrar lástimas. La guerra había terminado, y aunque el triunfo había sido de sus partidarios, no le reconocieron los recibos de lo que le habían quitado porque alegaban que él no había tomado armas. Encontró a Fernando Grisales con tienda, al antiguo secretario de Romero de alcalde, a D. Cándido Suárez muy rico, a Teresa Carrillo viuda, a D. Zoilo Pereda de muerte. Sólo Luis Arenales había escapado con fortuna porque el director de la Compañía Inglesa, con quien tenía negocios, lo había amparado.

Cuando D^a. Juana trató de volver a montar sus minas, resultó que el secretario de Romero las había denunciado como abandonadas, y que de acuerdo con D. Cándido denunció también las de oro corrido, que lindaban con las de veta de D^a. Juana, a fin de apoderarse de las aguas.

La ruina entraba ya por todas partes, y a pesar de los esfuerzos heroicos de D^a. Elena, la miseria desoladora y fría fue entrando al hogar de D. Manuel Jácome. Las joyas que en otro tiempo había lucido D^a. Elena, el macho amarillo que golpeaba con el duro casco sobre el empedrado del establo a la vista de su amo, los grandes y hermosos jarrones de cristal ahumado, que en otro tiempo rebosaban de cerveza espumosa, los espejos de cuerpo entero, las bombas, los escaparates de cedro caobo, el caballo negro reluciente, de relincho afectuoso, y la hacienda querida de La Vega, todo fue pasando a manos extrañas.

D. Manuel no pudo resistir a la segunda desgracia. Su temperamento era excesivamente sensible y delicado. Lo acobardaron las injusticias y lo agobiaron las decepciones. No quedaban ya fuerzas en su organismo para reaccionar, ni su esposa, que fue siempre la fuerza viva que utilizó las condiciones intelectuales de aquel hombre, fue capaz de hacerlo mover de nuevo. El recuerdo de su amigo Quintero, asesinado cobardemente en Matuna, por soldados de Fernando Grisales; la consideración del éxito que había alcanzado el secretario que llamó a Romero bruto, al alcalde González ladrón, y que fue la causa de la ruina y descrédito de otro empleado, de quien fue también subalterno; la pobreza en que veía a su madre ya anciana y desvalida; el recuerdo doloroso de las amonestaciones que le hizo sobre los inconvenientes de la vida en los pueblos; el futuro triste y sombrío que preveía para sus hijos queridos; la nostalgia de la riqueza que le parecía ya imposible recuperar por el trabajo; la inutilidad final de sus esfuerzos como estudiante, y como hombre trabajador y honrado; la ingratitud de tantos a quienes él sirvió con generosidad absoluta, y el alejamiento, siempre explicado pero nunca previsto, de aquellos con quienes se comparte la sal de la mesa en los días de bonanza, acabaron con esa existencia. Vino el cáncer y él lo recibió como un consuelo. En pocos meses le comió la carne de una parte del cuello, y se veían ahí las arterias de tubos resistentes, las venas azules, casi negras, los blancos hilos de nervios, alguno que otro músculo intacto, y visibles ya los anillos de la tráquea. Sentado en una salita sombría y escasa de muebles, lo sorprendió la hemorragia que salió en sacudidas por una arteria rota, y rodeado de su esposa, de Rita, del negro Liberato y de sus hijos estupefactos, se fue quedando muerto, viendo hacia arriba, con ojos suplicantes y turbios.

Pero no por esto se abatió D^a. Elena. Hizo un esfuerzo supremo y reanudó el trabajo. No era posible trabajar en grande y trabajó en pequeño, ayudada de Rita. Pero esto no bastaba para vestir a los muchachos y tenerlos en la escuela, para enviarle recursos a Carlos y para ayudar a la suegra. No hubo remedio. Llegaron los días oscuros y tristes de la miseria.

A veces, cuando sus hijos volvían de la escuela, sin desayunarse, pálidos y ojerosos y con sus vestiditos remendados, comprendían en el semblante de la mama Rita que aún se demoraba la comida única que podían hacer al día. Se acabaron para ellos los vestidos lujosos, y la mesa opípara de otros días, se cambió en larga y horrible abstinencia.

El negro Liberato que había logrado conseguir una minita, cerca de la antigua mina de El Bagre, enviaba a la casa víveres de su troje, y de cuando en cuando se aparecía con un trapito de oro para comprarles vestidos a los niños o para mandarles a Carlos.

Llegó un día en que Enrique quiso irse a trabajar, y D. Luis Arenales que era agente de la mina de Bolivia, le consiguió el destino de ayudante del molinero. D^a. Elena le echó la bendición y lo vio partir a pie, sin afligirse. La mama Rita no quiso presenciar la partida del niño Enrique. Se escondió en un rincón y no quiso salir de allí. A medida que la desgracia se acentuaba en la familia de D. Manuel, iba avivándose más y más el amor de la mama Rita para con los hijos de su señora, de tal suerte que era ésta la que tenía que estar dando consejos a la criada sobre conformación cristiana.

—No te acobardes, Rita —le decía D^a. Elena.

—Es que yo no me conformo, mi señora, con estas cosas. ¡Enrique de pión! Quién iba a pensar esto. ¿Le parece a su mercé que yo puedo conformarme con eso? Bendito sea mi Dios que siquiera se llevó a mi amo Manuel para que no viera estas cosas. ¿Y qué hacemos cuando venga Liberato y sepa que el niño Enrique está de pión en Bolivia? Ni para lo que se va a entristecer el pobre. Si es que me parece que me han arrancao un pedazo e mi cuerpo. Ojalá se sirviera mi Dios de uno, y se lo llevara pal otro mundo.

—No digas así, Rita. Todo hay que llevarlo en amor de Dios —le decía D^a. Elena.

Una semana hacía que Enrique estaba de ayudante, cuando se apareció al molino el director de la mina y le dijo:

—Dígale Ud. al despensero que le dé un costal para que se vaya al pueblo a traer una arroba de arroz. Tome la boleta para el agente.

Con la alegría que le dio a Enrique al pensar que iba a ver a los de su casa, ni se acordó siquiera, que la persona que así lo trataba sin necesidad, había sido peón en las minas de su madre Juana.

Tomó su costal y partió para el pueblo. Llegó a la Agencia y entregó la boleta a D. Luis Arenales.

—Vaya Ud. salude a su mamá, y llévele estos cinco pesos que le adelanto a Ud. por su trabajo.

—A qué ha venido —le dijo D^a. Elena, después de abrazarlo.

—A llevar un arroz para la mina. Aquí le traigo cinco pesos que me adelantó D. Luis.

—¿A llevar arroz? Bueno. Cumpla con su deber. Ud. habrá estado muy formal, ¿no es cierto?

—Sí, señora —le contestó Enrique.

El recuerdo de su marido y el de su otro hijo ausente, que estaría pasando sin duda mil trabajos por las humillaciones que impone la pobreza, le enloquecieron el corazón a D^a. Elena, y estuvo a punto de estallar, pero se contuvo. Con la fuerza de voluntad de las virtudes heroicas, dominó el dolor que le produjeron estos recuerdos y el ver a su hijo con un costal al hombro, su fisonomía tomó el aire sereno de los santos, que en vez de permitir que las penas sagradas salgan al rostro, las recogen en el centro del alma para enviarlas en oración fervorosa al Dios de las misericordias.

Entraron Pedro y Rosaura de la escuela y Enrique se puso a abrazarlos. Llegó Rita, y después de recibir el abrazo del niño, se puso a verle las manos, y acercándose a D^a. Elena con Enrique le dijo:

—Vea, mi señora, cómo ya tiene callos el niño.

—Mejor, que aprenda a ser hombre —contestó D^a. Elena.

Pedrito al notar el costal que tenía su hermano, le preguntó muy sorprendido:

—¿Y ese costal para qué es?

—Para llevar un arroz a la mina.

—¿Y Ud. lo va a llevar?

—Sí, hermanito.

Soltó Pedro los libros y corrió a ocultar su rostro bañado en lágrimas en el regazo de su madre. Rosaura se acogió a los brazos de su mamá Rita quien inclinó

la cabeza sobre la niña para disimular la emoción, y D^a. Elena abarcándolos a todos con una mirada imponente dominó esa triste y dolorosa escena de familia.

II

Mientras tanto pasaba Carlos en Medellín los trabajos más grandes. Ya no podía ir los domingos al restaurante de Marucco, a darse el lujo de beber café con rueditas de mantequilla como acostumbraba hacerlo en sus días de estudiante acomodado, y ni siquiera podía contar con la seguridad de la alimentación diaria. Se aparecía al colegio de botines rotos, de pantalones raídos con la brillantez natural que deja el largo frote de las telas de paño, de corbata invariable, de saco pardo, grueso, que había resistido dos años y había saltado por encima de dos Jueves Santos, con una frescura envidiable. Saco invencible, lleno de merecimientos, digno de todas las condecoraciones y al que los compañeros de Carlos llamaban “el prócer”. De camisa sucia, tapada con el saco que iba abrochado hasta el cuello, aun en las horas calurosas del día; muy pálido y desmedrado por los estudios de noche, y a causa también del hambre que aguantaba; estudiando en libros prestados y teniendo que ir a la clase de Urbanidad general en donde el profesor encarecía la limpieza en los vestidos, y hacía –al mismo tiempo– largas disertaciones sobre las reglas que debían observarse en la mesa. Desde un rincón, a cuyas sombras protectoras se acogía el pobre estudiante, oía Carlos estas palabras: “Debemos sentarnos a la mesa con ropa limpia, y bien peinados, los botines lustrosos. Primero se toma la sopa, después el pescado, etc.”. Y cuando el profesor decía esto experimentaba Carlos unas fatigas indecibles en su estómago vacío y le venía al mismo tiempo el recuerdo de su camisa sucia y de sus medias rotas.

Era humilde, pero había quienes lo trataran de orgulloso porque era serio. Los profesores lo querían y la mayor parte de sus condiscípulos lo trataban con cariño. Contestaba en las clases con mucha precisión, y en los días en que calmaba el hambre, brotaban de sus labios frases elocuentísimas, frases que hacían carrera y que luego repetían en los claustros sus compañeros.

Cuando era el día de llegar el maestro Maya, correo de las minas de Remedios, Carlos salía a su encuentro y por el carretero iba andando hasta llegar al Bermejál. Mientras él iba en busca de noticias de su familia, cabizbajo y melancólico, pasaban las gentes en La Diligencia, lujosamente vestidas, y con semblantes

reveladores de dicha. Otros en briosos y elegantes corceles, luciendo la polaina lustrosa, el galápago nuevecito, amarillo y chirriante, y los pretales ingleses con argollas lucientes. Y muchas veces tuvo que saltar a las chambas para escaparse del atropello de estos hijos mimados de la fortuna que le traían a la memoria el recuerdo de la ya extinta riqueza de su casa.

—Aquí le traigo cartas y una encomienda, D. Carlos —le decía el buen viejo Maya.

—¿Vio Ud. a mi mamá, a mi madre Juana y a todos los de mi casa?

—No, niño, al que vi fue al negro Liberato que me llevó las cartas y una encomienda para Ud.

Recibía Carlos las cartas y la encomienda, y sin abrirlas regresaba a su cuarto, estrecho y miserable de la calle de Las Peruchas. No cambiaría Carlos esas reliquias por todos los millones del mundo, y a su cuarto llegaba triste, contento, tembloroso y como por el aire y abría las cartas.

“Hijo querido —le decía D^a. Elena—. En esta su casa estamos buenos. El buen negro Liberato le envía ese trapito de oro para que compre un vestido para los exámenes. Enrique se fue a la mina de Bolivia, de ayudante del molinero, y es muy resignado y humilde. Pedro sigue en la escuela, pero ya no tiene que enseñarle el maestro. Si viera lo inteligente y formal que es. Él es el que le lee ahora a su madre Juana. Rosaura está muy grande y está bordando una bufanda para Ud. Su mama Rita siempre ayudándome, pero la pobre ya está muy enferma. Dios me lo conserve bueno y me permita volverlo a ver pronto”.

Y la abuela le escribía al nieto en estos términos:

“Ya sé todos los trabajos que está pasando para acabar sus estudios. Tenga paciencia, hijo, y acuérdesse de las enseñanzas del *Telémaco*: ‘No os dejéis abatir por el dolor. Cada cual debe seguir valerosamente su destino. Es inútil afligirse’. Yo no estoy retenida aquí en la tierra, sino por Ud. El día en que acabe sus estudios moriré tranquila. Verá que Dios le premiará su constancia y sus virtudes. Cuidado con flaquear”.

Carlos no se cansaba de leer estas cartas queridas. La lectura de esas líneas le evocaba el recuerdo de sus hermanitos y de los nobles criados de su casa y se imaginaba estar viendo a su madre Juana, con aquellos ojos penetrantes de claridad prodigiosa, y le parecía estar oyendo la voz enérgica y vibrante de D^a. Elena. Experimentaba con aquellos recuerdos sensaciones dolorosas y gratas a un mismo tiempo, y sentía más y más fuerte cada rato la emoción profunda de los afectos.

Llegó por fin la hora de los grados. Con un regalito del negro Liberato, y un anillo de esmeralda que le envió D^a. Juana y que era lo único que le quedaba a la pobre abuela, hizo los gastos del acto. Se presentó al salón humildemente vestido. Ni un miembro de su familia allí. Un condiscípulo que lo quería mucho le sirvió de padrino y lo acompañó al salón.

—¿Quién es ese? —preguntaban algunos de los concurrentes al acto, que habían entrado de curiosos.

—Un muchacho de un pueblo del Norte. Me parece que es un Jácome —contestaba alguno.

Tocaron la campanilla. Comenzó el acto y Carlos disertó largamente sobre legislación de minas, que era el título de la tesis. Apuntó los vacíos, las contradicciones y los inconvenientes del Código sobre la materia. Habló de las injusticias que se cometían en los pueblos mineros con los legítimos poseedores de las vetas, y pintó con vivos colores los procedimientos inicuos a que apelaban los rábulas para apoderarse de lo ajeno. Y al tocar este punto que directamente le atañía por haber sido su madre Juana una de las víctimas de esos despojos injustificables, subió el tono de la voz, y en frases enérgicas fustigó a las autoridades que en esos pueblos se unían a los perversos para determinar la ruina de los hombres honrados. Y lo más grave de estos asuntos, decía Carlos, es que la vara de la justicia no alcanza a la cabeza de esos miserables, porque desgraciadamente como dijo el loco Giraldo en las calles de esta capital, “el delito está en la ruana”; “¡O en la raza!”, gritó uno de los que estaban en las puertas del salón. Era el pobre Dr. Zamarta que había llegado en esos momentos tambaleándose y con los ojos extraviados a presenciar el examen del hijo de su antiguo condiscípulo Manuel Jácome. Y como el comisario Casafús —el autor de la frase más autocrática del siglo: “Vayan fusilando mientras traen la orden”— le ordenara que hiciera silencio, el insigne Zamarta se retiró diciendo: “¡Igualdad! Tú no eres sino un nombre”. “Verba, et voces praeterea que nihil”. ¡Palabras, palabras y nada más que palabras!, como dijo Ovidio.

Cuando terminó el examen, Carlos tenía el rostro encendido, y su fisonomía de nariz aguileña, de frente espaciosa y blanca, de labios delgados y de mirada penetrante, revelaba el tipo del caballero inteligente y distinguido. No se veía en aquel hermoso semblante ni un retozo vulgar, ni una contracción anómala. En el modo de expresarse, en su apostura correcta y en su mirada, se revelaba el hombre de acción y de carácter fijo sin las vacilaciones de los seres imaginativos.

Concreto en sus apreciaciones, sin distingos ni disimulos de diplomático. Al verlo se comprendía perfectamente que esa era un alma sincera, sin celosías ni trasfondos. Se notaban ya en él las energías todas heredadas de su madre y de su abuela. Y aun bajo el peso de la pobreza que oculta tantos méritos, él fue siempre en el grupo de sus condiscípulos una de las figuras visibles y conspicuas.

Con estas condiciones venció Carlos Jácome las dificultades de la miseria, y dominó los desalientos, y soportó las angustias hasta que llegó a la cima.

Del salón de grados salió con su diploma en la mano, no sin que el Padre Gómez le diera un abrazo en público, y de que otros profesores un poco menos expresivos lo felicitaran con frases hechas.

Y al día siguiente tomó el camino de su pueblo.

Cuando se supo en Remedios que Carlos regresaba, terminados ya los estudios, no cabía de gozo la familia. Liberato montó en pelo en un caballito que tenía y echó al niño Pedro al anca del cuadrúpedo.

—¿A dónde vas negro? —le preguntó D. Cándido Suárez, al verlo pasar desde su tienda.

—Voy a encontrar al niño Carlos que viene de doctor.

—Mira, pónle al caballo este sudadero que te presto.

—Muchas gracias, D. Cándido, muchas gracias. No le acepto el sudadero, no vaya a ser que se quede Ud. con mi caballo por el préstamo, como se quedó con las minas de mi señora Juana.

Y le dio con los carcañales al caballo.

D. Luis Arenales, y su señora D^a. Amalia enviaron a la casa de D^a. Elena latas de bizcochuelos, bizcochos y otros muchos obsequios. D^a. Amalia siempre generosa y buena, le regaló también a Rosaura un trajecito de linón blanco con pintas solferinas para que se estrenara ese día. Esta y la madre Juana llenaron los floreros de la sala con rosas chagres, jazmines de Malabar y zapatos de obispo. Limpiaron los gatos de yeso, que eran los adornos de las mesitas de la casa. Arreglaron el comedor que había acabado de blanquear ño Morrongo, y cuando ya todo estaba listo, se encerraron en el aposento con D^a. Elena a dar gracias a la Virgen, a la cual alumbraban con lámpara de manteca.

Y en esa ocupación las sorprendió el ruido de las pisadas de las bestias.

Adelante venía Liberato gritando: “Aquí está, pues, el doctor. Ahora veremos qué van a hacer los que se robaron la plata de mi amo Manuel y las minas de D^a. Juana”.

Entró Carlos y a poco estuvo en la mitad de la sala abrazando a todos los de la casa.

El goce indecible de D^a. Juana; la satisfacción de Liberato; el orgullo de Rita; la emoción de D^a. Elena; la alegría de los hermanitos, fueron los primeros rayos de luz y de calor que volvieron la dicha a esos seres azotados tan largo tiempo por la desgracia.

La casa se llenó de vecinos y de muchachos. D^a. Juana con los ojos ya opacos y la cabeza blanca de canas, no se cansaba de ver a su nieto, y Rita, después de fijarse mucho en Carlos, decía:

—¡Si es el mismo retrato de mi niña Elena cuando estaba moza!

Llegó la hora de las confidencias, y Carlos refirió todos los apuros que había tenido, y cómo había vivido pensando en los trabajos que pasarían los suyos.

—Pero ya no más —decía él con cierta confianza—. Ahora viene el descanso para Uds. Mi madre se queda con nosotros, Enrique y Pedro se van a estudiar, mi mama Rita puede echarse a dormir.

—Eso sí —decía D^a. Juana—. Ahora va Ud. a educar a sus hermanos. ¡El saber! eso es lo principal en la vida

—Bueno, niño Carlos —decía Liberato—. Verá cómo se va a comer hasta el tendido el niño Pedro, cuando vaya al colegio; porque tiene la misma mocha é cabeza de mi amo Manuel.

Algunos meses después de la llegada de Carlos a Remedios, lo nombraron abogado de la Compañía Inglesa; y ya con esta base segura de vida, se dio a la tarea de educar a sus hermanos, y a la de contemplar a sus tres madres: D^a. Elena, D^a. Juana y su mama Rita. No echó de menos en su pueblo, ni las fiestas, ni los placeres de la capital, ni le parecieron las calles estrechas, ni las casas bajitas, ni la vida insoportable, porque el trato frecuente con los libros y la alta conciencia que tenía del objeto de su vida, y las dificultades que tuvo que vencer durante sus estudios, lo alejaron del abismo en que caen los que nada tienen que ver con el obstáculo.

Donde estaban los suyos estaba su mundo. Todo día nuevo era para Carlos una esperanza; y llegaron para él, al fin, los anhelados días en que fue para su familia un apoyo, para la sociedad una honra, para su abuela un orgullo, para ésta sobre todo, que deliraba porque sus descendientes adquirieran los títulos que se derivan de la abnegación y del esfuerzo propio.

*

Tierra virgen

—Comienzo a vivir —decía D^a. Elena.

—Muero tranquila —dijo D^a. Juana— ¡cuando llegó la muerte redentora y apagó la luz de sus ojos!

*



XVI. Fin de siglo (en Londres)

I

Un señor que parece francés lo espera en la sala, dijo una niña rubia a Pedro Jácome, que habitaba en una casa de la calle de Newman.

Bajó Pedro y encontró en la sala a un mozo de vestido claro, de cuello muy alto, de corbata lacre, de hongo gris en la mano y de botines amarillos. Pálido y ojeroso y con cierto gesto de amargura profunda.

—¡Tú aquí! A qué buena hora llegas. Acabo de recibir cartas de mi casa. Subamos a mi cuarto.

—No, hombre, no me llesves a las alturas de las estrellas fijas. ¿Vives todavía en el quinto piso?

—Pues quedémonos aquí —dijo Pedro riéndose.

—Y bien, ¿qué te dicen de Remedios?

—Muchas cosas. Me cuentan que D. Fernando Grisales está loco, que D^a. Camila se murió, y que Joaquín Quintero, el hijo de D. Pacho, está de representante al Congreso.

—¿Y a ti te interesan esas tierras y esas cosas?

—¡Que si me interesan! ¿Pues no me ha de interesar más la crónica de mi pueblo que la relación de los escándalos del príncipe de Gales? ¿Te supones que la patria y el pueblo y la familia a que pertenezco no valen más para mi corazón que los incidentes que ocurren en este Reino británico y en esa República de escándalos en donde tú vives?

—¡La patria! Eso es una cosa relativa. Patria para nosotros es la familia, el barrio, el pueblo, el departamento, la nación, el continente y la raza

misma, según el lugar y el tiempo en que nos hallemos. Si hoy viviéramos en Remedios, seríamos más remedianos que yolomberos, más antioqueños que caucanos, y más colombianos que americanos. Al principio de estar en Europa las cosas no cambian, pero luego nos volvemos más americanos que colombianos, y más latinos que sajones. El campanario de la aldea no se ve de aquí; los lindes de la nacionalidad tampoco; si algo queda viviendo es el sentimiento de afecto a la raza; pero si la permanencia se localiza en una sola capital, desaparecen hasta estos sentimientos, y los afectos caen sobre los lugares e imágenes que nos impresionan diariamente. Si uno vive en París, acaba por volverse un parisiense y por querer esa ciudad más que todo. Fue lo que le pasó a Heine, lo que le pasó a Tourgeneff, lo que me ha pasado a mí. Cuando tuve que ir a Colombia por la muerte de mi padre, creí que me iba a volver loco en Remedios; fui a Medellín, lo mismo; a Bogotá, peor. Mis paisanos me parecieron vulgares; las poblaciones sucias y tristes; las mujeres, unas desgraciadas; las comidas, insoportables. Cosas de indígenas. Al embarcarme de nuevo para acá, sentí tristeza por esas gentes que ni siquiera tienen el placer de la comida. Enseñado uno aquí a las delicadezas de la ostra fresca, de la sopa aperitiva, de los variadísimos platos, a la elegancia de los restaurantes, no es posible cambiar fácilmente por las yerbas y legumbres de esa tierra. Sin teatros, sin luz eléctrica, sin ferrocarriles, sin libros, sin agua limpia siquiera, no puede uno explicarse la vida. No hay con quien conversar, por otra parte. Allá viven todos de la rutina, de la regla fija, del *partipris*. No hay revoluciones intelectuales ni puntos de vista. Los hombres principales, unos tercicos, de células cerebrales grandes, opacas, toscas, inmóviles, pegadas con cemento romano. Gamonales ridículos que el día que los sorprenda una idea, caen muertos por congestión cerebral. Todos gravitan necesariamente hacia las zarazas y viven una vida miserable para acumular reales, haciendo economías de granos de arroz. Y lo más curioso es que se creen grandes personajes y se dan ínfulas de gallos de corral. Y no son otra cosa que un conglomerado de adefesios. Vieras tú a estos hispanoamericanos que llegan a París a comprar mercancías o a pasear, como ellos dicen. Sin saber el idioma, víctimas de los dependientes de las casas de comercio, que los llevan a los teatros para reírse de ellos. Pasan mil vergüenzas en la mesa, sin conocer las comidas, sin saber la hora en que debe tomarse el vino, lo mismo que esos infelices de pueblo que cuando van a una ciudad le echan sal al café. No entienden de cambiar camisa diariamente, ni de peinarse para ir a la mesa. Se encantan con las funciones de prestidigitación y acaban por vivir en los cafés-conciertos, hechos

unos bobos. Hay unos que vienen dándose ínfulas de letrados y no han leído sino *Los tres mosqueteros* o *El judío errante*. Y en los pedidos que hacen de allá vienen partidas como ésta: “Una caja de libros”. ¿Crees que esos pobres diablos que llegan a París, sin una idea de arte, sin una educación siquiera mediana, pueden apreciar en lo que valen la catedral de Nuestra Señora, un cuadro de Meissonier, una poesía de Sully Prudhomme, un palacio del barrio de Saint-Germain o una conferencia de Brunetiére? Gastan \$20.000 o \$30.000, y se vuelven impresionados con los faroles de las esquinas, con las lámparas eléctricas, con las montañas rusas. Les sucede con París lo que al peón de Julio Peña, que un día lo llevó éste al teatro para que viera una función por la primera vez. El peón se desvaneció con la concurrencia, se alarmó con las lunetas, se aturdió con la música, no entendió lo que decían los actores y acabó por fijarse en la lámpara del centro, en la araña como él decía, y pasó toda la noche seducido con los cristales y las bombitas de la lámpara. Cuando terminó el último acto le preguntó Julio: “¿Qué te pareció la función?”. “¡Hasta hay arañas!”, le contestó el infeliz.

Otros se dan el tono de ir a Italia. ¡Viajar por Italia! ¿Qué provecho podrán sacar de ese viaje estos paisanos que no entienden un ápice de pintura ni de escultura, ni de música, ni de nada? ¿Qué sensaciones de arte pueden experimentar estos bárbaros que vienen a gastar dinero y a pasar vergüenzas por el placer ridículo de volver a sus pueblos a contar que estuvieron en Roma? Y lo peor de todo es que muchos se vuelven sin poder ver al Papa siquiera.

—¿Qué le pareció el Anfiteatro? —le pregunté un día a un sujeto de Nicaragua que regresaba de Roma.

—Eso se está cayendo, no se ven sino golondrinas volando por todas partes —me contestó con la mayor seriedad.

—Tomemos un *sleeping car* (carro de dormir) —le dije en Madrid a un ecuatoriano, a quien Torres Caicedo me había recomendado mucho.

—Yo no puedo *tomar* sino leche —me respondió el infeliz.

¡Si ha habido quien se vaya a Holanda con el libro de D. Amicis en el bolsillo! Dos o tres se le atrevieron a Atenas y otros muchos a Jerusalén, lo que es más natural, por supuesto.

Lo malo no está en que estos sujetos pasen vergüenzas y gasten dinero torpemente. Lo que sucede es que van luego a meter mentiras y a entusiasmar a otros infelices para que vengan a hacer lo mismo. Porque de viajes de esta clase no se saca más ventaja que la de comulgar con ruedas de molino a los que se quedan allá.

Recuerdo que un primo mío que fue de Remedios a Yolombó cuando yo estaba muy pequeño, volvió contándome maravillas de esa tierra.

—¿Muy bonito Yolombó?

—¡Con decirte que Yolombó es la gloria chiquita! Un día estaba yo en la calle del Tigre con Joaquincito Ramírez —decía el primo metiéndose la mano en el bolsillo y moviendo la cabeza—, cuando salió la procesión de la iglesia. ¡Esas sí son procesiones!

Y cuando regresaba de Medellín, Cenón, el sirviente del Padre Tamayo, le decía yo:

—¿Medellín es muy grande, Cenón?

—¡iii, niño, con decirle que hay como cuarenta curas.

—¡Cuarenta curas! —repetía yo, y me quedaba lelo.

Y así van a sorprender estos viajeros a sus compatriotas de Hispanoamérica, porque lo que sucede de París a Valparaíso o al Salvador, sucede de Medellín a Remedios, por ejemplo. Y lo más curioso y ridículo es que de París regresan esos simples con la idea de que han dejado varias marquesas locas.

—Pero bien —dijo Pedro—. ¿De manera que tú pasaste también las vergüenzas que anotas a los que van a París?

—No, porque tú sabes que vine muy joven. Me encerraron en un colegio, aprendí el idioma, me relacioné con gente distinguida, he estudiado bellas artes y algo he aprendido de todo.

—Pues precisamente eso explica por qué has perdido tú el amor a la patria. Un amor irreflexivo obligó a tu padre a enviarte aquí muy joven y es natural lo que te ha pasado. Y hasta los afectos de familia se pierden igualmente en las condiciones en que tú has vivido.

—Ciertamente. Quiero más a Pierre Letin y a Griffoux, mis condiscípulos y amigos de siempre, que a mis primos a quienes no traté sino de niño, con quienes no he vivido y a quienes nada tengo que agradecer. Es el mismo caso que le pasa a uno con los antepasados que no ha conocido. ¿Qué me importan a mí bisabuelos ni tatarabuelos? Nada. No estoy ligado a ellos sino por una tradición semejante a la que me relaciona con el padre Adán. Y así me ha acontecido con lo que tú llamas patria. ¿Qué recuerdos gratos podrían despertar en mi espíritu la población abigarrada, grosera y salvaje de Colón; los fuertes derruidos, las palmas secas y tristes de Cartagena, las capas de arena de Barranquilla con sus casas de paja que recuerdan las habitaciones de los caciques; las casitas

blanqueadas y de arquitectura primitiva de Medellín, y sus calles con las cañerías abiertas a cada paso, el pueblo sucio y hebetado de Bogotá, que consume toneles de chicha amarga y venenosa, los caballeros de industria que andan allá tras las *sierramorenas* de una dote, tras de unos pocos billetes por los cuales venden la vida?

—No digas eso. Si Colombia es para ti lo que acabas de pintar; si eso es lo único que se te viene a la memoria, recuerda que yo no he perdido el amor a mis montañas; ni el afecto por los míos, ni dejo de interesarme por ese mismo pueblo que tú llamas sucio y por esas ciudades que te merecen semejante desprecio. Que te da vergüenza ser colombiano porque Colón es feo, porque Barranquilla tiene arena, porque en Bogotá beben chicha y se cambian los sinvergüenzas por tres reales, y porque en Medellín no hay tuberías de hierro. Pues ni todo es así en absoluto, ni hay justicia en echar en cara defectos de construcción o de carácter moral que todos desean que desaparezcan en esas ciudades. Pero no se remedian las cosas así. El camino es contribuir uno a que desaparezcan, indicando los nuevos rumbos, las necesidades imperiosas a que hay que atender con preferencia, ilustrando las masas e inclinándose hacia los humildes. Si tú hubieras vivido en Medellín; si tú hubieras estado en la universidad; si conocieras a fondo los hombres y los pueblos de Antioquia, te habrías sorprendido del empuje intelectual de esa tierra. Tan común es el talento en Antioquia que yo que conozco estudiantes de la mayor parte de la República de Colombia y de Hispanoamérica y de aquí mismo, puedo asegurarte que entre cien europeos y cien antioqueños, éstos alcanzan a 60% de inteligentes, mientras que los europeos apenas llegarán a 40%. Los hombres brutos en Antioquia pueden contarse en los dedos de la mano. Lo que sí sucede es que allá no nos molestan los genios, a Dios gracias. Y para que alguno llame verdaderamente la atención en algún sentido, se necesita que calce muchos puntos sobre los demás, lo cual es sumamente difícil. Un antioqueño puede hacer carrera en cualquier parte, lo que es trabajoso es hacerla en Antioquia. Que resulta algún buen escritor, puedes ponerle la pluma a cualquier comerciante y se luce también. Que un antioqueño ejecuta una acción de valor distinguido, pues eso no causa admiración entre mis paisanos, porque hay pocos que no se crean capaces de hacer lo mismo. Me refieren, por ejemplo, que los toreros españoles que han ido a Medellín se pasan de que los muchachos del pueblo y los de posición distinguida salgan a capear toros bravos. No llama la atención eso a los que no

salen al circo, porque éstos serían capaces de hacer lo mismo. Esta es la razón por qué no peca Antioquia por el lado admirativo. Que hay defectos, es un hecho, pero éstos son defectos de raza, defectos inherentes a la topografía y a las mismas buenas condiciones orgánicas del pueblo.

—¿Y por qué siendo tan inteligente, no han llegado a donde están otros que no lo son tanto?

—Por una sencilla razón. Porque los europeos representan en su progreso una enorme acumulación de saber y de facilidades mecánicas adquiridas y heredadas de sus antepasados, mientras que en Antioquia ha habido necesidad de crearlo todo; y compara la altura a que se encuentra, no digo sobre los otros departamentos de Colombia, sino también sobre los otros pueblos de Hispanoamérica y de una manera relativa ha progresado más que cada uno de ellos. Pero no es tampoco que yo atribuya el progreso de ese pueblo a su talento. No. Por encima de esta condición hay otra que explica mejor su progreso, y es su capacidad mental positiva. Pueden, por ejemplo, tener en Bogotá más chic, más arte y más gracia en todo que el antioqueño, pero éste toma las cosas a lo serio, y de su esfuerzo concienzudo surge siempre una labor fructuosa. Es el mismo caso que señala Kidd entre Francia e Inglaterra. La preponderancia de esta nación no depende del mayor talento sobre la otra, sino más bien de las cualidades de seriedad y de carácter práctico, de lo cual resulta el que a los conocimientos adquiridos se les hace producir más grandes efectos. Y Antioquia llegará a ser un gran pueblo el día en que aparezca un hombre superior que encauce las grandes y sueltas energías de sus hijos.

Que hay caballeros de industria en Bogotá. Que hasta aquí nos vienen los chistes del *metal de vos* y otros semejantes, que denuncian una perversión mental inaudita en esos seres desgraciados que se disputan las hijas de algún provinciano enriquecido o de algún afortunado orejón, para decir luego que no se casan por interés sino por el capital, eso es triste en verdad. Pero en primer lugar no es ese el tipo de la juventud bogotana, ni es ese el espíritu en que allá educan a los jóvenes. Al lado de esas excrecencias morales, hay también tipos de alta cultura intelectual y de envidiable moralidad. Es injusto juzgar a un hombre por un acto sólo de su vida o a una sociedad por dos o tres muestras cogidas en los corrillos de la gente frívola. Si en un bosque de robles y guayacanes encontráramos algunos arbustos secos ¿no sería injusto el fijarnos únicamente en éstos

y echar en olvido los corpulentos y vigorosos árboles del bosque? Y dispénsame este símil montañés, pero es el mismo caso.

—Veo que no podemos discutir sobre esto, porque partimos de puntos de vista diferentes. Tú has vivido en esas ciudades, tienes allá amigos, no hace sino dos años que vives en este Londres brumoso, de edificios ahumados, y yo no estoy ligado a esas tierras ni por cariño ni por relaciones de ninguna clase. Vamos a dar un paseo, ¿quieres?

—Vamos —contestó Pedro.

Y mientras éste subía al cuarto por el sombrero, su amigo sacó una cajita de aluminio que abrió rápidamente y extrajo de ella una jeringa hipodérmica, la cual llenó de una solución concentrada de morfina que con deleitación suma se introdujo en un muslo por encima del pantalón.

II

Salieron los dos amigos hacia el Hyde Park, y al pasar por una de las librerías de la calle de Oxford se quedó el amigo de Pedro observando unos libros de cubierta amarilla que decían: *Le maître de Forges*, *Germinal*, *La terre promise*, *Yack*, *Madame Bovary*, *Boule de Suif*; detrás de otra vidriera se veían libros de cubierta blanca que decían: *El amigo manso*, *Pepita Jiménez*, *Las ilusiones del Dr. Faustino*, *Los tres arcos de Cirilo*, *La tribuna*, *Sotileza*, *El cuarto poder*, *Pequeñeces*, etc.

—¿Conoces a *Le maître de Forges*, Pedro?

—Sí, hombre. Se lo vi representar aquí a Sara Bernard.

—Es raro que Ohnet haya hecho carrera y esté rico. Qué escritor tan insoportable. Qué prosa tan pedestre la de este hombre. Y sin embargo se mueve y alcanza hasta el honor de que Sara Bernard lo lleve a la escena. ¿Es un Cherbuliez cualquiera? ¿Has leído el libro de Julio Lemaître?

—Lo leí en Medellín.

—¿Luego a Medellín van libros?

—Uno que otro.

—Pues bien, Julio Lemaître está en lo justo. El tal Ohnet no satisface. Dijéramos un Flaubert. Eso sí. Un Maupassant. Mejor. Y a propósito. En España están despertando. ¿Conoces los novelistas de esa tierra?

—Conozco algunos.

—Hay que reconocer que allá siguen de cerca el movimiento literario de París, pero con distingos. Por ejemplo, Valera no anda. Encastillado en el idealismo.

—¿Y tú crees que los escritores idealistas no sirven?

—¡Qué, hombre! Con seguridad que tú eres algún apasionado de Valera.

—Y si lo fuera, ¿eso probaría que me faltaba gusto literario? No. Querría decir que mi espíritu era más idealista que realista, así como en el caso de que a alguno le gustara más Pierre Loti que Bourget, querría decir que el espíritu de este lector sería más impresionable por el lado objetivo que por el subjetivo. Entre dos espíritus igualmente cultivados hay casi siempre diversas apreciaciones sobre el mérito de una obra, porque cada cual tiene su modo de sentir, mejor dicho, tiene un lado por donde es más impresionable, y de aquí el que todo escritor tenga su público. Sólo que el escritor será tanto más grande cuanto mayor sea el número de lectores que llegue a impresionar. Pero los escritores de escuela no son sino escritores a medias, es decir, no sienten sino una parte de la vida. Los que dominan todas las almas, los que hacen vibrar todas las fibras humanas son los que alcanzan la verdadera inmortalidad. Un Cervantes, un Dante, un Shakespeare. De igual suerte, el lector que tenga un alma capaz de apreciar la belleza real y la ideal, que goce con la obra subjetiva y que al mismo tiempo pueda percibir la belleza de la descripción, tiene sobre los que no ven o no sienten sino por un lado, las ventajas de las amplitudes del espíritu y de los grandes campos visuales y sensibles, que son los que producen el goce artístico inmenso e inefable. Sin negarte que Zola es una fuerza de la naturaleza, como creo que dijo Michelet de Alejandro Dumas, padre, ¿crees que sea un escritor de los que se puedan llamar enteros? Pregúntaselo a Dumas, hijo, o a Balart, para no citarte sino éstos. Tú sabes que algunos no gustan de la obra literaria de Paul Bourget. ¿Y por eso dejará de ser el autor de *Terre promise* uno de los más grandes escritores de la Francia contemporánea? Aunque a ti no te gusta Inglaterra ni te interesa demasiado el movimiento literario de esta metrópoli, sí sabes que en la revista que aquí llaman *Saturday Revue* escriben los mejores críticos del reino. Pues bien, allí encontrarás un juicio encomiástico de la novela *Volonté*, obra del escritor que tú llamas un Cherbuliez cualquiera. Eso del gusto literario de los retóricos es un mito. Las restricciones literarias, el apegamiento pueril a los tratados de los Herosillas, el encajonamiento del espíritu en una

escuela, denuncian siempre un criterio imperfecto. Por eso creo que la crítica negativa es un absurdo. Si a un crítico no le gusta la obra literaria de Valera o de Alarcón o de Ohnet, ¿tendrá razón para considerarse representante del gusto de los demás? ¿Con qué derecho? ¿Abarca o puede abarcar ese crítico los sentimientos diversos y las tendencias múltiples de todas las almas? Él podrá afirmar lo que quiera, pero eso será siempre un juicio particular y nada más. Eso te explicará el que Cherbuliez sea académico y el que Ohnet tenga público, a pesar de lo que digan los críticos. Y luego, la religión, la política, la posición social, la simpatía personal, todo eso hace que los juicios sobre las obras de los contemporáneos no se puedan tomar como sinceros, por regla general. Las escuelas, las tendencias, las reglas, no aparecen sino después de que un cerebro original ha pasado por encima de las prácticas anteriormente establecidas. Vienen entonces los Monlaus y hacen un libro de recetas para hacer dramas y novelas. Pero aparece luego otro espíritu con fuerza bastante para romper lo que ya tienen los compiladores como dogmas estéticos y entonces vienen otras recetas y otras fórmulas. No son las reglas las que hacen buen escritor a un hombre. Es la fuerza inicial de que disponga. Después el procedimiento importa poco. Bien puede ser grande comenzando de la silueta hacia el detalle o de éste hacia la silueta. ¡Cuántos reparos pueriles no podrían ponerse a las novelas de los Goncourt, si les aplicaran las reglas de factura que enseñó Hermosilla! Que Bourget precipita los desenlaces, que tiene finales inverosímiles, que es un ideólogo. Eso dicen los que se van a la trama, los que andan apegados a determinadas escuelas, o toman a lo serio los procedimientos indicados en ciertos libros. Es el mismo reparo del general alemán a Napoleón porque éste hacía campañas en invierno. “¡Qué táctica la de este hombre que hace marchar su ejército por encima de los montones de nieve!”. ¡Y por encima de los montones de nieve caminaban los batallones hasta dar con el enemigo y vencerlo! Velázquez no dibujaba, ni hacía bocetos, ni usaba brochas. ¡Nada! Él tomaba un pincel, unos pocos colores y se iba sobre el lienzo, sin plan, sin fórmulas y de ahí salían las *Hilanderas* y las *Meninas*. Nada hay más infecundo que la crítica negativa, ni nada más ridículo que el arte reglamentado. Los cánones de la estética. ¿Dónde están ellos? ¿Enseñan los libros a hacer obras de arte? ¿La belleza misma no es una cosa relativa? ¿Una poesía pulida como una bola de billar, valdrá más que otra de factura bárbara, como diría un retórico, que tenga fuerza invasora suficiente para hacer vibrar las cuerdas todas del sentimiento humano? ¿Un

retrato de líneas impecables, y de admirable ejecución mecánica, valdrá más que otro en que los detalles sean imperfectos, pero en donde el alma se asome por los ojos, o se hernie por alguna parte y se imponga y seduzca? Un artista debe ser siempre sincero e independiente para no dejarse imponer reglas de los críticos ni del público mismo. Lo que sucede en literatura con los críticos y con el público cuando aparece una obra que rompe los viejos moldes, sucede también con la pintura, por ejemplo. ¿Recuerdas aquel hermoso cuadro de Gericault que tú mismo me mostraste en el Museo del Louvre? ¿Cómo lo juzgaron los críticos de entonces? Como una obra monstruosa que no mereció sino desdenes y reprobaciones y fue porque “no entendieron esa ciencia de musculatura, esa fuerza de color, esa amplitud de toque, ni aquella energía grandiosa que hace pensar en Miguel Ángel”.

—Pero los críticos también tienen su público.

—Sí, hombre, y lo forman los que con ellos opinan y los espíritus maleables.

—No parece que tú estuvieras acabando estudios de ingeniería. Se me antoja que vas a ser escritor.

—Puede suceder. Y si llega ese día escribiré como sienta. Si hay quien guste de mis libros, diré que ese lector siente como yo, que es de los míos; si a otro le parecen mal, será porque los aprecia de manera distinta, o que no hay en su arpa las cuerdas que yo toco, y no habrá por qué reñir. Y además, los genios no se cosechan a diario.

Llegaron los dos amigos al parque.

—Permíteme un momento —dijo el amigo de Pedro.

Se alejó un poco, y colocado tras de un árbol, se aplicó rápidamente otra inyección de morfina.

Sentados en un banco vieron pasar los hermosos coches descubiertos de la aristocracia, con cocheros de lujosa librea y troncos de caballos alegres y briosos, de diversos colores.

—Mira —le dijo Pedro señalando a los que iban en los coches—. El de adelante es el duque de Krike; el que sigue es el duque de Pimpole; ese del medio el marqués de Tritten. Todos ellos son descendientes de los hijos naturales de Carlos II y de los Jorges. La tercera parte, por lo menos, de la aristocracia inglesa, tiene ese origen.

—¡Qué mundo! —exclamó el amigo de Pedro, y ambos se quedaron en silencio hasta que perdieron de vista los coches de los duques y marqueses.

—Caminemos un poco por el parque, ¿quieres? —dijo Pedro.

—No, hombre. Ya yo conozco esto. A mí no me gusta el arte de estos ingleses de entusiasmos dosificados. Esto es muy frío, tiene muy poca vida para un hijo de la raza latina. Me da hasta miedo ver el río Serpentine a donde se arrojan los vencidos de la vida.

Pedro no contestó nada, y su amigo fue agachando un poco la cabeza. Tenía los ojos entreabiertos, la cara sumamente pálida y parecía impotente para luchar contra el sueño de la morfina.

III

—¿Sueñas o piensas? —le preguntó Pedro.

—Hago ambas cosas —dijo el compañero, levantándose—. Mira, Pedro: la vista de esos duques bastardos me sugiere de nuevo el concepto triste que tengo de la humanidad y de la vida. Cansados estamos de oír hablar de la República modelo de los Estados Unidos, y del espíritu democrático de su pueblo, y sin embargo, de allá se vienen las millonarias tras de estos duques endeudados e ineptos a cambiar los millones por un título que tiene por origen una vergüenza. Si hasta de Hispanoamérica donde la echan de democráticos vienen aquí nada menos que jefes de esas Repúblicas a casar hijas con duques arruinados. ¿Sabes cuántos millones han pasado del nuevo mundo a éste, a calentar los fogones de estos nobles? Pues nada menos que quinientos en estos últimos años. La República en los Estados Unidos no es un modelo, es una farsa. Palpitante está aún allí el problema de los negros. Los hicieron ciudadanos, pero quedaron esclavos siempre de la raza blanca. En el sur, en donde están en mayoría, nunca les reconocen el triunfo en las elecciones. Los ridiculizan en los periódicos y se burlan de ellos. Los blancos mandan sobre los negros como en los tiempos de la esclavitud, y lo curioso es que los hombres del norte aplauden la conducta de la raza blanca del sur. La República en Francia es una historia larga de vergüenzas. La humanidad rechaza los títulos cuando éstos están verdes. Macaulay, que censuró a Pitt, padre, porque después de haberse hecho grande en las filas del pueblo, se dejó hacer lord, cometió también la misma puerilidad en igualdad de circunstancias. El tribuno popular que llegó hasta ser presidente de España, es hoy un aristócrata. No hay sino falsías y mentiras por

todas partes. La humanidad es cobarde y se agacha ante cualquier éxito. Hace la guerra al que comienza la lucha, pero si éste vence, lo enaltece y se humilla ante él. Este mismo pueblo inglés que tiene fama de serio y de valiente, ¿no se dejó mandar por el sargentón de Cromwell? ¿No decapitó este puritano al rey tradicional? ¿No echó a coces a los miembros del Parlamento? ¿No obligó a estos altivos hijos de Albión, como ellos se titulan, a que lo llamaran Protector? ¿No los gobernó después el corrompido de Carlos II?, y por último, ¿no se han dejado mandar por reyes locos, o por mujeres livianas, o crueles, o tontas? ¿Es esto serio? ¿Es esto compatible con lo que llaman dignidad humana? Y allá en Francia, ¿no se impuso Napoleón a todos? ¿No pisoteó después todos los tronos? ¿No besaron sus pies los nobles de la dinastía borbónica, que se alquilaron para servir de maestros de ceremonias en los salones imperiales? ¿No casó a sus hermanos con princesas, y no se lo disputaron a él las hijas de los reyes? ¿No fueron las masas sus víctimas dóciles, y no se arrebataron los grandes el honor de ser palafreneros de ese corso bígamo? A raíz de los derechos del pueblo y del libre pensamiento aparece el Consulado, y la Francia entera se entrega a un amo nuevo, y a los generales de la República atea y a los filósofos del libre pensamiento, los entró Napoleón de las orejas a los templos. Porque no son las masas solamente las que se doblegan, son también los pensadores, y hasta los grandes poetas. En España los que desterraron a Isabel I, los que besaron los pies al príncipe italiano D. Amadeo, a ese Macaroni I, como lo llamaron después de la abdicación voluntaria, ¿no fueron en seguida ministros y duques de Alfonso XII? La República que era una esperanza, resulta ineficaz. Y hasta las doctrinas nuevas se vuelven contra ella. El darwinismo que salió de aquí, de este pueblo monárquico, ¿qué otra cosa es sino la proclamación del derecho de la fuerza? Los que sostienen que el progreso y la selección no se consiguen sino con el predominio del más fuerte (*the survival of the fittest*), ¿no mandan los corazones a encerrarse en el egoísmo, y no echan por tierra los principios cristianos de amor y de caridad? ¿No enseña esa doctrina que la sociedad degenera, si la piedad ampara a los desvalidos que deben desaparecer para que la selección se cumpla? Para el darwinismo es la esclavitud una cosa natural y necesaria. Y esta doctrina, que no es otra cosa que la práctica brutal de los espartanos que eliminaba a los débiles, es acogida con entusiasmo en muchas partes. ¡Que se ha abolido la esclavitud en el mundo! Falso. Lo que ha desaparecido es el nombre. Que el pueblo es hoy soberano, sí, pero también lo es que se muere de hambre. “Yo preferiría más bien ser miembro de las sociedades del Polo Ártico,

que miembro de las clases pobres de París o de Londres”. Esto ha dicho un pensador americano. Y otro pensador que vive en esta misma ciudad de Londres, ha dicho “que si no hay esperanza de que mejore la situación de las clases desvalidas, lo mejor sería que viniera un cometa y barriera todo esto”.

La ciencia de que nos envanecemos es una ciencia mecánica que no ha podido resolver las dos principales aspiraciones humanas: la igualdad y la felicidad personal. Y esta misma civilización que ha traído la luz eléctrica y el vapor, ¿cuántas víctimas no ha costado ya al mundo? Los descarrilamientos frecuentes; los choques de trenes; las calderas que se revientan; los vapores que se van a pique, ¿no han eliminado violentamente un sinnúmero de seres humanos? El progreso mismo en la explotación de los minerales, ¿no ha traído la crisis económica en los Estados Unidos? ¿La electricidad no ha hecho más frecuentes los incendios? Ni hay tampoco un progreso regular. Volvemos atrás muchas veces. La opinión que hoy tenemos de algunos hombres de la antigüedad, ¿es la misma que nos hicieron formar en la escuela? Y la que tenemos hoy, ¿será digna de tenerse en cuenta, si nos fijamos en que sobre los acontecimientos recientes mismos hay siempre apreciaciones diversas? ¿Quién nos asegura que Tácito y Suetonio y Plutarco pudieran ser imparciales en sus juicios o siquiera verídicos en sus relaciones? Y aun dando por sentado que la opinión general de sus contemporáneos estuviera de acuerdo con sus relaciones y juicios, ¿no podría esa opinión estar extraviada? ¿Juzga siempre la humanidad acertadamente? Una parte de la vida la empleamos en llenarnos la cabeza de libros que se nos olvidan o que tenemos que rectificar al día siguiente; ¿hasta la geografía no tenemos hoy que aprenderla de nuevo, por los cambios de límites que la fuerza impone y por los avances hacia regiones desconocidas? Y las teorías físicas, y las teorías fisiológicas, y las teorías científicas en general, ¿no cambian de un día para otro? ¿No tenemos que estar andando y desandando? En lo que depende de la naturaleza, es en lo único que vemos aparecer fuerzas nuevas, y digo aparecer, porque sería una pretensión decir que las hemos descubierto. Y estas fuerzas que podrían servirnos de mucho, nos causan todavía hoy más daños que provecho evidente, porque la humanidad no puede manejarlas a derechas. Nos pasa con esas fuerzas, lo que a los muchachos con los fósforos, que siempre se queman con ellos. Y es porque la humanidad es torpe. Eso de “Franklin aprisionando el rayo”, es una hipérbole ridícula. Lo del hombre rey de la naturaleza, es otra no menos pretenciosa. ¡Rey de la naturaleza el hombre! Cuando ésta se burla

de él cuantas veces quiere. ¿Cuándo ha podido un médico detener la fiebre en una enfermedad de ciclo definido? ¿Ni cuándo ha podido detener, siquiera, el período de una fiebre palúdica? ¿No dejaba morir de sed –ayer no más– al febricitante? ¿No se burlan los microbios de él, y de la humanidad en general? Quitó el dolor con la morfina, pero nos enseñó a ella y nos hizo desgraciados con ese vicio que le debemos a su moderna ciencia. Los medicamentos mismos se vuelven contra nosotros, y por destruir el germen de las enfermedades, lo que hacen es destruir este organismo endeble. ¡La razón humana! Otro caballo de batalla de los retóricos. ¿Qué ha resuelto ella? ¿No ves cómo la humanidad habla y juzga siempre sin regla a qué atenerse? Si en una calle me encuentro un amigo, me dice que estoy pálido, una cuadra más abajo, me dicen que estoy de buen color. Si me encuentro con otro en la siguiente, me dice que estoy flaco, un poco más lejos doy con otro a quien le parezco robusto. ¿Qué significa esto? Que la humanidad no tiene un criterio seguro, ni para una apreciación de salud. ¿Dónde están las sentencias finales, concluyentes y claras sobre las controversias que se han suscitado? ¿Quién tiene razón, por fin? ¿Dónde están los problemas resueltos? ¿Las matemáticas mismas, no se fundan en un absurdo? ¿Bastarían las aguas del mar para impedir que no ensuciáramos la pared o los muebles sobre los cuales reclinamos la cabeza? ¿De qué manera podríamos escaparnos de la mugre propia y de la que nos cae encima de los vestidos? ¿Dónde está el agua suficiente para que podamos mantener limpios esta piel y estos órganos, sobre los cuales han dicho tanta mentira los poetas? Antropófagos que vivimos de las carnes inmundas de la gallina y del cerdo; animales que comemos yerbas y frutas como los cuadrúpedos. No nos diferenciamos de los que llamamos seres inferiores, sino en nuestra mayor aptitud para asimilar más comidas, en el uso de bebidas alcohólicas o plantas venenosas, como el tabaco y la coca, y en nuestra mayor miseria para morirnos de un dolor de cabeza, o para echarnos bocabajo por un dolor de estómago. Un viento frío nos tuerce la cara, nos irrita un nervio y nos produce una neuralgia. ¡Rey de la naturaleza! Y no podemos escaparnos de una tempestad, ni de una culebra, ni de un rayo, ni de un microbio siquiera. ¿Dónde está el progreso de la medicina que tiene todavía entre manos –sin resolver– el problema de la salud? ¿Qué otra cosa ha hecho sino prolongar con estimulantes la existencia de los rendidos en la lucha por los agentes destructores e invisibles que nos atacan? La humanidad, siempre dominada, siempre injusta, siempre cobarde, siempre igual.

No se atrevieron a insultar a Nelson aquí, ni a Luis XIV en Francia porque eran poderosos; pero le cayeron encima a Byron aquí, y a Luis XVI allá. ¿Dónde está siquiera la originalidad de las razas? Las mismas anécdotas, los mismos cuentos, las mismas mentiras, los mismos dramas, la misma triste realidad en todas partes.

¿La virtud misma no está expuesta a una inestabilidad azarosa? ¿Quién puede responder de estar siempre en lo justo y en lo correcto? ¿No seremos víctimas dentro de poco del estallido de alguna pasión que esté dormida ahora? ¿Qué frote imprevisto, qué contacto inesperado, qué dificultad invencible, qué callejón sin salida nos sorprenderán mañana para echarnos a pique? ¡Ah!, las horas malas. ¡Dios nos guarde!

—Has dicho muchas cosas ciertas, y has dado mil veces en el clavo. Sólo se me ocurre observar que la manera absoluta con que juzgas a los hombres y a los pueblos te expone a veces a dar en la herradura. Cierto es que el problema de la desigualdad subsiste, pero no en el grado en que existió en el paganismo. La humanidad sí ha progresado tanto en lo mecánico como en lo moral. Tú mismo decías hace poco, que cuando habías estado en Colombia no pensabas sino en regresar a París, porque no te explicabas la vida sin las comodidades europeas. Ahora fíjate cómo serían de inferiores las condiciones de vida de nuestros antepasados aun comparadas con las actuales de Hispanoamérica. Que las fuerzas naturales que nos han ido apareciendo nos causan todavía mil daños por las dificultades que hay para dominarlas por completo, es cosa que no tiene réplica; pero el hombre acabará por dominar esas fuerzas en absoluto como ha dominado otras. Las luchas de los primeros hombres con las fieras, y las inclemencias a que estuvieron sometidos, fueron sin duda incontables, y muchos de esos gladiadores de los primeros tiempos quedaron en el campo, pero el hombre ha dominado al fin. La consideración sola de la rivalidad primitiva entre éste y el animal, y el resultado final de esos primeros encuentros, en que las probabilidades de éxito eran necesariamente adversas al hombre, debe despertar en el civilizado de hoy un sentimiento de admiración profunda hacia el que inventó los medios de defensa. Hoy estamos dominando a los seres superiores a nosotros en fuerza bruta, por medio de armas decisivas en nuestro favor; mientras que los animales no pueden atacarnos, sino con las mismas garras, con los mismos venenos y colmillos con que atacaban en los primeros días. Ya ves cómo no hay hoy ni aun necesidad de aniquilarlos. Ahí están en los

Museos públicos todos los animales feroces como leones y tigres; todos los que se podrían escapar por el vuelo como los pájaros, por la natación como los peces, por la velocidad de la carrera como muchos cuadrúpedos; los que no dejan rastro de su paso como las serpientes. Todos han sido dominados y sorprendidos por la habilidad humana. Cuando los seres humanos se constituyeron en sociedades que surgían de la necesidad de la defensa común, y cuando la victoria sobre el animal fue decisiva, los más hábiles e inteligentes dominaron a los otros. Este dominio, esta preponderancia de unas clases sobre otras fue una cosa natural. De aquí vino la esclavitud; de aquí surgieron la clase poderosa y la clase desvalida; de aquí vino el abuso sobre los humildes. Pero la esclavitud y los abusos han desaparecido, no tanto como lo desea nuestro espíritu cristiano, pero sí ya en proporción suficiente para creer que desaparecerán por completo, algún día. Y ese día será aquel en que el espíritu del Cristianismo penetre en todas las almas. Porque la situación actual del mayor número de oportunidades, y de adquisiciones de las masas hacia una lucha menos desigual que antes, no viene ni del triunfo de la razón, ni de conquistas de las clases desvalidas. No. Viene de la doctrina de Jesucristo. Fue ésta la que inculcó a los poderosos el amor al pobre, y la piedad hacia el vencido. Doctrina que a pesar del espíritu tolerante del politeísmo romano encontró resistencias formidables, porque para el mundo antiguo era antinatural el principio cristiano que obliga al poderoso a abdicar parte de sus derechos en favor de seres a quienes ha vencido, y a quienes es superior, para que prospere una sociedad futura que nada puede interesarle, como es hoy antinatural para el darwinismo el que la sociedad prospere entregándole las armas al vencido; porque las concesiones que se le hagan a éste, no traen sino la degeneración. Tú has entendido muy bien el asunto cuando calificaste al darwinismo de doctrina anticristiana.

No ha desaparecido el problema de la desigualdad como tú dices; pero el sentimiento de piedad es extraordinario en el mundo civilizado. Ahí están los hospitales, las casas de refugio, los orfanatos, las sociedades caritativas, y las donaciones frecuentes. Los grandes escritores se interesan por las clases desvalidas, la prensa diaria conmueve y congrega a los pudientes ante el espectáculo de una desgracia cualquiera de nuestros semejantes. Y el gran Papa León XIII predica desde su cátedra sagrada, en frases llenas de amor, el gran principio de la caridad que informa la doctrina de Jesucristo.

¿Que no se ha resuelto el problema de la felicidad general? Ciertamente. Pero ni siquiera el de la felicidad personal. Ese mismo autor que tú citaste, que dice que si esto no se mejora para las clases desvalidas, sería preferible que viniera un cometa y barriera todo, dijo después estas palabras: “Ciego estará el que no vea que el sufrimiento es el lote común del vencedor y del vencido”. Porque me parece que te referías a Huxley, ¿no?

—Sí, hombre, ¿y tú a quién te refieres en la contestación que me has dado?

—A varios autores. Tomo lo mío donde lo encuentro. Pero déjame acabar.

Has llamado corso bígamo a Napoleón y sargentón a Cromwell. ¿Sabes que hace días estoy pensando que esto de insultar a hombres notables, o de traer a cuento los defectos que tuvieron, no es sino un desquite que se nos ocurre a los que no somos capaces de nada? ¿No te parece que eso de constituirse uno en fiscal histórico de los antepasados y aun de los contemporáneos que están cien codos por encima de nuestras cabezas, denuncia un feo pecado? ¿Y quién nos podrá asegurar a nosotros que si hubiéramos vivido en tiempos de Napoleón y de Cromwell, no habríamos hecho parte de esas masas dóciles que ellos manejaron con el poder hipnotizador de que disponen los hombres de acción? ¿Qué hay de raro en que Milton y Cambaceres hubieran estado al servicio de ellos, cuando es una cosa común el que los espíritus abstractos se dejan sugestionar fácilmente por los héroes? Las inteligencias más independientes tienen siempre un ídolo, aun sin saberlo; así como nosotros en nuestro estrecho círculo social tenemos algún amigo que ejerce influencias decisivas sobre nuestros actos, aunque sea inferior intelectualmente a nosotros. No hay quien no esté dominado por fuerzas extrañas e inexplicables, La sociedad misma no podría progresar si el individuo no tuviera que someterse a sanciones ultrarracionales. De aquí el que una religión racional, humanamente hablando, sea una cosa incompatible con el progreso humano, porque esa religión traería inevitablemente el predominio del egoísmo, y con éste no puede haber progreso social. De manera que el progreso mismo depende de un sometimiento de la razón al principio religioso que obliga al hombre a aceptar lo incomprensible. La intelectualidad no ocupa en la evolución social sino una faz subordinada. Los griegos fueron más inteligentes que nosotros; los hombres de la Edad Media, también; los Maorís de la Nueva Zelandia son muy inteligentes; los Yaos del África central pasman al europeo con su talento, y los naturales de la India, que vienen a estudiar a los colegios de aquí, sobrepujan —en ocasiones— a los estudiantes ingleses. Ya te hice

notar antes que Francia es más inteligente que Inglaterra. A pesar de esto, la civilización europea de hoy es superior a la griega; el progreso de Inglaterra sobre Francia no es siquiera discutible. Basta comparar hoy el número de habitantes y de rentas entre los dos países, con los que tenían al principio del siglo. Todo esto que te digo está admitido por investigadores contemporáneos que figuran en primera línea.

Pero quiero volver al asunto de los epítetos irrespetuosos hacia los grandes hombres. Respetemos los grandes esfuerzos intelectuales y las acciones heroicas de los demás, ya que nosotros no tenemos para disculpar los defectos propios ni siquiera una de esas cualidades superiores que no tenemos la serenidad de apreciar debidamente.

Tal vez sería disculpable que un espíritu cultivado como el tuyo se permita hacer apreciaciones poco gratas hacia los grandes hombres; pero ¿qué dices tú de los insultos frecuentes de las opiniones severas y agresivas hacia ellos, que se oyen en los corrillos de gente incapaz e inepta? ¿No es eso un irrespeto injustificable? ¿Dejará Shakespeare de ser uno de los primeros dramaturgos del mundo porque cazó venados en campo ajeno o porque se apropió unos mil versos? Esas son miserias. Cuando Sainte-Beuve iba a apuntar los defectos gramaticales, las negligencias de rima y de lenguaje de una obra de Lamartine, los disculpó comparándolos a las numerosas espigas que el segador opulento deja caer de alguna gavilla mal atada para que recoja y se consuele el indigente que va atrás.

Que la humanidad es desgraciada, que la virtud misma es inestable y que todo se repite. ¡Cuán cierto es esto! Pero eres injusto al hablar de la medicina. Fíjate en que si ella no ha resuelto el problema de la salud, como tú dices, sí es una ciencia sagrada que apareció en la tierra por un sentimiento de piedad y de amor. Ciencia que alivia y consuela como la religión, que ha creado sacerdotes de abnegaciones incontables y que representa en el mundo una de las notas más altas de la bondad humana. Recuerdo cuando me llevaste a las clínicas de París. Por muchos días pesó sobre mi espíritu la obsesión permanente de aquel sinnúmero de hombres y mujeres a quienes vi allá con tubos de caucho en la boca, con sondas en las narices, con cáusticos en la espalda, con drenes en las heridas. Allí, el interno quemándole la columna vertebral a un paralítico con puntas de fuego; más allá, otro inyectando soluciones de morfina a un canceroso, a quien el dolor hacía dar gritos horribles; los niños, medio asfixiados por las membranas

diftéricas, con la tráquea abierta tratando de respirar por tubos metálicos; los tuberculosos, pálidos, con los ojos vivos y brillantes, el cuerpo lleno de sudor pegajoso y tratando de contener la tos que los denuncia; el alcoholizado, con la clásica mirada reveladora de terrores profundos y constantes, víctima de persecuciones imaginarias y de visiones espantosas; aquellos a quienes la fiebre tiene dominados y están allí delirando y buscan con la mano cuerpos imaginarios que se les salen por entre los dedos; los cirujanos con la cuchilla afilada haciendo filigranas sobre las carnes invadidas por excrecencias o cortando una mano aquí, una pierna allá o abriendo vientres para extraer tumores llenos de líquidos espesos y amarillos. ¡Ah, qué mutilaciones tan espantosas! Y pensar en el número de seres humanos que estarán sometidos en el mundo a iguales tratamientos y desgracias. ¿No es cierto que esta humanidad en lugar de merecernos desprecio es digna de lástima?

—Sí, en cuanto a lo material; pero en cuanto a lo moral es un fondo de perversidad y de tontería despreciable —contestó el amigo de Pedro.

—Ese concepto adquiere siempre el que analiza demasiado —contestó éste—. Por ese camino se llega al aborrecimiento y al desprecio de la humanidad en general. El orgullo que se apodera de las almas que analizan, las conduce a la esterilidad. Eso es lo que te está pasando a ti. No has sufrido, no tienes grandes afectos, no reflejas tu espíritu sobre algo que sea fecundo, y te ha entrado el desaliento. De ese mal puedes curarte volviendo a la patria, poniéndote en contacto con seres enteros y vigorosos, exponiéndote a los rayos del sol de nuestros trópicos, y si me permites otro consejo, te diré que necesitas asumir la responsabilidad del matrimonio. Cásate.

—¡Que me case! ¿Pero tú en dónde has vivido? ¡No ves que el matrimonio toca a su fin! ¿Te supones que un espíritu moderno puede someterse a las vulgaridades del matrimonio? Y sobre todo, ¿dónde están las mujeres que sean capaces, hoy, de someterse a la escasez imprevista, a la pobreza o al esfuerzo que implica la maternidad? ¿No se ha apoderado de todas ellas el amor al lujo que obliga a sus maridos a robar, y no se ha vuelto el amor una mercancía detestable? Unas buscan dinero, otras títulos, y todas van tras de una curiosidad que se les vuelve luego un infierno. Y ni el dinero, ni los títulos las satisfacen al fin. El desastre actual del matrimonio depende del desencanto, de la triste realidad que nos hiere hoy con más fuerza que nunca. Toda mujer que se casa es una plancha que ha recibido ya diversas impresiones. La última, la que la decide,

no destruye las otras. Al contrario, después del enlace surgen en su corazón con más fuerza, porque perdida la ilusión que la llevó al matrimonio, se queda acariciando las que aún están intactas, y de aquí resultan las aventuras odiosas, y cuando éstas no vienen, se entrega a las venganzas crueles del desamor. El hombre actual, más artista y más estético que sus antepasados, tampoco resiste a la prueba. Enseñado a cambios de emoción, abandona a la mujer y va a dar al teatro, al café o al club. En seguida viene el drama, el drama espantoso y frecuente de nuestros días, que surge de la comunidad de dos seres que viven odiándose, que no se perdonan nada, que riñen a cada paso, y que buscan en el pecado el olvido de un compromiso adquirido por curiosidad o por cálculo. Actores que no salen a la escena sino de mala gana, y que se amenazan a escondidas del público. No hay que buscar desilusiones, y el matrimonio es la mayor y la más irremediable de todas.

¿Y con quién me casaría yo? No puedo hacerlo con una parisiense, porque el dinero que tengo no alcanza para atender a las obligaciones subsiguientes; y no podría casarme en Colombia porque yo no me explico la vida matrimonial que allá se lleva.

¡Ah! Las mujeres. ¿No ves cómo profanan hasta lo más sagrado? Se apodera de algunas la manía religiosa y hacen un misticismo pecaminoso. Entre ellas y el Dios de las alturas interpone el histerismo una figura humana, y por besar a san Miguel, besan al Diablo. No son capaces de vuelos como los de santa Teresa. El neurosismo actual no les permite ese arrebató verdaderamente santo hacia el Ser Absoluto. Las obliga a pegarse de las capas, y aunque se las suelten como a la mujer de Putifar, se quedan en los atrios, se asoman por las ventanas, y no saben los santos Padres que hacer con ellas. Escenas de esas verás en Nuestra Señora de París cuando quieras.

El matrimonio se refugia entre los campesinos y terminará al fin, no lo dudes. Entre los civilizados la cadena se vuelve insoportable, y todo acaba como la espuma. Y además, yo no tengo energías para las obligaciones ni para la lucha. Quiero vivir de mis escasas rentas sin complicar la existencia, y sin asumir la responsabilidad de enviar al mundo desgraciados o suicidas.

—¿Pero tú no sabes la historia de tu padre?

—Demasiado que la sé. Pero el éxito final de él no se consiguió sino a fuerza de agotar energías, y yo no tengo más herencia directa que el dinero que me dejó. Las energías se consumieron con él y no quedó una sola para transmitir

al hijo. En la vida de mi padre se quemó el último cartucho de pólvora de la familia. Raza de luchadores que se extinguirá en este pobre amigo tuyo que ya no desea sino morir...

—Pero, ¿tú qué tienes, tú estás loco? —dijo Pedro.

—¡Loco! Como si la locura no dependiera del auditorio que uno tenga. La locura. Esto sí es lo más relativo que pueda darse. ¿Dónde están los límites precisos —siquiera— entre el día y la noche, el sueño y la vigilia, la prudencia y la cobardía? No es posible distinguir entre el excéntrico y el loco, entre el lunático y el malévolo, ni entre una ilusión poética y una concepción mórbida de la fantasía. No podemos someter los elementos mentales, ni a peso, ni a medida, ni a examen microscópico, ni a análisis de laboratorio. ¿No sabes que Humboldt en presencia de dos personas creyó que la que todos daban por loca era la cuerda? ¿Ignoras que oyendo hablar a un hombre para él desconocido lo tomó por loco? ¿Y sabes quién era? Nada menos que Balzac. Ya ves. Ni siquiera tenemos ideas fijas, ni límites precisos para calificar la locura. Lo más lógico es atenernos a lo que dijo un escritor francés, que metió mucho ruido con esta franca aseveración: “Todos estamos locos”.

—Eso mismo dijo hace muchos años, en Medellín, la loca Dolores —dijo Pedro interrumpiendo al amigo.

—Lo que viene a reforzar lo que te dije antes, que la humanidad se repite en todas partes. Pero bien: te decía que este escritor metió mucho ruido entonces. Sostenía que si la locura era un desequilibrio, todos estábamos desequilibrados, porque las pasiones de que somos víctimas no son otra cosa que desequilibrios. El amor, el odio, la alegría, la tristeza, la risa y el llanto mismos, que no son estados naturales, serían —pues— manifestaciones de locura. La inclinación a ser comerciante o abogado o médico, es una monomanía clarísima. De suerte que el desequilibrio es el estado natural del hombre.

—Déjate de teorías de esa clase. Vuélvete para Colombia y verás cómo estas mujeres que desde aquí no te agradan acaban por interesarte. Lo importante es tratar de borrar los tipos de comparación, y esos se borran pronto. No lo dudes. Hablas sobre el matrimonio de oídas, y no lo has estudiado sino en los libros de Maupassant y Tolstoi. Echas en olvido que somos hijos de mujeres antioqueñas, de esas mujeres de virtudes heroicas, y de energías increíbles. Cualquier día, y a pesar de todo lo que digas y analices vas a acabar por casarte, como acabó Balzac, y como han acabado todos. Nadie puede rebelarse contra la ley suprema que

lo rige. Te falta trabajo activo y seres que te sean queridos, y que representen la prolongación de tu existencia. Esos refinamientos de artista célibe, desaparecerán ante la contemplación de una carita fresca y alegre que lleve en la fisonomía los rasgos distintivos de la familia. Verás entonces cómo son gratos los recuerdos de nuestros padres que vienen a asomarse al hogar por los ojos de los nietos, y cómo se derrama la vida y se hacen vigorosas las corrientes de la existencia y desaparecen los neurosisismos y surgen los vínculos que nos hacen amar la patria, la familia, el trabajo. Entonces serás un hombre. Las lecturas asiduas, la reflexión interior y el espíritu meditativo, han destruido todas tus energías. Es necesario que abandones a París. Si te quedas ahí, no saldrás del abatimiento que te destruye y que ha acabado por convertirte en un templo derruido. Los libros y el ambiente no te dejan ver el lado fresco, hermoso y grato de la vida. Te está pasando lo que al contador, que a fuerza de hacer cálculos, no acierta al fin a resolver una operación sencilla de números enteros. Uno de los peligros del contacto de nuestra raza nueva con esta civilización europea, es el que no podemos asimilarlos sino lo que ella tiene de malsano y decadente. Los bárbaros aprenden primero los vicios que las virtudes de los civilizados. Eres una semilla de árbol frondoso y de vida tropical, cultivada en un invernadero. Has vivido de la emoción artística, has abusado de ella y eres un desequilibrado.

—Ya es tarde. Aquí —dijo golpeándose el pecho el amigo de Pedro—, no hay sino Siberias morales. “Cansado de todo, invoco el reposo de la muerte”.

—No digas eso. No reflejes tu alma sobre ti mismo. Vuelve los ojos a Dios y a la patria. Busca seres a quienes alumbres con tu espíritu, y a quienes hagas partícipes de las delicadezas de tu alma. Úntate agua bendita y humíllate, como dijo Pascal; acepta la vida con amor como aconseja Bourget; sométete a lo inevitable; renúnciate a ti mismo como enseñó Jesucristo. “Y cuando a este puerto llegares, después de los baldíos trabajos pasados, echa el áncora de la esperanza, coge la vela en la antena, puesta en la figura de la Cruz del Señor y espera seguro”.

—Eres un optimista envidiable.

—Sí, optimista; porque yo me he acostumbrado a ver la acción de la Providencia por todas partes: en mi abuela Juana, en mi madre, en D. Luis Arenales, en mi hermano Carlos, en mi mamá Rita y el negro Liberato. Unas veces en la raza blanca; otras en la noble y desgraciada raza negra. En mi casa se han girado siempre letras contra la Providencia sin cartas de aviso... y han sido cubiertas. El dolor, la escasez, hoy; la abundancia y la alegría al día

siguiente. Caigo aquí, levanto allí, y todos en abrazo estrechísimo y amoroso hemos ido saliendo a la playa. El amor. Esa es la religión de mi casa. La desgracia hizo surgir en nosotros los grandes y sinceros afectos, hizo nacer en nuestros corazones la gratitud hacia aquellos que nos hicieron bien sin esperar recompensa y nos hizo conocer las satisfacciones del esfuerzo propio.

—Vámonos. Quiero ir a teatro esta noche. Tengo deseo de conocer a Irving. Dicen que es el primer intérprete de Shakespeare.

—¡Ah! Irving. Es un prodigio. Desgraciadamente no podré ir contigo esta noche.

—Pero mañana me acompañarás a comer.

—Con mucho gusto.

Salieron del parque con dirección a la calle de Newman. De ahí el amigo de Pedro siguió en coche hasta el hotel en que se hospedaba y tan pronto como se vio solo se aplicó otra inyección de morfina.

IV

A las ocho estuvo en el teatro, y en el ojal del elegante frac llevaba una flor blanca y fresca. Tomó asiento en la platea y mientras alzaban el telón se entretuvo en mirar a los palcos de la aristocracia en donde estaban los *lores* empolvados, los duques de origen bastardo y sus mujeres con medio busto desnudo, abriendo y cerrando los hermosos abanicos de plumón blanco. “Y aquello sí que será un desierto”, se decía el joven colombiano mirando hacia los palcos. “¡Cuántas de esas mujeres que están deslumbrando con sus diamantes y provocando sin duda la envidia de otras, serán unos sepulcros!”.

Las inclinaciones, los besamanos, las risas secas, las fórmulas ridículas de esas gentes, se le antojaban una comedia. Se ponía a pensar en el vacío de esas almas o en las tragedias por que estarían pasando esos corazones. Miró a su lado y en la luneta siguiente estaba una mujer joven, casi una niña, leyendo los pasajes relativos a Ofelia. Era un ejemplar de la misma edición de Hamlet que él había leído poco antes de ir a teatro, y que habían puesto en venta ese día, como una novedad artística y literaria, porque el libro además de estar primorosamente impreso, tenía todas las crudezas del original. Y al ver cómo se le atrevía la niña a ciertos pasajes, exclamaba: “¡Qué inglesas!”.

Apareció el trágico en la escena y el joven se quedó pasmado del modo como Irving interpretaba el papel del misterioso príncipe. Esto es arte, esto es genio, se decía el joven. Cuando lo oyó recitar el gran monólogo, experimentó un acceso de admiración casi loca y estuvo a punto de interrumpirlo con *bravos*, pero notó que la concurrencia permanecía impassible, y al fijarse en un palco, observó que las señoras de la aristocracia tenían la espalda desnuda vuelta hacia la platea, y se entretenían en conversar con unos duquecitos de monóculo y de bigotes agresivos, terminados en puntas engomadas, que parecían estoques.

No se explicaba el amigo de Pedro esta impassibilidad inglesa, y su espíritu artístico lo hacía exclamar pasito: “¡Qué brutos! ¡Qué brutos!”.

Cuando terminó la función, quedó bajo la impresión nerviosa más horrible. Salió del teatro y se fue recitando trozos sueltos.

“¡Ah! ¡Si esta carne demasiado sólida pudiera fundirse, disolverse y convertirse en vacío! ¡La vida! Jardín de malas yerbas, de vegetación fétida y grosera. Yo no sé por qué he perdido toda mi alegría, renunciado a todo ejercicio, ni por qué siento en el alma tal tristeza, que esta tierra de maravillosa construcción me parece un promontorio estéril. Esta cúpula magnífica, el cielo, este espléndido firmamento suspendido sobre nuestras cabezas, esta majestuosa bóveda que brilla con llamas de oro, todo esto me parece un conjunto de vapores pestilentes. ¡El hombre! ¡Qué obra maestra! ¡Qué noble inteligencia! ¡Qué facultades infinitas; en sus formas, en sus movimientos, cómo es él de admirable y perfecto! ¡Por sus acciones casi un ángel! ¡Semejante a un Dios por su razón! ¡Maravilla del mundo! ¡Rey de la creación animada! Y sin embargo para mí, ¿qué es él sino la quinta esencia del polvo? El hombre no me gusta, la mujer tampoco”.

El colombiano llegó al hotel, subió a su cuarto, pero no pudo acostarse. Comenzó a andar por el espacioso y elegante aposento.

“¿Sí será –decía como sostienen muchos– que este Hamlet no podía satisfacer al mundo dando muerte a su tío porque eso no resolvía el problema de la justicia, y quedaba expuesto a que se atribuyera su acción al deseo de coronarse? ¿Será este drama lo más imperfecto que ha escrito Shakespeare, como dicen otros? ¿Sería Hamlet un diletantti de pensamiento de los que no pueden o no quieren detenerse en ninguna conclusión ni arrojar el áncora en ningún sistema, como dice un profesor de Bourdeos? Activo, indolente, resuelto, indeciso, sobrio, loco, concienzudo hasta el exceso, sin escrúpulo, leal, engañoso, tierno, brutal, generoso y egoísta. Contrastes que no pueden ser sino

sucesivos y que no se explican sino por el efecto de una degeneración. ¿Sería que el gran dolor lo hizo cínico, como dice el autor de *El discípulo*? ¡No, no! Era un roble plantado en un vaso que no debía contener sino bellas flores; las raíces se extienden y el vaso se rompe. ¡Eso sí; eso sí!”.

Y al acabar de decir las palabras del gran pensador alemán, se acercó a la ventana, alzó la vidriera, sacó medio cuerpo al aire libre, se inclinó hacia el suelo, y se quedó como absorto viendo el limpio y liso enlozado de la calle, que con sus luces amarillas alumbraban los focos eléctricos. “Las raíces se extienden... el vaso se rompe...”, dijo, y se tiró a la calle de cabeza.

El primer médico de ambulancia que lo examinó, dijo que se había desnucado. El dueño del hotel entregó a las autoridades una tarjeta en que estaba impreso el nombre del suicida: Simón Arenales.

Pedro Jácome está ahora en su pueblo, y está terminando el plano del ferrocarril de Remedios a Zaragoza.

Todos los domingos van al cementerio los hermanos Jácomes, a visitar sus muertos, y en medio de las tumbas de la familia, hay una muy hermosa que lleva esta inscripción sobre elegante lápida de mármol que trajo Pedro de Londres:

Mi Mama Rita
Y
El Negro Liberato

Coeditores Colección Bicentenario de Antioquia

ANTIOQUIA
LA MÁS
EDUCADA



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA



CORPORACIÓN
UNIVERSITARIA
LASALLISTA

Lleva el conocimiento
por siempre



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

1803
Rectoría

**UNIVERSIDAD
EAFIT®**



**Universidad
Pontificia
Bolivariana**



UNIVERSIDAD DE MEDELLIN



UNIVERSIDAD CES
Un Compromiso con la Excelencia



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
LATINOAMERICANA-UNALA**



Institución Universitaria



**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA**
SEDE MEDELLÍN

*Este libro se terminó de imprimir en Editorial Artes y letras S.A.S
para el Fondo Editorial Universidad EAFIT,
en el mes de abril de 2015.*

*La carátula se imprimió en propalcote C1S 250 gramos,
las páginas interiores en propal beige 70 gramos.*

Las fuentes tipográficas empleadas son Adobe Caslon Pro Regular, Italic, Semibold.



